

VIDA
DE
Sⁿ JUAN BERCHMANS

• G. del AMO •
✱ EDITOR ✱



AMER
 VICE
 REGNI
 FRANCORUM



BX4700
 .B4
 M5
 C. 1

[Blank label]

V
 0092
 J





1080021349

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DEL AUTOR.

- Espejo del alma devota, 1879 (agotada edición).
Reseña sobre las reliquias del Beato (hoy canonizado)
Alonso Rodríguez, 1879.
Manual de la madre de familia, 1880.
Varios artículos publicados en Revistas nacionales
y extranjeras, 1879, 1893.
La Creación. Segunda edición, 1892
Reseña histórica sobre la devoción de San Francisco de
Borja al Santísimo Sacramento, 1893.
El Milagro (en prensa), 1895.

VIDA

DE

SAN JUAN BERCHMANS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





SAN JUAN BERCHMANS. S. J.

ABOGADO DE LA JUVENTUD

VIDA

DEL

CELESTIAL MANCEBO

San Berchmans

COMPañIA DE JESÚS

POR EL

JUAN MIR Y NOGUERA

DE LA MISMA COMPañIA

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



MADRID

Alfonsina

Biblioteca Universitaria

REPUBLICA DE COLOMBIA

1895

45778



SAN JUAN BERCHMANS, S. J.
 ABOGADO DE LA JUVENTUD

VIDA

DEL

CELESTIAL MANCEBO

San Juan Berchmans

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

POR EL

P. JUAN MIR Y NOGUERA

DE LA MISMA COMPAÑÍA

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Calle Alfonso

Biblioteca Universitaria

MADRID

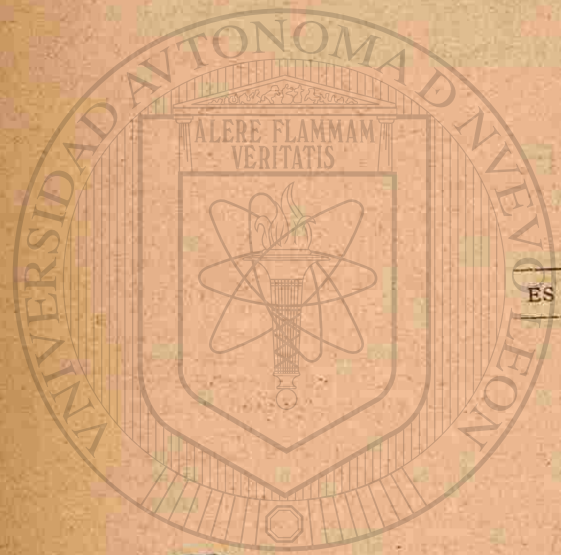
LIBRERÍA CATÓLICA DE GREGORIO DEL AMO

Calle de la Paz, núm. 6.

1895

45778

V BX4700.B1
922
J MS



ES PROPIEDAD



ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE AGUSTÍN AVRIL
Calle de San Bernardo, núm. 92.

NOS EL DOCTOR DON JOSÉ MARÍA DE COS,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA ARZOBISPO-OBISPO DE MADRID-ALCALÁ, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN DE ISABEL LA CATÓLICA, SENADOR DEL REINO, ETC., ETC., Y EN SU AUSENCIA EL DOCTOR DON ALEJO IZQUIERDO SANZ, DEÁN DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL, GOBERNADOR ECLESIASTICO DE ESTA DIÓCESIS, SEDE PLENA.

HACEMOS SABER: Que por el presente y por lo que á Nos corresponde, concedemos licencia para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada **Vida de San Juan Berchmans**, escrita por el R. P. Juan Mir Noguera, de la Compañía de Jesús; mediante que de nuestra orden ha sido leída y examinada, y, según la censura, nada contiene que sea contrario al dogma católico y sana moral.

En testimonio de lo cual expedimos el presente, rubricado de nuestra mano, sellado con el mayor de nuestras armas y refrendado por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno, en Madrid á 28 de Agosto de 1895.

El Gobernador Eclesiástico, Sede plena,

Dr. Alejo Izquierdo Sanz.

(Hay un sello.)

Por mandado de S. S. I.,

Dr. Julián de Diego Alcolea.

Arceidiano-Secretario.

009233



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO.....	XXIII

LIBRO PRIMERO

**Desde que el santo nació hasta que fué recibido
en la Compañía de Jesús.**

(De 1599 á 1616).

CAPITULO PRIMERO

Padres y primera crianza de Juan.

I. Condición de sus padres.—Religión, cargos, posición social de las familias de entrambos.....	3
II. Nacimiento, bautismo, índole, enfermedad del niño Juan.—Su devoción precoz.—Afanos de su piedad.—Competencia de varias familias en tenerle consigo.....	6
III. Enfermedad de su madre.—Cómo Juan la regala y consuela.....	10

CAPITULO II.

El niño aplicado.

I. Estudia Juan la lengua latina.—Testimonio de su maestro.....	15
---	----

	Págs.
II. Determinan sus padres darle carrera.—Peligros y dificultades.....	18
III. Pedro Emmerick abre un Convictorio.—Los niños de Emmerick.—Pretende Juan ser convictor y lo alcanza...	20

CAPÍTULO III.

Juan Berchmans colegial de Nuestra Señora.

I. Sus impresiones al entrar en el Convictorio.—Primeras pruebas.—Aprende á tener oración.—Siente deseos de comulgar.—Confesión general.—Primera Comunión.....	23
II. Va progresando en la virtud.—Frecuenta los Sacramentos.—Su amor á la soledad y oración.—Su conducta en cátedra y en casa.....	27
III. La Virgen de la Encina.—Tierna devoción de Juan á la Virgen.—Hace voto de virginidad.....	30
IV. Notable testimonio de su director.....	34

CAPÍTULO IV.

Entra Juan de pupilo en casa del Arcipreste.

I. Penuria de sus padres.—Sale del Colegio.—Trata su padre de ponerle al trabajo.—Heroica resistencia de Juan.—Se le abre un inopinado camino.....	39
II. Aymon Timmermans le acoge en su casa.—Testimonio de su virtud.—Nuevas congojas.....	43

CAPÍTULO V.

Sirve de familiar al canónigo Froymont.

I. El Seminario de Malinas.—El canónigo recibe á Juan en su casa.—Gánale Juan la estima y voluntad.....	49
II. Estudia en el Seminario.—Tenor de su vida de sirviente.—Visitas con el canónigo.—Competencia entre los capitulares.—Rasgos de relevante virtud.....	52
III. Constitúyese ayo de dos niños.—El calvinista conver-	

	Págs.
tido.—Satisfácese á una duda.—Providencia de Dios en la vida de Juan.....	57

CAPÍTULO VI.

Juan Berchmans alumno de la Compañía.

I. Los Jesuitas de Malinas.—Fundación del Colegio.—Dificultades para trasladarse Juan del Seminario al Colegio.—Denuedo de nuestro estudiante.....	63
II. Entra en la clase de retórica.—Escoge confesor.—Testimonio del P. de Greeff sobre su vida de colegial.....	67
III. La virtud de Juan cautiva á los condiscipulos.—El mozo discolo.—Victoria de Juan.....	70

CAPÍTULO VII.

El congregante de María.

I. La Congregación de la Santísima Virgen.—Fúndase en Malinas.—Es Juan recibido en ella.—Conquistas que hace dentro y fuera del Colegio.—Industrias y devociones que practica.....	75
II. Acaecimiento notable.—Su virtud calificada por el canónigo Froymont.....	81

CAPÍTULO VIII.

Pretende Juan la Compañía.

I. Primeras voces de Dios.—Prudencia del confesor.—Sinceridad del aspirante.—Rasgo de desprendimiento.—Adiós al mundo en una poesía latina.....	85
II. Las empresas de la Compañía de Jesús.—Propone Juan entrar en religión.—Se decide por la Compañía.—Cuánto importa seguir el llamamiento divino.....	89
III. Pide Juan licencia á sus padres.—Carta que dibuja su carácter.....	92

CAPITULO IX.

Entra Berchmans en la Compañía.

	<u>Págs.</u>
I. Comienza la lucha.—Vuela su padre á Malinas.—Procura reducir al hijo.—Desahoga su pecho con el confesor.—Respuesta que éste le dió.....	95
II. Examinan los Padres Capuchinos la vocación de Berchmans.—El Padre Guardián le estrecha con argumentos y al fin aprueba su entrada.—Otro Padre Capuchino intenta apear á Juan de su propósito.—Contra temeridad, fortaleza.....	99
III. Exito feliz.—Carta apremiante á los padres.—Buscan ellos largas.—Dios se las ataja.—Carta decisiva.—Otro asalto en Malinas.—A porfiada lucha, nobilísimo triunfo.	102

LIBRO SEGUNDO

Desde su entrada en la Compañía hasta que le enviaron á Roma.

(De 1616 á 1618.)

CAPITULO PRIMERO.

Da Berchmans principio á su noviciado.

I. Retrato de San Juan.—Entra en el noviciado.—Primer acto de virtud.—Abrazos y lágrimas de consuelo.—De qué fuentes se toman estas noticias.....	113
II. Su primer propósito.—Lánzase á la carrera.—Se propone enmendar faltas.—Paga porque se las digan.—Los novicios no se las hallan.....	117
III. Los Padres graves se dan por vencidos.—Era un ángel en boca de todos.—Voces de sus connovicios.—Forjan nombres con que apellidarle.....	122

CAPITULO II.

Prosigue el primer año de Noviciado.

	<u>Págs.</u>
I. Su madre enferma.—Juan le escribe una tierna carta.—Muerte de Isabel.....	127
II. Nuevos apuros para el novicio.—Su intrepidez á las razones de su padre.—Su padre resuelve ser eclesiástico.—Estima que hace el novicio de la vocación.—Contrato espiritual.....	130
III. El portero del noviciado.—Querrela entre dos novicios.—Se hace Juan cargo de las penitencias de otros.—Su firmeza con un novicio melindroso.—Es aclamado ejemplar.....	133

CAPITULO III.

El noviciado de segundo año.

I. El bienio de la Compañía.—Hace Berchmans los votos de devoción.—Su padre se ordena de sacerdote.....	139
II. Entrégase Juan al ejercicio de las sólidas virtudes.—Guerra á la honra con palabras y hechos.—Pareceres de sus connovicios.—Cómo miraba por la honra ajena.....	141
III. Guerra á la sensualidad.—Su frugalidad extremada.—Con la obediencia nivela su mortificación.—Dominio de su persona.—Visos de su pureza.—Su sueño.....	144
IV. Guerra á la propia voluntad.—Estima de la obediencia.—Caso de regularidad.—Exactitud en el levantarse.—Silencio.—Testimonio ilustre.....	149

CAPITULO IV.

Termina el noviciado.

I. Es modelo universal.—Qué sentía de las conversaciones espirituales.—Industrias para mantenerlas.—Su trato comunicativo y materia de sus recreaciones.....	155
II. Sale á catecismos.—Trato con los connovicios.—Caridad	

- con dos tentados.—A todos los mira como ángeles.—Toma de cada uno lo mejor..... 159
- III. Unión con Dios.—Visitas, oración, devoción á Maria.—Particular afecto al misterio de la Concepción Inmaculada de la Virgen.—Devoción á los Santos..... 163
- IV. Ejercicio diario de levantarse, meditación, Misa, examen, comida, recreación, acostarse, comunión..... 168

CAPITULO V.

Pasa á escolar aprobado.

- I. Los votos simples.—Cómo se dispuso para hacerlos.—Se lo participa á su padre.—Ceremonia de los votos del bienio..... 173
- II. Fundación del Colegio de Amberes.—Le destinan al dicho Colegio.—El Padre Rector le prueba.—Como satisface á las pruebas.—Testimonio del Padre Rector.—Le dan orden de ir á Roma.—Despedida..... 178
- III. Carta al P. Sucquet llena de humilde gratitud..... 182

CAPITULO VI.

Viaje de Bélgica á Roma.

- I. Comunica á su padre la partida.—Va á Malinas y le anuncian la muerte de su padre.—Da orden en el gobierno de sus hermanos.—Escribe al canónigo Froymont..... 185
- II. Regresa al Colegio de Amberes.—Tedio de la vida.—Sus sentimientos al partir de Flandes..... 189
- III. Sale con otro para la Ciudad Eterna.—Edifican en las casas donde paran.—Se detienen á visitar la Casa de Loreto..... 193
- IV. Carta edificante del P. Bauters al P. Cepari..... 196

LIBRO TERCERO

Desde su llegada á Roma hasta su postrera enfermedad.

(De 1618 á 1621).

CAPITULO PRIMERO

Indole de la santidad de San Juan Berchmans.

Págs.

- I. Llega á Roma.—Entra en el filosofado.—Empieza el curso de artes..... 205
- II. Junta en sí todas las virtudes religiosas en grado excelente.—Extremada perfección de su espíritu.—Propósito esforzado de seguir lo mejor..... 209
- III. Testimonio de los PP. Ceccotti, Massucci y Piccolomini.—Autoridad del P. Cepari..... 213

CAPITULO II.

Su modestia singular.

- I. Asombro de alumnos y seglares.—Efectos notables.—Modestia en casa y su eficacia en los nuestros..... 219
- II. Propósitos.—Severidad en el mirar.—Ley impuesta á los ojos.—Señalados ejemplos..... 223
- III. Diez motivos de la modestia.—Alegría que le causaba.—Opinión de los compañeros..... 228

CAPITULO III.

Su espíritu de mortificación.

- I. Sigue el espíritu de la Compañía.—Sentimientos.—Mortificación interior..... 233

	Págs.
II. Medios para alcanzarla: exámenes de conciencia, retiro mensual.—Tesón en andar enfrenado.	236
III. Vence las dificultades con la mortificación interna.—Pelea contra la gula.—Contra el frío y calor.—El denuedo en mortificarse le debilitó la salud.—Testimonio.....	239

CAPITULO IV.

Su profunda humildad.

I. Sentimientos.—Práctica en el trato con los de casa.—Con los de fuera.—Ejercicios en que se empleaba.—Su ansia de servir á otros.....	247
II. Es el refugio de los superiores.—Sirve la comida á los pobres.—Su inclinación á los Hermanos legos.—Testimonio abonado.....	252
III. Humildad en las honras.—Afectos de menosprecio propio.—Testimonios.—Escribe al canónigo Froymont de puro agradecido.....	255

CAPITULO V.

Su pureza angelical.

I. La conservó siempre intacta.—Insignes testimonios de dos Padres.....	259
II. Interesante declaración del P. Cepari.—Tres grados de castidad.—Sus pecados.—Prudencia en las lecturas...	263
III. Frutos de su limpieza virginal.—Su presencia infunde en otros virtud.—Grave declaración.—Asombro del Card. Belarmino.—Pintura del P. Cepari.....	266

CAPITULO VI.

Su observancia regular.

I. Careció de gracias extraordinarias.—La guarda de las reglas.—Vigor de su propósito.....	275
II. Depositiones procesales.—Sus luces y propósitos particulares.....	279

	Págs.
III. Casos de edificación.—No pedía licencias generales.—Ejemplos dentro y fuera de casa.....	282
IV. Máximas sobre la observancia.—Testimonio insigne.—Dormía sobre las reglas.—Reflexión oportuna.....	288

CAPITULO VII.

Su estudiosidad infatigable.

I. Dictamen acerca de ella.—Cuál era el fin de sus estudios.—Sus prendas naturales.—Amor y veneración á los maestros.....	293
II. Su amor al orden.—Afán de aprovechar el tiempo.—Testimonios.—Sus ansias de saber.—Escritos que dejó...	298
III. Ardor del estudio con fervor de oración y caridad.—Examen de toda la filosofía.—Sustenta el acto público.—El buen estudiante de la Compañía.....	302

CAPITULO VIII.

Su espíritu de devoción.

I. Dos suertes de devoción.—Oración.—Su modo de meditar.—Efectos que en la meditación sentía.—Razón de sus sequedades.....	309
II. Lectura.—Misa.—Comunión.—Presencia de Dios.—Libertad de espíritu.....	318
III. Recreaciones.—Cuidado y empeño que en ellas ponía.—Sorpresas agradables.—Los Padres se recrean con él.	323
IV. Las Academias espirituales.—La inventada por él cuán provechosa ha sido.....	329

CAPITULO IX.

El benjamín de María Inmaculada.

I. Juicio del P. Cepari.—Sentencias.—Favores de la Virgen.—Correspondencia de Juan.—La Coronita de las doce estrellas.....	333
II. Visitas á los Santuarios de María.—Conversaciones y	

	Págs.
desafíos.—Su afición al misterio de la Concepción Inmaculada.—Voto de escribir sobre este misterio.—Voto de defenderle.—Juicio del Card. Belarmino.....	338
III. Dictámen del P. Lugo sobre el poder de su valimiento en esta parte —De dónde le pudo nacer esta devoción....	343
IV. Devoción a San José.—A otros Santos.—Carta interesante.....	348

CAPITULO X.

Su encendida caridad.

I. Su amor a la religión.—Testimonios.—Estima de la vocación.—Suceso interesante.....	353
II. Amor a los de la Compañía.—Trato con los compañeros de estudio.—Servicios con todos.—Prudencia y cordialidad.—Su humilde disposición y afabilidad.....	361
III. Caridad con los enfermos.—Gracia señalada.—El catequista.—Resumen de sus virtudes.....	367

LIBRO CUARTO

Su enfermedad, muerte y gloria póstuma.

CAPITULO PRIMERO.

Su última enfermedad.

I. Desganas de la vida.—Vagos presentimientos.—El arguyente laureado.—La calentura le rinde.....	375
II. Va de mal en peor.—Inflamación pulmonar.—Su paciencia.—Visita de un joven filósofo.....	379
III. Le notifican el Santo Viático.—Pide perdón por escrito.—Preparación.....	384

CAPITULO II.

Vidico y extremaunción.

	Págs.
I. Recibe los últimos Sacramentos.—Declara su inculpable inocencia.—Los abrazos.—Visita del P. General.....	389
II. Un voto condicional.—Toma las armas.—Predice su muerte.....	395
III. Concurso de visitas.—Encargos y avisos.—Anuncio de su hora postrera.....	399

CAPITULO III.

Su agonía y muerte preciosa.

I. Apercibimiento.—Presiente la cercanía del combate.—Carácter de la enfermedad.—Quedan a velarle.—Letanía de los Beatos.—Canto final.....	407
II. Agonía.—Denuedo y descanso.—Pierde el habla.—Recomendación del alma.—Recobra la palabra.—Segunda pelea.—Victoria y serenidad.....	411
III. Qué sería la causa de la turbación.—Letanía de la Virgen.—Recógese como para dormir.—Vuela a la patria del descanso.....	417

CAPITULO IV.

Sus exequias y entierro.

I. Sentimiento general.—Elogio del P. Secco.—Llevan el cadaver a la iglesia.—Concurso y devoción.—Vistenle otra vez en la sacristía.....	421
II. Entiérrasele en la capilla de San Luis.—Carta del Padre General.—Milagros.—Desenterrado recibe sepultura en el vaso común.—Explosión de afecto.....	425
III. Traslación de las reliquias.—Última visura.—Urna del Santo.—Su corazón.—Sus manuscritos.....	432

CAPITULO V.

La beatificación y canonización,

	Págs.
I. Empiezan las informaciones.—Instrúyense los procesos.—Prosecución de la causa.—Segunda y tercera interrupción.—Fállase la causa de las virtudes y milagros.—La Beatificación.....	437
II. Los tres milagros auténticos.....	442
III. Reesúmese la causa.—Los dos milagros requeridos.—Celebrase la Canonización.....	447

CAPITULO VI.

Paralelo afortunado.

I. Comparación entre los tres Santos jóvenes.—Documentos relativos á los tres.....	453
II. Cotejo de San Juan con San Luis.—Cotejo con San Estanislao.—Confiérense los tres cuanto á las principales glorias... ..	458
III. Prosigue el paralelo sobre otras gracias ordinarias y extraordinarias.—San Juan digno compañero de sus dos hermanos mayores.—Decretos de Canonización.....	465

DECRETUM.


Romana Seu Mechlinien. Canonizationis Beati Ioannis Berchmans confesoris scholastici e Societati Jesu.....	471
--	-----

DECRETUM.

Romana Seu Mechlinien. Canonizationis Beati Ioannis Berchmans confesoris scholastici e Societate Jesu.....	475
--	-----



PRÓLOGO


 ON maravilloso acuerdo procede la Iglesia, nuestra Madre, en aplicar á la gravedad de los males la eficacia del remedio. “Lo que con más estudio procuran los hijos de mentira es divorciar de la saludable enseñanza de la Iglesia la institución de la juventud, para más á mansalva pervertir con solapados errores, y corromper con toda suerte de vicios la ternura y docilidad de sus almas.” Con el sentimiento de estas voces deploraba el Santísimo Papa Pío IX, á 8 de Diciembre de 1864, el malestar general de la moderna sociedad.

En 28 de Mayo siguiente, como si hubiera hallado en la virtud de Juan Berchmans lenitivo eficaz á su dolor, desahogó su paternal pe-

CAPITULO V.

La beatificación y canonización,

	<u>Págs.</u>
I. Empiezan las informaciones.—Instrúyense los procesos.—Prosecución de la causa.—Segunda y tercera interrupción.—Fállase la causa de las virtudes y milagros.—La Beatificación.....	437
II. Los tres milagros auténticos.....	442
III. Reesúmese la causa.—Los dos milagros requeridos.—Celebrase la Canonización.....	447

CAPITULO VI.

Paralelo afortunado.

I. Comparación entre los tres Santos jóvenes.—Documentos relativos á los tres.....	453
II. Cotejo de San Juan con San Luis.—Cotejo con San Estanislao.—Confiérense los tres cuanto á las principales glorias... ..	458
III. Prosigue el paralelo sobre otras gracias ordinarias y extraordinarias.—San Juan digno compañero de sus dos hermanos mayores.—Decretos de Canonización.....	465

DECRETUM.


Romana Seu Mechlinien. Canonizationis Beati Ioannis Berchmans confesoris scholastici e Societati Jesu.....	471
--	-----

DECRETUM.

Romana Seu Mechlinien. Canonizationis Beati Ioannis Berchmans confesoris scholastici e Societate Jesu.....	475
--	-----



PRÓLOGO


 ON maravilloso acuerdo procede la Iglesia, nuestra Madre, en aplicar á la gravedad de los males la eficacia del remedio. "Lo que con más estudio procuran los hijos de mentira es divorciar de la saludable enseñanza de la Iglesia la institución de la juventud, para más á mansalva pervertir con solapados errores, y corromper con toda suerte de vicios la ternura y docilidad de sus almas." Con el sentimiento de estas voces deploraba el Santísimo Papa Pío IX, á 8 de Diciembre de 1864, el malestar general de la moderna sociedad.

En 28 de Mayo siguiente, como si hubiera hallado en la virtud de Juan Berchmans lenitivo eficaz á su dolor, desahogó su paternal pe-

cho con estas graves palabras: "Porque la juventud es como el fundamento en que estriba el resto de la vida del hombre, y porque sale él con suma dificultad del sendero por donde una vez entró durante el verdor de los años; á fin de que á nadie pueda servir de excusa la flaqueza de la edad, ni la debilidad de fuerzas, para abandonar el camino de la virtud; Dios nuestro Señor ha dispuesto en los designios de su infinita sabiduría, que de trecho en trecho floreciesen en su Iglesia mancebos insignes en santidad, á quienes cuadrarse perfectamente aquella notable sentencia: *recorrió en breve tiempo larga carrera de años*; mancebos, conviene á saber, que, llenos de merecimientos, sobrepujasen el corto espacio de la vida colmadamente, y convidasen á sus semejantes con el atractivo de su ejemplo, á hollar en sus mismas pisadas. Entre estos hemos de contar á un hijo de la Compañía de Jesús, al Venerable Juan Berchmans, el cual con tanto cuidado guardó sin mancilla la inocencia bautismal, y adornó su alma con el lustre de tan relevantes virtudes, que parece lucir en el glorioso firmamento, cual astro desconocido, iluminando con la viveza de sus rayos, no tanto la sociedad religiosa que le acogió en su seno, cuanto la dilatada extensión de la Iglesia universal."

La majestad de estas expresiones, tomadas del Breve de Beatificación, muestra á las claras la dolencia de nuestro siglo. En ningún tiempo hubieron menester de tan poderoso freno las pasiones de la juventud, en ninguna época se han sentido los jóvenes tan solicitados, como en la nuestra, al abuso de la depravada libertad. Y cuando gran parte de ellos corre por la senda del vicio, poquitos son los que se declaran seguidores de la virtud. Lo cual, visto por el inmortal Pío IX, y conociendo con lumbré superior que Dios ha querido en Juan Berchmans abrir á la juventud senda fácil y segura para el cielo, le introdujo y presentó á la faz del mundo todo, diciendo: "A fin de proponer en estos tiempos calamitosos un acabado *modelo* á la imitación de la juventud acosada por los artificios de hombres astutos y sin fe, y con el deseo de facilitarle en el cielo un generoso *protector* que con su valimiento la defienda y libre de tantos peligros; Nos, movidos por las instancias de la Compañía de Jesús, otorgamos que el Venerable siervo de Dios Juan Berchmans, de la misma Compañía, pueda ser invocado y reverenciado con el renombre de Beato...."

Modelo y protector: bajo este doble aspecto mira la Iglesia á San Juan Berchmans, en or-

den á promover la salvación y perfección de la juventud cristiana.

Los veintidós años que vivió, sólo fueron, al parecer, tiempo de preparación para el apostolado; y, sin embargo, tuvo ocasión de entrar en relaciones con todas las clases de la sociedad eclesiástica, y á cada una debió parte de su educación, cooperando todas á la perfección de su santidad. Debíó el catecismo y los primeros pasos de cristiano á la mucha religiosidad de sus padres, los rudimentos de latín á un varón de virtud ejemplar, á un Cura párroco la instrucción y uso de los sacramentos, el estudio de humanidades, al Seminario Conciliar; los medios de continuarlas á la caridad de dos Canónigos, el crecer en la virtud á la Congregación de María, la retórica y perfección de seglar á un colegio religioso, á la capital de la cristiandad la última mano, la perseverancia en el bien y santa y dichosa muerte.

Pero mucho más importa considerar que en cada una de estas circunstancias en que Dios le colocó, salió *modelo* perfectísimo y ejemplar de toda virtud. San Juan Berchmans no es solamente dechado de novicios y religiosos, puede además presentarse como espejo de hijos de familia, de colegiales y sirvientes, de pupilos y congregantes, de compañeros y amigos, de

estudiantes y pedagogos. Lo apacible de su condición, la cordialidad de su trato, la actividad en los oficios, la inclinación al estudio, son cualidades que recrean y cautivan el ánimo del que en él las contempla; pero el cumplimiento exactísimo de los propios deberes y la entereza de su conciencia cristiana nos le dibujan tan edificante y perfecto, cual no es capaz de formar otro parecido ninguna escuela ni institución fuera de la Iglesia romana, y cual le demanda y necesita un siglo como el nuestro, que no sabe amar la virtud si no se le pone delante con la gracia de los hechizos. El corazón de los jóvenes, tan propenso á dulces afectos, fácilmente se apasiona por la hermosura de una vida que encierra tantos atractivos.

Concurre aquí otra muy particular razón. La edad juvenil es la edad de la imitación, es el tiempo de buscarse amigos, la época de elegir guía en la carrera de la vida. Desgraciado del que en este asunto yerra. Colocada la afición en un tipo cualquiera, es tan de cera el alma del joven, que sentirá en todos sus actos la influencia del escogido modelo, vivirá de sus aspiraciones, anhelará con sus deseos, pensará con él, apetecerá como él, él será su consejero, su norte, su refugio, el compañero de todos sus

pasos; pero si el ejemplar es perfecto y sazonado, aun después que la viveza de las pasiones extravie sus afectos, cuando el ardor destemplado disipe sus ideas y el amor del siglo le aparte del buen camino, no lograrán estos desastres borrar y desvanecer las primeras impresiones recibidas del edificante modelo que una vez se escogió. Tan importante es el acierto en la elección.

Los jóvenes que tratan de virtud, ora en el seno de una corporación ó en las aulas de un colegio, ya en las ocupaciones del hogar doméstico ó en el silencio de los claustros, no tengan por de mediano valor el ejemplo que en San Juan Berchmans la Iglesia les señala. Su vida está llena de accidentes, no extraordinarios y asombrosos, sino muy comunes y caseros. El ser las ocupaciones que le rodean las mismas que ellos tienen cada día entre manos, no debe servirles para mirar con menos estima la oportunidad de este perfectísimo dechado. Cuanto más menudas les parezcan las acciones del Santo joven, más obligados están á imitarlas, pues es constante que lo que á él le enaltecíó tan temprano á la cumbre de la santidad, fué el esforzado propósito de llenar cumplidamente las obligaciones de su estado. De su esfuerzo sacó centellas este nuevo astro,

con que brillar y recorrer el dilatado firmamento de las virtudes hasta subir á lo más alto y abrirse camino á la región de la gloriosa inmortalidad.

Para hacérsela á los jóvenes fácil de conseguir, es San Juan *protector de la juventud*. Singular providencia de Dios ha sido que la causa de su canonización haya tardado casi tres siglos en tocar á su debido término. Quí-solo así la divina Bondad, no sólo con el fin de dar tiempo á la prudencia humana para examinar de asiento y contrastar el mérito de sus virtudes, mas también para conceder un experto piloto á nuestro siglo precisamente, en que, más que en los pasados, la mocedad, por andar fluctuante en la fe, necesita poderosos estímulos que la apremien blandamente al ejercicio de la virtud.

El joven que siente los lazos tendidos á los pies de su inocencia, el que oye los silbos de sierpe que escupen veneno de pestíferas doctrinas, el que ve delante de sí la mano halagüeña que le brinda con la copa dorada, el que halla conjurados en su daño los domésticos y parientes, el que tiene vergüenza y no osa romper las cadenas de respetos humanos, el que gime afligido porque ansía el descanso de la soledad, todos aquellos, en fin, que de-

sean sentir y hacer la voluntad del Señor en el estado de su vida, levanten los ojos al cielo y acuérdense que allí tienen un amigo experimentado que por todos estos trances pasó, un protector compasivo dispuesto á darles la mano y á ponerlos en posesión de la cristiana libertad con el favor de su valimiento.

Cuán alegremente ensanche el corazón de nuestro atribulado Pontífice el favor del Santo mancebo, claro lo dicen las palabras siguientes expresadas en el decreto de Canonización: "En medio de tan grande corrupción de la juventud moderna, lo que en especial deleita los ánimos de los buenos es el ver al bienaventurado adolescente Juan Berchmans, propuesto para ser promovido en la Iglesia al culto de los Santos que reinan con Cristo en los cielos."

El deseo de mostrar á los jóvenes españoles los rayos hermosísimos que este nuevo Santo despide, me puso en la mano la pluma para extender en gloriosa carrera. Entre otras razones, me alienta el considerar que la juventud española es sin duda la más dispuesta para sacar de los ejemplos de San Juan Berchmans el fruto que la Santa Iglesia pretende.

Mas porque los hechos, ya que puedan ordenarse, no se pueden adulterar sin descrédito de la verdad histórica, conviene antes indicar

de qué fuentes han salido los que esta historia componen. Hemos tenido á la vista los documentos publicados por los PP. Vanderspeeten (1865), Cros (1870), Angelini (1888), Cervós (1888), que ofrecen noticias preciosas para esclarecer dudas y completar la vida escrita por el P. Ceparí, fundamento de todas, publicada en Roma (1627), y traducida con desaliño al castellano (1865); no obstante, hemos querido concebir particular consideración al texto del proceso informativo de 1742, que comprende las dos sumarias, de Roma (1622) y de Amberes (1623).

Por no convertir esta biografía en libro de notas y controversias eruditas, según la moda corriente, hemos querido apartarla de tropiezos y hacerla de fácil lectura y de provechosa moral. De gran momento era conservar en su vigor la fuerza de los testimonios; pero porque nunca la traducción llega á figurar el sentido y el aire original, mirando por la unidad ha parecido mejor declarar más por extenso unas veces, y otras usando de rodeos, las sentencias de los textos, sin añadir ni quitar de nuestra parte cosa ninguna que importe; por donde viene á ser que ningún hecho relatemos que no deba su autenticidad á firmas graves y autorizadas.

Sujetamos humildemente este tosco dibujo al juicio de la Santa Iglesia Romana, y, en conformidad con lo decretado por el Papa Urbano, retractamos con antelación cualesquier proposiciones que desdigan de la doctrina por ella profesada, si acaso por ignorancia ó inadvertencia las hubiéremos escrito.

Dígnese el Santo inspirar gusto de devoción á los que leyeren. Por muy bien lograda daremos nuestra diligencia si conseguimos despertar afición á las virtudes de este ejemplarísimo joven, á mayor servicio de Dios, honra del Santo y provecho de las almas.

LIBRO PRIMERO.

DESDE QUE EL SANTO NACIÓ

HASTA QUE FUÉ RECIBIDO

EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

(De 1599 á 1616).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sujetamos humildemente este tosco dibujo al juicio de la Santa Iglesia Romana, y, en conformidad con lo decretado por el Papa Urbano, retractamos con antelación cualesquier proposiciones que desdigan de la doctrina por ella profesada, si acaso por ignorancia ó inadvertencia las hubiéremos escrito.

Dígnese el Santo inspirar gusto de devoción á los que leyeren. Por muy bien lograda daremos nuestra diligencia si conseguimos despertar afición á las virtudes de este ejemplarísimo joven, á mayor servicio de Dios, honra del Santo y provecho de las almas.

LIBRO PRIMERO.

DESDE QUE EL SANTO NACIÓ

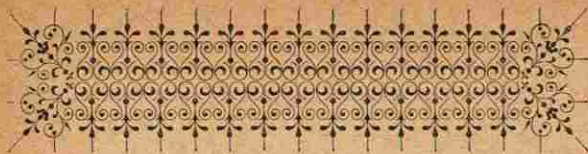
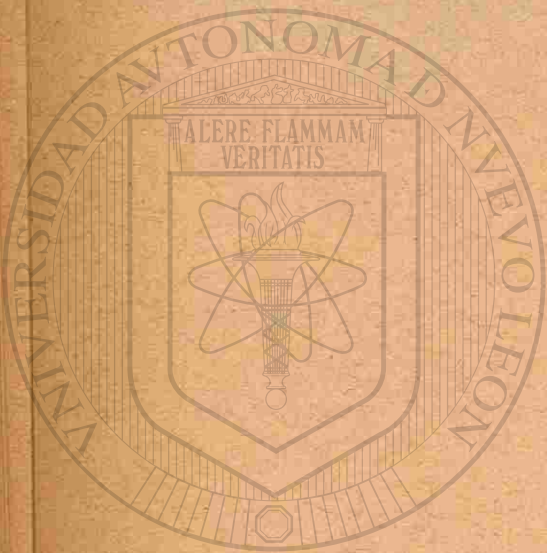
HASTA QUE FUÉ RECIBIDO

EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

(De 1599 á 1616).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO PRIMERO.

PADRES Y PRIMERA CRIANZA DE JUAN.

- I. Condición de sus padres.—Religión, cargos, posición social de las familias de entrambos.
- II. Nacimiento, bautismo, índole, enfermedad del niño Juan.—Su devoción precoz —Afanos de su piedad. — Competencia de varias familias en tenerle consigo. — Enfermedad de su madre. — Como Juan la regala y consueta.

I

En una villa de Flandes, por nombre Diest, á orillas del río Demer, á cinco leguas de Lovaina y diez de Bruselas, vivía á fines del siglo xvi un honrado artesano, unido en santo matrimonio con una honestísima consorte. Juan Berchmans é Isabel Vanden-Hove eran los dos esposos, que habían de alcanzar del cielo un hijo purísimo que mereciera por su santidad ser levantado al honor de los altares.

Nacidos ambos de muy cristianos progenitores, heredaron la excelencia de sus virtudes, logrando padres é hijos, con vida ajustada y lustre de buenas obras, mejor renombre que otros con la he-

rencia de rentas y títulos ¹. Abonada prueba de esto dió en declaración jurídica el cura párroco de Nuestra Señora de Diest, á quien la evidencia de tanta probidad y de tan raro mérito, obligó á encerrar el elogio de Juan Berchmans en el círculo de estas breves palabras: *era un varón cabal y cumplido*; declaración que repitieron á una todos los vecinos de Diest, confirmando con su testimonio que Juan había respondido perfectamente á las obligaciones de su oficio, y hecho rostro á los reveses de la fortuna con cristiana resignación.

Porque el cielo, que siempre había colmado á esta familia de bienes espirituales, anduvo más reservado en los temporales y terrenos. Ya antes, habiendo Juan principiado la carrera de los estudios con ánimo de granjear puesto en la república de las letras, forzado por la necesidad hubo de acogerse á la profesión de curtidor de pieles, único ejercicio que le proporcionaba medios de subsistencia.

Aquí no solamente su honradez suplía con grandes ventajas al esplendor de las riquezas, que los contratiempos habían arrebatado á su casa, pero correspondía también á la estimación pública, de que su familia había siempre gozado por ser una de las más respetables de la villa. Era hombre muy recto y justiciero, grave en sus acciones, amigo de tratar verdad, celoso del bien común, de cordura y prudencia grande; y estas prendas le hicieron tan acepto á los ojos de los naturales, que no dudaron en confiarle empleos y gobiernos

¹ Digna es de recomendarse la historia de los ascendientes paternos y maternos, desde el siglo xv, publicadas, á raíz de la Canonización, por el P. Vanderspeeten con el título *Histoire généalogique de la famille de Saint Jean Berchmans. Premier fascicule.*

importantes, llegando á juntar en su persona el cargo de corregidor y la dignidad de presidente del consejo, en cuyo desempeño, según que lo afirma un contemporáneo, pudieron venerar en él al defensor de la justicia y al protector del derecho ¹.

Más recomendable aun por su nobleza fué la casa de Isabel Vanden-Hove, entroncada con las primeras familias de Diest, Cools, Witten, Vander-Straeten. Era Isabel mujer discreta y apacible, recogida y casera, dada á las cosas de devoción, amorosa y diligente, muy puesta en criar y hacer buenos á sus hijos, tal, en fin, que el marido en su confianza descansaba y tenía con su trato por dichoso y afortunado ².

Aunque no les faltaban á los Berchmans y Vanden-Hove títulos para preciarse de tener vinculados sus nombres en los honores de la magistratura civil y militar, con mayor razón se gloriaban de contar entre los suyos á miembros del estado eclesiástico y religioso, que son los que constituyen la verdadera grandeza de la familia cristiana; tales fueron, Matías y Pablo hermanos de Juan, Adriano y Enrique hermanos de Isabel, que en sus prebendas y parroquias supieron realzar con ejemplos de santa vida las virtudes de sus mayores; no menos se aventajaron entre las almas consagradas á Dios, Elena Van Enckevort y Ana Berchmans sobrinas de Juan, y podían ser modelo á las más ejemplares Catalina y María sus

¹ *Publicae justitiæ defensor et a populo juris et æqui patronus semper habitus.* (Mss. de la Bibliot. real de Bruselas, n. 6271.)

² *Parentes habuit pios et a virtute maxime commendatos.* (Mss. de la Bibliot. Real de Bruselas, núm. 6271.)—*Patre viro perhonesto... matre foemina optima et pientissima.* (Proc. rom., pág. 398.)

hermanas, todo el tiempo que fueron beguinas en la casa de Diest ¹.

II

PRIMICIAS y honra colmada de este cristiano matrimonio fué nuestro Santo, Juan Berchmans. Nació el día 13 de Marzo de 1599; por caer en sábado, consagrado á la Reina de los ángeles, parece que la soberana Señora quiso adelantarse á tomar por su cuenta y á cubrir con el manto de su protección al recién nacido niño, que tan suyo había de ser. El día siguiente, domingo, fué regenerado en las aguas del bautismo, como consta en los registros de S. Sulpicio: fueron sus padrinos de pila, Adriano Claes y Gertrudis Van Steyvoert ². Pusiéronle por nombre Juan.

La gracia del santo bautismo no podía caer en natural más feliz, ni en complexión mejor dispuesta para recibir su influjo divino. Estaba aún en mantillas, y ya infundía respeto la serenidad de su rostro y enamoraba la suavidad de su vista los ojos y corazones. Un humor maligno corrióle por la cabeza, y se extendió y llegó á desfigurarle de suerte la cara, que el aspecto de tanta úlcera y de la gran flaqueza que le consumía, arrancaba á los presentes sentimientos de viva compasión ³.

¹ El instituto de las Beguinas, muy antiguo en Bélgica, es una asociación piadosa de mujeres, viudas ó doncellas, que, libres de votos solemnes y de clausura, viven dedicadas á obras de misericordia y á ejercicios manuales. (Dr. Hallman, *Hist. de l'orig. des Béghines de Belgique*, 1843.)

² *Martius, 1599. Parentes: Joannes Berchmans, filius Joannis et Elisabeth ejus uxoris. Filius bapt. Joannes.—Patrini Adrianus Claes, et Gertrades Van Stegvoert.*

³ *Puer ulcerosus ac pene hecticus ad videntium commiserationem, nunquam querulus aut matri difficilis fuit, nulliusque, quod omnes admirabantur, molestiae compertus.* (Proc. rom., pág. 355.)

Con serle la molestia insoportable, nunca salió de su boca, así lo afirma el Padre Bauters, no diré un ay de dolor, pero ni señal de queja, ni con los de casa ni con los de fuera; cosa que tenía atónitos á cuantos eran testigos de aquel inalterable sosiego, poco usado entre los niños que padecen.

Con otra no menor maravilla se hará ésta más creíble. El llanto, ley rigurosa á que van sujetos cuantos entran en este valle de lágrimas, hasta tal punto templó con nuestro niño la fuerza de sus rigores, que no había menester su madre enjugarle los ojos, ni acallar sus clamores; ora le tuviese en el regazo, ora le reclinase en la cuna, tanto si le sentaba junto á sí, como si le confiaba á manos ajenas, la dichosita criatura permanecía de un temple, ni era evento alguno parte para turbar la tranquilidad de su apacible semblante.

Mirábase la madre con amor en su querida prenda, y mientras que con los desvelos traspasaba en el infante la fuerza de sus virtuosas inclinaciones, y con los ojos y caricias se las imprimía, y aun con las dulzuras y palabras tiernas se esforzaba en infundir en aquella alma el conocimiento de las cosas del cielo, el niño Juan parecía despedir rayos de inteligencia anticipándose á la edad. Regalábase la piadosa madre, y no le cabía el alma de placer viendo con qué afecto repetía el niño los dulcísimos nombres de Jesús y María, que fueron los primeros acentos que de sus balbucientes labios recogió.

Ella, que se reconocía deudora de tan gran tesoro al soberano Dador, ¿cómo no había de empeñar sus afanes en criarle para el cielo? Presentábase muy á menudo delante del santo altar, ro-

tionem, nunquam querulus aut matri difficilis fuit, nulliusque, quod omnes admirabantur, molestiae compertus. (Proc. rom., pág. 355.)

gando á la divina bondad con todas veras, no permitiese que el negro pecado hiciera presa ni ensangrentara sus uñas en la inocencia de aquel cordeuelo. No bien hubo apuntado el primer uso de la razón, cuando ella y su marido le enseñaron á reverenciar en todo lugar á la majestad de Dios, á rezar las oraciones del cristiano, inspirándole horror á la más leve sombra de culpa que pudiera discontentar á nuestro Señor, y el niño, dice el P. Frizón, en su indole dócil como en cera blanda dejaba estampar los saludables consejos, señal manifiesta de cuán prevenido estaba con las bendiciones del cielo.

No tardó en dar indicios de ingenio penetrante. Para cultivarle púsole su padre en manos de un piadoso maestro. Cuál fuese su proceder en estos áridos rudimentos de primeras letras, harto lo demuestran su constante aplicación y el porte de vida irreprochable que siempre guardó. Pintábasele en la compostura del semblante aquella bondad de su alma y madurez de juicio enemiga de los juguetes y entretenimientos, que casi nacen con los niños. Cuando al salir de la escuela volvía á casa, llamaba á la puerta con sosiego y moderación; si tardaban en abrir, por no estarse ocioso, en vez de repetir aldabazos con impaciente anhelo, como suelen los menos juiciosos, acompañado de su angelical modestia encaminaba los pasos á la iglesia inmediata, y allí, las rodillas por el suelo ante el altar de la Virgen Santísima, se ponía á rezar, logrando en bien de su alma el tiempo que tal vez perdiera á la puerta de su casa ¹. ¡Qué

¹ *Cum pulsaret et non intrmitteretur, non ut alii pueri impatientius in ostium incurbat, sed tranquillissime in vicinam aedem ibat Biae. Virginis persecuturus quinta vel sexta rosaria.* (Proc. rom., pág. 356.)

mucho que á pesar de ser, al decir de los que le trataron, de genio vivo y despierto, jamás le cogieran en disputas, y mucho menos en pendencias con los niños de su edad!

Su abuela, María Van Steyvoert, mujer sencilla y devota, amábale con extremo. Muy solícita en cuidar del nietecito, reservaba para sí el cargo de despertarle por la mañana. Mas, ¿cuál fué su sorpresa cuando comenzó á reparar que la diligencia del niño andaba más en su punto que su propio desvelo, y que, como acusando de remisa toda su solícitud, más de una vez, en el corazón del invierno, había el intrépido muchacho (que contaba apenas siete años) sabido hallar traza de madrugar, levantarse y salir de casa aun antes de rayar el alba? Y preguntado por qué se daba tanta prisa en madrugar, respondía con mucha lisura, que el deseo de aprovechar y ganar tiempo le traía desvelado, y le estimulaba á oír algunas misas antes de ir á la escuela. Respuesta que aun en mancebos mayores fuera muy digna de asombro.

Lo demás del día gastaba en ejercicios de estudio y devoción. Escondíase en lugar retirado de casa, y allí encomendábase á Dios, ó leía, cuando lo supo hacer corrientemente, en algún libro devoto, con que se recreaba su alma, en especial si hablaba de los padecimientos y amor de nuestro Señor Jesucristo. ¡Cuántas veces estando á la mesa con la familia era de ver cómo, abierto delante de sí el libro espiritual, iba leyendo por él, apacentando su espíritu con el deleite de la lectura, en tanto que daba al cuerpo el sustento necesario! ¡Rara correspondencia á los toques de la gracia en un niño de ocho años!

III

Las gracias de la inocencia y las luces de la devoción daban al rostro de Juan un celestial encanto. Parábanse muchos á contemplar aquella suave modestia de los ojos, aquella sonrisa que le jugueteaba sin cesar en labios y mejillas, aquella compostura de todos sus movimientos, y no sabían irse á la mano sin expresar la verdad de su embeleso, aclamando á su madre por dichosísima en la tierra. Isabel respondía con acción de gracias al Señor por los dones que en su ángel (así le llamaba) se había servido depositar, y de camino ponderaba las demostraciones de respeto, los extremos de su mansedumbre, la prontitud de la obediencia, las finezas de afecto, los rasgos de candor: no sospechaba la sencilla mujer que con enaltecer tanto las prendas del niño, no hacía sino interesar la afición de muchas madres, que á vista de sus hijos aviesos y mal acondicionados, suspiraban por la compañía del ángel de Isabel, para afearlos con más libertad sus desobediencias y mal comportamiento.

Algunas hubo que lograron introducirle en casa, y aun alcanzaron el favor de tenerle á la mesa, con intento de ponerle á los suyos delante como espejo donde aprendiesen modestia y buena crianza. Mas, porque por menores motivos se originan pesadumbres entre familias amigas, acaeció que Juanito Berchmans vino á ser blanco de reñida competencia entre algunas señoras rivales, que, si creemos al P. Bauters, se hacían pagar mutua-

mente bien cara la victoria en esta porfía¹. Echáronlo de ver sus padres, y temiendo el escollo en que viene á dar con semejantes agasajos el candor de la tierna edad, opusieron formal resistencia, y sin usar de contemplaciones con el contentamiento ajeno, cerraron de una vez la puerta á las instancias de los importunos. Porque como entendían cuán buena alma le había cabido en suerte á él, y á ellos cuán grave obligación les corría de tenerla asegurada de malas compañías, que son el veneno de la primera edad, le criaban vigilantísimamente, sin consentir que de fuera ni de dentro de casa se le pudiese pegar algún resabio de corrupción. Prudencia verdaderamente cristiana, de que hacen menos caso aquellos padres, que, escudados en la ninguna malicia de los niños, los exponen á frecuentes ocasiones; ignoran tal vez que al abrir el niño los ojos á la luz de la razón, es dificultoso que no dé al través con su inocencia, si se ve rodeado de objetos seductores.

Muy bien se le lucía al niño Juan el recato de sus padres en la sencillez de sus costumbres. Sobre la vigilancia de ellos andaba el cariño de Dios, tan solícito que no cesaba de despertar en el fondo de aquella alma saludables recelos y temores. Bien es verdad que no tenía el agraciado niño por qué prevenirse contra las caricias de la familia, harto cristiana por cierto para no condescender con ligerezas, que suelen ser con el tiempo dañosas á esta edad; pero luego conoció la necesidad de armarse contra los asaltos que de fuera le podían venir. Dábanle en rostro demostraciones impertinentes.

¹ Ita quemque ista morum decentia rapiebat ut honestissimorum virorum, pro alendo domi suae jam tum puero, pia fuerit contentio piaequae exercitiae inimititiae eo quod angelo privarentur. (Proc. rom., pág. 3519.)

La sombra misma del peligro traía azorada su modestia, y porque un día le quisieron echar un remiendo en el vestido, fué menester aguardar á que se le hubiese quitado, porque nunca se pudo recabar de él que, ni aun para semejantes servicios, permitiese que manos de mujer le llegasen al pelo de la ropa¹. Aún de sus tías y primas afirma el P. Bauters, que cuando intentaban, siendo más pequeño, regalarle con besos y mimos, valiéndose él del desasosiego, cuando no de lágrimas y sollozos, sacudía con fuerza sus tiernos bracitos, en que daba bien á entender el horror á los importunos halagos.

Nueve años cumplidos tendría cuando quiso Dios hacer prueba de la virtud de su madre y pasarla por el fuego de la tribulación. Visitóla con penosas y recias enfermedades, que le duraron hasta la muerte y la tenían con frecuencia rendida en la cama. Aquí fué para este ángel el pasar á su cabecera todos los ratos que podía, aquí el proveer con cuidado á la necesidad de los hermanitos menores², aquí el desvelarse en el servicio y regalo de la enferma, aquí el parecerle poca toda su industria en doblar afanes y prendas de cariño filial, aquí en fin, el trabar á menudo con ella discursos sobre la paciencia y resignación á la divina voluntad, tan discretos y llenos de unción, que (afirma quien lo oyó) el predicador más sesudo no lo hiciera con más aplomo. El pasmo y el amor excitaban en la enferma lágrimas de puro consuelo³.

Estaba un día en lo más recio de los dolores;

1 Proc. rom., pág. 352.

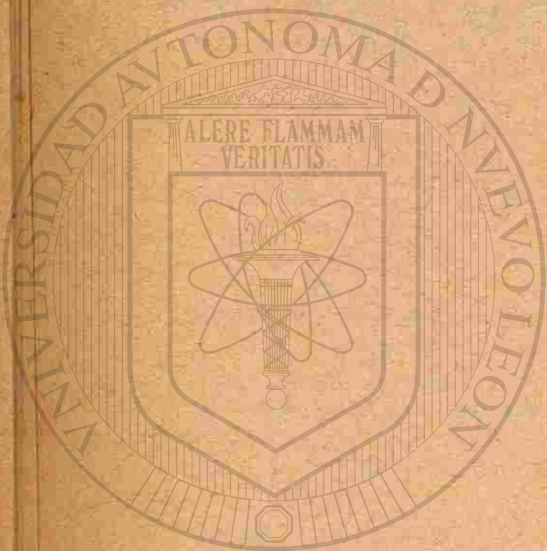
2 *Reliquos fratres suos male agentes increpabat.* (Proc. rom., pág. 351.)

3 Proc. rom., pág. 348.

partida el alma de pena, despedazado el cuerpo de tanto padecer, rendido el espíritu á las congojas de tantos tormentos, parece vino á flaquear por un instante la paciencia de la pobre Isabel. Manda llamar á su ángel. No bien hubo entrado y arrimándose á la cabecera de la cama, sintió la madre notable alivio en sus penas, y desvanecida la nube de mortal melancolía, recobró la quietud é igualdad de ánimo. Esta suerte de prodigiosa victoria, que la presencia del bendito niño parecía haber alcanzado en trance tan peligroso, acrecentó en la opinión de la enferma el concepto de su virtud. Desde este momento, dice el P. Frizón, ya no se hallaba bien la madre sin la asistencia del hijo. Y no la costaba mucho tenerle siempre delante y recibir con su vista consuelo. Porque quien tan colgado tenía su gusto del de sus padres, claro está que le experimentaba singular en el retiro de casa, donde se hurtaba además á las muchas ocasiones que suelen exponer á mil géneros de asaltos y caídas el genio bullicioso de los niños. Al nuestro érale como natural el amor de la soledad; de ella sólo le arrancaran los deberes del estudio y devoción. Con gran propiedad pudo decir uno de sus maestros, que era cosa tan nueva verle en la plaza, como extraña no hallarle en el templo¹.

1 *Ipsé a viliis, quibus puerilis aetas inquinari solet, semper immunis et hoc de eo omnibus quibus hoc patuit, quippe domesticis, innotuisse: illum licet puerum nihil tam puerile nunquam egisse.* (Proc. rom., pág. 351.)





CAPÍTULO II.

EL NIÑO APLICADO.

- I. Estudia Juan la lengua latina.—Testimonio de su maestro.
- II. Determinan sus padres darle carrera.—Peligros y dificultades.
- III. Pedro Emmerick abre un Convictorio.—Los niños de Emmerick.—Pretende Juan ser convictor y lo alcanza.

I

A los diez años, como hubiese aprendido en la escuela elemental á leer y escribir, pasó á la de latinidad. Dirigía en aquella sazón los estudios de la villa un varón diestro y prudente, por nombre Valerio Van Stiphout. A este preceptor confió Juan el niño, para que cultivase su ingenio y tomase á cargo formar su inexperto corazón. Al intento cooperó Valerio felicísimamente por espacio de cuatro años. Si en la escuela de primeras letras había el niño Juan dejado atrás á muchos otros, en ésta bien pronto aventajóse con exceso á todos los estudiantes. Su prodigiosa memoria y precoz comprensión se llevaban los ojos de todos, pero mucho más los traía suspensos su constante aplicación. A las pregun-

tas del maestro respondía casi siempre oportuna y discretamente, y no poco realizaban la discreción de las respuestas el comedimiento y la mansedumbre en que andaban envueltas; relevantes cualidades que tenían granjeada la voluntad y estima de Valerio Van Stiphout, como lo hizo notorio en la siguiente declaración por estas palabras:

Había entrado en los diez años cuando me encargué de su enseñanza; pasados los precedentes en primeras letras, estudió conmigo rudimentos de lengua latina. El ardor con que la emprendió, ayudado de su capacidad natural, en breve le puso al nivel de los más adelantados, y aun ganó por la mano á los antiguos compañeros de clase. Mis explicaciones penetraban en su mente sin dificultad, y con aquella facilidad que tenía de abrazar cuanto yo explicaba, bastábale oír ó leer una vez sola, para dar al punto de memoria cosas que otros con trabajo de muchos días apenas lograban aprender. De aquí nació el cobrarle yo tanto cariño; creció la estima hasta los términos de la admiración, y aquí fué el mirarle como prodigio y pregonarle por modelo para despertar la emulación en mis estudiantes.

Sin embargo, mal habría quedado su empeño en adelantar en letras, si no hubiera andado unido con un afán igual, ó mayor, de lograr la gracia divina para aprovechar en virtud. Dábase al cultivo de la devoción con esforzado ahínco. Hula como peste la compañía de muchachos discolos y viciosos, como si temiera que emponzoñase su alma el hálito contagioso que respiran los tales; no por eso dejaba de ingeniar trazas para rendir los corazones con aquel

su trato sencillo, y hacérselos suyos con la insinuación y ternura de su blando genio.

Era de cuerpo bien proporcionado y de muy buen parecer, y cual el cuerpo tal el alma que le regia. Ignoraba hasta el nombre de los vicios que por desgracia suelen hacer tanto estrago en las costumbres de los jóvenes; para más recatarse de las compañías, apenas se juntaba con los condiscípulos fuera del aula; unas veces tomaba el camino de su casa sin detenerse, otras se recogía en alguna sala á proseguir el estudio, otras se recreaba con algún juego tranquilo y sencillo en compañía de uno ó dos amigos de confianza.

Preguntóme un día su padre por el aprovechamiento del niño. Yo le respondí, bien me acuerdo todavía: ¡Oh mi querido Berchmans, qué dicha la tuya! Gósome por la suerte que te cabe de ser padre de tal hijo, y por los días de consuelo que te esperan de su aplicación y virtud. Yo no acabo de darme á mí mismo el parabien de la honra que me ha de acarrear.—¡Ah! si Dios me le hubiera conservado muchos años, á dónde habría llegado quien corría con paso igualmente rápido por el camino de las letras que por el de la virtud, quien daba con su impulso movimiento á toda mi clase, tan superior á todos en talento y devoción cuan inferior en edad, y de condición tan noble que tenía puestas sus complacencias en aquellos ejercicios en que el espíritu se aguza y la virtud se robustece¹. Hasta aquí el dictamen de Valerio Van Stiphout, firmado á 20 de Octubre de 1621.

¹ Proc. rom., pág. 328.

II

No se le encubría á la perspicacia del padre lo que las prendas de su hijo encerraban de precioso, y podían prometerle de halagüeño. A no haber tomado por norma de conducta los principios de la religión, hubiera dado sin duda en el achaque común á tantas familias, que, entregadas á manos de los sueños dorados de ambiciones y codicias locas, no reparan en avasallar y traer por fuerza á sus pies la voluntad de los hijos, para que sirvan con las gracias naturales al logro de sus vanísimos intentos. Por el contrario, el de los padres de Juan se cifraba únicamente en guardar para servicio de Dios aquella preciosa joya, cuyo inestimable precio conocían ellos mejor que nadie.

Pusiéronse á pensar en su carrera definitiva. Iba el niño á entrar en los once años, y la serenidad de su frente, y la dulzura de sus ojos, y lo apacible de su trato, y lo sencillo de sus costumbres, y el fervor de la aplicación, y la afición de la piedad, todo, en fin, les daba señales de un alma purísima, refrescada con el temple del favor divino, tanto más digna de traer inquieta la vigilancia de padres cristianos y de avivar sus desvelos, cuanto más al ojo podían ver los enemigos que cercarían sin falta aquella fortaleza guarnecida de virtudes, para tentar la entrada y saquearlas si pudieran. Porque como si la edad del niño, el temperamento sanguíneo y el natural afectuoso no bastaran á fundar serios temores, venían á darles

color y cuerpo el largo trecho que distaban de su casa las escuelas, la compañía de muchachos desconocidos, la peste de las conversaciones, el contagio de los malos ejemplos, á vueltas de cuyos inconvenientes pierde ¿qué duda tiene? bien pronto su resplandor la más acendrada virtud, si anda Perezosa la diligencia de los padres, y por eso los de Juan, á trueque de conjurar tantos riesgos, creían corto todo el caudal de su cristiana prudencia, y ni aun de sí propios osaban fiarse.

Allegábanse á estas consideraciones de los peligros de fuera, otras que, en vez de desvanecerlos, más bien los acrecentaban con los peligros de dentro; parte porque estando la madre habitualmente enferma y, por decirlo así, cosida en la cama, y el padre atareado á las faenas de la tenería, toda vigilancia se hacía insuficiente para contentar los deseos de entrambos; parte por las muchas visitas de gentes diversas que por razón del cargo público tenía el padre que despachar, y también por el cuidado de los domésticos que se veía precisado á tener á jornal bajo su mismo techo, de cuyo trato y costumbre no podía el niño quedar mejorado, sino antes expuesto á la disipación y licencia. En medio de tantas angustias, espoleados por el santo temor de Dios, que es muy consultivo, comenzaron á entrar en pensamientos de poner todo su esfuerzo, pospuestas las comodidades de la casa, en buscar asilo donde tener á cubierto de los tiros de la malicia la inocencia de su ángel y proveerle de sólida educación aun á costa de penosos sacrificios.

III

Por este tiempo, el celo, que no sabe estar ocioso en almas generosas, había despertado en la de Pedro Emmerick, párroco de Nuestra Señora de Diest, religioso premonstratense de experimentada virtud, el intento de formar ministros del santuario criándolos en letras y temor de Dios. Dentro de su misma casa, junto á la iglesia de Nuestra Señora, construyó local conveniente; y aunque le tenía abierto á todos, admitía con preferencia á los que por sus buenas inclinaciones daban muestras de ser escogidos para el ministerio sacerdotal.

El plantel de Pedro Emmerick producía frutos de bendición, que sea en la calle, sea en el templo, se hacían bien reparar en el recogimiento y compostura con que sus alumnos tenían suspensa la atención de los transeuntes.

Poníase á mirar nuestro Juan aquella turba dichosa, y se le iban los ojos y deseos tras el vestido talar y modesto que tan bien cuadraba con su inclinación. Callaba disimulando, y guardaba para mejor coyuntura la insinuación de su gusto. Mas Dios, que tenía dispuesto encomendar á Pedro Emmerick el cuidado de echar en su alma los cimientos de la virtud, para sobre ellos levantar el edificio de altísima santidad que premeditaba, no tardó en ofrecerle traza y ocasión oportuna.

Un día, en que por su aplicación había merecido Juan la palma en un certamen de latín, como el

maestro Stiphout le diese el parabién delante de su padre, quedóse éste enternecido de amor y satisfacción, y no cabiéndole el corazón en el pecho, quiso poner en los labios de su hijo la elección del premio que correspondía á los lauros merecidos.

A la propuesta del padre, ¿qué gracia había de pedir el aficionado estudiante sino la de vestir el traje de clérigo y de vivir con los colegiales del P. Emmerick? Tanto pudo con la voluntad del padre esta salida del hijo, y el hablarle á propósito de lo que menos esperaba y más se temía, que como si fuera Dios quien por boca de un ángel le hablase, sin vacilar en contrarios afectos, se rindió á las instancias, y echándose en brazos de la adorable Providencia, que aquel negocio trazaba, le presentó unos días después al venerable sacerdote, el cual le recibió con tanto mayores muestras de contento, cuanto le había dado ya con más claridad en los oídos tiempo hacía la fama de sus virtudes y aplicación.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPÍTULO III.

JUAN BERCHMANS COLEGIAL DE NUESTRA SEÑORA.

- I. Sus impresiones al entrar en el Convictorio.—Primeras pruebas.—Aprende á tener oración.—Siente deseos de comulgar.—Confesión general.—Primera Comunión.
- II. Va progresando en la virtud.—Frecuenta los Sacramentos.—Su amor á la soledad y oración.—Su conducta en cátedra y en casa.
- III. La Virgen de la Encina.—Tierna devoción de Juan á la Virgen.—Hace voto de virginidad.
- IV. Notable testimonio de su director.

I

TENÍA Juan sus delicias en la casa paterna, y libremente podía extender las alas de su devoción, mas luego que hubo entrado en el colegio de Pedro Emmerick y gustado las dulzuras del retiro, al verse más cerca de su divina Majestad teniendo en casa á Jesús sacramentado, ¿quién dirá el consuelo de su alma, y aquel no hartarse de dar gracias á Dios y de apellidarse dichoso? Si miraba en torno suyo, hallábase rodeado de virtuosos compañeros que espolcaban sus deseos; si ponía los ojos en el superior, descubría en él la solicitud de cariñoso padre; si

contemplaba su propia persona, veíala condecorada con el hábito talar y coronada con la tonsura clerical; y estas eran voces eficacísimas que resonando en el corazón levantaban su espíritu, encarecíanle su dicha y le decían más claramente cuán poco cuadraban con la nueva situación los antojos y travesuras de la niñez.

Aguijado por estos estímulos, tomó muy á pechos los deberes de colegial. Lo primero que hizo al entrar fué encargarse de varias ocupaciones propias de criados, sin perdonar sacrificios en razón de servir al colegio. Para acudir más puntual á los que visitaban al señor Cura, solía ponerse con los libros junto á la puerta de entrada: al sonar la campanilla, por más embebecido que se hallase en el estudio, suspendía la tarea por suplir el oficio de portero.

El día que estrenó el traje de clérigo, no tuvo empacho de pasar por tal, ni de llevar abierta la corona, aunque no lo estilasen entonces en Diest los muchachos de su edad. Esto es lo que sabemos de Pedro Emmerick. Otro testigo declaró que á fin de protestar con más brío contra las insolencias y mordaces chanzonetas de los herejes, se hacía abrir la corona con frecuencia. Aquel vestido humilde y sencillo á las claras demostraba que tenía puestas debajo de los pies las honras y vanidades del mundo. Los días de salida en que si iba á su casa era para consolar á la madre enferma, se preciaba de llevar levantado el cuello del manto á imitación de los sacerdotes, aunque ningún colegial lo hiciera así; y como le instasen que se lo bajase y anduviera como ellos, hizolo al punto con agrado, añadiendo con disimulo: Poco va en ello.

El espíritu de Dios pareció tomar por su cuenta

el amaestrarle en el arte difícil de tener oración. Esto demuestra cómo á la edad de once años se aplicaba ya á meditar los misterios de la Pasión, y andaba cada viernes á pie descalzo las estaciones del *Via Crucis*¹. La meditación encendió en su pecho un vivo amor á Jesucristo. Para orar con más quietud buscaba el sosiego de la soledad. Era cosa edificante verle en oración, el cuerpo inmóvil, las manos juntas, los ojos ya modestamente bajos, ya descansando blandamente en el sagrario, ya clavados devotamente en una imagen. Su actitud, avivada por la celestial expresión de su hermosura, llevaba tras sí los ojos de los compañeros, que hallaban satisfacción en mirarle, y cobraban á cada mirada nuevos alientos para hacer otro tanto.

Al sabor que sentía en las cosas de Dios juntábase el profundo respeto con que las trataba. Bastaba verle, sentado por lo común en el suelo, cuando oía el sermón, para colegir que no escuchaba la voz del hombre sino la palabra de Dios. Llamábale la afición á servir en los ministerios del altar, y lo hacía con grande aseo y primor²; pronunciaba las palabras con pausada claridad, ordinario indicio de reflexión y reverencia. En

¹ *Passionis mysteria meditari identidem edoctus, rosaria subinde quina aut sena in dies, saltem sextum unum, tanquam pensum Virgini matri persolvebat.* (Proc. rom., pág. 340.) Diversamente entienden los historiadores la tosquedad de estas palabras latinas. El P. Vanderspeeten interpretó que rezaba cinco ó seis partes de rosario al día; el P. Cros, cinco ó seis dieces; el P. Angelini cree que pasaba muchos rosarios de cinco ó de seis decenas; el P. Ceparí dice que rezaba la corona. No nos toca definir este pleito; no puede dudarse que cada día rezase ó la corona de Santa Brígida ó una tercera parte de rosario; si una ó muchas veces, de su tierna devoción todo se puede presumir.

² *Sacro nitidissime serviebat.* (Proc. rom., pág. 332.)

esto y en el fervor con que obraba parecía abra-
sar lo serafín.

De los labios de su madre había aprendido mu-
cho antes, que Nuestro Señor Jesucristo mora en
el Santísimo Sacramento del altar para darse en
alimento á los hombres, y suspiraba por el día en
que se había de unir por amor con su Dios; mas
reputándose indigno de tan inestimable merced,
ahogaba en el pecho las ansias sin osar comuni-
carlas. Un día muy solemne, como viese que va-
rios niños se acercaban á la sagrada mesa á reci-
bir el Pan de ángeles, bien que en tales ocasiones
solía sentir deseos vehementes de comulgar, pero
ahora, resonando con más fuerza en su interior los
amorosos golpes, parecióle oír una voz extraordi-
naria que le decía secretamente al alma ser lle-
gada ya la hora de juntarse por amor entrañable
con la Divina Majestad.

No le sufrió el corazón la tardanza, y así trató
luego con el P. Emmerick de cómo se dispondría á
celebrar la primera Comunión.

Confesóse primeramente de toda la vida. Y es
cosa bien digna de notarse, como el Padre declaró,
que de los muchos estudiantes que se criaban en
casa, nuestro Juan fué el primero en hacer con-
fianza de él abriéndole enteramente el pecho y de-
positando en sus manos la llave de sus secretos.
En este hijo espiritual descubrió el sabio confesor
una candidez de paloma y una pureza tan singular,
que estuvo perplejo si le daría la absolución.

No juzgó, pues, conveniente retardar por más
tiempo la ejecución de tan santas aspiraciones.
Encargóle que se aperciese con más oración y
con actos de perfectas virtudes, para gustar y
comer el divino manjar con más fruto. Preparóse
Juan con exquisita diligencia extendiendo los fer-

vores adonde no suele llegar el común de los jó-
venes. A los padres se les dió parte del próximo
afortunado día en que había de ser admitido por
vez primera el angélico Juan Berchmans al celest-
ial banquete; en él recibió con gran fervor á Jesús
sacramentado y todos los bienes juntos de manos
de Pedro Emmerick. En el momento de hospedar
al Dios de la majestad, cuéntanos el Padre que en
toda su fisonomía se dibujaba una expresión extra-
ordinaria y sobrehumana: la compostura de su
exterior, el rostro encendido, la alegría del sem-
blante, anunciaban el deleite, el fuego y recogim-
iento interior.

II

ESTA entera posesión tomada por el Hijo de
Dios en el pecho del santo colegial, tuvo efec-
tos que pronto se hicieron patentes. Si en su
proceder había sido hasta entonces edificante, hizo
extremos ahora por mostrarse más fino y cumplido
con nuestro Señor. Desde el día que prendió la
gracia del Sacramento y se arraigó en su voluntad,
pareció desasido totalmente de las cosas criadas,
como quien intimamente se había abrazado con el
Criador de ellas. En breve entabló la costumbre de
confesarse cada ocho días y de comulgar cada
quince, sin contar las fiestas de Cristo y de la
Virgen Nuestra Señora ¹.

¹ *Annis vix expletis duodecim tanta confessionis ducebatur
religione, ut per dies octo integros, quam singulis octonis re-
petebat, se compararet. Jam tum quindenis singulis et festis
solemnibus Christi et Btæ. Virginis et caeteris ad sacram
synaxim accedebat.* (Proc. rom., pág. 339.)

Con las llamas del amor divino que echaba de sí, ¿será menester demostrar que no dió jamás al superior motivo de queja, cuanto menos de reprehensión? Para quien andaba á gusto por el recto camino, era por demás la vigilancia, de los hombres. Hacíasele pesada la ociosidad y delicioso el trabajo. Pedía licencia para cercenar ratos de recreación y convertirlos en estudio. Tan avaro del tiempo, que aun el de comer juzgábale malbaratado si no tenía abierto un libro en que leer á trechos, como cuando más niño se dijo. A la incansable laboriosidad si añadimos las demás prendas que le colocaban fuera del círculo común de los ingenios, no es de maravillar que todos los años llevase premio en los exámenes de curso y coronase su diligencia con singular satisfacción. Y para que la viveza de la fantasía no le despeñara en escollos, iba en él acompañada de gravedad y de tacto exquisito; cualidades que le señalaron como con el dedo entre todos por la facilidad, ya en expresar con la pluma los nobles sentimientos del alma, ya en reproducir con el gesto los que otros autores habían expresado en los libros. Así era buscado para el desempeño de los primeros personajes en los dramas, que los alumnos de Nuestra Señora solían representar delante de lucido concurso, y abonaban el acierto de la elección los aplausos de los concurrentes.

Acudían los colegiales de Pedro Emmerick formados en filas á las aulas del municipio, puestas bajo la dirección de Valerio Van Stiphout. Este era el teatro donde desplegaba Juan todas las galas de su capacidad y recogía lauros de aplicación y aprovechamiento; aquí establecía altamente su estimación en el ánimo de todos. No parecía sino que había dado en venerar la majestad de Dios en

la persona del maestro, y la santidad de los ángeles en la de sus condiscípulos; tan pronta y puntualmente rendía la voluntad á las órdenes de aquél, y tan finamente trataba las cosas y nombre de sus iguales.

El Colegio era otro campo en que dilataba sin término las gracias de su mansedumbre y los primores de su natural. Nunca zahería á nadie; con nadie quería altercados. Tanta disonancia le hacían á los oídos palabras desentonadas, que por el bien de la paz enfrenaba la viveza de su carácter y huía de los corrillos donde se alzase alguna contienda. Ni esta recatada conducta se les representaba á sus compañeros desdeñosa y desapacible, como suele ser la de aquellos que por exagerar la piedad hácenla ridícula y odiosa; por el contrario, como con ninguno sabía estar mal, y tenía por otra parte la gracia de los buenos dichos, hallaba en todos agradable acogida, y todos sin dejar de respetarle queríanle entrañablemente. ¿Qué colegial hubo que viéndole de un temple siempre festivo, de palabras amigables, con diligencia en servir á todos y tomar parte en los gozos y tristezas pueriles de cada uno, no se sintiera movido á hacerle dueño de su afecto? ¿Qué niño contó con tantos y tan verdaderos amigos?

En este respeto y amor no sólo fundaba el reparo contra la disipación, pero también el apoyo de una suerte de autoridad y ascendiente, que ejercía aun sobre aquellos que por ser mayores en edad parecían exentos de su jurisdicción. No pudiendo consentir que ninguno se escapase de su beneficencia, violentaba los ánimos á su veneración, con que sin hacer alardes de superior, lo era realmente de todos, por tener efectivamente en su mano los corazones de todos. Uno solo, dice

el P. Frizón, hubo en todo el Colegio de Nuestra Señora, mozo indigesto y turbulento, que, mal hallado con su genio altivo, cargoso á cuantos se guían el partido de la virtud, pareció tenerle ojeriza. No perdía ocasión de maltratar al manso Juan, aunque éste, lejos de darle motivos de enojo, procurase rogar á su enemigo con la puerta de su corazón y vencer con el obsequio las violencias de aquella fiera. Permitía el Señor esta vejación, como á manera de contrapeso á la estima general, á fin de mantenerle en la solidez de la humildad, labrándole en el yunque de la paciencia; virtudes ambas que no desmintieron sus quilates en los lances más apretados, y despertaron en los alumnos la reprobación de las recibidas ofensas, y elogios constantes á favor de su santo compañero, que acogía las injurias sin acertar con una sola voz para quejarse ¹.

III

Por este tiempo crecía en su pecho notablemente el amor á la Reina de los ángeles. La fragua donde halló pábulo esta llama fué el santuario de la Virgen de Monteagudo ó de Sichem. Es Sichem una de las más antiguas aldeas del Brabante, situada, como Diest, á las margenes del Demer. A media milla de Sichem álzase un ribazo que sir-

¹ Algunos han puesto en duda que este hecho sea distinto del que le sucedió en Malinas, como en su lugar se dirá; pero el ponerle en Diest graves historiadores, y el dar otros por cierto el de Malinas, persuade que son dos y no uno sólo, fuera de que es ordinario estilo de la maldad ensañarse dondequiera con la virtud.

ve de peldaño á una colina, llamada cerro áspero ó Monteagudo, por las quebradas y riscos que la forman. En tiempos remotos la piedad de los habitantes de Sichem había colocado dentro del tronco de una encina que en la ladera del cerro gallardeaba, una figura de la Santísima Virgen. Por los años de 1500 un zagal, que apacentaba ganado no lejos de allí, vino un día á recogerse á la sombra del corpulento arbol, y viendo por el suelo la devota imagen, por ser pequeña y liviana, pensó llevarla consigo, y hacerla obsequios y devociones en casa del mayoral, y así la tomó bonitamente y metióse la en el seno. Pero al querer partirse para la majada, cuentan que sintió como si una mano invisible le sujetase los pies fuertemente contra la tierra, y por más que hizo no los pudo menear. Discurría el mozo por diversas causas, y en ninguna hallaba la razón de tan raro accidente. Iba cerrando la noche, el mayoral, inquieto, salió en busca del rebaño y del zagal, y hallóle plantado junto á la encina, y de él se enteró punto por punto de cuanto acababa de pasar. Atinó luego con el misterio de aquel aprieto, y así no sin medida le mandó sacar la santa imagen. Alargóse la el mozo, y el amo con respetuosa devoción restituyóla á su hueco y lugar de antes. Con esto, súbitamente pudo moverse del suyo el atrevido zagal, recobrada la libertad de los pies como si le soltaran los grillos. Hincáronse amo y mozo á dar gracias á la celestial Señora, y vueltos á la aldea dieron relación del extraño suceso. La novedad se extendió por la comarca y acrecentó maravillosamente la devoción á la Virgen de la Encina. La gran muchedumbre de peregrinos que á la fama acudieron, movió al archiduque Alberto de Austria y á la infanta Isabel, que su-

bían cada año á esta romería, á erigir allí un templo á la medida de su real magnificencia. Colocaron la primera piedra el día 2 de Julio de 1609.

Tal es el santuario que aún en el día de hoy convida y acoge á los devotos peregrinos de Bélgica, Inglaterra, Holanda, Suecia. Hoy, como hace tres siglos, se complace la benignísima Señora en derramar desde la altura de este hermoso paraje gracias y favores á las continuas romerías de tantos miles de fieles.

No es razón pasemos en silencio que de este lugar de Sichem fué natural el M. R. P. Pedro Becks, que gobernó la Compañía de Jesús por espacio de treinta y cuatro años, electo General en 2 de Julio de 1853, y fallecido en la paz del Señor el año 87 (día 4 de Marzo), á la edad de noventa y dos. Cúpole la buena dicha de procurar, alcanzar y presenciar la Beatificación de nuestro Juan Berchmans, y de promover á costa de grandes diligencias su canonización, y confiadamente creemos que la habrá solemnizado en la compañía de los Santos en la gloria.

Reanudando el hilo de nuestra historia, ¡cuántas veces de los labios de su madre oía el niño Juan la graciosa relación de la encina de Monteagudo! Subía con la familia, siendo más crecido en edad, hasta la cumbre; y, según depuso un testigo de vista, muchas veces hacía en ayunas las tres millas que dista de la aldea el santuario. El día que en él se juntó la villa de Diest, con ocasión de poner los archiduques la primera piedra de la iglesia, hallóse presente Juan, á la sazón de diez años, á la celebración del triunfo de María. De esta manera Nuestra Señora de Monteagudo fué por toda la vida el poderoso imán de su devoción.

¿Y qué industrias no empleó para honrar y ser-

vir á la Madre de Dios? Todos los pasos de su vida, desde la cuna hasta el sepulcro, están señalados, podemos decirlo así, con alguna fineza de su afecto. Ya por este tiempo en oyendo el dulce nombre de María, experimentaba particular regalo, y se traslucía en la viva lumbre que despedían sus ojos, en la alegría que le bañaba el semblante, cuánta ternura le causaba la memoria de la Virgen. Si de sus grandezas trataba, ojos, voz, gesto, su persona toda, deshacíase de gozo y júbilo con que demostraba cuán grato le era aquel entretenimiento.

¿Y cómo hablar dignamente de aquellas finezas del amoroso hijo con su dulce Madre, cuando apenas pasaba por delante de altar ó imagen suya, que no la saludase con una devota oración, ni se hartaba de tener fijados los ojos en las efigies de Nuestra Señora? Acompañaba con frecuencia al Superior á la iglesia de Monteagudo, y por no malograr los ratos libres, ocupábalos con el silencio ó diciendo el rosario por el camino. Entre otras, llevóle una vez consigo el P. Emmerick á Bois-le-Duc, y no halló traza más de su gusto que dejarle á impulso de los fervores visitar todas las iglesias: al volver á Diest, refirió á su maestro el singular contento que había tenido en recorrer los altares de la Virgen Sacratísima ¹.

Era ordinario en sábados y en días consagrados á la Señora dejar la merienda, ó marcar con otra privación la verdad de su afecto. Gustaba grandemente de ello el P. Emmerick, y más cuando veía que á los colegiales se les iba pegando la ardorosa llama.

¹ *Praemittebat multas preces et peculiari cultu sacrum rosarium Beatae Virginis recitabat atque ferebat.*

Conocía el discreto niño que la limpieza del alma roba los ojos y el corazón de la Reina de las Vírgenes, y que el modo cierto de satisfacer sus deseos es conservar de todas maneras fresca y lozana esta lindísima flor, y libre de hálito impuro que la marchite y deslustre. A fin de tenerla más seguramente custodiada y queriendo probarle á su Madre amantísima cuán de veras la amaba, hizo voto de guardar perpetuamente sin manchilla la flor de la virginidad. Este voto consta de los testigos que en los procesos apostólicos afirmaron haber recibido de la tradición la verdad de la promesa ¹.

La Madre del casto amor correspondió, á fuer de agradecida, al obsequio de su hijo con demostraciones muy de madre. Señalada fué entre todas, si no la mayor, el preservarle de peligros, el apartarle de ocasiones, y el librarle de tentaciones contra la celestial virtud. No fué menor merced suya aquel singular instinto con que, sin saber Juan los nombres de los vicios, los olía de lejos y hufa el trato de los viciosos. En esta peregrina pureza de alma fundaba su maestro la razón de aquel aislamiento habitual que observamos en las diversiones y juegos del bienaventurado niño.

IV

Los progresos en el camino de la virtud eran poderosamente estimulados por la solicitud de sus directores, quienes en las mismas informaciones hechas sobre la conducta de su alumno, de-

¹ *Summar.*, pp. 105, 111, 118.—*Proc. rom.*, 345.

jaron estampada la calificación de la propia santidad. Habiendo trasladado ya la declaración del maestro, bien será traer aquí el testimonio del director. Es del tenor siguiente:

Pedro Emmerick, canónigo premonstratense de la abadía de Nuestra Señora de Tongerlo, diócesis de Bois-le-Duc, cura párroco que fué de Nuestra Señora de Diest, diócesis de Malinas, hoy párroco de Tilborch..., á instancias del R. P. Rector del Colegio de la Compañía de Jesús de Bois-le-Duc declara bajo su palabra ser constante y fuera de duda cuanto aquí va expresado, á mayor gloria de Dios.

Empieza dando razón de muchos pormenores que se han tocado ya, y después de encarecer las prendas naturales y espirituales del santo joven, prosigue diciendo:

A la luz de estas excelentes cualidades dejábase entrever que Dios pretendía de él grandes cosas. Entre los muchos mancebos instruidos y virtuosos que encerraba el Colegio, ninguno poseía tantos conocimientos, ninguno era tan amable como Juan, ninguno más querido de su director. En guardar silencio era en extremo admirable; casi no abría los labios sino para responder á las preguntas, y aun entonces medía las palabras. Su circunspección fué rara; ignoro que se le oyese reír á carcajada suelta; el semblante siempre sereno daba muestra de la serenidad de su espíritu. Esparcía el ánimo jugando á solas, por lo común á las bolitas ¹, como

¹ *Globulis puerilibus*, que, como declaró un Padre flamenco, eran *globuli testacei aut interdum marmorei, nucce avellana minores*, y no bochas ó bolas grandes, como algunos pretendieron.

el que había ya gustado las delicias de la soledad.

La reverencia que mostraba á los ministros del Señor le hacía andar solícito en practicar la urbana costumbre de estarse en pie, la cabeza descubierta, siempre que el director se hallaba presente en el comedor, ó en la chimenea calentándose con los colegiales, y nunca se le caía de la memoria el aviso que se dió una vez á todos de no cubrirse en presencia de los sacerdotes, á menos que ellos se lo mandasen. Cuando esto acontecía, rendíase él á las instancias del Superior. Si no, aun en tiempos de recios frios hacía más caso del acatamiento que de su propia comodidad, aunque hubiese de pasar por el borchorno de ser solo en observar la cortesía.

Por la noche, antes de acostarse, acostumbraban los estudiantes rezar en comunidad algunas oraciones, presididos por un sacerdote á quien pedían la bendición al retirarse. El gusto de cumplir con este reglamento le hacía ser el primero casi siempre, y retirándose luego proseguía sus devociones hasta estar todos acostados. Más de una vez se le encontró sobre la cama vestido, y preguntado la causa respondía con gracia: El sueño así me tomó; ocultando á la sombra de este donaire el secreto de su corazón.

Mientras se divertían los alumnos jugando, andaba él buscando cómo esconderse sin ser visto, en su aposento á leer ó escribir, y por lo común á tener oración. Hartas veces el Superior hubo de mandarle á recreación, recelando que menoscabase las fuerzas del cuerpo por la porfiada intensidad del espíritu. Acaecióle un día de vacación, en tanto que los niños se solazaban con alegres entretenimientos, pasar él dos ho-

ras continuas metido dentro de un cofre á la medida de su cuerpo, cuya estrechez no pudo sufrir sino con mucha apretura de miembros, hasta que al fin salió del escondite con mucho disimulo por temor de ser visto de los domésticos. Algunos que repararon en la traza, no la echaron á mala parte, sino que juzgaron todos, el Superior en particular, que sin duda había buscado para el cuerpo aquel encerramiento á trueque de tener más expedito el espíritu y meditar más á sus anchuras.

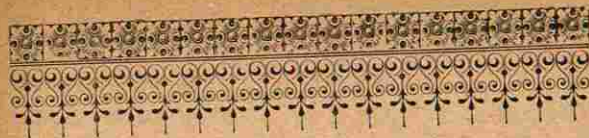
Era muy amigo de leer durante la mesa de comunidad. Leíanse los Proverbios de Salomón, vidas de Santos, meditaciones de la Pasión; en llegando al aposento, apuntaba el resumen de estas lecturas. Fué muy obediente y observante de los deberes de colegial: comunicarle un mandato, era ofrecerle ocasión de contento; y por ardua que fuese la cosa mandada, no veía la hora de ponerla en ejecución. Su gravedad tenía algo de la madurez de los ancianos, como lo hizo patente en este caso notable. Es usanza recibida en Diest, que el día de Inocentes un niño desempeñe en el templo ministerios sacerdotales. Un año alcanzó á Juan Berchmans la honra de hacer de párroco en la iglesia de Nuestra Señora. Revestido de capa pluvial, subió las gradas del altar, entonó el Asperges, cantó las oraciones, todo con paso majestuoso, con tanto garbo y dignidad, que tuvo suspensos de admiración á todos los feligreses. Otro día, en el drama de Susana que se representó, tocóle hacer la persona del joven Daniel, y la sacó muy al vivo y con gracia, mereciendo que rompiese en aplausos sobre el actor el entusiasmo de los espectadores: lo que más agradó y suspendió fué ver con qué

vehemencia afeaba la ruindad de los viejos calumniadores, como si el fuego del Espíritu Santo inflamase su castísimo pecho.

La perfección de su abstinencia salta de la línea de los cortos años: parco y sobrio hasta lo sumo, acabó por no advertir siquiera si comía ni si bebía: los pensamientos de su alma se apacientaban muy lejos del comedor. No se les pasaba por alto á los niños, que todo lo notan, y así decían con donaire: *A la hora de comer, el alma de Berchmans anda en peregrinación corriendo las estaciones.*—Cualquier plato hacía á su gusto; ni tenía boca para quejarse de los alimentos, ni de cosa tocante al servicio, régimen y administración de la casa. Era de una paciencia á toda prueba. Si alguna vez le contradecían y acosaban, no se desmandaba ni se mostraba ofendido. En caso de reprensión se acogía al santo silencio ¹.

Así informó Pedro Emmerick, á 26 de Octubre de 1621, acerca del proceder de Juan en el Colegio de Nuestra Señora. Termina declarando que en todo cuanto depone, no hace más que citar unos cuantos entre millones de hechos, y trazar líneas sobradas imperfectas para que se forme por ellas idea adecuada de la perfección de su colegial. A este venerable religioso llamóle el Señor para sí á la edad de cincuenta años, á los cuatro después de la muerte de nuestro Santo, en su abadía de Tongerlo, donde había principiado antes de la vida religiosa y ejemplar que guardaba.

1 Proc. rom., pág. 331.



CAPÍTULO IV.

ENTRA JUAN DE PUPILO EN CASA DEL ARCIPRESTE.

- I. Penuria de sus padres.—Sale del Colegio.—Trata su padre de ponerle al trabajo.—Heroica resistencia de Juan.—Se le abre un inopinado camino.
- II. Aymon Timmermans le acoge en su casa.—Testimonio de su virtud.—Nuevas congojas.

I

CUPADO el santo mancebo en ejercicios de virtud y letras, miraba como de lejos las cosas que en el mundo pasaban. Mas como sea propio de Dios purificar la virtud de sus siervos en el crisol de los trabajos, dispuso la divina Providencia ensayar la de Juan con adversidades y golpes, que no le habían molestado en los años antecedentes.

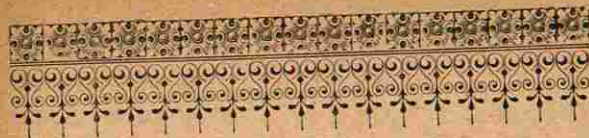
En el discurso de los tres últimos, no sin gran dificultad se habían cubierto los gastos de los estudios; al expirar el tercer plazo de 1612 la indigencia tenía reducida á esta pobre familia á términos, que el honrado curtidor se vió puesto en la alter-

vehemencia afeaba la ruindad de los viejos calumniadores, como si el fuego del Espíritu Santo inflamase su castísimo pecho.

La perfección de su abstinencia salta de la línea de los cortos años: parco y sobrio hasta lo sumo, acabó por no advertir siquiera si comía ni si bebía: los pensamientos de su alma se apacientaban muy lejos del comedor. No se les pasaba por alto á los niños, que todo lo notan, y así decían con donaire: *A la hora de comer, el alma de Berchmans anda en peregrinación corriendo las estaciones.*—Cualquier plato hacía á su gusto; ni tenía boca para quejarse de los alimentos, ni de cosa tocante al servicio, régimen y administración de la casa. Era de una paciencia á toda prueba. Si alguna vez le contradecían y acosaban, no se desmandaba ni se mostraba ofendido. En caso de reprensión se acogía al santo silencio ¹.

Así informó Pedro Emmerick, á 26 de Octubre de 1621, acerca del proceder de Juan en el Colegio de Nuestra Señora. Termina declarando que en todo cuanto depone, no hace más que citar unos cuantos entre millones de hechos, y trazar líneas sobrado imperfectas para que se forme por ellas idea adecuada de la perfección de su colegial. A este venerable religioso llamóle el Señor para sí á la edad de cincuenta años, á los cuatro después de la muerte de nuestro Santo, en su abadía de Tongerlo, donde había principiado antes de la vida religiosa y ejemplar que guardaba.

1 Proc. rom., pág. 331.



CAPÍTULO IV.

ENTRA JUAN DE PUPILO EN CASA DEL ARCIPRESTE.

- I. Penuria de sus padres.—Sale del Colegio.—Trata su padre de ponerle al trabajo.—Heroica resistencia de Juan.—Se le abre un inopinado camino.
- II. Aymon Timmermans le acoge en su casa.—Testimonio de su virtud.—Nuevas congojas.

I

CUPADO el santo mancebo en ejercicios de virtud y letras, miraba como de lejos las cosas que en el mundo pasaban. Mas como sea propio de Dios purificar la virtud de sus siervos en el crisol de los trabajos, dispuso la divina Providencia ensayar la de Juan con adversidades y golpes, que no le habían molestado en los años antecedentes.

En el discurso de los tres últimos, no sin gran dificultad se habían cubierto los gastos de los estudios; al expirar el tercer plazo de 1612 la indigencia tenía reducida á esta pobre familia á términos, que el honrado curtidor se vió puesto en la alter-

nativa, ó de cerrar á su hijo la carrera y con ella la puerta á sus esperanzas, ó de cargarse de deudas y exponerse á dar en escollos con la navicilla de su casa. Las enfermedades de Isabel, que habían ido creciendo y agravándose cada vez más en los postreros años, no solamente le ataban las manos y le impedían el cuidado y gobierno de la familia, mas le forzaban también á emplear gran parte del caudal en hacer más llevaderos los achaques, y tal vez en gratificar servicios de algunas personas de fuera. Y ¿quién ignora cuán presto se resiente y corre á la ruina una casa, cuando falta la mano y presencia de la madre, y cuando el padre, por las ocupaciones exteriores que tiran de él, ha de negar la atención á los cuidados de la economía doméstica?

No tenía bien siete años el niño Juan, y ya su madre se veía rodeada de cinco hijos que, en el de 1612 en que vamos, eran grandecitos, y aumentaban con los gastos de escuela y manutención el peso de tanta carga. De sobra tenía razón el angustiado padre para temer no pusiera trabas la mano de Dios á las profesiones que para ellos pensaba escoger, porque el infortunio parecía querer aguarle el placer de sus intentos. Menester fué, por no despedirlos de sí, apurar hasta las heces la copa del sacrificio antes de sacar al hijo mayor del pensionado de Nuestra Señora.

Aún no había llegado el hijo á penetrar los pensamientos del afligido padre, cuando un día de improviso llamóle éste á su casa, y tomándole por la mano, éntrale en el aposenso de la madre, y comienza á ponerle á la vista cómo era llegado el tiempo de discurrir sobre la precaria situación de las cosas. Llamaba á Dios por testigo de que hasta la hora presente ningún medio había per-

donado por llevar adelante su educación; que ánimo no le faltaba para arrostrar todo género de privaciones, si pudieran ellas servir de recurso para dar cima á la comenzada carrera, pero que la mano de Dios con quitarles los medios parecía indicar abiertamente que otros eran los fines de su providencia; que á su soberana voluntad debían todos rendirse; que él sentía ya marchitarse el vigor de sus brazos; la triste de la madre agobiada bajo el peso de las dolencias, los hermanitos faltos ahora más que nunca de apoyo y defensa, todos, en fin, se hallaban en el duro trance de colocar en sus manos la incertidumbre de su subsistencia. Ponderóle á Juan la fuerza de su natural ingenio para adiestrarse en cualquier oficio honroso, su discreción y sensatez, y otras prendas con que el cielo le había adornado; las cuales, acompañadas de la inquebrantable constancia, podían servir muy bien á la utilidad de la familia. Encarecióle los años que restaban aún de sudores para él, de trabajos para ellos, si á trueque de prolongar la carrera los precisaba á gastar los pocos haberes que les quedaban, y á labrar á tanta costa la infelicidad de toda la familia.

A esta inopinada proposición quedó Juan atajado, sin pulsos y sin saber qué responder. ¿Qué razones podía alegar para salir al encuentro y deshacer las bien prevenidas de su padre? Recobrado el aliento, y rompiendo de repente en sollozos y lágrimas, arrojóse á sus pies, y dejando hablar el corazón le suplicó, por las amorosas entrañas de Nuestro Señor, despidiese de sí aquel negro pensamiento que le partía el alma de pena; que no sería él quien pasase por la determinación de abandonar los estudios, porque el corazón le decía que Dios le llamaba al sacerdocio; que

sacerdote había de ser (y le apretaba y besaba los pies) á todo trance, costase lo que costase. Y vuelto á su madre querida, le representó que él había siempre tenido por colmo de su dicha lograr le cumpliese Dios á ella el gusto, que era, como tantas veces se lo había dicho, verle sacerdote; que el camino le tenía ya medio andado, y con oración y paciencia se lograría lo demás; y que, en conclusión, si tanto reparaban en la escasez de la familia, él no quería, no (y se le encendía el rostro como ascua), ser de mejor condición que sus hermanos; á pan y agua estaría toda su vida, como le dejasen proseguir los estudios... Con este tesón, dice el P. Bauters, se defendía una y todas las veces que este punto le tocaban.

Arroyos de lágrimas corrían de los ojos de los tres, expresando cada cual con ellas la ternura del sentimiento. El hijo supo ablandar el corazón de los padres con su briosa elocuencia, y con tanta facilidad desvió el nublado, que, puestas treguas á la consternación, mandaron á Juan que se levantara, y la madre pidió al marido aguardasen unos días más, entre tanto que lo encomendasen á Dios, pues tenía para sí no habían de faltar á la divina bondad caminos por donde acudir á socorrerlos.

No le salieron vanas á Isabel las esperanzas. Tenía dos cuñadas, Catalina y María, como dijimos, que con haber consagrado á Dios la flor de los años, no habían perdido de vista la caridad cristiana. Hablaron por el sobrino á su director Aymon Timmermans, arcipreste y deán, que vivía en Diest, varón de recomendable virtud, que había merecido la privanza del Arzobispo de Malinas. Fué Dios servido, que así como vino á noticia del arcipreste la penuria que pasaban los padres de nuestro joven, se ofreciese á tenerle en

su casa en calidad de pupilo, tomando sobre sí la obligación de hacer la costa de manutención y estudios. Acomodáronse todos con menos dificultad á la traza de esta providencia. Salió, pues, Juan por segunda vez de la casa de sus padres, á la edad de trece años, pasmado del maravilloso consejo de Dios, para entrar en la del arcipreste Timmermans.

II

BIEN luego consiguió en el ánimo del nuevo protector la opinión de virtuoso, y con ella toda su estima y confianza. Esto es lo que viene á significar el claro testimonio del maestro de latín Valerio Van Stiphout. Sus palabras son estas: *El canónigo Aymon Timmermans tributó á la inocencia de Berchmans un elogio señaladísimo. Con haberle sido muy fácil acechar las acciones del santo joven, por tenerle de continuo á la vista en el interior de su casa y á la mesa todos los días, y tratarle familiarmente, maravillado un día de su edificativo proceder, dijo á varios amigos con muy formales palabras: Este jovencito es un ángel en pureza de costumbres.* Otra expresión no tuvo con que declarar aquel candor angelical que se le dibujaba en el semblante. Pero lo que vence á toda ponderación, es que no parece puso Dios á su siervo bajo la tutela del arcipreste, sino con el fin de dar á conocer al mundo con el dicho de persona tan autorizada los quilates de su virtud.

Poco tiempo vivió Juan en compañía del señor Timmermans: no consta por cosa cierta la causa

de esta mudanza. *Es probable*, dice el P. Angelini, *que el mismo Timmermans diese buena cuenta de su pupilo al Arzobispo de Malinas, pintándole como á mancebo de gran provecho para la Iglesia; y que esta fuese ocasión de enviarle al seminario á cursar estudios mayores*¹. No carece de fundamento la probabilidad de esta razón, por haber sido el deán Timmermans grande amigo del Sr. Arzobispo y muy aficionado á la familia de los Berchmans.

Pero Dios encaminaba derechamente las cosas por sendas ocultas al cumplimiento de sus altos designios. Tenía el Señor dispuesto llamar al angélico Berchmans á la Compañía de Jesús, y abrió derrotero por donde enviarle á Malinas; y donde el padre terreno pensaba buscar arbitrio para incorporarle en el seminario diocesano, el Padre celestial le tomaba para que más fácilmente se agradase Juan de aquella religión, y se alistase en ella y militase dignamente bajo su ilustre bandera.

Y aunque en la trama de los medios suele la adorable Providencia encubrir los hilos de sus levantados fines, no, empero, dejó de traslucirsele al maestro de Diest la mano providencial de Dios en este acaecimiento. Así lo cuenta Valerio. Estaba Juan, dice, en humanidades, cuando, invitándole yo á escoger argumento para una elegía, tomó por tema el Santo Nombre de Jesús, y supo darse tal maña, y pintar con tan lindos colores, y tan tiernamente presentar el objeto de su amor, que ya entonces me pareció destinado á llevar en su corazón la imagen de Jesucristo, y á dar su nombre á la milicia que le tiene tan glorioso.

Por dicha ha llegado á nuestras manos la com-

¹ *Vita di S. Giovanni Berchmans*, 1888, p. I, capo IV.

posición en verso latino, tal como salió del corazón y pluma del santo humanista. A vueltas de algunas imperfecciones y de alusiones mitológicas del gusto de entonces, se descubre en ella el ingenio más que vulgar de un jóven de trece años y la facilidad de su vena poética. No poseemos en el día de hoy el original de esta elegía; sólo disponemos de un traslado auténtico ofrecido al público por el P. Vanderspeenten, que traducido en castellano dice de esta manera:

“AL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESUS”

„No, aunque la musa Caliope me concediese cien lenguas, y regalase mis labios con el sacro raudal

1 IN SANCTISSIMUM JESU NOMEN.

Non, mihi Calliope si centum porrigat ora,
Ora Philletaea nostra rigaret aqua;
Castalidumque gregis dictaret carmina ductor,
Nomen dicendo non ego dulce potis.
Mellifuum vernans inter tot nomina nomen
Jesu, dulce polo, dulce saioque solo!
Fortunatum homini quoque, nectare dulcius omne
Nectare arundineis quod fovet Hybla cadis!
Lilia cum violis nomen spiransque suave,
Flores puniceos elysiasque rosas,
Nomen blandifuum, super omnia florida campi
Floridius, vincens ambrosiosque rubos!
Portantem quoque Chironen silvestria dona
Quaeque ferunt Nais jam calathisque Deae!
Roscida blandidula vincit dulcedine mella,
Quae mella in ceris attica ponit apis!
Salve vera Dei cunctisque antiquior annis
Progenies! Salve nomen et egregium!

que inspiró al afamado Filetas; aun cuando el mismo Apolo me dictase versos y cantos, no sería mi capacidad bastante para celebrar la dulcedumbre del nombre de Jesús.

„Meliflúo es y de fragancia primaveral entre todos los nombres; aclaman su dulzura los cielos, la tierra y el mar.

„De gran dicha al hombre es, más sabroso que el néctar recogido en las colmenas de Hybla.

„Exhala el aroma de la azucena, el deleite de la violeta, la suavidad de la rosa. Nombre henchido de gracia, más estimable que las del florido vergel y del engalanado arbusto. Más rica virtud encierra que el bálsamo del famoso Centauro y que los canastillos de las ninfas Náyades.

„Su dulcedumbre deja atrás la preciosa miel depositada en los alvéolos por la abeja del Ática.

Blandius haud quicquam fando pervenit ad aures
Jamque nihil quidquam tale volutat homo!
Nomen Jesu homini felix quoque, parte beatum
Omni; nam cunctis contigit una salus.
Effulget, celsumque caput super agmina tollit
Omnia dulcissimum nomen ad usque tuum.
Quo nihil in terris ad finem, solis ad ortum,
Solis ad occasum clarius exstat opus.
Hoc scopus, hoc arx est, quo tela hostilia tendunt,
Insulant hostes insiliuntque truces.
Nomen quo nullum vidit formosius aetas,
Lucidius glacie splendidiusque vitro;
Tanto formosis formosius omnibus unum;
Sin dubium est, caecum Cynthia lumen habet.
Egregiumque nitet fulvum quae dividit aurum,
Qualis gemma nitet purus iaspis aqua.
Purpureos flores despectat odoris honores
Quae legit Elysiis mella apis acta rocis,
Gemmas Sardonychos, saphiros, jaspidas, undis
Abvectas, baccas, chrysolithosque rubros.
Archetypon, salve, Jesu, nomenque beatum!
Lingua salutandi munera functa tui.

„Salve, Jesús, verdadero Hijo de Dios, primogénito ante toda criatura. ¡Salve, nombre egregio! Ni oído de hombre oyó, ni en pecho humano cupo suavidad como la tuya.

„¡Nombre de Jesús! prenda de bienaventuranza, manantial de salud, pues en Ti consiste la salud del humano linaje.

„¡Oh Jesús! campea la blandura de tu nombre y se encumbra sobre el escuadrón de todos los nombres. No se conoce en la tierra, del oriente al occaso, virtud esclarecida como la tuya.

„Blanco principal, adonde asestan sus tiros los dardos hostiles; alcázar fortísimo, en quien hacen ímpetu los asaltos enemigos.

„Ningún siglo oyó hablar de nombre más hermoso. Más límpido eres que el espejo, más diáfano que el cristal. Tú solo cifras en Ti el esplendor de todas las beldades. Quien ponga en esto duda, confiese que los cielos perdieron su claridad.

„Cual brilla el diamante engastado en oro, y el puro jaspé á través de las ondas; así echas de Ti singulares destellos.

„Robe la abeja á las rosas de los Elíseos la miel delicada y menosprecie los perfumes de las flores purpúreas; más gracioso eres Tú; más precio encierras que záfiro, jaspé, topacio, perla y cualquier piedra preciosa.

„Salve, Jesús, nombre bienhadado, gala de toda beldad. Enmudezca mi voz que no acierta á cantar tus grandezas.”





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



CAPÍTULO V.

SIRVE DE FAMILIAR AL CANÓNIGO FROYMONT.

- I. El Seminario de Malinas.—El canónigo recibe á Juan en su casa.—Gánale Juan la estima y voluntad.
- II. Estudia en el Seminario.—Tenor de su vida de sirviente.—Visitas con el canónigo.—Competencia entre los capitulares.—Rasgos de relevante virtud.
- III. Constitúyese ayo de dos niños.—El calvinista convertido.—Satisfácese á una duda.—Providencia de Dios en la vida de Juan.

I

La ciudad de Malinas, situada casi en el centro del Brabante, en antigüedad, riqueza y hermosura competía en el siglo xvii con las primeras ciudades de los Países Bajos, y les hacía no pocas ventajas en la multitud de familias principales y de sangre ilustre que la realzaban y engrandecían. Las perturbaciones religiosas que la trastornaron por los años de 1580, fueron causa de cerrarse el establecimiento público, fundado un siglo antes por el doctor de la Sorbona Standonck con intento de instruir á los niños de familias pobres en la tuliana elocuencia. De esta manera permaneció hasta 1590, en que el ilustrísimo Sr. Don

Matías Hovio ocupó la Sede Metropolitana de Malinas, que dignamente gobernó por espacio de veinticinco años. Uno de sus primeros cuidados fué abrir de par en par las puertas de aquel asilo, cerradas por la saña de los calvinistas holandeses á la juventud católica, y conformándose con los decretos del Concilio de Trento, establecer allí sus dos Seminarios mayor y menor, en cuya fábrica invirtió con singular magnificencia la mitad de su patrimonio. Así, á principios del año que corre (1613), el seminario menor figuraba en Malinas como el único gimnasio donde se cursaban letras humanas, según que lo asegura el P. Vanderspeeten.

Juan de Froymont era uno de aquellos presbíteros que saben, á pesar de los achaques, conservar con el peso de los años la frescura del humor juvenil. Danle los procesos el grado de licenciado en ambos derechos, el título de maestro en artes ó física, y juntamente el calificativo de chantre, dignidad del cabildo. La blandura de su índole, la cortesía de sus modales, el atractivo de su ingenio, le tenían ganados muchos y excelentes amigos; no por eso dejaba correr los días en frívolos pasatiempos, antes en ejercicios de oración, coro, estudio y obras de caridad tenía repartidas y ocupadas todas las horas del día.

Pues como anduviese por este tiempo en busca de un mancebo, en quien se diera la mano la destreza y la virtud, de quien servirse con entera confianza como de familiar, y con quien acompañarse en visitas y paseos, parecióle bajada del cielo la noticia que le llegó á los oídos de las excelentes cualidades de Juan Berchmans, celebró con aplauso la proposición y acogióla con muy buen rostro. Ora el arcipreste Timmermans hubiese abogado

ante el metropolitano en favor de su pupilo, ora la caridad de otras personas hubiera logrado que fuese Juan admitido al servicio del Sr. Froymont, aplaudieron todos los de Diest como traza de Dios esta nueva disposición, menos su maestro Valerio Van Stiphout, que vió aquel día enlutársele el cielo de sus esperanzas, por las muchas que había concebido en el talento de su discípulo. Vivamente sintió la separación, mas al fin hubo de venir en ello. Frisaba Juan en los catorce (1613).

No tardó el canónigo en conocer claramente que había llegado en hecho de verdad donde no alcanzara con el deseo. A poco tuvo el mancebo toda la confianza de su señor: mirábale con el respeto y amor que tiene un hijo reconocido para con su padre. Por él sólo respiraba, sólo por él se afanaba; finezas filiales, solicitud cariñosa, esmerada puntualidad, agrado sin afectación, respeto con gran llaneza, cordura y afabilidad, sin servirse del descuido de su amo para serle menos fiel; deberes fueron éstos que se impuso al principio, y á que dió cumplimiento con un género de sencillez, que más parecía obedecer al impulso del corazón que al dictamen de la delicada conciencia. Miraba en su servicio, no sólo deudas de gratitud, sino atenciones debidas á un ministro del Señor; y por llevar hasta el cabo sus órdenes, llegaba á veces á pisar la raya de la prudencia. Así le acaeció un día que, debiendo hacer para un recado á Lovaina cuatro leguas de camino y otras tantas de vuelta á Malinas, con haber salido sin tomar bocado, prefirió ir á pie y volver de la misma manera, por más que el señor Canónigo le hubiese provisto del dinero necesario. Afeóle el amo este nimio proceder; la única razón que Juan en su disculpa le dió, fué que era justo posponer la propia comodidad á la

obligación del servicio ¹. ¿Cómo no había de admirar el canónigo la verdad de tanto afecto viendo á su doméstico tan empeñado en darle gusto?

Solía salir con él por gozar de su virtud. Criaba un perro de aguas, y en los paseos que daba á lo largo del Dyle, tenía enseñado á zambullirse para pescar en el fondo del agua las peladillas que le echaban, y en saliendo con la presa en la boca corría á recibir á los pies del señor un pedazo de pan y una caricia en premio de su diligencia. Acertó un día el animal con más presteza que de costumbre á presentar al señor Canónigo la pesca sacada del río, y como recibiera por ello ración doble y dobladas muestras de agasajo, Juan, que de todo sacaba provecho, no supo contener el sentimiento de emulación, y así dijo al amo: *Por un pedazo de pan no repara esa bestezuela en chapuzarse en el río obedeciendo á la voz de V. como si entendiese sus órdenes, ¿y andaré yo flojo en obedecer á las órdenes de Dios? ¡Ah! vergüenza me da verme tan pobre de afecto con un Señor tan bueno que nos promete eterno galardón ².*

II

AUNQUE las recomendaciones del Canónigo Froymont le habían ido preparando en los catedráticos del seminario menor acogida favorable, luego que comenzó á dar pruebas de las dotes que la naturaleza y la gracia habían atesorado en su alma, llevó también tras sí con sorpresa las vo-

¹ Proc. rom., pág. 345.

² Proc. rom., pág. 345.

luntades y miradas de todos, y acabó siendo en breve la gala del seminario de Malinas como había merecido el lauro de las escuelas de Diest. El Prelado de la metrópoli, sabido el lucimiento de sus estudios, se dió por satisfecho al ver que en este mozo de tantas esperanzas le deparaba el cielo un poderoso brazo para bien de sus ovejas. Lo más admirable fué que, según los mil cuidados en que le traían ocupado los quehaceres de casa, hallase Juan tiempo para cumplir con los deberes del aula. Ello es indudable que hombros menos sufridos que los suyos hubieran dado con la carga en tierra. Él, á pesar de la imposibilidad de acudir á todas las lecciones, y no siendo dueño á veces del tiempo que á ellas seguía para reparar su falta, con el afán de hacer grandes cosas andaba revolviendo dentro de sí pensamientos del servicio de Dios, que para quien no tuviera su ánimo fueran disparate por el gran caudal de saber que pedían. Entabló un tenor de vida que guardaba con esmero; y es el siguiente:

Así que anochece, despídese cortés de su señor, y con su bendición se retira al aposento como para ir á acostarse, pero no va sino á orar, y después de entretenerse en trato amoroso con nuestro Señor, cuando los de casa entregan los cuerpos al descanso, él, dormido á sus propios gustos, se pone á velar sobre los libros hasta las altas horas de la noche. Sentado en la cama en actitud inmóvil por no molestar á los demás, consulta á su sabor los autores que apenas ha podido abrir entre día. ¡Cuántas veces á hurtadillas le oyen exhalar suspiros y blandos coloquios con Dios! Dan las diez, las once, las doce; la lámpara del aplicado estudiante sigue todavía ardiendo. No pocas veces, rendido al peso de la fatiga, llega á cabecear y

viene la cabeza á dar sobre la hoja que estaba leyendo. Si queda un instante traspuesto, luego en despertando, tan generoso con Dios como cruel consigo mismo, discurre artificios dolorosos hasta echar el sueño de sí. Si vencido el cuerpo del porfiado cansancio se tiende finalmente en la cama, si no ya en el duro suelo, para dar al reposo lo que resta de noche, no es para regalarse con el sueño descuidadamente, sino para ganar por la mano al lucero de la mañana y levantarse antes que nadie. Vez hubo, dice el P. Bauters, que la aurora le cogió con los libros en las manos sin haber pegado los ojos. Tan despierto le traía el afán de saber y de habilitarse para digno ministro del Evangelio.

Al romper el día ha sacudido ya el sueño sin ser llamado, y acude á la oración. Hincadas en el suelo las rodillas, juntas las manos al pecho, sin arribo ninguno, pasa largo tiempo, y no sucumbe á la fatiga, aunque el rigor del invierno le tenga yertos los dedos y helado el rostro; porque si la postura con su incomodidad y el frío con su rigidez parecen acrecentar el mal tratamiento del cuerpo, el alma trasportada en Dios desatiende y aun se hace insensible al peso de la carga.

Acabada la oración, emprende la tarea de los libros; y bien que no siempre su talento se ocupe en escribir las grandezas de Jesús y de María, no por eso deja de seguir el impulso de amor divino en el desempeño de las obligaciones literarias. Con el rostro vertiendo luz y alegría entra á su tiempo á saludar al señor Chantre y á recibir órdenes para el resto del día. En el servirle y aderezarle el cuarto es por extremo grande el aseo y orden que guarda.

Sonó la hora de clase. En cátedra: atención, compostura, urbanidad, obediencia á los avisos

del maestro, calor moderado pero vivo en los desafíos, modestia si triunfa, serenidad si le ganan. Estos son incentivos que despiertan en los seminaristas fervorosa contienda por el estudio y la virtud.

En saliendo del aula, derechamente se recoge á la sombra de su casa. Cuando sale con el canónigo para alguna parte (y nunca saldrá sin libro), lee cuanto dura la visita, hasta que se le hace señal de despedirse. En ciertos zaguanes y en días determinados, vense multitud de lacayos y pajes esperando á sus señores, como Juan espera al suyo, y es fuerza que la lectura se le haga impracticable: dichas unas palabras de cortesía á los presentes, se acoge á la iglesia más cercana; ó si no, hace oratorio del primer rincón que á mano viene (lo más común detrás de la puerta), y allí, mientras que los lacayos de los otros canónigos, como acaece en días de cabildo, ó los criados de los señores se juntan á departir en común, ó se divierten con juegos de placer, el bienaventurado mozo, como quien sabe que hablando se suele perder y callando siempre se gana, según dicen los santos, y mucho más si callando se ora, se está regalando secretamente con el Señor de cielos y tierra, ofreciéndole sus estudios, dándole gracias, pidiendo favores, implorando socorro, prolongando así los encendidos coloquios, hasta tanto que llega la hora de regresar á su casa. Otras veces, estando en ella, en tiempo de comida, después que lo ha dejado todo á punto, así que acabado el servicio comienzan los comensales á dar calor á la conversación de sobremesa, el sirviente se convierte en estudiante, y puesto en pie pasa la vista por el libro, con ánimo de cerrarle á la primera señal de los presentes. De esta manera su vida venía á re-

sumirse en un continuo tener avivado el ánimo al trabajo y á la devoción.

Los modales corteses, que el mundo ignorante cree incompatibles con la virtud, le granjearon la común estimación. Disputábanse los canónigos la fortuna de tenerle en días de convite para servir á los convidados por lo primorosamente que desempeñaba este oficio. "No se celebraba, añade un testigo, convite extraordinario en casa de ningún canónigo, que no se solicitase el favor y el servicio de Berchmans,"; tal vez, más que para estar bien servidos, para gozar de su amable presencia y edificarse con los ejemplos de sus virtudes, dice el P. Angelini ¹. En tales casos, como fuera limpio y aseado el vestido, y en eso fué siempre exquisito su cuidado, poco le importaba que fuese raído y basto; y es bien cierto que antes de estrenar una prenda, por sus propias manos se remendaba las viejas. Sucedió, pues, que como no falta gente ruin en las casas de los señores, tampoco faltaban galopines entre los mozos de cocina, que, afectando miras caritativas para encubrir la ruindad de sus intenciones, cargasen no pocas veces sobre el paciente familiar lo más pesado del servicio, dándole apenas tiempo para tomar un bocado á la mesa de la servidumbre ². Conocían los canónigos estas encubiertas, y cuando no podían poner remedio, quedaban edificadas de la solidez de aquella virtud, apoyada, más que en los años, en la justificación de la conducta. Pero él abrazaba las molestias con humildad verdaderamente cristiana,

¹ *Vita*, p. I, capó v.

² *Etiam rescitum, tanta eum in convivis ad quae cum hero adibat fuisse abstinentia, ut vino communiter ac bellariis lautioribus, in quae majori famuli feruntur licentia et aviditate, sibi penitus interdixerit.* (Revisor del P. Cepari.)

y con la santa alegría que solamente puede infundir la memoria de aquel Señor que bajó del cielo á la tierra á servir y á no ser servido.

Entendía el canónigo Froymont con cuántas veras su familiar todo lo atropellaba por abatir la propia persona sin reparar en la afrenta; no sufriendole en el corazón que se tratase con tanto rigor, puso entredicho á los excesos de su humildad. Respondióle el santo mancebo que tenía por gran gloria acatar sus disposiciones, pero que si quiera no le negase licencia para fregar la vajilla todos los sábados en obsequio de la Santísima Virgen. Hubo de concedérselo el canónigo, como quien sabía por experiencia, que por más trabas que pretendiera poner á sus ingeniosos desvelos, todos los arbitrios no bastaban á desviarle de la práctica á que su propia humildad le inducía.

III

Lo consistía todo su ahinco en ocupaciones caseras; sobreviniéronle otras al parecer menos viles, pero más mortificativas. La noble casa Van Roone, de las más calificadas de Malinas, había encomendado al Sr. de Froymont la crianza de sus tres hijos. Para mayor conveniencia, vivían en casa del canónigo. Luego que este tanteó el trato sincero y fiel, y sondeó el caudal de prudencia de Juan Berchmans, se apresuró á renunciar en él los títulos de ayo, persuadido á que, pues todo el intento se reducía á que los niños adelantasen, encargados á su dirección caminarían sin peligro y con provecho en letras y en virtud.

Así lo refiere el P. Bauters, y añade que con ser estos tres hermanos de índole insoportable, se rindieron luego al yugo del joven pedagogo. Llamábalos por la mañana, vestíalos por su persona, arrodillado con ellos rezaba las oraciones que él propio les sugería, llevábalos á misa, enseñábalos la doctrina, sacábalos á paseo; en una palabra, tenía por entretenimiento el no perderlos de vista sin darles el menor indicio de amargura, sino muchos de gran consuelo, porque no le sentía pequeño cuando consideraba que en aquellos blandos corazones, confiados á su lealtad, levantaba el edificio de la educación cristiana. Ayudado de la mansedumbre y con la espuela del ejemplo, sin tiranizar las voluntades fué haciendo suyas aquellas tiernas almas, hasta que la gracia de Dios prendió en ellas con tanta pujanza, que bien pronto saltó la transformación á los ojos de sus padres, y fuera de sí de contento no sabían encarecer con palabras la verdad de su admiración ¹.

Otra ocasión se le vino á las manos de manifestar el celo y caridad. Había vivido en Malinas un pintor llamado Boels, que por su ninguna prudencia en recatarse de las patrañas y embelecocos de los predicantes, luteranos y calvinistas, se había dejado prender en sus redes, y á fin de hurtar el cuerpo á las pesquisas que contra los herejes se hacían en la católica ciudad, mal contento de su infamia, se había huído á Holanda con su mujer y un hijo único, dejando en Malinas algunos parientes católicos. Murió el desventurado pintor apóstata á los tres años. Su hijo Francisco, que contaba á la sazón diez y seis, alcanzó de la madre viu-

¹ *Filiolos ternos... utcumque difficili indole ad tantam morum suavitatem adduxit, ut res parenti gaudio, hero ac praeceptori esset admirationi.* (Proc. rom., pág. 350.)

da licencia para volver á Malinas. Aquí fué Nuestro Señor servido entrarse en relaciones con el canónigo de Froymont, que le admitió con suma benevolencia y pensó albergarle en su casa, á ver si le sacaba de las tinieblas del error. Traza fué que Dios echó según sus levantados fines.

No pasaron muchos meses cuando entró á servir al canónigo nuestro Santo. Su buena gracia, su compostura y circunspección, su llaneza y humildad, cautivaron con imperio la voluntad de Francisco. Movido de tanta virtud, en vez de torcer el semblante, comenzó á ladearse á la religión católica, sobre cuyos principios y verdad había oído al canónigo doctos razonamientos. Combatido Juan de mil ansias, derramaba el corazón en el acatamiento divino, suspirando por la gracia y total conversión del desdichado protestante. No tardó el cielo en mostrarse clemente. Apretado Francisco, parte por las razones del Santo (y las del ejemplo, que tocaba con las manos, carecían de réplica), parte por la eficacia de su oración, al fin comenzó á sentir la fuerza de la verdad; y abriendo los ojos á la lumbre de la fe, abjuró públicamente el luteranismo á 28 de Enero de 1613.

Mas lo glorioso y divino se forjó siempre en la fragua de la tribulación. No bien hubo vuelto el recién convertido las espaldas á la secta de su padre, tuvo que blandir las armas de la fe y rechazar los ardides de la madre, acérrima luterana, que ora con promesas, ora con amenazas, y más que todo con el calor de un pleito que entabló contra el canónigo, poniéndose en términos de agraviada, pretendía derrocar la constancia de su hijo, tierno todavía en la fe. Afectando achaques de nobleza para llevar al cabo sus enojos, formó quejas del canónigo, alegando que su hijo vivía en su

casa sujeto á ministerios viles indignos de su condición, y que gastaba la flor de los años en seguir los pasos del clérigo atado como paje á su custodia, con otra suma de acusaciones que traían harto mal disimulada la flaqueza de su razón.

En orden á responder á estos alegatos mandan hacer informaciones los archiduques de Austria, gobernadores de los Países Bajos. Substanciósese el proceso; fulminan los tribunales el fallo en esta forma, declarando que: Sin sombra ni razón de justicia mueve querrela la madre de Francisco Boels, atento á que éste, lejos de consumir sus mejores años en ir tras el canónigo con el esportillo á cuestras, como se alega, está jurídicamente probado que prosigue sin menoscabo de sus estudios cursando en las aulas públicas, y que se sienta todos los días á la mesa con el antedicho señor chantre de Froymont, "servidos ambos á dos por un tal Juan Berchmans, criado del canónigo!"

Enfrenada por estos términos la pretensión de la luterana, enseñado el nuevo católico á combatir el amor materno con los consejos de su bienhechor Froymont, animado á resistir con las razones de Juan, salió gloriosamente con victoria de tan porfiada lucha, acreditando su fortaleza y de nuevo hasta el punto de dar el nombre (como lo hizo cinco años después) para evangelizar los pueblos protestantes á la religión de la Compañía de Jesús, á 24 de Septiembre de 1618, muriendo en ella á los veintinueve de edad. Dicha nuestra es deber á su agradecida mano la relación de los edificantes actos de virtud que nuestro Santo practicó en

¹ *In propria cantoris mensa accumbit quotidie... astante interim et ministrante quodam Joanne Berchmans famulo.*

casa del canónigo, y de la mucha parte que tuvo en la obra de esta conversión.

Llegando aquí no faltarán acaso lectores que tengan por de poca importancia, y aun por sospechoso, cuanto de la perfección de Juan Berchmans hemos referido, y se echen á pensar que todo esto no es más que la pintura de un joven ideal, colocado en diversas posiciones, más bien que hechos históricos presenciados por humanos ojos en hombre de carne.

Para satisfacer á estos reparos conviene considerar la singular condición de nuestro Santo. Creo que rara vez se ha ofrecido en la Iglesia de Dios suceso de tan rara expectación como el espectáculo de la vida de este mancebo. Yo confieso que me espanta y deja confuso esta obra de Dios. Quiso el Señor autorizar en ella la virtud y presentar á los ojos del mundo un dechado ideal, sin aparato de prodigios, desnudo de lustre de milagros, despojado de rayos de profecías, exento de dones maravillosos, privado, en fin, de aquellos carismas sobrenaturales que acompañaron y esmaltaron la santidad de muchos héroes del cristianismo. Pretendía Dios enseñar á todas las edades y profesiones cuán poderosa es la virtud por sí misma, y cuánto puede el cumplimiento de los propios deberes sin el brillo de mercedes extraordinarias.

Para llevar adelante esta particular providencia y extender su fama por el mundo, sacó á Berchmans del rincón á vista de varones prudentes y doctos, paseóle por esclarecidas ciudades, rodeó pueblos con la admiración de su inocencia, púsole en comunicación con todos los estados, pasóle por trances de diversos oficios; hizo que á los catorce años hubiese corrido por las obligaciones de hijo

de familia, de discípulo, colegial, pupilo, sirviente, ayo, maestro, estudiante, y consagrándolas todas con la unción de su intachable conducta, dispuso que su santidad sonase en los labios de graves testigos con informaciones auténticas; y, lo que es más, que sin el estruendo de maravillas causase satisfacción en los pechos de hombres sin número, quedando cautivados todos, pasmados todos, enternecidos todos, convencidos todos de su heroicidad y excelencia, y deseosos todos de verla calificada por el infatigable juicio de la Iglesia santa. Van Stiphout, Emmerick, Timmermans, Froymont, Boels, Roone, y las muchas personas que hasta ahora le han tratado en Diest y en Malinas, depusieron unánimes sobre la perfección de su proceder, y en sus testimonios descienden á cosas, cuanto menudas y vulgares, asombrosas y llenas del espíritu de Dios.

Referirlas aquí por menor, ¿no es por ventura abrir camino á la grandeza? Callarlas, ¿no sería agraviar con el silencio la disposición de Dios, que quiso fuesen con clara y eterna voz pregonadas? ¿Qué le haremos á Dios, si su divina bondad trazó valerse de Juan Berchmans para anunciar al mundo prácticamente cuánto valor tiene de suyo la virtud y santidad cristiana? Pormenores son estos, dice á este propósito el P. Vanderspeeten, que pudieron bien omitir los biógrafos precedentes, quizá teniéndolos por indignos de la gravedad histórica; pero cuando los apoyan suficientemente autoridades tan respetables, ¿por qué deberemos pasarlos por alto, si pueden servir para sacar los perfiles y acabar de delinear la gran santidad de Juan, y abrir paso á la imitación de los venideros?



CAPÍTULO VI.

JUAN BERCHMANS ALUMNO DE LA COMPAÑÍA.



- I. Los Jesuitas de Malinas.—Fundación del Colegio.—Dificultades para trasladarse Juan del Seminario al Colegio.—Denuedo de nuestro estudiante.
- II. Entra en la clase de retórica.—Escoge confesor.—Testimonio del P. de Greeff sobre su vida de colegial.
- III. La virtud de Juan cautiva á los condiscípulos.—El mozo discolo.—Victoria de Juan.

I

DESDE que los P'adres de la Compañía habían abierto en Malinas casa de noviciado (1611) y hecho público el celo que los movía de formar la juventud, las autoridades y la nobleza acariciaban el pensamiento de fundar allí Colegio, donde pudiesen las familias recoger los frutos de una esmerada educación. A este fin habían ofrecido proposiciones al P. Scribani, provincial de la Compañía de Jesús en los Estados de Flandes, el cual no pudo sino rendirse á los generosos ofrecimientos, y dispuesta ya la fundación, á mediados de 1615 nombró por rector del nuevo Colegio al P. Antonio Sucquet, y por catedráticos

de familia, de discípulo, colegial, pupilo, sirviente, ayo, maestro, estudiante, y consagrándolas todas con la unción de su intachable conducta, dispuso que su santidad sonase en los labios de graves testigos con informaciones auténticas; y, lo que es más, que sin el estruendo de maravillas causase satisfacción en los pechos de hombres sin número, quedando cautivados todos, pasmados todos, enternecidos todos, convencidos todos de su heroicidad y excelencia, y deseosos todos de verla calificada por el infatigable juicio de la Iglesia santa. Van Stiphout, Emmerick, Timmermans, Froymont, Boels, Roone, y las muchas personas que hasta ahora le han tratado en Diest y en Malinas, depusieron unánimes sobre la perfección de su proceder, y en sus testimonios descienden á cosas, cuanto menudas y vulgares, asombrosas y llenas del espíritu de Dios.

Referirlas aquí por menor, ¿no es por ventura abrir camino á la grandeza? Callarlas, ¿no sería agraviar con el silencio la disposición de Dios, que quiso fuesen con clara y eterna voz pregonadas? ¿Qué le haremos á Dios, si su divina bondad trazó valerse de Juan Berchmans para anunciar al mundo prácticamente cuánto valor tiene de suyo la virtud y santidad cristiana? Pormenores son estos, dice á este propósito el P. Vanderspeeten, que pudieron bien omitir los biógrafos precedentes, quizá teniéndolos por indignos de la gravedad histórica; pero cuando los apoyan suficientemente autoridades tan respetables, ¿por qué deberemos pasarlos por alto, si pueden servir para sacar los perfiles y acabar de delinear la gran santidad de Juan, y abrir paso á la imitación de los venideros?



CAPÍTULO VI.

JUAN BERCHMANS ALUMNO DE LA COMPAÑÍA.



- I. Los Jesuitas de Malinas.—Fundación del Colegio.—Dificultades para trasladarse Juan del Seminario al Colegio.—Denuedo de nuestro estudiante.
- II. Entra en la clase de retórica.—Escoge confesor.—Testimonio del P. de Greeff sobre su vida de colegial.
- III. La virtud de Juan cautiva á los condiscípulos.—El mozo discolo.—Victoria de Juan.

I

DESDE que los P'adres de la Compañía habían abierto en Malinas casa de noviciado (1611) y hecho público el celo que los movía de formar la juventud, las autoridades y la nobleza acariciaban el pensamiento de fundar allí Colegio, donde pudiesen las familias recoger los frutos de una esmerada educación. A este fin habían ofrecido proposiciones al P. Scribani, provincial de la Compañía de Jesús en los Estados de Flandes, el cual no pudo sino rendirse á los generosos ofrecimientos, y dispuesta ya la fundación, á mediados de 1615 nombró por rector del nuevo Colegio al P. Antonio Sucquet, y por catedráticos

á los Padres Antonio de Greeff y Pascasio Vander-Straeten, aquél de griego, y éste de latinidad.

Abiertas las puertas del Colegio y franqueadas las avenidas del saber, corrió desalada la juventud de la ciudad, pueblos y lugares comarcanos, atraída de la gloria que prohibaban á los Jesuítas, de ser maestros en el arte de imprimir en los jóvenes amor á la religión y buenas costumbres, y de imponerlos perfectamente en las letras humanas, en toda ciencia y erudición. Sentía Berchmans apretadísimos deseos de oír, como otros muchos, las elecciones de los Padres. Era forzoso lidiar con los obstáculos que tenía delante.

Todos los que se le vendían por bienhechores, tiraban á desbaratar su pretensión, ora porque les hiciesen efecto algunos siniestros rumores que andaban en lenguas contra los de la Compañía, ora porque los atormentasen con recelo las resultas que de aquel paso se podían prometer. Con especialidad al rector y maestro del Seminario se les hacía muy recia aquella mudanza, y se alteraban con el amago de verse un día privados por siempre de aquel alumno ¹. El señor Arzobispo, con ser grande amigo de la Compañía, miraba más por su propia casa, y temía la pérdida definitiva de la flor de sus esperanzas el día en que Juan se pasase al Colegio de los Padres. También el canónigo Froymont notaba de prematura la resolución del mancebo, juzgando que iba descaminado en querer á sabiendas perder la gracia de los que algún día pudieran facilitarle la entrada y estudios en el Seminario mayor; cuanto más que parecía cosa clara no ser aquella la voluntad de sus padres y en ha-

¹ *Ex palaestra archiepiscopali ad nostram transiit, non sine sensu ludimagistri sui et rectoris: unde chaos nimum utriusque post firmatum est.* (Proc. rom., pág. 363.)

cer la suya propia torcía á otra parte la de Dios y cumplía mal con la ley del agradecimiento que aparentaba querer atropellar á todo trance. El propio interés dictaba cargos y razones á los que bien le querían.

En el camino de la vida ha puesto la mano de Dios á cada uno de los mortales un paso de difícil salida, que por andar anejo á su porvenir, pide tanto mayor esfuerzo cuanto más sembrado esté de dificultades. Este que se le ofreció aquí á nuestro héroe, es uno de los más providenciales de su vida y de más terribles consecuencias. Como en palenque guerreaban en su corazón porfiadamente dos afectos, la afición á los Padres de la Compañía, y la obligación al amor de maestros y favorecedores. En este conflicto, como en otros muchos aprietos, á Dios sólo miraba con sencillez de paloma; poca fuerza le hacían razones humanas cuando el Señor se la ponía en el corazón asegurando su espíritu con la luz que le comunicaba. Sin perder la prudencia de la serpiente, tuvo en poco los desastres de que le creían amenazado; defendió con libertad que el peso de su inclinación á irse con los Padres era prueba de venirle de Dios, y después de dar y reiterar, cual cumplía, al canónigo y demás amigos, muestras de gratitud y cariño, cerrados los oídos á los riesgos y daños que se le acumulaban delante, sólo aguardó respuesta de las voces que de lo íntimo de su alma enviaba sin cesar al trono de aquel Señor, que lo es de todos los corazones.

Y como sea cierto que la oración tiene la llave del cielo, pudo al fin más con él la de Berchmans que toda aquella batería junta. El remate de todo fué, que según las secretas firmas de la amorosa providencia, pasó adelante la voluntad del Señor,

el Arzobispo quedó siempre afecto á los Padres de la Compañía; el canónigo, si anduvo al principio rostrituerto con ellos, cuando los hubo tratado de cerca les franqueó su amistad; pero entibiáronse las buenas relaciones que existían entre los Padres y los señores del Seminario menor. Más adelante, como de beneficio incomparable, no se hablaba nuestro Santo de dar gracias á Dios y de maravillarse cómo había sido ordenada esta prueba para tanta dicha suya ¹.

Fué, pues, admitido á las escuelas del Colegio de la Compañía en clase de externo, teniendo diez y seis años cumplidos. Los pretendientes, para ser matriculados, debían primero sujetarse á la formalidad de un examen. Respondió nuestro humanista lucidamente en las materias que había cursado hasta aquí, y salió aprobado para la clase de retórica. Con cuánta justicia mereciese esta calificación, lo evidenció el haber alcanzado, al cabo de un mes de acudir á las aulas del Colegio, primeras notas en todos los desafíos. Entre las varias declaraciones hechas por sus condiscípulos, muerto ya el Santo, no es para dejada en silencio la de Otto Esquens, que dice así: *Este año, la clase de retórica se componía de muchos jóvenes de ingenio sobresaliente; pero el de Juan Berchmans descollaba entre todos. Casi siempre ganó el primer premio, después de conquistar el primer puesto* ².

¹ *In eo mirabatur providentiam divinam quod omnibus quibus adstringebatur obnitentibus, etiam fortassis ipso Archiepiscopo, qui de ipso, ut in scholis suis degente, plurimum sperabat, ad scholas Societatis translatus sit.* (P. Bauters., Proc. rom., pág. 363.)

² *Tametsi essent plurima ingenia praestantia in rethorica, dictus Joannes Berchmans plerumque primus fuit et primum praemium tulit.* (Proc. rom., pág. 194.)

II

Lo primero que hizo en pasando á frecuentar los estudios de la Compañía, fué buscarse un Padre que tomase á su cargo el gobierno de su alma, y le halló en su mismo catedrático de griego, el P. Antonio de Greeff. Trasladaremos aquí parte de la preciosa carta que este varón espiritual escribió al P. Teodoro Buseo, asistente de Alemania, á 12 de Abril de 1630, bastante por sí misma para formar el elogio más cabal de nuestro retórico. Dice así la carta:

En Agosto de 1615, luego de concluir en Amberes los estudios, recibí del Rdo. P. Provincial Carlos Scribani orden de pasar á Malinas con el P. Antonio Sucquet. Entonces fué cuando Juan Berchmans, del Seminario menor del Arzobispo se pasó á nuestro Colegio, no sin desabrimiento de su maestro y del rector del Seminario, que por esta causa se mostraron frios con nosotros por algún tiempo.

Sea que algún alumno adrede metiese ruido y travesase en el aula, sea que otro se portase con menos discreción y miramiento, siempre el mansísimo joven permanecía de un temple, siempre modesto, atento, recogido, laborioso. En aquella despejada frente, en aquel semblante sereno rayaba sin sombra de turbación la risueña y dulcísima paz: parecía un ángel en carne mortal. Yo le servía á un tiempo de maestro en los estudios y de director de su alma. Venía muy

á menudo á verme, movido del deseo de cumplir entera y perfectamente su obligación, y tantas preguntas me hacía y tantas dudas me proponía sobre práctica de cosillas, que no quedaba satisfecho hasta entender mi dictamen. ¡Cuántas veces derretían sus palabras el hielo de mi alma, y encendían en mi pecho centellas de caridad! Y lo que más confusión me causa es, como me lo dicen los ojos en la vida que del santo joven anda ya impresa, entender con qué humildad, exactitud y fervor de espíritu hacia las devociones y prácticas que yo le aconsejaba...

Cuando los penitentes son muchos, suelen aquí en Bélgica los niños, en vez de arrimarse á la rejilla, confesarse por delante, puestos de rodillas á los pies del confesor. A esta usanza se acomodaba también mi discípulo: y ¡qué fragancia de castidad sentía mi alma, cuando la frente del angelical mancebo venía por acaso á dar en mi mano, en que tenía apoyada la cabeza! Hasta aquí el P. de Greeff.

Ya que hemos tocado esta virtud, que ennobleció en sumo grado el alma de nuestro Juan, parémonos á considerar la notoriedad y fama que por este tiempo había logrado. Crecía con los años en el amor de la pureza, y la sacaba más esplendorosa al paso que eran mayores los peligros. Una gracia particular habíale el Señor concedido, la de imprimir afición á la castidad en cuantos le trataban. Junto con aquella condición apacible que le ganaba el agrado de todos, veíase en él una madurez que infundía veneración; siempre festivo, pero modesto; gracioso, pero circunspecto; lleno de mil donaires, sin rastro de liviandad: raro y grandioso privilegio, verificado en todo el discurso de su vida. Rayos de limpieza despedían sus

virginales ojos, y encendían afectos castos en el corazón¹. ¿Quién hubiera osado proferir en su presencia una palabra menos decente? ¿Qué entretenimiento poco honesto no quedaba interrumpido en asomando él? Vez hubo que habiendo unos mozelos dejado deslizar la conversación por materias algo libres, á las primeras palabras viéronle cubierto el rostro de aquella encendida grana que dibuja con el carmin de la vergüenza la virtud angelical, y por más que se reportasen, no fué posible detenerle, porque de los mozos livianos ni la sombra podía sufrir².

Solían ir en verano los estudiantes á bañarse en el río; jamás se pudo recabar del honestísimo Berchmans que fuese en su compañía. En tales casos, los alumnos, lejos de tildar de melindroso aquel recato, se edificaban de su pureza, porque se les alcanzaba muy bien cuán extremada la tenía, y se contentaba cada uno con decir para sí, y aun repetir públicamente: Berchmans es demasiado santo para estos entretenimientos. ¡Tan cierto es que á la virtud sólida sigue, como al cuerpo la sombra, la honra y estimación!

En el colegio de la Compañía mejoró el renombre que en las representaciones dramáticas había granjeado cuando estudiaba en el convictorio de Pedro Emmerick, pero aquí convertía las tablas en púlpito, y el papel en sermón de moralidad. Aun por motivos de celo se le iba el alma tras estos ejercicios, que le daban ocasión de encarecer la angé-

¹ *Ita blandus ut tamen hac in re severissimus; ita graciosus ut puritatis amorem omnibus insinuaret. Censuerunt plurimi ab oculis, quos raro in quempiam figebat, veluti radios quosdam emanarent quibus castimoniae ardorem in animis aliorum accenderent.* (Proc. rom., pág. 352.)

² Proc. rom., pág. 352.

lica virtud y de promover su deseo. Así sucedió un día que, nombrado por la segunda vez para el desempeño de un personaje que hacía solemnemente en el escenario voto de perpetua castidad, le aceptó el casto mozo con mil ternuras, gastando en aprenderle todas las horas que pudo. Sabía ya de memoria cuatrocientos versos, cuando, temiéndose no se resintiera de la fatiga su pecho debilitado, le quitaron el papel. A Berchmans púsosele el rostro, dice el P. Bauters, encendido como una amapola, y sin más respuesta, con aquel sonroseo dió á entender á los que le conocían, que la causa de su sentimiento era perder aquella ocasión de hacer público su amor á la virginidad.

III

CON menos fuerza atrae el imán al hierro que la virtud de nuestro retórico arrebatava y llevaba tras sí la admiración de los estudiantes. Era pobre, bien es verdad, y sin más lustre que el que da de suyo la honradez de los mayores; pero jamás se abatió á mendigar á vueltas de rastroseros servicios ó de viles cumplimientos, la gracia de sus iguales, y sin embargo, á todos interesaba la cordialidad de su trato, en todos hallaba voluntad sin afectación, estimación sin lisonja. Mediase á las condiciones de todos, con cada uno tenía diferentes y admirables maneras; los nobles que frecuentaban las aulas, lejos de asquear la hu-

mildad de su vestido, contaban entre sus glorias la parte que les concedía en su estima y afición, como consta en los Procesos.

A fin de probar la virtud de su siervo con la piedra de toque de la persecución, permitió Dios que la envidia aquí, como antes en Diest, le hiciese guerra por medio de un mozo de su misma edad¹. Demasiadamente ruín para tener amor á Berchmans, quizá aconsejado de su mala pasión, alimentaba en su pecho contra el humilde estudiante un aborrecimiento que rayaba en frenesí cuando oía celebrar sus prendas, publicar sus triunfos ó significar el aprecio y amor que su virtud merecía. Era echar aceite en el fuego cada vez que se hacía honrosa mención de Berchmans. ¿Cómo había de imaginar este generoso pecho, que en alma cristiana pudieran haber tan rateros sentimientos? Y habría con efecto ignorado el rencor que fomentaba contra él su falso condiscípulo, á no haber roto la valla por dársele á conocer. Porque muy mal cuadraba con su astucia mostrarse corajoso delante de sus compañeros, sabía el taimado con la boca llena de hiel afectar agrado y urbanidad, por tan fingido modo que cualquiera echara, no á mala voluntad, sino á carácter maleante y socarrón aquella su costumbre de contradecir todas las proposiciones y pareceres de Berchmans, de deprimir su virtud con chistes, de subir al cielo las cualidades de sus émulos, de no dejar caer en

¹ *Quod refertur de patientia Joannis respectu contumeliosi cujusdam discipuli ejusdem est temporis scholarum mechliniensium; constat enim nobis de persona. Nescimus an idipsum etiam contigerit Diestemii, de quo constat tantummodo ex suis inibi quondam magistris eum valde pacificum et patientem fuisse.* (Observaciones de un Padre flamenco sobre la vida del P. Cepari, que se guardan en Roma.)

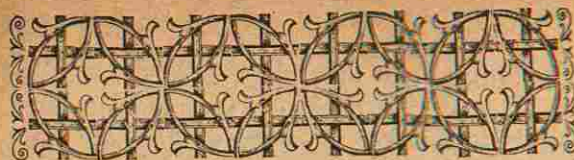
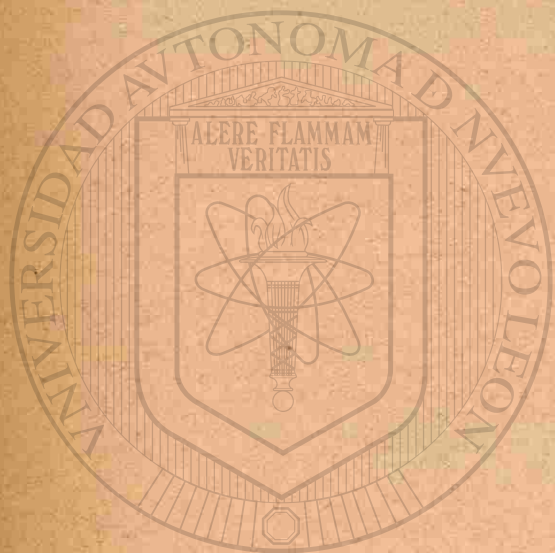
tierra la menor ocasión de herirle las entrañas con algún desabrimiento. Pero en logrando verse á solas con él, la soledad hacíale más insolente; aquí daba suelta á la cólera represada, regañaba los dientes, clavados los ojos en su víctima, vomitaba contra el mansísimo cordero el veneno de su saña, terminando las contumelias de mofas y vituperios con las afrentas de golpes y bofetones.

Berchmans, que con abrir los labios hubiera visto mil lenguas en movimiento y armados mil pechos para poner en razón la insolencia del perseguidor, callaba y sufría. No se pagaba de ser querido; pero lo que le rasgaba el corazón de pena era ver puesto en tales términos á un joven contra quien no abrigaba la más leve sombra de aversión. Más aún que su propia desgracia, el extravío del malaventurado le atormentaba y enternecía, y le hacía prorrumpir en gemidos y sollozos delante de Dios, ejecutando imposibilidades á trueque de reducirle. Si afable con todos, con él tierno y cariñoso; si con todos servicial, con él agasajador. Al fin, poniéndose Dios de por medio, aquel corazón de hiena, en quien el infierno parecía haber soplado las llamas de su furor, vencido de tantas finezas se ablandó, templó y refrenó la fiereza, confesó su ceguedad, se estrechó amigablemente con Berchmans, y más adelante se preciaba de haber sido el más dichoso trofeo de su invicta mansedumbre.

Tal era la afición con que buenos y malos se le inclinaban. Hallábanse todos muy bien con el ejercicio de aquel prodigioso ascendiente que había tomado sobre las voluntades. Esta superioridad no se explica bien por el cúmulo de dones naturales que le adornaban, si no levantamos la consideración á la fuerza secreta que ejerce la virtud cuan-

do es heroica, para avasallar los ánimos con el imán de su poderoso atractivo.

Y si tan relevante y arraigada es ya la de Berchmans en una edad tan temprana, ¿qué será cuando bajo los auspicios de la Reina de las virtudes eche profundas raíces?



CAPÍTULO VII.

EL CONGREGANTE DE MARÍA.

- I. La Congregación de la Santísima Virgen.—Fúndase en Malinas.—Es Juan recibido en ella.—Conquistas que hace dentro y fuera del Colegio.—Industrias y devociones que practica.
- II. Acaecimiento notable.—Su virtud calificada por el canónigo Froymont.

I

Por este tiempo la Congregación de María, ideada por el celo del B. Pedro Canisio (1550) en Munich, fundada en Roma por el P. Juan de León (1563), aprobada por la santidad de Gregorio XIII (1586), enriquecida de gracias por Sixto V (1586-1589) con el título de María Anunciada, floreciente en 1615 por toda Europa, con increíble rapidez había penetrado hasta los extremos de la tierra y anunciaba con ilustre cuanto numerosa generación de jóvenes, ser en lo sucesivo un valentísimo instrumento del bien de las almas en los colegios de la Compañía.

Diéronse prisa los Padres á organizar en el de

Malinas esta santa institución. Comenzó á correr por las calles el rumor de que en ciertos días y á ciertas horas se juntaban en una capilla interior los alumnos más aventajados en aplicación y conducta, y que allí, ante una imagen de la Santísima Virgen adornada con flores y luces, se dedicaban á ejercicios de devoción en obsequio de la celestial Señora. No faltaron curiosos que fuesen á oír las Letanías, el Oficio Parvo, y aun, si pudieran, las pláticas de los congregantes y demás entretenimientos devotos. Esta sombra de misterio en que andaba envuelta al principio la Congregación naciente hacia la más recomendable, pues que la misma novedad servía de cebo á la curiosidad para despertar aspiraciones en los que no hubieran pensado en dar todavía sus nombres.

Según el fin de esta institución, sancionado por el dictámen de los Papas que la condecoraron con privilegios, los jóvenes que en ella se alistaban, fuera de preceder á los demás con el ejemplo de las virtudes, deben señalarse en la devoción á la Virgen Madre de Dios. A Berchmans el solo título de Congregación le pareció divinísimo, y habida de ella más circunstanciada noticia, suspiró con mil ansias por esta honra. Era su vida patente, pública, certificada con suficiencia de probanzas, y á fuer de tal más que bastante para facilitarle la entrada y para ser recibido, como lo fué en breve, con unánime voz y contento de todos los congregantes.

Estaba en su elemento en el seno de la Congregación. Enterneciánsese las entrañas al ver floreciente el culto de su benditísima Madre, y tan estimada la pureza de costumbre por aquella juventud estudiosa; ni tenía palabras con que engrandecer y reverenciar la mucha parte que en esta

santa obra había tomado la solicitud maternal de María, acogiendo bajo su manto y admitiendo por suyos á los que á honrarla se consagraban. Al principio caminaba al paso de los fervorosos, pero luego ninguno se la pudo ganar en la puntual ejecución de las prácticas y en el cumplir el deber de verdadero congregante.

Al calor de la llama de apóstol, que había siempre fomentado en su corazón, altos designios bullían en su entendimiento; ahora que se vió capaz de algún bien, y aun en cierta manera obligado, no le fué posible reprimir los ardores ni dejar de hermanar con el celo las prendas que la naturaleza y la gracia en él habían atesorado. Con esta resolución, empezó á levantar bandera y señal con que ganar devotos á la Madre de Dios. Con nuevo fervor trató primeramente de mostrarse edificativo en obras y palabras. Las mil gracias, esparcidas en su semblante, robaban los corazones; concediales él aquella libertad que sin menoscabo de la madurez era bastante para inducirlos á cosas de religión. Mirábase su amistad como prenda de virtud; todos la solicitaban; él la franqueaba gustoso, y con finezas de sincera estima, mostradas á tiempo, la estrechaba con vínculos tan apretados, que los más distraídos se dejaban caer en los lazos de sus caricias y razones, y rendían el cuello al yugo de la virtud emprendiendo vida más arreglada. Acreditaron este poderío los tres muchachos que dijimos educados de los cuales abrazaron nuestro instituto, el tercero entró franciscano, reconociéndose los tres deudores de su vocación á los ejemplos y trazas de Berchmans, que con el señuelo de su fina modestia había sabido cogerlos en la red.

Pero los que parecían tener más parte en su ge-

neroso pecho, eran los que ardían como él en deseos de honrar é imitar á la Virgen Santísima. Repetía sin rebozo que amaba con más ternura á los devotos de María. Pregonaba como una gloria la suerte de ser congregante; pues claro está, decía, que es la Señora muy bizarra y bien nacida, y no dejará de su mano á los que una vez se le entreguen por hijos. Con este fervor agotaba toda su posibilidad hasta lograr la entrada de los condiscípulos en la Congregación de María.

El celo no sabe estar preso en la estrechura de un aula. Al corazón de Juan no se le iban de vista los muchos jóvenes y bien inclinados que había dejado en el Seminario menor. La manera más eficaz de explicar el afecto que les conservaba, era allanarles el camino para ser como él hijos de la Santísima Virgen. Valiéndose de su condición de externo, reanudó relaciones, tratólos con gran ternura, hablóles de su amada Congregación, y no tardaron sus razones en hacer eco en el ánimo de muchos, que solicitaron la honra de pertenecer á ella. La misma diligencia, refieren los Procesos, empleaba con los alumnos de las escuelas públicas y con los de la Universidad. Estos triunfos eran desahogos del deseo de su propia santificación y del celo de la gloria divina que devoraba su alma. ¿Y quién que le hubiera tratado le había de disputar el derecho de reclutar congregantes? Cada cual se persuadía que justamente se trataba Juan como señor de los corazones, cuando con sus maneras agradables y con sus risueñas palabras, lejos de ocasionar desazones, muy raras eran las veces que no lograrse buen lance.

Uno de los adminículos de su industria era su mismo talento. A las composiciones ordinarias de clase añadía con frecuencia, y en ocasiones otras

en verso, trabajadas con mucho esmero, en que ilustraba y engrandecía los amores de Jesús y las glorias de su Madre. El mérito las recomendaba al aplauso de maestros y discípulos; y como el corazón las había dictado, leíalas gustosamente la curiosidad y cebábase la devoción tiernamente en los suaves afectos que expresaban. Entre ellas conservó como tesoro un compañero suyo, religioso que fué, la *Salve Regina*, glosada en graciosos versos latinos.

Le consultaban los congregantes qué devociones harían para honrar á la Virgen y adelantar en virtud. La respuesta se reducía á insinuar con humildad y llaneza algunas de las que él usaba, que eran éstas. Todos los días, antes de entrar en cátedra, procuraba rezar el oficio de la Virgen; añadía algún ayuno que ayudase á la oración; después alguna mortificacióncilla y devoción particular, la del *Vía Crucis* como tan excelente no la omitía; y estas obras, hechas con fervor y diligencia, éranle preparativos para la *Comunión*, que solía frecuentar cada quince días ¹, si no es que por razón de festividad la anticipase. Estas cosas, como muy del gusto de la beatísima Virgen, las recomendaba Juan, y alentaba á los jóvenes para que las frecuentasen.

Pero al dar á los compañeros cuenta de sus devociones, para tener más á salvo su secreto, omitía la circunstancia que más las avaloraba, conviene á saber, el modo de ejecutarlas. Porque si

¹ Lo que aquí se dice del Santo y era su práctica ordinaria, no debe parecer extraño á nuestros tiempos, pues sabido es que fué menester la bien cortada pluma del P. Cristóbal Madrid, por encargo de San Ignacio, para desterrar la crasa ignorancia de los que tenían por reos de pecado á los legos que comulgaban más de una vez al año.

rezaba el Oficio Parvo, ó el Salterio de San Buena-ventura, había de ser todos los días, siempre de hinojos ó postrado en tierra; si ayunaba, era todos los sábados y vísperas de festividad y con ayuno riguroso; si comulgaba, no lo hacía sin consagrar dos ó tres horas enteras al trato con el dulce Esposo de su alma, y entonces oía dos, lo más ordinario tres misas, sin entrar en cuenta la mayor á que por acompañar al canónigo asistía en la catedral². Si dice que reza el Via Crucis, no dice cómo ni cuándo, que es cada viernes, como refiere el P. Cepari, en que, traspuesto el sol, á la escasa luz del crepúsculo, encamina los pasos al Calvario; y aquí para andar con más devoción las estaciones y actuarse mejor, y sentir en sí la fuerza de los dolores de Cristo, quisiera caminar á pie descalzo, pero teme los artificios de la vanagloria; sin embargo, su mortificación le enseña un ardid que deja la humildad al abrigo de toda sospecha, porque cubre los pies con un calzado sin suela, que dé libre entrada á las chinillas para que se los lastimen, y al frío para que se los pasmé con la rigidez. ¡Con qué suavidad el Espíritu Santo había abierto en esta dichosa alma aquella fuente de agua viva, que, bullendo, creciendo y saltando con impetu, se levantaba al cielo á juntarse con el manantial de todo bien, haciéndole desabridas las cenagosas aguas de acá!

¹ *A communione, binas ternasve horas suavissime cum Deo transigebat: quo etiam tempore gemina, plerumque tria sabbata sacra, et praeterca cum Domino Cantore id quod in summo templo canitur audiebat.* (Proc. rom., pág. 346.)

II

PONGA fin á este capítulo la relación de un extraño suceso, que el licenciado Froymont solía contar, y declaró la estima que hacía de la virtud del santo joven. Hállase registrado en el Proceso romano¹, y firmado por mano del mismo Froymont, á 18 de Noviembre de 1621. El P. Nicolás Angelini ha sido el primero en publicarle² á la letra y al tenor de las actas. Traducido en romance pasó de esta manera:

Hará cosa de ocho años, estando cerca la Pascua de Pentecostés (1614), de vuelta de la Virgen de Monteagudo, llevaba yo en mi compañía á Juan Berchmans, mi sirviente, de piadosa memoria, que me seguía á pie. Quise pasar por Arschot, país del Brabante. Como éramos viajeros poco experimentados, con súplicas y con dinero logramos el favor de un práctico que nos enseñase el camino. A poco dejónos burlados, lo mismo hizo otro, y emboscados entre matorrales y quebradas sin vereda y sin saber por dónde ir. Perdidos anduvimos buen trecho, y yo con gran sobresalto, porque hacían mucho ruido en mi imaginación los atropellos que solían cometer en aquellas fragosidades los salteadores que por allí andaban. Para acrecentar la congoja, íbasenos cerrando el cielo y anublado de todos

¹ Página 335.

² *Vita di S. Giovanni Berchmans*, 1888, capo v.

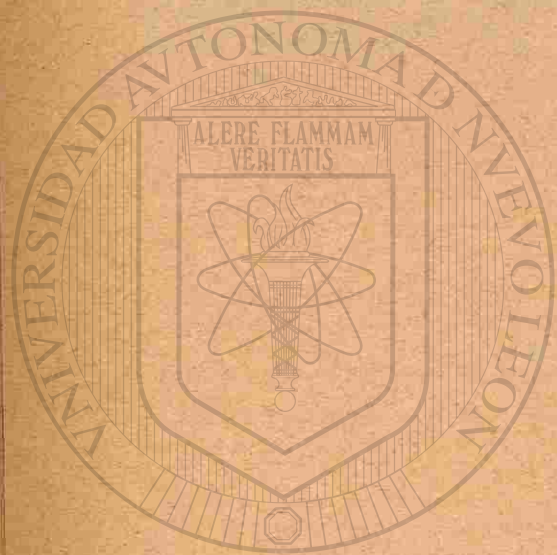
modos el norte de nuestras esperanzas. En esto sobrevino una tempestad de centellas tan vivas con truenos tan aterradores, que se nos erizaban los cabellos de puro pavor. Metimonos por una garganta, sembrada de riscos y quiebras por entrambos lados, que apenas daban lugar á nuestra cabalgadura. Iba yo perdido el ánimo con el alma en un hilo: apeéme; hice que montase mi querido Juan, y me puse á caminar á pie como podía. Tenía yo bien experimentada la inocencia y santidad de mi compañero, y sabía cuánto más grato era que yo á los ojos de la divina bondad. Hago luego en voz baja, con todo el afecto y humildad que pude, oración, encomendándome al ángel custodio de Berchmans.

Aquí á los pocos pasos un gran trueno con su fragor estremeció la bóveda celeste, que parecía caerse á pedazos, y arrojar lanzas de fuego contra nosotros. Yo más muerto que vivo levanto los ojos, y veo abalanzarse por una peña de enfrente y venirse rodando hasta abajo una mujer en traje de campesina, que se puso delante de nuestro animal como queriendo estorbarle el paso. Tuve ánimo para dirigirle algunas palabras de cortesía, pero advertí que estaba como enajenada y fuera de sí, porque llamaba á su marido con grandes voces; por las cuales, sospechando yo alguna emboscada, y receloso de que no estuviese por allí cerca su marido, le pregunté qué pretendía con sus clamores. Ella, fuera de tino y como una loca no cesaba de clamar: ¡marido mio!, ¡marido mio!, revolviendo los ojos como una furia, hasta que, echando á huir y voceando á su marido, se nos quitó de la vista. En aquel mismo instante, como si el cielo se declarase por nosotros, el viento calló, fué

escampando, y abriéndose las nubes nos dejaron ver las rutilantes estrellas. Dimos luego sin sentirlo con la población de Arschot, adonde llegamos, loado sea Dios, salvos y sanos sin novedad. Contamos lo acaecido á un buen hombre que nos dió albergue en su casa, y nos insinuó que tal vez aquella mujer sería una hechicera que vivía por aquellas cercanías, pues la figura, traje y señas que de ella nos dió no cuadraban mal con las que nosotros le referimos.

Hasta aquí la relación del suceso, tanto más digno de memoria, cuanto que el canónigo Froy-mont solía celebrarle entre sus amigos, ratificando con encarecidas palabras el alto mérito que reconocía en la inocencia y santidad de su familiar.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO VIII.

PRETENDE JUAN LA COMPAÑÍA.

- I. Primeras voces de Dios.—Prudencia del confesor.—Sinceridad del aspirante.— Rasgo de desprendimiento.—Adiós al mundo en una poesía latina.
- II. Las empresas de la Compañía de Jesús.—Propone Juan entrar en religión.—Se decide por la Compañía.—Cuánto importa seguir el llamamiento divino.
- III. Pide Juan licencia á sus padres.—Carta que dibuja su carácter.

I

HABÍA cumplido ya diez y seis años, y era sazón de pensar qué debía ser de su vida. La cordura de la edad y su penetrante ingenio le estimulaban á discurrir qué camino sería bien escoger para asegurar la gloria eterna y poseer en paz su alma. Dando una vuelta por las cosas que la experiencia le había enseñado, y tendiendo la vista por honras y dignidades, por oficios y profesiones, fácilmente vino á entender cuánto le importaba, para merecer el cielo, desterrarse de la vida secular y retirarse al puerto seguro de la religión, ignorando aún cuándo y dónde le había de tomar.

Dieron por fortuna en sus manos las cartas de San Jerónimo, publicadas por el B. Pedro Canisio.

Los sentimientos de aquel generoso pecho herido del amor divino, y sus loores á las virtudes de la vida solitaria, pusieron en el de Juan un fastidio de las cosas mundanas, que aun sólo vistas de lejos le causaban pesadumbre y se le representaban incompatibles con la paz del corazón. Como para remachar el clavo, leyó la vida del angélico Luis Gonzaga, acabada de salir á luz, y por más que lo procuró no podía sacudir de sí el pensamiento, que se le iba entrando cada día con más fuerza á pesar suyo, no sólo de no vivir en el mundo, sino particularmente de ser de la Compañía. Pero era grande su discreción, y no acertaba á fiar de sí, ni á decidir si sería de Dios ó ilusión de su fantasía aquella traza que no le dejaba reposar. Dió parte á su confesor, pidiendo consejo y remedio.

El P. de Greeff, considerado que hubo con atención el estado de su discípulo, aconsejóle no se moviese, aumentase penitencias y devociones, y con mucha oración tratase de alcanzar lumbre del cielo con que acertar en cosa tan grave, y al mismo tiempo fuese cotejando ventajas é inconvenientes, sin olvidarse de la condición de los padres y familia. Admitió Juan de voluntad el consejo, y ofreció darle cuenta puntualmente de lo que por su alma pasase.

Tenía corazón sobradamente macizo para poner los ojos en lo deleznable del oro, entendimiento muy ilustrado para no ver lo baladí de la gloria humana, aspiraciones harto nobles para colocar en otro blanco la mira fuera de la imitación de los Santos y de su modelo Jesús; mas como en su pecho tuviese echadas hondas raíces el amor y respeto filial, no había aún hecho asiento en género alguno de vida que le precisara á desamparar en-

teramente á los padres, cuya vejez se veía obligado á sustentar, siquiera hasta ver puestos en estado á sus hermanos menores. Engrandecerlos á ellos, adelantar la familia, mejorar la parentela, no eran razones para hacer mella en su hidalgo pecho. Sólo aspiraba á cumplir, á fuer de buen hijo, con lo que á sus padres debía. Conoció el P. de Greeff claramente, y temiendo no fuera aquella primera llamarada más bien efecto de momentánea impresión que cosa sobrepensada, púsole delante la obligación que le ataba á la asistencia de su familia, á lo menos por aquel entonces. Lo cual todo se colige bien de lo que este Padre dejónos escrito en este particular.

Clamaba Berchmans de lo íntimo del corazón á las puertas de la divina clemencia. Como quien anteveía ahora las dificultades que de parte de su padre se habían de levantar, según la experiencia pasada, viendo por otro lado era suerte de injusticia y crueldad defraudar sus legítimas esperanzas si la voz de Dios efectivamente no le intimaba la obligación de romper con ellos; ardía en deseos de conocer el beneplácito de Dios, no dudando que su gracia le pondría fortaleza en la voluntad para seguir la divina, cualquiera que ella fuese. Un día regalóle el Sr. Froymont veinticinco florines. Ocupado el familiar en estos pensamientos, hizo de ellos tres partes, la primera distribuyó entre los pobres, las otras dos enviolas á San Pedro de Lovaina y á Monteagudo para misas en el altar de la Virgen.

En este tiempo, parece, debe colocarse una elegía latina compuesta por él, donde se descubre con claridad la llama de su ingenio poético. Finge que la vanidad se hace contradictoria con un alma, que Dios procura desenzarzar de las malezas de

este mundo, acibarando sus goces con tragos de amarguras saludables. Viéndola la vanidad cabizcaída, melancólica, desencantada, trata de ablandarla para hacerla caer en la red, y con acrimonia le echa en cara sus malos respetos con el mundo que tantos bienes le prometió. El alma descubre en la liviandad de estas quejas los engaños de la tentadora, revuelve contra ella con los mismos artificios, y le pone á la vista la brevedad de la vida, la caducidad de los honores y riquezas, y los abismos de la sepultura, con que la despidе luego de sí vencida y avergonzada¹.

1 QUERELAE ANIMAE.

Equid continuos nutris sub pectore luctus
Et manant oculis flumina larga tuis?
O iterum fuis fluitant quid lumina guttis
Perque oculos iterum defluit unda tuos?
Saepe repercusso resonant quid pectora pulsu
Et feriunt maestae corda petita manus?
Tu gemis! Heu lacrymae! Heu singultantia verba!
Verba quibus Scythiae rumpere saxa queas!
Lacryma Bistonias posset quae frangere cautes,
Marmaricas posset quaeque movere feras!
Procedis tristis et quam neglecta! Decorum
Quam male compta caput! Quam laniata genas!
Libera pendentes jam ventilat aura capillos,
Nec placet unguento jam maduisse comas;
Et refluam sine lege jacet sub poplite pallam
Et temere effusus protrahit illa sinus.
Gemmae marmoreo cecidere monilia collo,
Displicet Eoi candida bacca maris!
Frons vacat; et digitis solitus non fulget iaspis.
Nec variat bicolor languida membra lapis.
Desine maestisono mea funera ludere plantu
Nec non sanguinea sollicitare manu.
Viximus! Et multo quondam respenderit aetas
Ornatu, et turpis nil nisi pulvis inest!
Quam celeri currat scire hoc vis stamine vita?
Quamque suis foliis Flora repente cadat?
Qui modo sceptrum tenes summa et dominaris in aula.
Nunc stas, cras turpi forte jacebis humo!

II

principios del siglo xvii no cabían ya en el mundo las empresas de la Compañía de Jesús. En todos los puntos del globo hallaba la grandeza de ánimo materia de admiración. En las In-

Finis adest; medium nunc, nunc cum Cynthia inane
Scandit somniferis conspicienda rotis;
Mors violenta tuam dirumpet falce juventam
Et genitus tetro e pulvere pulvis eris.
Cujus erunt Phrygii- laqueria nisa columnis?
Et Tyrium solium, marmoreique lares?
Cujus erunt variis vasa aurea picta figuris?
Ingens nummorum cujus acervus erit?
Cujus quae tanto semper sudore parasti
Cujus erit coctis glyphera mensa cibis?
Nimirum tacito gradiens Mors effera gressu
Ferali dextra cuncta repente rapit.
Mortis vive memor quae hic est tua regula vitae:
Tempus et aeva cadunt dum fugit hora diem
Tempus et hora fugit; passim sic labitur aetas
Et subito transit more fluentis aquae.
Divitiis, vitiis inhias? Caelestia quære;
Non nisi caelestes mens adanhelat opes.
O lusum fragilem ad varios dum curris honores!
Cum insequeris, turpi dant sua terga fugae!
Despice magno animo radiantia munera terrae.
En tibi perpetuus, si fugis, instat honor.
Altior en demum si vis vox perstrepat aures
Consultumque rebus si placet esse tuis,
Vitaque mancipio nulli datur, omnibus usu.
Cum petitur quovis restituenda die,
Nascendo morimur, moriendo nascimur, ortum
Exitus aeternum corporis hujus habet.

A. M. D. G.

JOANNES BERCHMANS.
(Mns. Brux. n. XIII.)

dias, las proezas de San Francisco Javier, continuadas por Cabral, Valignani, Espínola, Froes; en Rusia, las conquistas de Posevino; en Alemania, las conversiones del B. Canisio; en Italia, las hazañas de Belarmino; en Inglaterra, los horribles martirios de los beatos Campión y Briant; en Francia, las negociaciones del Cardenal Toledo; en España, los apostólicos sudores de Estrada; en el Brasil, Méjico, Mogol, campos vastos de riquísima mies; sucesos eran estos que andaban en boca de los alumnos de Malinas, confundidos con los triunfos de los Lessios, Scribanis, Becanos, Delrios, Costers, clarísimas lumbreras de Flandes, y tenían embargada la atención noticiosa de los católicos. Alcanzábanse unas á otras las noticias que llegaban á Malinas de todas partes.

A cada correo nuevas victorias de la Compañía de Jesús, nuevos instrumentos teñidos en sangre de sus hijos, nuevas vocaciones insignes, como voces muy fuertes, penetraban hasta lo íntimo en el alma de nuestro mancebo; y al paso que con su grandeza contentaban las aspiraciones de su corazón, él á su vez se acusaba y motejaba de apocado y de pecho menudo y marchito. En fin, tras de largas conferencias con su confesor, y de pesar razones y contrapesar inconvenientes, el celo que le carcomía, atizado por la gloria de Dios difundida por la Compañía en todo el orbe, estimuló y acabó de apremiarle á seguir las huellas de tan esclarecidos varones; y así, pocos días después de haber batallado con su irresolución, va á visitar al P. de Greeff, y le dice resueltamente que quiere ser de la Compañía, y las razones que á ello más le habían movido ¹.

¹ *Pater monuit illum ut consideraret quid faceret, dedit illi*

Hizo después participante de su determinación al P. Sucquet. Este reconoció su vocación, aprobóla y túvola por de Dios. Solicitó el pretendiente el cumplimiento de sus deseos, rogando al Padre Rector no aflojase un punto en llevar á efecto su demanda. No emperezó el P. Sucquet; dióle lugar á que él, por sí mismo, pidiese con instancia al Provincial P. Carlos Scribani, cuando por Malinas pasó, ser recibido en la Compañía. Alabó el Padre Provincial la propuesta, como quien tenía noticia de la virtud y talentos del aspirante, pero añadió que pues no convenía anduviese el regocijo de la entrada mezclado con el sentimiento de sus padres, era de precisa necesidad pedirles antes su beneplácito y gusto, término que suelen usar los Superiores de la Compañía con aquellos jóvenes en especial que cursan en nuestros Colegios.

Tiene la Iglesia católica variedad de estados que la hermocean, proporcionados á las varias inclinaciones de los hombres. Los que á ellos son llamados de Dios hallan particulares auxilios para conseguir más fácilmente la eterna bienaventuranza. Pero es indispensable condición que Dios llame. Si en vez de oír el hombre la voz de Dios atiende al grito del antojo, y se empeña en un estado que ni va conforme á su inclinación, ni se hizo para él, ni se nivela con el nivel de la divina voluntad, nacen de ahí grandes desórdenes, escándalos y pecados.

Estando Juan para concluir el curso, pedido antes consejo y hecha oración, escribió á sus padres en Agosto de 1616 la carta siguiente, que traducida del original flamenco, según la trae el P. Vanderspeeten, dice así:

aliquid considerandum; ipse rediit ad Patrem dicens se velle esse de Societate. (Guillermo Van Aelst, Proces., pág. 481.)

Venerado padre y muy querida madre:

Hace ya cosa de cuatro meses que nuestro Señor está dando recias aldabadas á la puerta de mi corazón. Al principio quise, por decirlo así, detenerle la mano; mas luego, viendo que dondequiera que estoy, sea en estudio, sea en descanso, sea en paseo, otra cosa no me viene al pensamiento sino la necesidad de tomar estado, después de muchas comuniones y de otras obras piadosas, he formado la determinación, y, lo que más es, he hecho voto de servir á Jesucristo con su divina gracia en el estado religioso.

En verdad, ¿quién puede, sin estremecerse, considerar las miserias, peligros y pecados en que viven metidos los hombres en todos los estados y condiciones del siglo? Al contrario, ¿quién que considere la vida ordenada, la humildad y otras virtudes, y sobre todo el ardiente amor de Dios y del prójimo que reina en la religión, no se siente movido á abrazarla para siempre? Cosa amarga es para los padres ¿quién lo negará? hacer renuncia de los hijos que tanto quieren; pero ¿qué habian ellos de hacer si, lo que Dios no permita, su divina majestad se los quitase antes de tiempo?

Otro pensamiento me asalta con frecuencia. Si tuviere yo delante de mí, por un lado, á mi padre, á mi madre, á mi hermana, etc., y por otro á Cristo nuestro Señor con su santísima Madre, la cual me dice mi corazón que es también mi madre benditísima; si los parientes me hablasen y dijesen: Hijo, quédale con nosotros; ¿no ves cuántos trabajos, privaciones, sinsabores por tí hemos pasado? Y Jesucristo me dijese á su vez: Hijo, yo por tí nací, por tí padecí azotes, corona de espinas, por tí fui puesto en cruz;

mira estas cinco llagas; ¿no conoces que por tí las tengo abiertas? Ignoras acaso que con mi sacratísimo cuerpo y con la sangre de mis venas he mantenido tu alma hasta la hora presente? ¿Y te atreverás ahora á marcar con nota de ingrato el cúmulo de tantos beneficios, haciéndote sordo á mi voz? Queridos padres, cuando estas cosas pienso, se me enciende el corazón con tales ardores que, á estar en mi mano, volaría ahora mismo á la religión, donde sé que hallaría mi alma el descanso que es por demás buscar en otra parte. No, no, mi alma no tendrá descanso sino en los brazos de mi amado Jesús, lejos del bullicio del mundo.

Pero me diréis: es todavía temprano, deja madurar esos deseos, ten paciencia hasta ordenarte. A eso replicaré yo. Padres de mi vida, si se llegase un mendigo á vuestra casa á pedir os limosna, y viéndoos prontos á darle un pedazo de pan, os respondiese: vendré por él dentro de un año ó dos, quedándose en la incertidumbre de si luego se lo habiais de dar, ¿no es verdad que tomariais á ese infeliz por un necio, por un mal aconsejado? Pues qué, á los ojos de nuestro Señor, ¿no somos todos, por ventura, pobres mendigos? Después de mucha oración entiendo que la divina bondad se digna hacer á este pobre hijo vuestro una inestimable limosna, llamándome á vida religiosa, y señaladamente á la Compañía de Jesús, que bien puede llamarse martillo de todas las herejías y asilo de toda virtud: ¿y seré yo tan mal mirado y descortés que menosprecie cosa de tanto valor? ¿Y quién me dice á mí que nuestro Señor tendrá á bien, pasados dos años, alargarme la limosna con que ahora me convida? ¿No deberé más bien temer

me dé con la puerta en los ojos y me eche de sí, ¡desdichado de mí!, con aquella terrible sentencia: no sé quién eres, "nescio te,"?

Por tanto, me ofrezco con toda el alma á Cristo nuestro Salvador; no tengo otras ansias sino de alistarme en la bandera de su Compañía. No seréis vosotros, así me lo persuado, tan faltos de juicio, que os empeñéis en resistir á Jesucristo. Let en una historia que los egipcios sacrificaban sus hijos á un dios falso que era un cocodrilo, y viendo despedazar aquellos miembros delicados por los dientes de la fiera, los padres hacían fiestas y danzas. ¿Cuánta mayor razón tenéis vosotros de alegraros y alabar á Dios, y darle gracias, pues os cabe la fortuna, ya que no de dar, por no ser vuestro, de devolver á Dios un hijo que tenéis?

Me recomiendo en vuestras oraciones. Ojalá su Divina Majestad me conceda la gracia de perseverar hasta el fin de mis días, y luego á vosotros y á mí la gloria sin fin.

Hijo obediente de Jesucristo y vuestro,

JUAN BERCHMANS.



CAPÍTULO IX.

ENTRA BERCHMANS EN LA COMPAÑÍA.

- I. Comienza la lucha.—Vuela su padre á Malinas.—Procura reducir al hijo.—Desahoga su pecho con el confesor.—Respuesta que éste le dió.
- II. Examinan los Padres Capuchinos la vocación de Berchmans.—El Padre Guardián le estrecha con argumentos y al fin aprueba su entrada.—Otro Padre Capuchino intenta apagar á Juan de su propósito.—Contra temeridad, fortaleza.
- III. Exito feliz.—Carta apremiante á los padres.—Buscan ellos largas.—Dios se las ataja.—Carta decisiva.—Otro asalto en Malinas.—A porfiada lucha, nobilísimo triunfo.

I

TAL fué la carta de Berchmans. Abrirla, leerla y volar á Malinas el honrado cortidor, todo fué un solo punto. La novedad de una declaración como ésta le desconcertó, le consternó y agrió todo su gozo. Llega á Malinas; habla con su hijo. ¿Quién contará las razones que le sugirió el cariño paternal? ¿Con qué viveza le representaría las largas y duras privaciones que habían arrojado él y su madre por sostener sus estudios? ¿Con qué blandura le confesaría que ahora vivían ya resignados á sufrir, teniendo cercana la hora de gozarle y de ver por su medio levantado al esplendor antiguo de sus

me dé con la puerta en los ojos y me eche de sí, ¡desdichado de mí!, con aquella terrible sentencia: no sé quién eres, "nescio te,"?

Por tanto, me ofrezco con toda el alma á Cristo nuestro Salvador; no tengo otras ansias sino de alistarme en la bandera de su Compañía. No seréis vosotros, así me lo persuado, tan faltos de juicio, que os empeñéis en resistir á Jesucristo. Let en una historia que los egipcios sacrificaban sus hijos á un dios falso que era un cocodrilo, y viendo despedazar aquellos miembros delicados por los dientes de la fiera, los padres hacían fiestas y danzas. ¿Cuánta mayor razón tenéis vosotros de alegraros y alabar á Dios, y darle gracias, pues os cabe la fortuna, ya que no de dar, por no ser vuestro, de devolver á Dios un hijo que tenéis?

Me recomiendo en vuestras oraciones. Ojalá su Divina Majestad me conceda la gracia de perseverar hasta el fin de mis días, y luego á vosotros y á mí la gloria sin fin.

Hijo obediente de Jesucristo y vuestro,

JUAN BERCHMANS.



CAPÍTULO IX.

ENTRA BERCHMANS EN LA COMPAÑÍA.

- I. Comienza la lucha.—Vuela su padre á Malinas.—Procura reducir al hijo.—Desahoga su pecho con el confesor.—Respuesta que éste le dió.
- II. Examinan los Padres Capuchinos la vocación de Berchmans.—El Padre Guardián le estrecha con argumentos y al fin aprueba su entrada.—Otro Padre Capuchino intenta apagar á Juan de su propósito.—Contra temeridad, fortaleza.
- III. Exito feliz.—Carta apremiante á los padres.—Buscan ellos largas.—Dios se las ataja.—Carta decisiva.—Otro asalto en Malinas.—A porfiada lucha, nobilísimo triunfo.

I

TAL fué la carta de Berchmans. Abrirla, leerla y volar á Malinas el honrado cortidor, todo fué un solo punto. La novedad de una declaración como ésta le desconcertó, le consternó y agrió todo su gozo. Llega á Malinas; habla con su hijo. ¿Quién contará las razones que le sugirió el cariño paternal? ¿Con qué viveza le representaría las largas y duras privaciones que habían arrojado él y su madre por sostener sus estudios? ¿Con qué blandura le confesaría que ahora vivían ya resignados á sufrir, teniendo cercana la hora de gozarle y de ver por su medio levantado al esplendor antiguo de sus

mayores la abatida familia, añadiendo cuentos de humanas razones al través de las cuales se traslucían muy bien los artificios del amor?

Juan, á todo esto, lejos de acobardarse, agradeció el afecto que su padre le mostraba, y sin anteponer el respeto á la firmeza, respondió con gran despejo que aquellas reflexiones se las tenía él meditadas muy despacio; que, á pesar de ellas, no estaba en su mano desoir la voz de Dios que le llamaba; hartos motivos tenía para ello; á no ser así, jamás se le hubiera ofrecido el intento de hacer aquel sacrificio: y con esta claridad dejó correr la consideración por razones tan poderosas, acudiendo á todos los puntos sin dejar lugar á réplica, que el padre llegó á sospechar (como si no pudiera llegar á tanto su natural discreción), que no salía de sus manos aquella trama y que alguien se la había urdido. Y creyendo haber dado con el hilo de todo el enredo, cual si una centella escandeciera su pecho, sin perder tiempo toma la puerta, vase al Colegio, y revuelta la cólera contra el P. de Greeff, confesor de su hijo, le carga la culpa de todo.

El P. de Greeff, varón enseñado á presenciar desahogos de pasiones humanas, concediendo los primeros ímpetus al enojo de un corazón irritado, oyó mansamente con rostro sereno; y después que vió puestos de por medio los sollozos, terminada la arenga, con igualdad en la voz y en el semblante le respondió lo que él mismo refiere en un documento arriba citado por estas palabras: *Yo se lo negué; y protesté, como era verdad, que no había insinuado á su hijo aquella determinación; que él había sido quien, cediendo á los toques de la gracia, había tomado la delantera y comunicádome su pensamiento; que las*

razones con que me probó que su vocación era de Dios, me habían dado á entender que otro maestro ilustraba su entendimiento y esforzaba su voluntad; que me consultó y yo le animé; y á fe, añadí, que no me sobresaltó ni se me hizo nueva la resolución, según conocía yo su rectitud; que, en fin, me obligó á dar pasos, y en ellos no hice, por cierto, más de lo que hubiera yo deseado para mí en ocasión parecida. Yo fui también, le dije, como Juan, de familia pobre; hijo también de zapatero¹, y no el mayor, sino el único apoyo de la vejez de mis padres. Muchos días combatieron mi voluntad de entrar en la Compañía, y, recuerdo, casi con los mismos argumentos procuraban detenerme, pero logré aplacarlos con ciertas razones que les puse por delante, y entre ellas una era ésta: Cuando se ven padres que, sin tener en cuenta el beneficio que les hace Dios con llamar á sus hijos á vida religiosa, todo se les va en embarazar el camino que su Divina Majestad les abre, ¿no es verdad que se engañan extrañamente, si luego esperan que los hijos así desviados del recto sendero les han de ayudar con socorros ó consuelos temporales? Según esto, no es de provecho para una familia resistir á la voluntad del cielo. Yo tengo gran confianza que Juan en la religión atraerá sobre sus padres y parientes las bendiciones de Dios, algo más importantes, por cierto, que el mezquino lustre que pudiera procurarles si, que-

¹ De esta expresión que tiene el P. de Greeff en su carta, pretendieron algunos sacar que el padre de Berchmans fué zapatero. Mas como los oficios de curtidor y zapatero se dan tanto la mano y se reducen á manejar cueros, pudo bien ser que el P. de Greeff los confundiese en uno, si no digamos que ejerció entrambos á la vez. A la mano del discreto lector queda, si le parece de importancia, la definición de este punto.

dándose en el mundo, lograse un buen curato ó una prebenda honrosa. — Hasta aquí el P. de Greeff.

De esta suerte tuvo que lidiar á brazo partido con el desconsuelo de aquel padre, á quien la fuerza del dolor no dejaba enjugar las lágrimas. Finalmente, la mucha cristiandad se sobrepuso en el corazón del buen hombre, y pareció llevar la ventaja. *Recuerdo, concluye el P. de Greeff, que otras muchas cosas añadí esforzando el mismo intento; el padre de Juan no podía contener el llanto; al fin, me pareció se conformaba y quedaba más sereno.*

Retiróse en apariencia sosegado, pero no había de quedar el triunfo á tan poca costa decidido. Restituyóse á Diest á tratar con su esposa la gravedad del asunto, y á ver de poner en ejecución la libertad que el P. de Greeff les daba de probar por los medios posibles si aquella vocación venía de Dios ó era veleidad y capricho de mozo, en especial cuando tanto importaba al pretendiente, á la religión y á ellos fuese su vocación bien probada y no atropellada ni llevada por violencia.

Porque eran tan cristianos los padres de Juan, haciales su carta grandísima fuerza. Entendían por una parte, que Dios, cuando graciosamente convida á la práctica de los consejos evangélicos, no manda ni obliga con tanto rigor de precepto que cuente por pecado grave la negligencia en seguir el llamamiento divino; por otra parte, se les alcanzaba que en tales circunstancias y con tan vivas voces podía ser llamase Dios á su hijo, que el tenerlas en poco les fuera á él y á ellos ocasión de grave culpa y camino á la ruina espiritual, comoquiera que sólo Dios conoce los barrancos y atolladeros que tal vez esperan al que

deba salvar su alma fuera de la sombra del claustro. Sabían ellos muy bien esta doctrina, y consideradas y aprobadas las razones de la última carta que la resumían, estaban lejos de querer incurrir en el anatema fulminado por el Sacrosanto Concilio de Trento contra los que ponen trabas á la vocación religiosa ¹.

Resistir ellos al llamamiento de Dios, tuviéranlo por imprudencia, ingratitud, impiedad. Mas ¿quién les aseguraba que no eran ilusorias aquellas voces? El mismo Padre director no estaba privilegiado de ilusiones; bastábale á Juan ejercitar las virtudes propias del Sacerdocio, sin meterse en apostolados; si por vida santa iba, ¿tanta ventaja llevaba al clérigo en el mundo el religioso en su convento? ¿Faltaban acaso en la familia sacerdotes ejemplares? La conclusión de estos discursos fué participar los padres á personas experimentadas y de toda satisfacción el negocio, para que hiciesen examen despacio y según Dios, pues ellos libraban en sus manos el corte y resolución.

II

HABÍA en Malinas un convento de Capuchinos, donde moraba un pariente de la madre de nuestro santo. Parecióle al padre de Juan podía descansar en el dictamen de estos religiosos, estimados por su proverbial desinterés y discernimiento. Partió otra vez para Malinas, hizo diligencias con el Padre guardián de dicho convento, y enterándole del caso, le manifestó que

¹ Sess. XXV de Regular. et monial., cap. XVII.

antes de despedirse de su hijo, en quien había cifrado las esperanzas, pensaba tomar consejo de su Reverencia, y para entera satisfacción en cosa de tanta gravedad, le dejaba encargado estrechase al joven con todos los argumentos y con la mayor fuerza que supiese, teniendo siempre á la vista los apuros de la familia, porque á él se le figuraba que no eran más que fervores de muchacho; sin embargo, que le examinase escrupulosamente, por Dios, pues tampoco pretendía forzar pareceres; que en todo al suyo gustoso se remitía, del cual deseaba le diese luego aviso. Con esto, y con mandar á Juan descubrirse con toda sinceridad á los padres Capuchinos, tomó la vuelta de Diest, adonde le llamaban las obligaciones y la viva solicitud de su mujer y parientes.

El santo mancebo, seguro y todo de que no podía caber duda en la verdad del divino llamamiento, recurrió primero á la oración, donde solía templar y redoblar los aceros, y después con el valor en el pecho, el aliento en las palabras, en el alma la confianza, presentóse al Padre guardián de Capuchinos, y con mucha lisura dióle cabal razón de las operaciones que la gracia de Dios obraba en su alma algunos meses hacía. Echó bien pronto de ver el Padre que la mano de Dios andaba en el asunto. Tentó no obstante el vado, y se esforzó en proponerle por una parte las graves dificultades que en la Compañía se le habían de ofrecer en los ministerios apostólicos, y por otra el incomparable bien que pudiera hacer en el mundo con el buen celo y santa vida.

A todos estos reparos satisfizo Berchmans con humildad y entereza, diciendo: *omnia possum in eo qui me confortat*, todo lo puedo con el favor de Jesús que sostiene mi flaqueza. Y así fué respon-

diendo con mucha paz y con gran soltura al largo papel de inconvenientes, no contrarrestando á las razones sino con otras eficacísimas en que campeaban la fortaleza, la discreción y madurez. Llenóle al Padre guardián aquella fina manera de cortar dificultades, y asombrado á vista de propósito tan heroico, no sólo tuvo por imprudente toda ulterior tentativa, sino que trocando el papel de juez en el de padre benigno, después de graduar por muy legítima aquella vocación, le animó y obligó á dar cima á tan santo pensamiento.

Menos avisado que el superior anduvo el Capuchino pariente que dijimos. Engañado por una torcida inclinación y dando oídos á las voces de carne y sangre, intentó hacer guerra abierta á los deseos de su primo, so capa de examinarlos, con el fin de derribarle de la resolución si pudiera. Si buena intención le movió, cególe el interés de familia y le hizo desbarrar; yerro que Dios permitió para mayor bien de su siervo. Visitábase con frecuencia en casa del canónigo Froymont, representándole en cada visita los trabajos con que le habían criado sus padres, y las angustias en que los dejaba sumidos, y aun se atrevió á tachar de temeraria aquella su determinación. Al principio sufría Juan las descargas con paciencia, porque le sobraban razones para defender que mayor obligación le corría de acudir al servicio del Padre del cielo, que al interés del de la tierra; y le repetía que Dios quiere, sí, que amemos á los padres y parientes, pero para lo que él mismo los ama, para que nos dejen ser hijos y siervos suyos. Pero el deudo no amainaba en su empeño de dar y tomar sobre lo mismo. Viendo Juan que traía tan mal disimulada la intención cuando de tan pobres recursos la socorría, y que sin hacer

caso de las respuestas volvía siempre á la carga con las mismas instancias, revestido de aquella firmeza tan propia de su natural, harto ya de satisfacer á las réplicas del importuno tentador, le dijo con sequedad entre blando y mohino: "Padre mío, no son esos los consejos que debiera yo esperar de Vuesa Paternidad; razón tenía yo de suponer que Vuesa Reverencia haría más caso de la voluntad de Nuestro Señor que manifiestamente me llama. Y pues nada adelantamos, perdone su Reverencia." Y diciendo esto, se levanta de repente, toma al huésped de la mano, le acompaña á la puerta, y abriéndola dícele con mucha viveza: "Padre mío, por aquí se va á la calle. Si su celo no le aconseja otra cosa más que decirme, váyase con Dios enhorabuena á su convento por el camino por donde se vino ¹."

III

El guardián de Capuchinos y el deudo de Isabel participaron á los parientes de Diest cómo les habían salido en blanco todos los esfuerzos, y las señales inequívocas de divino llamamiento en el asunto de Juan Berchmans. No pensaron más los de Diest en combatir de frente aquella torre inexpugnable, pero se persuadieron que la acción del tiempo, que todo lo desmorona, lograría tal vez el tiro que habían errado sus diligencias, y así, creyendo ganar si ganaban tiempo, escribieron á su hijo pidiéndole cinco ó seis meses

¹ *Subindignari Joannes... et cubiculi domusque ostia ostendere, et nisi de aliis rebus loqui in animum induceret qua venerat via egrederetur.* (Proc. rom., pág. 353.)

de tregua, porque no es bien, decían, que tan costoso sacrificio se haga de nuestra parte sin la debida preparación.

Por esta carta entendió el Santo se iba serenando la primera tempestad y prometía bonanza. No hubiera sido difícil, absolutamente hablando, dar largas á su entrada, pero aquel Dios de bondad tenía de continuo puesta la mano en el corazón de su siervo llamándole cada vez más recio, por manera que Juan no podía ensordecer á sus voces, ni era ésta ocasión de contemporizar con la pretensión de sus padres. Viéndose dueño del campo se tuvo fuerte, con nuevos argumentos los apretó y quiso acabar de una vez escribiéndoles una segunda carta, digna ciertamente de ser meditada por los que se hallan en trances parecidos, en la cual les contesta que dentro de quince días, no más, espera verse en el noviciado de la Compañía. Es de primeros de Septiembre (de 1616); dice así:

Venerando padre y queridísima madre:

Mucho me gozo de tener nuevas de vuestra salud. Ruego al Señor con toda mi alma os la conserve á todos, y tengo razón de esperar que la eterna bondad se servirá oír mis deseos.

Dios Nuestro Señor me llama á vida religiosa, y me hace fuerza á que entre en la religión de la Compañía, en donde, con vida de ángeles, se goza un cielo anticipado en la tierra. Para vosotros, tanto como para mí, es éste señaladísimo beneficio del Señor, y por él debiéramos darle continuas gracias. Lo que no me cabe en el pensamiento es que vosotros queráis obligarme á cerrar los oídos á las voces de Dios, y á dejar para dentro de cinco ó seis meses la correspon-

dencia á mi vocación. No es razón, queridos padres, y este es un punto muy importante, no es razón faltar al querer de Dios por complacer á los hombres. Cristo Nuestro Señor, habiendo llamado á un joven en su seguimiento, no le dió tiempo siquiera para cumplir con el entierro de su padre, con ser esta obra honesta y negocio de pocas horas. A otro que quería solamente despedirse de sus amigos, dióle por respuesta aquella espantosa sentencia: "El que una vez echó mano al arado y vuelve los ojos atrás, no es para el reino de Dios." ¿Y por qué motivo, pensamos, obró y habló así Jesucristo? No por otro sino para darnos á entender que debemos sin dilaciones ni treguas seguir la vocación divina. Yo quiero, venerados padres, seguir la mía; quiero ser del bando de Cristo, quiero asegurar mi salvación; quiero atajar los efectos de aquella espantosa amenaza: "vocavi et renuisti; ego quoque in interitu tuo ridebo, yo te llamé, y tú me desoíste; pues yo tengo de reirme de tu ruina." Por estas razones, sin más prórroga, espero, confiado en la gracia de Cristo, verme dentro de quince días entre mis hermanos en la casa de Dios.

Tengo por cierto que las oraciones de esos mis hermanitos, las vuestras, y las mías también por más que sean de poquísimo valor, me han de alcanzar de Nuestro Señor gracia para perseverar hasta el fin en esta buena voluntad, así como se dignó inspirármela.

Vuestro hijo obediente,

JUAN BERCHMANS.

El espíritu cristiano que guiaba á los padres del valeroso joven, y el deseo de ver cumplida la

voluntad de Dios pudo más al cabo con ellos que los intereses de familia. Los que buscaban la dicha de su hijo, trataron por fin de no poner más obstáculos á la prosecución de su intento.

Tres años y medio habían transcurrido desde que Juan había salido de Diest, y parecía muy puesto en razón que antes de separarse, tal vez para siempre, de los que tanto le querían, se despediese de ellos, los abrazase y les diera el último adiós. Escribiéronle instándole encarecidamente, que ya que les quería dar tan gran sentimiento, no negase á sus parientes, siquiera por algunos días, el consuelo de verle y de gozarle. Lo que en realidad pretendían, ó pretendía el maligno tentador que allí le tenía oculta la zalagarda, era armarle el último lazo, y viéndole cerca, solo y en escampado, saltarle y combatirle con promesas, súplicas y halagos, rogadores que sabe inventar el amor para dar al través con la voluntad mejor dispuesta. Excusa merecía, no alabanza, la pretensión de estos sencillos padres. Pero Nuestro Señor tomó con bondad la mano, y llevando las cosas por otro rumbo, descamino aquel ardid, con que más de una vez ha logrado el enemigo de todo bien debilitar la firmeza de generosas vocaciones.

Al canónigo Froymont, que ya no podía tolerar la porfía de la lucha, púsole Dios en el pensamiento no consintiese el viaje solicitado por los de Diest; por la mucha pena que le daba ver el estado de cosas estorbó la determinación. Con este motivo escribió Berchmans á mediados de Septiembre (1616) una tercera carta del tenor siguiente:

Mi venerado padre y queridísima madre:

Con gran satisfacción leo en vuestra última que lo pasáis todos sin novedad. Nuestro Señor se digne daros largos años de vida, como yo se

lo pido y suplico. Mi amo y señor no cree conveniente que yo vaya á esa como vosotros parece deseadis: sus razones se tiene él para ello, muchas y poderosas. Por lo que suplicoos humildemente á vos, venerado padre, y á vos también, amadísima madre, por el mucho cariño que nos tenemos, os sirváis ponerlos en camino para estar aquí el miércoles, á más tardar, en el coche que viene de Monteagudo á Malinas, ó si no en el carruaje de Esteban. Vuestra visita me será de mucho consuelo: se despedirán mutuamente nuestros corazones; y después entregaréis este vuestro hijo al servicio de aquel Señor que me confió á vuestro cuidado.

Una cosa deseo dejaros encomendada, y pido con instancia me la cumpláis. Pues no tengo tiempo para ir en persona, y cada hora se me hace un siglo, tened á bien de subir por mí al Santuario: vayan también con vosotros mis dos tías, mi hermano, y los amigos que se interesan por el bien de mi alma. Allí podréis comulgar, y después presentaréis á la Sacratísima Virgen y á su benditísimo Hijo la ofrenda de vuestro Juan con aquella resignación y alegría que la bienaventurada Madre sintió al ofrecer al Eterno Padre su amado Jesús. No obstante, si la subida á Monteagudo hubiera de imposibilitar ó retardar vuestra venida, mejor sería dejarla para la vuelta.

Recomiendo encarecidamente á vuestra caridad el bueno del mozo que por atención á mi amo y por darme gusto á mí se ofreció á ser portador de la presente. Tratádmelo á cuerpo de rey; que se aloje en casa, ó si no en casa de la abuela. Presentad mis cordiales afectos al abuelo, á los tíos y á mi bondadoso y particular favo-

recedor el Rdo. Sr. Chantre Groenendonck. A todos suplico se dignen tenerme presente en sus oraciones. Tengo muy en la memoria al tío Peregrín y á mi tía Catalina; ¡y cuántos recados me quedan todavía aquí dentro! De todos ellos os daré noticia por entero cuando nos veamos.

Lo que yo ruego otra vez á todos es que me encomienden á Dios muy de veras, y pidan me dé el don de la perseverancia hasta la muerte. Este favor quiero encomendar á todos mis amigos como mi última voluntad, y mi postrer adios.

Hijo rendido,

JUAN BERCHMANS.

Sigue una postdata puesta por el canónigo de Froymont al padre de Juan, que aún era presidente del consejo. Dice así: Sr. Presidente D. Juan Berchmans: suplico á v. m. aproveche la primera ocasión para venir aquí esta semana sin falta. De v. m. amigo

J. FROYMONT.

El sobrescrito de la carta, la única que le tiene, va de mano del santo, y es este: *A mi venerado padre Juan Berchmans, vive en la "Luna de oro,"—Diest.—Luego, luego, luego!*

1 Este sobrescrito indica que el padre de nuestro Santo no se llamaba Juan Carlos, como algunos historiadores creyeron. En la calle de Beveren, sobre la puerta principal de una modesta casa que aún hoy día está en pie, se hacía reparar antiguamente una luna con este letrero en derredor: A LA LUNA DE ORO. Y sea que con el tiempo desapareciese la empresa y se trocase por un

Recibida la carta, Juan é Isabel tomaron inmediatamente el camino de Malinas. Así parece fué, puesto que los historiadores no acaban de asegurarlo. ¿Cómo decir lo que padecerían aquellos corazones para acabar de romper los vínculos que tan fuertemente los unían? Aquí las lágrimas hablarían lo que callaba el amor, y Juan, al ver las de su madre correr hilo á hilo, no sabría reprimir las suyas. ¡Cuántas heridas recibiría su tierno corazón en esta pelea incesante entre el cariño filial que á sus padres tenía, y el amor fuerte y perfecto que tenía á Dios. A todo, finalmente, hizo rostro con intrépido valor, siempre fiel, sin menoscabar la obra divina en hechos ni en palabras. La madre fué cobrando generosos alientos para hacer sin reserva el último sacrificio; tal vez presentía la afligida Isabel que no volvería á ver á su ángel en este penoso destierro.

Al padre costóle mucho más acabar de resignarse. Rogóle Juan le diese con el sí la última bendición. Al echársela, traspasado de dolor, no cesaba de llorar, y como lastimado del vivo sentimiento le diera á entender que no entregaría cosa alguna por su entrada en el noviciado, *Padre*, replicó, *si menester fuera presentarme á la portería del colegio desnudo aun de estos vestidos, me los quitaría ahora mismo porque no me fue-*

sol con el mote AL SOL MENOR, la cual figura al desaparecer también pudo dejar su nombre á aquella casa; ó bien sea que en 1616 el padre de San Juan hubiese cambiado de morada, el hecho indudable es que los dueños que se han sucedido en la casa del SOL MENOR han tenido en tanta veneración la memoria del santo joven, que todas las veces que hubieron de reparar el edificio, dejaron siempre intacto el aposento, que todos han llamado hasta ahora del Bienaventurado Juan; y en él, como en rico oratorio, satisface sus deseos la devoción de los fieles. Tiene 4,40 metros de largo sobre 4,34 de ancho y 2,27 de alto.

ran estorbo para seguir la voz de Dios. Heroicos sentimientos, que repetía dos días después al despedirse de su más íntimo amigo, Enrique de Vriese.—*Contábame, dice éste, las tentativas de su padre para impedir su vocación, y dándole yo la norabuena por su denuedo, súbitamente como inspirado levantó los ojos al cielo y exclamó: Pues qué, ¿volver yo las espaldas á Dios por asistir á mis padres? ¿Les estoy acaso más obligado á ellos que á Cristo que dió por mí la sangre de sus venas? No tal, no, Enrique, si este (y señalaba el vestido con acento de fuego) si éste me hubiera servido de impedimento, allí mismo le hubiera arrojado á los pies de mi padre, y desnudo hubiera seguido la Compañía de mi desnudo Jesús.*

¿Qué dirá la juventud de este pecho de bronce, que no se dejó mellar por los furiosos asaltos de la carne y sangre? ¿Qué pensarán de este desasimiento, en un joven de diez y siete años, aquellos que, oyendo en lo secreto de sus almas la voz imperiosa de Dios, quisieran, sí, seguirla, y siguiéndola serían dichosos, pero les faltan bríos para levantarse sobre sí y quebrantar los lazos que los enredan y sujetan á las criaturas? ¿Y querrán por desquite de su infidelidad la paz del alma? Si imitasen la fortaleza de San Juan Berchmans, ¡oh! ¿cómo verían sucederse á la primera victoria una carrera de triunfos de día en día más gloriosos! Cuáles fueron los de Juan después de esta campaña batalla, lo dirá con el favor de Dios el libro siguiente.





LIBRO SEGUNDO.

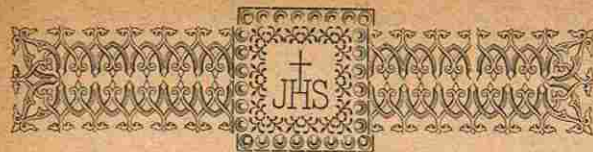
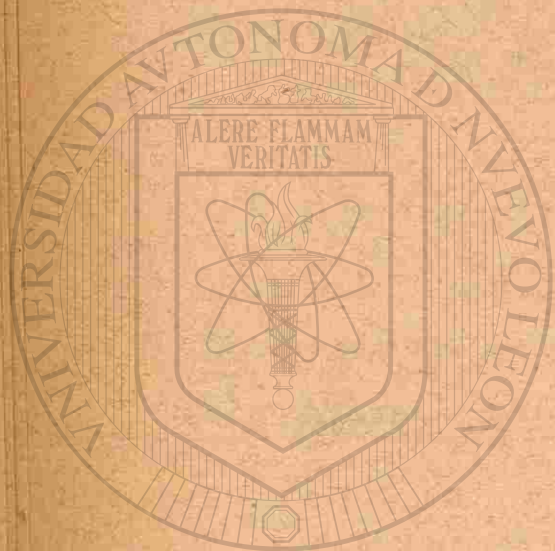
DESDE SU ENTRADA EN LA COMPAÑÍA

HASTA QUE LE ENVIARON Á ROMA.

(De 1616 á 1618).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO PRIMERO.

DA BERCHMANS PRINCIPIO Á SU NOVICIADO.

- I. Retrato de San Juan.—Entra en el noviciado.—Primer acto de virtud.—Abrazos y lágrimas de consuelo.—De qué fuentes se toman estas noticias.
- II. Su primer propósito.—Lánzase á la carrera.—Se propone enmendar faltas.—Paga porque se las digan.—Los novicios no se las hallan.
- III. Los Padres graves se dan por vencidos.—Era un ángel en boca de todos.—Voces de sus connovicios.—Forjan nombres con que apellidarle.

I

ERA Juan de mediana estatura y de comple-
xión felicísima aunque algo delicada. Da-
ban realce á la buena proporción de su
rostro la tez blanca suavemente sonrosa-
da, la frente espaciosa y tersa, los ojos pequeños,
pero vivos, cejas pobladas y negras, nariz que ti-
raba algo á aguileña, labios delgados, boca risue-
ña, barba vestida de bozo rubio como el cabello.
Estos delineamientos, compuestos con primor y
las demás partes del cuerpo debidamente ajusta-
das, decían muy bien con las prendas de su alma
nobilísima y con la gallardía de su franco y gene-

roso corazón, de forma que en todo el semblante sobremanera apacible y en el aire y movimiento de todo el cuerpo se representaba un no sé qué de celestial gracia, que en medio de embelesar los ojos, despertaba suavidad, recogimiento y devoción en cuantos le contemplaban ¹.

Amaneció el sábado 24 de Septiembre de 1616, día de Nuestra Señora de las Mercedes.

El joven Berchmans, derramando por toda su persona el gozo del corazón, salía de la calle de Beffroi en compañía de otro mancebo más mozo que él, llamado Vriese. Llevaba Juan un jubón negro y calzas atacadas, que daban gracia á su mediano talle, protegido por un herreruelo pardusco flotante sobre los hombros. Una larga valona lisa y sin alechugar, sostenida por un cuello negro circundaba su rostro ovalado y hacia resaltar con nuevos visos la hermosura de su blonda cabellera ².

Los dos mancebos avistaron luego la fachada del espacioso edificio, mansión del silencio y de la paz, donde tenía su noviciado la provincia de Flandes. Llegan y paran. Berchmans, dichas dos palabras al joven Vriese, tira de la campanilla: ábrese la puerta al sonido; entra Juan con su amigo en la dichosa morada, cual suele el hijo que después de azarosas ausencias arriba al hogar paterno.

Penetran más adentro los dos: á pocos pasos encuentran con otro joven de su edad, Teodoro Vandermeer, retórico del Colegio de Bois-le-Duc, que desganado también de las cosas del mundo,

¹ Proc. rom., pág. 581.

² De todas estas prendas de vestir da puntual noticia el libro de la Ropería de aquel año, donde se registraban los trajes de los postulantes novicios —Vanderspeeten, lib. I, cap. IV.

viene á lavar su corazón de tristezas entre los compañeros de Jesús. Levanta los ojos el retórico de Malinas para mirar al de Bois-le-Duc; con esta sola mirada le roba el afecto, y con la confianza de amigo le dice: *¡Dichosos nosotros que juntos venimos á llamar á las puertas de la casa de Dios! No permita su divina Majestad que malogremos tal dicha. Vivamos unidos, mi buen Teodoro, en esta santa religión adonde nos llama el servicio de Nuestro Señor, y vedmonos, después de los largos trabajos que nos esperan, en la Compañía de los santos.* ¹

Mientras responde Teodoro á estas demostraciones, repara nuestro postulante que andaba por allí un hermano lego estercolando la huerta, y vuelto al de Bois-le-Duc le dice: *¡Linda ocasión! para dar principio á nuestra entrada no hay como la humildad y caridad* ². Y diciendo lo demás con el ejemplo, suelta el herreruelo, echa mano al azadón y convida al otro á prestar al hortelano el favor de sus brazos. Admiraron los que esto vieron la bizarría de su fervor. El jovencito Vriese, que le había acompañado, con esto y con el apretón de despedida sintió hervirle un incendio de deseos en el pecho, pero se contentó por entonces con obligarse á menudear las visitas y á dar la última mano á su pretensión ³.

Bajó á recibir al recién llegado el P. Sucquet,

¹ *O mi frater, uti jam simul Dei serviendi causa in hac societate concurrimus, ita et simul in coelesti vivamus.* (Proc. rom., pág. 358.)

² *Eccé vel jam nunc quo incipimus non licet nobis melius quam a charitate et humilitate.* (Proc. rom., pág. 358.)

³ *Dixit quod ipsum duxerit ad novitium... quod adhuc existens in saeculo visitaverit dictum Joannem in novitiatu, et ab eodem bonas admonitiones recepit.* (Proc. Amb. in Proc. rom., pág. 196.)

que era á la sazón maestro de novicios y rector del colegio. *Después del P. Sucquet*, dice el Padre de Greeff, *fui yo el primero que abracé á Juan Berchmans. Al anocheecer, según costumbre, quise lavarle los pies: caro me costó el obsequio; mucho hice, pero no pude negarme á que el santo joven prestase el mismo oficio á este su indigno maestro.*

Quando se vió introducido en el noviciado, y se sintió preso y apretado blandamente entre los brazos de jóvenes nunca vistos, y en medio del regocijo de los abrazos se oyó saludar por primera planta del colegio de Malinas (pues de él no habían entrado aún otros novicios), no es fácil de imaginar lo que pasó por su alma de fuego; no le cabía la alegría y desahogábala por los ojos con un hilo de dulcísimas lágrimas, que hasta entonces había procurado reprimir. Durante todo el tiempo de recreación no dejaron de bañar sus mejillas raudales de puro consuelo. Con más de sesenta jóvenes se halló en el noviciado. Todos afectuosamente le daban mil parabienes por la fortuna de ser el primer alumno del colegio que había roto con los lazos del siglo; á las finezas correspondía él confuso derramando el corazón con afectos de agradecimiento al Señor y á su bendita Madre. Veía colmados sus deseos, y á la sombra del silencio su sosiego y paz, y que gran parte de su gloria era el haber sido escogido para franquear con el ejemplo la entrada á otros muchos¹. Y con efecto, el ruido de la suya atrajo multitud de jóvenes, que disgustados del mundo, al olor de sus virtudes sepultaron en la obscuridad de la sotana el esplendor de sus carreras. Un centenar de no-

¹ *Gaudebat se esse primitias scholarum mechljniensium.*
(P. Bauters.)

vicios se vieron en breve reunidos bajo un mismo techo con él.

Antes de pasar adelante y de entrar en el noviciado, no será fuera de propósito advertir cuál sea la fuente principal de donde tomamos la relación de los sucesos. El P. Guillermo Bauters reemplazó al P. Sucquet en el cargo de maestro de novicios, y le ejercitó con grande loa de 1617 á 1620. Pasados apenas tres meses, muerto el Santo, envió á Roma todas cuantas nuevas había alcanzado sobre su novicio. Su testimonio se insertó en el Proceso Romano, de allí le han trasladado algunos historiadores, y en particular acaba de publicarle fielmente el P. Angelini, en la Vida que ha dado á luz. He preferido repartir ordenadamente los capítulos que toca el P. Bauters en dicho documento y ofrecerlos aquí al lector, no seguidos y revueltos, sino aislados y en su propio lugar, conforme al plan propuesto, cuidando que la traducción española vaya conforme al espíritu y letra del original, cuanto ha sido posible. Este testimonio y los que se juntaron en el proceso de Amberes de 1623, nos serán guía y fundamento en esta parte importantísima de la Vida de San Juan Berchmans.

II

MUN antes de ser recibido en la Compañía, le oyeron afirmar y protestar que quería á todo trance ser santo, y santo de veras. ¿Cómo concebir, repetía, que deje de alcanzar un grado eminente de perfección quien posee en la Compañía cuantos medios pudiera apetecer? La resolución

era firme y eficaz; á proporción lo fueron los medios con que trató de ponerla en obra. Fiel á la palabra, al paso que iba entrando más adentro en la lectura y espíritu del Instituto, á esa medida cobraba alientos para dar cima á la generosidad de sus propósitos. Reparó que el Instituto de la Compañía en cada página pide al religioso *todo punto de perfección en el cumplimiento de todas las constituciones y modo de proceder;—la práctica de cuanto se entienda ser de mayor servicio de Dios;—buen ejemplo de toda virtud en obras y en palabras;—la mayor abnegación y continua mortificación en todas las cosas posibles:—*y espolado por estas voces que armonizaban perfectamente con los aceros de su espíritu, y persuadido á que mal aspira á perfecto religioso quien no comienza á ser perfecto novicio, y que el fin de los que están en probación debe ser guerra á los propios gustos, puso los ojos en aquella máxima tan encarecida por San Ignacio, que la virtud del hombre espiritual no tanto ha de medirse por la grandeza y tomo de las cosas que hace, cuanto por la puntualidad y espíritu con que las hace.

Ejecutar con perfección extraordinaria y singularísima las obras ordinarias y comunes, fué el dictamen que abrazó desde el principio, y la determinación que formó; según ella echó el cimiento de una virtud aventajada, según ella fué siempre y en todo lugar creciendo hasta llegar al punto más encumbrado de la santidad. El que era ya modelo de hijos en el hogar paterno y de colegiales en el colegio de Nuestra Señora, el que había acaudalado grandes merecimientos en casa del Licenciado Froymont, el que siendo congregante había esparcido por Malinas fragancia de buenos ejemplos, siendo ahora novicio de la Compañía pareció

condenar su desidia y pronunciar sentencia contra el tiempo malogrado, y tomando nuevas alas, lanzóse á conquistar el inmenso peso de gloria que se le ponía delante, con el ardor del viajero que, despertando del letargo, se da prisa á resarcir el tiempo perdido.

Miguel Grysio tuvo la fortuna de ser el primer novicio que trató familiarmente con él, como señalado para adiestrarle en los primeros rudimentos de la vida religiosa antes de vestir la sotana ¹, y declaró, luego lo diremos, que apenas hubo Juan puesto el pie en casa dióse á guardar los ejercicios de primera probación con grande exactitud, sin faltar un ápice á su observancia. ¿Qué mucho que los novicios más adelantados se espantasen de que en el primer mes hubiese andado más trecho en el camino de la virtud que ellos en más de un año? Su puntualidad, prontitud, perfección, nimiedad, digamos, en ejecutar todos los actos y avisos del noviciado, saltaban á los ojos de los menos atentos, y todos para salir de su asombro hacían cuenta que Dios les había enviado en Juan Berchmans un cabal dechado del perfecto novicio, á cuya imitación podían caminar pero no llegar. Singular correspondencia que fijó desde este punto el curso de las gracias divinas.

Una de sus sentencias (y se la repetía á los Hermanos coadjutores cuando con ellos trataba) era no tomar las cosas por mayor y á bulto, sino con orden de principios y causas. A poco de haber entrado procuró solicitar con súplicas y razones, de superiores é iguales, tuviesen á bien corregirle las faltas é imperfecciones, por menudas que fuesen, que le vieran cometer en la observan-

¹ Proc. de Amb. de 1623, inserto en el Proc. rom., pág. 185.

cia regular. No le importaba quién se las avisase, como no faltase el aviso. A este fin alcanzó del Padre Maestro que cuatro Hermanos novicios tomasen á pechos el cuidado de llevar los ojos en él y de amonestarle de la conveniente enmienda.

Quien andaba con verdaderos deseos de salir perfecto novicio y sólo pensaba en quitar faltas, por dicho de su Padre Maestro, experimentaba gusto sensible en recibir reprensiones de quienquiera, en publicar sus culpas delante de todos, en ofrecerse á penitencias, en ocuparse en cosas humillantes y mortificativas, señalándose en el espíritu y verdad con que las hacía.

Un novicio acosado por él para que le dijese las faltas, se puso en acecho por ver si descubría alguna imperfección contra la regla: un día le sobrecogió en una ocupación que pedía los cinco sentidos; el novicio haciase todo ojos sin pestañear para hallar algo que reprender y caerse encima de golpe, y vase luego á avisarle de una faltilla, en que el mismo censor conoció después que había tenido más parte el celo de su empeñada vigilancia que el descuido del Hermano Berchmans. *Le doy rendidas gracias*, respondió éste, *y le prometo en pago rezar tres rosarios. Y cada vez que se sirva hacerme la caridad, llevará igual recompensa.* El novicio, estimulado con la ganancia, tenía de continuo en él puesta la mira; miró y atalayó, así lo confesaba después, pero no logró notar en Berchmans otro descuido que le valiera tres rosarios.

Importunado por él, dice el P. Bauters, *acudí yo mismo á los novicios rogándoles de uno en uno secretamente, me trajesen por escrito, después de bien meditada, una lista de los defectos que les parecieran notables en el santo*

joven. Llegado el día de culpas, abriéronse las cédulas estando todos presentes; y cuando hubiera yo tenido motivo de creer que entre más de cien novicios no faltaría quien hallase algo que desear en la persona de Juan, con harlo asombro y edificación de todos oímos cómo bajo diferentes formas todas las censuras se reducian á esta substancia: ninguna cosa he reparado en el Hermano Berchmans que requiera enmienda.—Juicio que por ser de todos, prosigue el P. Bauters, sube á grande honra la observancia del Hermano, pues es cosa averiguada, con qué sagacidad los ojos lince de nuestra gente moza aciertan á rastrear los defectos ajenos, merced á la delicadeza, emulación y actividad con que procuran estudiar y desarraigar los suyos propios. Me han ellos asegurado que cada vez que se encuentran con él, sienten una suerte de contacto divino, como si fuera la gracia de Dios que parece rebosar y como rezumarse por ojos, labios y poros de toda su persona ¹.

Da realce á este testimonio la declaración antes indicada del Hermano Gryσιο. *Tuve cargo, dice, del Hermano Berchmans en la primera probación. Todas las virtudes parecían juntarse en él. Cuantas veces el Padre Maestro preguntaba por su novicio, me veía forzado á responder que ninguna cosa notaba que fuese digna de corrección. Porque entrado que hubo, procuró con grande esmero guardar los puntos y tildes del orden y distribuciones del noviciado.*

¹ Proc. de Amb., pág. 185.

III

LA diligencia de los novicios dábese ya por vencida. Razón era que los Padres graves tomasen por su cuenta el examen de aquel pasmo de observancia. Muchos de ellos discurrieron detenidamente si descubrirían alguna virtud en los santos religiosos de la edad del Hermano Berchmans que se echase de menos en él. El caso es bien singular; pero ni una imaginaron siquiera que no tuviese cabida y no resplandeciese en aquel espejo de virtudes y en grado más que común ¹. Esta prueba perentoriamente demuestra su exquisita fidelidad á los toques de la gracia: fruto era de aquel propósito de ser todo de Dios, que limpiaba y desterraba de su alma el menor resabio de imperfección. Y es cierto que cuando se enciende en un alma bien dispuesta el amor de la santidad, puede darse por vencida la dificultad de la empresa. Con mucha razón solía decir el Doctor Angélico, como tan experimentado, que la santidad se alcanza con sólo *querer*. Nuestro novicio quería muy de veras, y alcanzaba lo que quería. Si montes de dificultades se le acumulaban delante, la afición y el fervor se los iban allanando.

Siendo esto así, ¿quién de los novicios de Malinas presumió irle á los alcances á este ciervo sediento que, dejando de correr, volaba tras la fuente viva de la perfección? A todos ponía asombro la inocencia que se reflejaba en ojos y semblante,

¹ Proc. rom., pág. 348.

la discreción y mesura que daba peso á las palabras, la regularidad que gobernaba las acciones, el fervor que ponía espuelas á su deseo: para resumir en una palabra todas estas cualidades, la cifra que hallaban más propia era el melifluido renombre de *ángel*. Es el vocablo que ocurre con más frecuencia en los procesos de sus virtudes. Ángel le apellidaron Van Stiphout, Emmerick, Timmermans, Froymont, compañeros de casa, amigos de su juventud; ángel le llamó el P. Bauters, cuando hubo examinado su vocación; ángel el P. Carlos Scribani, cuando le admitió á la Compañía; ángel en fin le aclamaban todos cuantos en el siglo y en la religión le conocieron y trataron. Verdad sea que los destellos del candor virginal que hermosaban su semblante, ayudaban á ese concepto, pero lo que le sustentaba y esclarecía era el maravilloso enlace con que se hermanaban en él la firmeza y la blandura, y se abrazaban la devoción y el regocijo, y la discreción y el fervor se daban amigablemente las manos: raro concierto, que le colocó en la opinión de sus connovicios fuera del número de los mortales y le subió á sér angélico y sobrenatural. Elogios no se los escasean ellos; y ¡cuán regalados! Traslademos algunos al pie de la letra.

Su presencia, dice Conrado Van Hasten, *daba júbilos espirituales á los que por indoleó pusilanimidad andaban tristes y melancólicos.*—*Sus ojos*, contesta Ricardo Matías, *bastaban á bañarme de alegría estando yo en primera probación*—*Certifico*, prosigue un tercero (Enrique Vander Broek), *haber oído á un ejercitante preguntar, ¿quién es aquel ángel tan modesto, humilde y afable?*—*La sonrisa siempre en los labios*, añade el celebrado poeta Hosquio, *mostraba bien la paz*

y serenidad de su interior. Dos años viví con él en el noviciado, y puedo asegurar, con juramento si es menester, que jamás le reparé el más mínimo impetu de enojo ó desabrimiento; y eso que era de su condición brioso y ardiente.—Después de tantos testigos no se tendrá por encarecimiento la declaración del Hermano Gil Jenin.—A un novicio, dice, le oí confesar que no leía la Vida del B. Luis Gonzaga, porque la tenía siempre viva delante de los ojos en la persona de Berchmans.—En el proceso de Amberes de 1623 léense, fuera de estos, otros muchos testimonios igualmente honoríficos, que sería prolijo relatar.

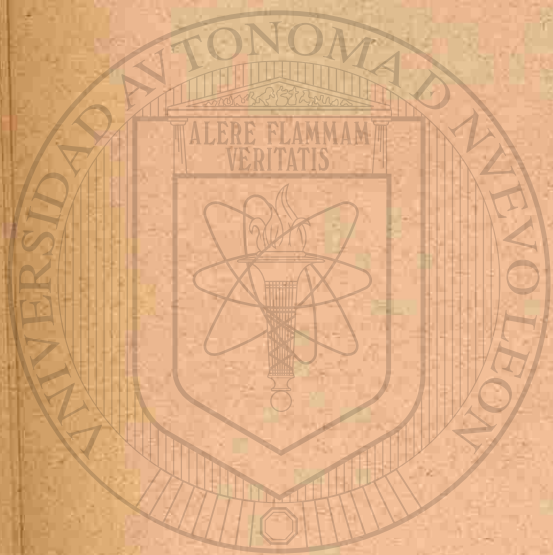
No es mucho que la admiración de estos jóvenes no acertara siempre á andar acompañada de la cautela conveniente.—Sabéis, Hermanos, dijo un día un novicio jugueteón en presencia del Hermano Juan, ¿cuál fué el prodigio más señalado que obró la Virgen de Monteagudo?—Quedaron todos suspensos.—Fué, prosiguió con disimulo, hacer que apareciese en una villa que llaman Diest cerquita del santuario, un ángel en carne humana¹.—Todos los ojos se fijaron en Juan, que se puso de mil colores á causa del sonrojo provocado por la gracia del expresivo apodo; pero la impertinencia, que hallaba disculpa en la jovialidad del narrador, dió lugar á que todos se edificasen con el aprieto del sorprendido paciente.

No era su natural, como los hay á veces, broncos y ceñudos, que estando todavía por desbatar, imaginan ser la melancolía parte de la devoción, y hácenla tanto mayor agravio cuanto con modales más toscos la pretenden acompañar. En nuestro novicio al revés: festiva siempre, siempre

¹ Proc. rom., pág. 360.

tierna, siempre dulce, siempre abierta, parecía la devoción con tantos atractivos, que á todos enamoraba, y todos se gozaban con la posesión de aquel rico tesoro de gracia y edificación. Los novicios, para significar el regalo que sentían con el buen olor de su virtud, dieron en forjar renombres con que entenderse entre sí y nombrarle con frecuencia: llamábanle Hermano Leto, Hermano Hilario, Hermano Jovial,¹ cuya donairosa invención, él, muy distante de censurar la aprobaba y aplaudía, dándose por entendido y correspondiendo finamente al oirse apellidar con títulos tan de su agrado.

¹ *Tanta in vultu suavitas et lactitia ut a quibusdam Hilarius vocaretur, ab aliis hilaris sanctus.* (P. Bauters, Proc. rom., pág. 360.)



CAPÍTULO II.

PROSIGUE EL PRIMER AÑO DE NOVICIADO.

- I. Su madre enferma.—Juan le escribe una tierna carta.—Muerte de Isabel.
- II. Nuevos apuros para el novicio.—Su intrepidez á las razones de su padre.—Su padre resuelve ser eclesiástico.—Estima que hace el novicio de la vocación.—Contrato espiritual.
- III. El *portero* del noviciado.—Querrela entre dos novicios.—Se hace Juan cargo de las penitencias de otros.—Su firmeza con un novicio melindroso.—Es aclamado ejemplar.

I

LLEVADO el santo novicio á velas desplegadas por el ímpetu de la divina corriente, iba adelante en el cumplimiento de aquel propósito de perfección que dijimos, cuando hubo de tropezar en un escollo que puso á prueba su virtud. Notifícanle que un accidente tiene postrada á su madre en la cama, la enfermedad va por momentos agravándose, y ha entrado ya en una crisis que bien pudiera acabar con su vida. Herido Berchmans de golpe tan penoso, no se congoja ni se deja abatir. Miraba la vida presente como cautiverio forzado, y la muerte como preludeo de la vida. Con aquel discernimiento que tenía del es-

píritu de la enferma, toma la pluma y en lenguaje muy cortado á su paladar, le escribe una carta, perfecta pintura de entrambos, en que le pone á la vista no tumbas abiertas ni abismos sombríos, sino coronas y regalos que la convidan á dejar aprisa la estrechez de este destierro. Es un canto de gloria, en que la voz del serafín realza la ternura filial con los suspiros de la santidad. ¡Oh! ¡cuán sin velos descubre aquí el hijo de Dios en la viveza de sus sentimientos la sólida virtud de la madre!

Decía la carta:

Madre en el Señor muy querida:

La paz de Jesucristo sea con vos y reine en todos nosotros. Rebosa mi alma de contento considerando los singulares bienes que la bondad infinita de Dios ¡bendita mil veces sea! ha derramado hasta el día de hoy sobre toda nuestra familia. Hace unos meses me llamó á mí, á pesar de mi indignidad, á la Compañía terrena de Jesús, su Hijo único; y ya á estas horas á vos, queridísima madre mía, os brinda con las bodas eternas. Siete años han pasado por vos de padecimientos; en ellos habéis probado con Jesucristo la amargura de la Pasión. Vedle ahora junto á vuestra cama cómo tendiendo los brazos hácia vos en ademán de estrecharos contra su pecho, os dice con voz regalada: ven, alma fiel, esposa mía muy querida; hasta hoy has estado enclavada conmigo en la cruz, muy en breve tendrás parte en la eternidad de mis goces.

Contemplad en torno vuestro á la Santísima Madre de Dios, á Santa Isabel, al santo Angel de la Guarda, y exclamad conmigo: ¡Oh Jesús mío y Señor mío! veis aquí á vuestra esclava, en

compaña de la Reina del cielo, vuestra Santísima Madre María, totalmente rendida á cuanto fuere de vuestro agrado. ¡Oh Jesús hijo de David! tened misericordia de mí. ¡Oh María! volved esos divinos ojos á mis hijitos, que á costa de tantos afanes crié en el temor de Dios. Tomadlos, Señora, por hijos vuestros. Dignaos ser su madre. Ruégoos también con toda mi alma, ¡oh María!, que á mí, á mi hermana y á todos mis hermanos nos recibáis bajo vuestra protección y amparo.

Ea, madre querida, cobrad buen ánimo, pelead generosamente, poned los ojos en la corona que os espera. Yo confío que no os perderemos, y que si nos dejáis, no será sino para asistirnos desde el cielo con otro cuidado y amor. Suplicoos con todo mi afecto, no me neguéis vuestra bendición.

Aquí quedamos todos rogando por vos. El Señor os dé lo que más convenga. Tengo por cierto que no me echaréis en olvido. Adiós. Pelead valerosamente, ¡oh buentísima madre mía!

Vuestro amado y obediente hijo en Jesucristo,

JUAN BERCHMANS.

Fué esta carta como el último adiós y el primer rayo del cielo que penetró en el alma de la moribunda. Oyó Isabel con lágrimas en los ojos la voz de su angel. ¡Cuánto hubiera gozado de tenerle, como en otro tiempo, junto á la cábecera! Sintióse consolada en espíritu y con nuevas fuerzas para la postrera lucha. El navichuelo combatido de ondas encrespadas daba fondo con este colmo de merecimientos en las playas de la eternidad. Re-

cibidos los últimos Sacramentos voló su alma, á primeros de Diciembre de 1616, á recibir la corona de sus trabajos. ¹.

II

ESTA muerte consternó el ánimo del atribulado marido. ¡Quién le hubiera dicho al novicio que aun teniendo los pies en la religión, le habían de poner nuevos tropiezos y en ocasiones de virtud más que fuertes! Pocos días después, turbado por las consecuencias de la desgracia, llamó á la portería del noviciado el padre del Hermano Juan con el alma traspasada de pena. Ello es que si había otorgado á su hijo consentimiento para vestir la sotana, no había perdido del todo las esperanzas de ver quebrantada su firmeza. Con la ternura que le inspiró el desconsuelo, procuró representarle la conveniencia de dejar la Compañía y proseguir en la universidad de Lovaina los comenzados estudios.

La constancia y tesón del novicio fué más firme ahora que nunca. La entereza de sus respuestas, suavizadas por la piedad filial, pudo convencer al afligido padre que sin provecho porfiaba en ablandar un diamante. Pero la fuerza del sentimiento le traía vendados los ojos, y no le dejaba ver lo que hacía cuando insistía diciendo: Créeme, hijo mío, por este medio podrias granjearte buen nombre, y poner en pie la casa y dar carrera á tus hermanos.—No, no, padre—respondía el man-

¹ Elisabeth, uxor Joan. Berchmans junioris, obiit 1 Decembris 1616. (Partida auténtica de Diest.)

cebo con gran libertad como quien veía claramente la verdad de su parte;—no es ahora tiempo de concertar imposibles. Si tanto os tienta la codicia, ¿por qué no volvéis los ojos á las riquezas del cielo? Si ansiáis ver adelantada la familia, vaya el servicio de Dios por delante, y lo demás darálo con larga mano el Señor, que poco le cuesta ¹.

Palabra fué esta que como centella penetró, ardió y conmovió profundamente el espíritu del buen artesano. No contento con este primer ensayo el celo de nuestro novicio, dando curso á la avenida de conceptos elevados que le eran familiares, comenzó á derramar luz y calor con tanta profusión en el ánimo de su padre, que trocado mudó de rumbo, cesó de combatirle, rindióse, inclinóse á la voluntad de Dios enteramente, y después de dar los primeros días de la viudez al sentimiento del duelo, confiando á la tutela de los parientes la orfandad de sus tres hijos, se retiró por algunos días en el colegio de Lovaina, á hacer los Ejercicios espirituales y á templar el dolor con la meditación y silencio.

En medio de la soledad le resonaban las razones de su hijo sin cesar en los oídos. Dábale ya en rostro su importuna porfía, acriminaba como delito su loca pretensión. Vió claramente después la caducidad de los bienes terrenos, y los yerros, engaños y peligros del mundo. En fin, la voluntad de Dios se le manifestó sin rebozo, y con tal poderío se arraigó y reinó en su alma, que á no detenerle las obligaciones de padre, hubiera solicitado la gracia de ser con su hijo Hermano de la

¹ Eja pater, quin et tu animum potius ad aeternas divitias adjicias, quas pro exiguo labore Deus cumulatissime rependet.—Pater his motus non jam a societate eum avellere, sed in ea ipse vitam agere optabat. (Proc. rom., pág. 363.)

Compañía. Ya que esto no podía ser, resolvió consagrarse al servicio de la Iglesia, aplicándose con ahinco á los estudios que le habilitasen para ascender al sacerdocio. ¡Tales triunfos como este alcanzó el amor que San Juan Berchmans tenía á la vocación!

Al paso que apuraba con reposado estudio el espíritu que señorea las Constituciones de la Compañía, crecía en su estima y amor; y tanto con más entrañable afecto suspiraba por poseerle, cuanto las lenguas de la ignorancia y malicia le hacían con más encono terrero de mordaces calumnias. Esta Orden se le presentaba á los ojos muy grandiosa, y descubriendo él en sí insuficiencia de caudal con que corresponder á su fin, andaba receloso de perder un tan singular beneficio. —*Pobre de mí*, decía á menudo, *el día que asloje tanto en el fervor primero que nuestro Señor me dió, pongo en riesgo mi vocación*¹. Por esta causa, ora escribiese cartas, ó recibiese visitas, ó conversase con sus Hermanos, terminaba siempre encomendando su perseverancia á las oraciones de todos. —*Mandad decir algunas misas*, repetía á su padre cuando le visitaba, *en la Virgen de Monteagudo, para pedirle la perseverancia y perfecta santificación en la Compañía*².

Célebre es el contrato que estipuló con dos connovicios, José Van Suerck y Juan Vander Uloet, compañeros de sus devociones. Hicieron concierto los tres de pedir á Dios unos por otros en la misa diaria estas tres gracias: pureza angélica, perseverancia en la Compañía, y aptitud para los ministerios. A este intento ofrecían la primera co-

¹ Proc. rom., pág. 355.

² Ibid., pág. 353.

munió de cada mes. El que de ellos acabase primero la vida, tenía obligación de impetrar á los otros dos la triple gracia: éstos en retorno quedaban con el gravamen de ofrecer por el difunto doce misas, ó doce coronas caso de no ser todavía sacerdotes. Con estas industrias llevaba Juan adelante el propósito de salir aprovechado novicio.

III

ANTES de terminar el primer año de noviciado el Padre Sucquet, rector todavía y maestro de novicios, le nombró para un cargo, que en las casas, mayormente numerosas como esta, pide señaladas prendas. Llamaban allí *portero* al novicio encargado de tener consigo la llave de la puerta que ponía en comunicación el colegio con el noviciado. A dicho empleo allegábase parte del oficio que en España llamamos de distributario, á quien incumbe celar la disciplina exterior de los novicios, dar la señal de empezar y terminar las ocupaciones, advertir y adiestrar á los jóvenes en la práctica de las pruebas. Se le puso en la imaginación al humilde *portero* que le habían echado á cuestras tal carga porque era el más imperfecto de todos y más necesitado de prueba, pero lo que me consuela es, añadía, ser este oficio más ocasionado que otro á mortificaciones de gran provecho para el que le tiene.

No juzgaban así los novicios; en la confianza que el P. Maestro mostraba de su virtud, vieron la confirmación del alto concepto que á ellos les merecía. Sabían muy bien que, aunque parezca este cargo de poca monta, está rodeado, si con

perfección se cumple, de graves y escabrosas dificultades. Porque ¿quién tendrá por fácil tarea la de hermanar, contentar y dirigir más con el ejemplo que con las palabras á un centenar de jóvenes que vienen del siglo, cada cual con sus maneras, educación y siniestros? ¿Qué de sacrificios, qué de prudencia, qué de caridad no es menester para no lastimar la melindrosa delicadeza de unos y sobre llevar la melancolía y rudeza de otros? El Hermano Juan, con cordura muy superior á los años, con fortaleza y suavidad, desempeñó cumplidamente las esperanzas del superior que había puesto los ojos en él¹.

Dos novicios principiantes se trabaron de razones junto á la alcoba de nuestro Hermano *portero*. Por él no quedaba cosa por hacer en orden á desvanecer la causa de la querrela, y procuraba ponerlos en paz. Pero lo que acontece cuando se callentan las bocas, los consejos y razones de los más avisados van á morir perdiéndose en el fuego de la contienda. Viendo nuestro Hermano Juan que la desavenencia entraba ya en los términos de altercado y que los llevaba de no parar hasta rencilla, puesto á toda costa en apaciguar los ánimos, socorrióse de la humildad y se derribó á los pies de los contumaces, y allí de rodillas clamaba con dolorido acento: Si he faltado á mis hermanos, pido perdón de mi falta, y échenme penitencia; pero por caridad les suplico cese ya la desazón, no se hable más en ello; que no dicen bien esos puntillos entre hijos de la Compañía.—La vista de aquel espectáculo hizo lo que no acabaran razones. El enojo de los dos novicios abatió los humos; corriéronse de ver que pedía perdón el que no había

¹ Proc. de Amb., pág. 192.

pecado; no pudiendo atajar las lágrimas, las mezclaron con las suyas, y llenos de confusión y pena se abrazaron mutuamente en señal de reconciliación.—Y pues estamos en paz, concluyó Berchmans, por mi cuenta corre desagraviar á Nuestro Señor: ofreceré sin falta esta noche una buena disciplina.—No quedaron poco avergonzados los dos culpables de esta fina caridad; y de creer es que no le irían en zaga en satisfacer de lleno por el ocasionado disgusto. Así venía á ser el santo Hermano iris de paz en todos los desabrimientos.

No fué esta por cierto la sola falta ajena que resarcíó voluntariamente en su propia persona. Cuando el P. Maestro le encargaba impusiera en su nombre alguna penitencia para probar ó corregir á un novicio, lo primero que hacía el Hermano Juan era echársele á los pies y demandar licencia para tomar por su mano la satisfacción de aquella deuda por otro contraída. Si salía bien con su pretensión, Dios y el P. Maestro eran los únicos testigos de su caridad. Si el P. Maestro negaba oídos á sus deseos, el caritativo *portero* se mostraba finísimo más que mil panales de miel para azucarar lo más posible la pildora. No por eso era su espíritu amigo de suavidades y condescendencias con la regla, antes robusto y fuerte y en extremo inexorable, pero con los delincuentes se le deshacían en amor las entrañas; daba cuartel á los transgresores, pero perseguía hasta las últimas trincheras las faltas que fuesen públicas. Cuando era menester para remediarlas la autoridad misma del P. Maestro, no vacilaba un punto en poner lo acaecido en su conocimiento; pero para el acierto, antes de dar parte, consultaba el asunto con Nuestro Señor en la capilla; porque siempre temió

acarrear disgustos por ceder á resentimientos de amor propio, ó por seguir la apariencia de falsas aprensiones ¹.

Llamó un día á un Hermano para enviarle á la cocina, que es una de las pruebas del noviciado. El novicio pareció al principio melindrear y hacerse del delicado, y no se lo ocultó al Hermano *portero*. Este con grande afabilidad le animaba á vencer la repugnancia, ponderándole la gloria de la obediencia; pero el remilgado novicio, con más descomedimiento que malicia, le dijo en resolución, mandase á otro, que él no se sentía con fuerzas para ir al fregadero. A estas palabras, el santo Hermano, con semblante grave y mesurado, respondió: Qué significan estas niñerías? ¿melindres á la obediencia? pues yo le forzaré á obedecer al momento. — *Y saliendo de la sala* (dice el Hermano Grysio á quien debemos esta relación), *se encamina á la capilla, según la maña ordinaria que usaba, de alcanzar con la oración lo que no podía con razones; pero el novicio, estimulado del remordimiento, sin darle lugar ni tiempo de entrar en ella le atajó y detuvo, prometiendo que cumpliría luego la orden, como en efecto la cumplió* ².

El joven que en un natural inclinado á todo ejercicio virtuoso junta con el celo de la observancia regular industrias y artificios, con que excusar á los demás toda sombra de disgusto, no puede en una comunidad dejar de ser para todos varilla de virtud, como dicen, regalo de iguales, descanso de mayores, contento y delicia de toda la casa.

Tan honda fué la impresión que dejó en los áni-

¹ Proc. de Amb., pág. 192.

² Ibid., pág. 212.

mos de los novicios la memoria del santo *portero*, que cuando acontecía alabar á uno por el exacto desempeño de este oficio, era común dicho en el noviciado de Malinas: este es otro Hermano Berchmans ¹.

¹ Proc. de Amb., pág. 231.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPÍTULO III.

EL NOVICIO DE SEGUNDO AÑO

- I. El bien de la Compañía.—Hace Berchmans los votos de devoción.—Su padre se ordena de sacerdote.
- II. Entrégase Juan al ejercicio de las sólidas virtudes.—Guerra á la honra con palabras y hechos.—Pareceres de sus connovicios.—Cómo miraba por la honra ajena.
- III. Guerra á la sensualidad.—Su frugalidad extremada.—Con la obediencia nivela su mortificación.—Dominio de su persona.—Visos de su pureza.—Su sueño.
- IV. Guerra á la propia voluntad.—Estima de la obediencia.—Caso de regularidad.—Exactitud en el levantarse.—Silencio.—Testimonio ilustre.

I

El noviciado en la religión es fragua espiritual donde se forja y labra el espíritu de sus alumnos. El espíritu que la Compañía pide á los suyos ha de ser vigoroso y á toda prueba, para sostener el peso de los ministerios que según su instituto deben abrazar con el tiempo. Ni le basta un año de probación, como al común de las religiones; dos años enteros necesitan sus reclutas consumir en perpetuos ejercicios de devoción, de humillación, de subordinación, que los acostumbren á quebrantar los bríos del amor propio, á fin de que, depuestas las máximas y aficio-

nes de mundo, se armen y vistan de Cristo y de su espíritu, y emprendan después con provecho el divinísimo ministerio del apostolado. Cuando la religión queda satisfecha de las pruebas del candidato, si éste persevera en sus buenos intentos, al fin de los dos años le admite en su seno y le otorga los votos simples que le marcan por substancial y verdaderamente religioso.

Pero el instituto de la Compañía, que despidе en cada página el suavísimo olor de la benignidad evangélica, no sufre ver en apreturas el anhelo de los novicios. A los que prueban mejor suele concederles el consuelo de hacer, terminado el primer año, los votos de devoción, que los unen y obligan realmente con Dios, pero no con la religión. Esta, aunque no los acepta por tales, de pura gracia los permite como ocasión de mayor merecimiento, y en prenda del gusto con que aplaude la observancia regular. El Hermano Berchmans había salido perfectamente vaciado en el molde de las Constituciones al cabo del primer año; y por dar algún lenitivo al sentimiento de la tardanza, y por remunerar la verdad de sus deseos, leído que hubo por tercera vez las Letras apostólicas, el Examen de las Constituciones y las Reglas de la Compañía, le concedieron los superiores que hiciese, como hizo, á Dios nuestro Señor privadamente, en el secreto de su corazón, los votos de pobreza, castidad y obediencia en la Compañía de Jesús y de vivir en ella hasta el fin de sus días. Esta promesa, rubricada con su firma, la puso en manos del P. Sucquet.

Para colmo de consuelo, quiso nuestro Señor regalar su alma con un gozo inestimable. A los cuatro meses, el 24 de Enero (1618) recibió su padre la primera tonsura, á 9 de Marzo se ordenó de me-

nores, de epístola el día siguiente, de evangelio el último del mes, y por fin, á los 14 de Abril del mismo año fué elevado al sacerdocio, y provisto inmediatamente en la Colegiata de San Sulpicio, siendo admitido entre sus ejemplares canónigos.

Ya el día 11 de Marzo, Adriano, hermano de nuestro Juan, había también recibido la tonsura y andaba en pensamientos de abrazar la sagrada Orden de Padres Agustinos, donde, según parece por varios indicios, entró algo más adelante. Todos estos eran generosos alientos provocados por el ejemplo de nuestro Santo. ¡Cuán entrañable fué su contento cuando por vez primera tuvo noticia de que ya podía venerar en su padre al ministro del Altísimo! Cuántas veces allá en el rincón de su aposento, aspirando con nuevas ansias á más encumbrada perfección, se acordaría de su padre y de su hermano, y bañados en tierno llanto los ojos, convidaría á los santos sus abogados, á rendir gracias á la Reina del cielo por la mucha mano que en tales transformaciones había tenido!

II

ENTONCES, sí, libre ya de lazos y pihuelas que le pudieran retener, esta paloma pura y amorosa comenzó á hacer nuevos visos, y á tomar vuelo más remontado por el firmamento de las virtudes. ¿En qué actos no se extremó en una edad en que el común de los principiantes apenas acierta á domar pasiones, á desarraigar siniestros? ¿Quién le aventajó en ofrecer generosos sacrificios de la honra, regalo y libertad? ¿Qué digo aventajar?

¿Quién no halló en él materia de imitación y de pasmo?

Si por humildad comenzamos, fundamento del edificio espiritual, ¿qué pruebas halló en el noviciado que hartaran el hambre de anonadarse y abatirse á los pies de todos? Era de ordinario su calzado y vestido el más deslucido y remendado, ni había para qué requerir prendas lustrosas ó superfluas en su aposento y persona. Solía decir con gracia: *En realidad de verdad, tan bien me cae una prenda usada, como una nueva; pero confieso que una sotana raída se ajusta mejor al talle de mi sensualidad.*¹ Por sí mismo se remendaba los vestidos, y con ellos más se arrebuja y revolvió que cubría y aseaba; aun revuelto y todo, parecía muy bien y le lucía mucho el remiendo.

Su frente siempre serena despedía rayos de vivo alborozo el día que alguno de fuera le cogía de improviso en una ocupación vil y despreciada á los ojos del mundo, mayormente si conocía que le daban vaya y cantaleta por ello; hablando consigo mismo se zahería con este donaire: No oyes, señor asnillo? parece que te zumban lindamente: pues ánimo y buen provecho.—A persuasión de su bajo concepto, creía que sólo la gran caridad de la Compañía había sido poderosa para admitirle: *Este motivo, añadía, me obliga á tenerme por el menor de todos sus hijos.*—Cuando alguno sin bastante razón le avisaba, tomaba en silencio el aviso como si fuera culpable. Preguntado en cierta ocasión, tocante á la vida de un santo, si temía los asaltos de la soberbia, respondió: *Por la bondad de Dios, no tengo mucho por qué temer á esa malabestia*—queriendo significar que, según la ba-

¹ Proc. rom., pág. 356.

jísima opinión de su persona, no había en toda ella cosa en que pudiera cebarse el apetito de la honra.

A su humildad rinden homenaje los connovicios. El Hermano Buyre la celebra por estas palabras: *Los oficios bajos, la ropa vieja, todas las cosas que servían para apagar su sed insaciable de apocarse, le regocijaban y hacían saltar de placer. Hablándome un día me dijo: la fina humildad está en huir de pasar por humilde. Solía llamar traje de bodas una sotana remendada. Tomaba solaz conmigo una vez, por verme con un vestido muy gastado, y me decía con muestras de gozo y cariño: No hay miedo, Hermano, que le echen de la sala del convite, pues lleva el traje de bodas.*¹

A puras instancias, añade Nicolás Gregorio, *consiguió la gracia, entre los fervorosos disputada, de cuidar de las luces. Aderezándolas estábamos un día de rodillas, y el bendito Hermano, con aquella boca de risa, con que pareció hacer interiormente burla de sí propio, clavados en el cielo los ojos exclamaba: con qué contento haría yo este oficio en medio de la plaza mayor.* Y advierte el padre Hosquío, que para llegar al cargo de lamparero era menester pedirlo con anticipación, por ser muchos los pretendientes de este humilde oficio; pero el Hermano Juan hallaba arte de andar á todas horas con mandil y estropajo á vueltas con las lámparas, pregonando la modestísima afición de su alma.²

Quien tan codicioso era de humillaciones propias, á título de verdadero humilde, había de ser escudo y capa de humillaciones ajenas. En sus

¹ Proc. de Amb., pág. 197.

² Proc. rom., pág. 357.

labios tenían todos puesta en seguro la honra. En saliendo al público defectos de otros, luego había de sacar la cara por el censurado, ó echaba la plática á otra parte, ó si no con el silencio condenaba por impertinente la conversación. Como amigo de la pura y sencilla verdad, respondía siempre sin hiel de malicia y sin doblez, resplandeciendo sobre todo en sus respuestas el vilísimo concepto de sí. Nunca supo qué cosa fuese zumbar, ni apodar, ni zaherir, ni reprender; bien que su ejemplo era viva y continua reprensión aun á los menos distraídos.

III

Si con este denuedo aterraba y vencía el apetito de la honra, con qué vigor abatiría el del regalo, tanto más de temer cuanto más blando y pegajoso? Sabía bien que una parte y no pequeña del aprovechado novicio es la mortificación exterior, que niega al cuerpo las comodidades aun permitidas. La práctica de esta virtud ya desde el noviciado la juzgó de gran momento para quien se cria para apóstol. Contra todas las cosas de regalo tenía siempre desenvainada la espada del rigor. Su abstinencia, no obstante el cuidado de los superiores, era un ayuno continuo, que para sus años y temperamento parecía insoportable. En el examen de conciencia de cada día, ninguna vez tuvo que echarse en cara el haber faltado á la templanza, con tomarse de ella estrechísima cuenta. Declaró al Padre Maestro, que no se acordaba de comer sino cuando la campana llamaba

al refectorio ¹. En la mesa, de la porción que le caía cercenaba el mejor bocado, considerando junto á sí á Nuestro Señor en actitud de pedirle limosna, y para dar más guerra y trabajo al apetito, no tocaba en ningún manjar antes de haberse recogido por espacio de un Padre nuestro. Industria muy suya era dejar el plato á medio tomar en pasándole otro plato; sobre esto le cargó la mano el Padre Provincial en la visita del noviciado, según que se lo hizo confesar el Hermano Jenin. —*Estaba yo, dice, junto al Hermano Berchmans, y teniendo bien conocido su afán de mortificarse sin compasión, quedé un día atónito de verle comer desde el principio de la mesa hasta la señal de acabar. Al punto dije para mí que allí se atravesaba sin duda la obediencia, pero deseoso de sacar la verdad en claro, se lo pregunté directamente á él, quien me respondió con lisura: Bien es cierto que yo tenía antes la costumbre de dejar parte de la ración hecha; más habiéndome sido últimamente mandado por el Rdo. Padre Provincial que deje limpios los platos, por no faltar á la obediencia cómo cuanto puedo, sin por eso comer más apresada. Si me dan tiempo de acabarlo todo, cumplo con la orden de su Reverencia; si dan señal de acabar antes de haber yo concluido, acabo obedeciendo, puesto que la segunda obediencia me dispensa de la primera.*

Con el conato de negarse los gustos, hizose muy superior á las blanduras de la naturaleza, porque, olvidado del cuerpo, sólo pensaba en apacentar el alma con el sabor de lecturas espirituales. Mucho menos se le oyó criticar lo desabrido

¹ Proc. de Amb., pág. 173.

de los manjares cuando la comida no estaba sazónada; hieles le eran los deleites y regalos los trabajos. El rigor de la mortificación le causó por algún tiempo enojosas tentaciones de sueño, pero con la ordinaria cautela de morderse los labios y de pellizcarse los brazos hasta ponérselos cárdenos, sacudía la vejación. Cuando alguno se le quejaba de molestia semejante, le descubría luego el secreto, y daba certificación de su indubitable eficacia. En esta materia tenía por axioma, que no corre peligro de desbarrar quien toma siempre partido contra las propias inclinaciones.

Los únicos límites que reconocía su mortificación eran los de la obediencia: ponía esta, sí, coto á las penitencias, no al deseo de hacerlas.—*Conviene tener enfrenado al Hermano Juan*, dijo el Padre Maestro al Padre Vander Cruysen en cierta ocasión; *no se le puede alargar la rienda á cuanto pide*¹. Con el recelo de que su ardor no pasara los términos de la discreción, ibanle siempre á la mano con cortapisas y tasándole las mortificaciones, pues harta penitencia era para sus años el seguir el régimen de la comunidad². A causa de la vigilancia de los superiores, se echantal vez de menos en su vida aquellas sangrientas venganzas que tantos siervos de Dios, aun en la Compañía, creyeron deber tomar de su cuerpo inocente. En verdad, nadie le vió parado al amor de la lumbre, aun en lo más crudo del invierno, en aquellos climas brumosos en que el fuego es socorro de primera necesidad; en verdad, el Padre Vander Cruysen declaró haberle visto hacer penitencias algo más que ordinarias; en verdad, aun en días del

¹ Proc. rom., pág. 348.

² Ibid., pág. 212.

Padre Frizón se guardaban en Malinas salpicadas con sangre sábanas suyas; pero para quien conoce las pruebas del noviciado, ¿qué es todo eso y mucho más, comparado con aquella severa regularidad y aquel estar siempre y en todo colgado de una serie perpetua de ejercicios de devoción, humildad, obediencia, sembrados de mil menudencias, que al par que inmolán lentamente los gustos del amor propio, acaban á la larga por quebrantar los bríos del cuerpo? Y pronto veremos á dónde llegó su fervor en esta materia.

De aquí le nacía aquel dominio sobre sus potencias, movimientos y sentidos, que bañaba toda su persona con un cierto resplandor propio de un ser endiosado. Observóle muy despacio el Hermano Gryso: *Jamás, dice, noté en él gesto ni meneo de enojo ó desabrimiento.*—¿Y quién es el hombre que no concedió alguna vez á la ira sus primeros ímpetus? Él, sin embargo, sonreía dulcísimo siempre que se le ofrecían lances de perder los estribos.—*Tampoco sabría yo certificar*, continúa Juan Callant, *haberle visto una vez tan siquiera fijar en alguien la vista. Parecía no mover un solo miembro sin razón suficiente*¹. Pero ¿á qué amontonar autoridades cuando él propio dijo á Guillermo Stanihurst: *Confieso que más me cuesta levantar los ojos que llevarlos siempre bajos?*

Todos estos reparos eran como baluartes que cercaban y defendían la joya más preciada de su corazón, la pureza, que había de muy niño consagrado á María. Con ser esta virtud en los novicios la menos expuesta á ocasiones, y la que más les reluce á causa de las muchas defensas con que la

¹ Proc. rom., pág. 360.

fortifican, la suya echaba de sí sensiblemente rayos que henchían la vista de los compañeros. Dábale horror sumo todo cuanto podía aun livianamente y de lejos empañar su resplandor. Estaban tres novicios una tarde contándose mutuamente las aventuras de su vocación. El angélico mozo oía con gusto, y terciaba también. Sentí un gozo indecible, prosiguió el uno de ellos, cuando de improviso vi, sin saber cómo, rotos los lazos de unas relaciones en que yo, pecador de mí, me había dejado enredar. Por negros de mis pecados, á mí me parecía estar en baño de rosas...—Miren, hermanos, saltó Berchmans desazonado con el olor, quédense allá esas especies aromáticas, serán muy santas y muy buenas; en verdad, no encajan bien con nuestra profesión.

Y si con otros era inflexible, consigo cruel tirano. La modestia y el recato de su dormir mostraban que se tendía en la cama por pura necesidad. Metido en ella, ni el calor excesivo, ni el frío riguroso eran motivos para que mudase de lugar ¹. Por la mañana hallábase la campana de comunidad con los brazos en cruz ante el pecho y con la misma postura en que se había acostado. Nunca experimentó insomnios ni pesadillas: solía asegurar por vía de chanza, que en la cama perdía del todo los sentidos, porque apenas acertaba á oír las nueve, siendo así que se echaba unos minutos antes. Era, cierto, ésta merced del Señor, pero gran parte en ella tuvieron sus propias diligencias. Porque para asegurar el descanso, alrededor de la cama señalaba, al irse á descansar, puesto fijo á cada uno de los santos y ángeles sus devotos, dando á la Virgen María la cabecera, y

¹ Proc. rom., pág. 352.

colocando en medio de este augusto cortejo el crucifijo: suplicaba entonces á los celestes protectores se desvelasen por él y no le quebrasen el sueño durante aquella noche; y como el sueño le tomaba con pensamientos santos, el primero del despertar era espiritual y fervoroso.

IV

¿QUÉ diremos ahora del holocausto de su propia voluntad? de la fortaleza de ánimo con que ataba su espíritu á las mínimas disposiciones de los superiores? La carta del santo Fundador sobre la obediencia le traía embelesado y absorto, por la gran sabiduría y lumbré de Dios que en todas sus palabras resplandece. De esta virtud solía decir, que era más digno de loa ejercitarla en cosas pequeñas que no en las grandes, cuyo peso inclina por sí la voluntad del inferior. La razón que daba era esta: porque así el obediente muestra al superior más á las claras el mucho caso que de su voluntad se hace, y quien se esfuerza en obedecer con estudio en cosas menores, ¿con qué satisfacción no obedecerá en las mayores? Y añadía: *Si los Hermanos Luis y Estanislao obedecían ciegamente en los oficios, ejercicios, silencio y demás, no era tanto por evitar pecados ni imperfecciones, harto conocían ellos que sin cometer faltas podían obrar con menos puntualidad, cuanto por seguir el impulso de*

sus gallardos corazones y por el ardiente amor que á la obediencia tenían.

Nada podían con su voluntad glosas ó interpretaciones. Para entera seguridad acudía al superior con las dudas. Acaeció una vez estar él en la portería cuando entra un caballero, y al verle, *Bella coyuntura*, le dice; *cabalmente tengo de tratar un asunto con el Hermano Berchmans.—Si, será con mil amores*, respondió el urbanísimo novicio; *si Vd. me lo tiene por bien, voy al punto á sacar licencia; y luego hablaremos con más holgura*¹.

No había cosa que tanto le atormentase el espíritu como el ver dejaba el superior á su arbitrio la resolución de algún caso, según se verá en éste referido por el Padre Bauteurs. *Dile un día facultad para subir con otros á Monteagudo, y añadí que, si tenta gusto, podría pasar por Diest á ver á su padre.—Por Dios, Padre Maestro, replicó el santo Hermano, determine Vuestra Reverencia lo que debo hacer.—No, respondi, de ninguna manera, déjolo á su discreción.—Cumplido que hubieron mis peregrinos sus devociones, como tomasen al bajar el camino de Malinas, dijo Berchmans á sus compañeros: Válgame Dios, hermanos, ahora hemos de ir á Diest á visitar á mi padre.—Está á cuatro pasos, respondieron; y pues permiso tenemos, vamos allá.—Permiso si le tengo, replicó, pero no sé...—No dejamos piedra por mover, prosigue el Hermano Suerck, para persuadirle que la intención del Padre Maestro era que fuese á ver á su padre, aunque no se lo hubiese mandado: cuánto más que bien podía la gloria de Dios estar*

¹ Proc. rom., pág. 346.

interesada en aquella visita. Esforzaba él sus razones; trabáronse con las nuestras y animaron el debate, hasta que viendo que durábamos en nuestro dictamen, dijo: Hermanos, ponderen según Dios todas las cosas, y luego díganme su parecer, que yo prometo seguirle en todo.—Después de rezar una Ave María, resolvimos que se debía ir á Diest. Rindióse el obediente sin replicar más palabra.

Su salud por lo endeble no podía pasar á veces con las siete horas de sueño que son de regla en nuestras comunidades; no por eso se tomaba él la libertad de prolongarle, sin pedir licencia la noche antes, y en sintiéndose malo al despertar, daba parte al superior, con cuya autorización volvía á la cama. Su descanso estaba librado en oír la voz de Dios. La de los superiores la consideraba como órgano de la divina: agotaba todos los medios por conocerla lo más claro posible, y ellos tenían sumo placer en manifestársela, pues hallaban en él toda la docilidad de un niño con toda la sencillez de un alma pura.

Muy á menudo se examinaba por las reglas, y hacía pausa en cada una, notando si algo había que enmendar ó perfeccionar.—*¿Cómo hacer, Hermano Berchmans, le preguntó un novicio, para guardar tanta reglita como tenemos? y en particular ¿cómo es posible observar con perfección la del silencio?—Respondió: El modo que suelo yo seguir para no quebrantarle es este. Si me encuentro con alguno, le saludo lo mejor que sé; si me pide algo, me pongo á sus órdenes; si me habla, oigo atentamente, y luego respondo, teniendo buen cuidado de excusar palabritas inútiles y que no hacen al caso.—Y cual la doctrina, tal era la práctica. Conferenciaba con él*

un día el Hermano Buyre sobre el orden general del noviciado, por haberle cabido en suerte ser su segundo en el cargo de *portero*; y como la plática fuese ganando campo y derramándose por otros asuntos, la interrumpió el Hermano Juan con su deliciosa sonrisa, diciendo: *Pongamos punto final, no vayamos ahora á faltar nosotros también al silencio* ¹.

En este particular de la regularidad, de que se podría escribir un libro entero, no debemos pasar por alto el testimonio del Padre Hosquio.—*A todos, dice, nos obligaban al estudio del francés por ser útil y hasta necesario en nuestro país. Tomó el Hermano Berchmans con tanto calor esta lengua y dióse tan buena diligencia, que habiendo entrado con solo el flamenco, antes de salir de Bélgica conocía perfectamente los primores de aquel idioma. No poco nos confundía su trabajo y constancia: no obstante las ocupaciones de su cargo, un día no se le pasaba que no compusiese en francés ó tradujese al flamenco. Pruebas dignas de nuestro asombro dió las veces que predicó en el refectorio. Por remate de lo dicho, confieso ingenuamente que menos podía en mí la lectura y meditación de las reglas, que la simple consideración de la fidelidad y exactitud del Hermano Berchmans en el cumplimiento de ellas* ². Son palabras del Padre Hosquio: parecen eco fiel de las del Hermano Buyre que dicen así: *Su observancia regular era edificantísima y nos traía asombrados. En la boca de todos pasaba por otro B. Luis. Desde que le conocí me desconcertó el primor de su regulari-*

¹ Proc. de Amb., pág. 198.

² Proc., pág. 350.

dad. En otros novicios hallaba yo cosas de gran perfección, que no me amilanaban, mas al poner los ojos en Juan me perdía en medio de aquel laberinto de perfecciones diversísimas por su indole, que si me encantaban con su hermosura, me quitaban con su dificultad la esperanza de imitarlas ¹.

¹ Proc. de Amb., pág. 197.



UNIVERSIDAD ALFONSO DE NUEVO LEÓN
AL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPÍTULO IV.

TERMINA EL NOVICIADO.

- I. Es modelo universal.—Qué sentía de las conversaciones espirituales.—Industrias para mantenerlas.—Su trato comunicativo y materia de sus recreaciones.
- II. Sale á catecismos.—Trato con los connovicios.—Caridad con dos tentados.—A todos los mira como ángeles.—Toma de cada uno lo mejor.
- III. Unión con Dios.—Visitas, oración, devoción á Maria.—Particular afecto al misterio de la Concepción Inmaculada de la Virgen.—Devoción á los Santos.
- IV. Ejercicio diario de levantarse, meditación, Misa, examen, comida, recreación, acostarse, comunión.

I

El que ha llegado á hacerse, como hemos visto, connatural la humildad, la mortificación familiar, deleitosa la obediencia, y la observancia habitual, consigue presto ser acabado modelo y llevar en pos de sí al olor de sus ejemplos la comunidad religiosa. Por tal solía proponerle el P. Maestro á sus novicios, y ellos en este espejo se miraban y remiraban emulándose en el deseo de copiar en sí la fisonomía de sus virtudes. Anhelaban su presencia y conversación

porque salían de ella grandemente aprovechados. Ayudábale á ser sus delicias la elocuencia maravillosamente pegadiza que á veces le brotaba por el semblante con enardecidos afectos, pues esta es propiedad de la virtud, no sólo andar alegre, pero alegrar también con su celestial dulcedumbre.

Propúsose desde el primer año hacer estudio de cosas espirituales, revolviendo autores piadosos y buscando maneras de practicar con más provecho los ejercicios comunes: así lograba inflamar el corazón, y á la vez enriquecer la memoria é ilustrar el entendimiento. En este punto refiere Guillermo Van Aelst el discurso que le oyó por estas palabras: *Estoy pasmado sobremanera, decía, de que haya quien no tenga gusto en hablar cosas de Dios. Ando en busca de las causas de tales repugnancias, y he dado con solas dos: ó es falta de materia, ó falta de afición. Pero ¿qué excusas son estas? Hemos de trabajar, y hacer de cosas santas buen acopio, con el acopio júntese el tenerlas en grande estima, y de suyo se cae el hablar de ellas con gusto y con provecho. ¿No vemos lo que hacen los que se dedican con ardor á una ciencia ó están adelantados en ella? ¿no gastan los ratos de conversación en asuntos literarios? ¿no confieren entre sí? ¿no razonan, no arguyen, no disputan? De mí sé decir que la quiete del mediodía me proporciona provisión de fervor para toda la tarde, y la de la noche alientos para la meditación ó comunión del día siguiente; y ha sido verdaderamente cosa de Dios que los Padres de la Congregación penúltima hayan sabido hacerse fuertes en mantener las recreaciones que se usan en la Compañía.*

Alude aquí el Santo á la grave contienda suscitaba entre los Padres de la Congregación general

sexta (1603), donde algunos, so pretexto de querer evitar ciertos escollos, proponían que de la hora señalada para recreación después de comer y cenar, la segunda mitad se emplease en lectura espiritual y rezo de devoción con que fomentar el espíritu. Después de una acalorada discusión juzgó por más conveniente la mayor parte de los vocales dejar intacta la hora entera que nuestro santo Patriarca había establecido, y discurrir medios para pasarla con fruto precaucionando los abusos á que podía ser ocasionada.

No podemos, llegando aquí, bastantemente encajarse la discreción y espíritu de nuestro Santo. Lástima que la injuria de los tiempos nos haya arrebatado la memoria de los hechos edificantes que con el nombre de *Ejemplos* solía referir á los novicios de Malinas¹. Después que salió del noviciado hallóse un cuadernito suyo, donde tenía recogidos sucesos graciosos, que se proponía relatar en las horas de recreación, anécdotas, que traídas á cuento le daban pie para convertir un tema indiferente en razonamiento provechoso sin que nadie echara de ver el artificio. Por dicho de Guillermo Van Aelst, siempre que hablaba de cosas santas llenaban su pecho mil júbilos de contento, y se le enardecía el rostro sin ser dueño de contener el incendio. No por ser tan jovial y mostrar en lo risueño del semblante el alborozo de su alma, dejaba de estar muy ceñido dentro de los límites de la gravedad religiosa; que si supo descollar en la gracia del decir, en la modestia y serenidad se arrimó á la raya de excesivo.

En los primeros meses de novicio, así como todo el tiempo que estuvo en Roma, deseoso de herma-

¹ Proc. rom., pág. 358.

nar la devoción con la afabilidad, sentía gran consuelo en comunicar con sus hermanos las luces que en la oración recibía. No fué así durante el último año de noviciado.—*He observado*, decía, *que hablar en la quiete del fruto de la meditación, y perderle y secarme al instante, es todo una misma cosa.*—¿Sería por ventura que el espíritu de Dios, tan delicado y celoso de sus secretos, quería ver selladas con el silencio sus íntimas mercedes y caricias? ¿Quién osará escudriñarlas? Lo que no admite duda es que este forzoso encogimiento, si debió de costarle sacrificios, nos ha privado á nosotros de aquellos rasgos de su alentado corazón que nos le dibujan tan al vivo.

Tema ordinario de sus discursos eran las proezas y conquistas de los misioneros que con inmensos trabajos fertilizaban á la sazón las Indias, el Japón y la China. El solo pensamiento de regar un día aquellos incultos campos con los sudores de su frente y también quizá con su propia sangre, vertida á manos de infieles, arrancábale hondos suspiros y lágrimas de devoción¹. El dilatado imperio de la China, que cuenta por provincias vastísimos reinos, bastantes para llenar la ambición de muchos conquistadores, parecíale empresa muy propia de los hijos de San Ignacio. La séptima Congregación general, cerrada dos años antes de éste en que vamos, había subido á grande honra con loores encarecidos las glorias de tan ilustre misión. De ella y de los sucesos de las Indias no bien se recibían nuevas en el colegio, aprovechándose Juan de la facultad de su oficio, convocaba á los Hermanos coadjutores, tras los cuales se le iban los ojos, y durante la recreación con sencillez y

¹ Proc. de Amb., pág. 192.

fervor se las contaba punto por punto. Para dar pábulo de algún modo al ardor apostólico que le devoraba, consiguió hacerles los catecismos. Sazonaba estas pláticas con avisos y consejos prácticos de perfección. Repetiales á menudo: *No se puede dar un gran paso de una sola arremetida, despacio y seguidito hemos de andar hacia adelante.* Y aquí les narraba cómo él había llegado por este medio á ganar muchas victorias, por ejemplo, el pasar sin desayuno, y otras industrias de su fervor.

II

No era el celo de nuestro novicio como el de aquellos que, cebando el gusto en la aprensión de esperanzas halagüeñas que tal vez nunca han de pasar de imaginadas á reales, estánse mientras tanto mano sobre mano y consideran por de poca monta las obras de ningún lustre; él creía, por el contrario, colocar utilísimamente el tiempo cuando salía de su retiro, con la aprobación de sus mayores, á catequizar las aldeas y cercanías de la ciudad. La rudeza de aquellos pobres labriegos le robaba los ojos y el corazón. Convidábalos para que concurriesen á la iglesia del lugar; allí les explicaba la doctrina cristiana, los ganaba con su llaneza, atraíalos y agasajábalos con amor y poníales afición á su amistad. Cautivados ellos con la gracia con que el joven doctrinero les hablaba del reino de Dios, le bebían con avidez las palabras. Los padres le encomendaban el cuidado de sus hijos, y éstas al-

mas inocentes, aficionadas á su mansedumbre y á la explicación de las cosas, estaban mejor dispuestas á guardar la ley de Dios.

Aquí se vió singularmente cómo con su trato sabía hacerse niño con los niños y acomodarse á los ingenios de todos. Seguíale en tropel cuando salía de la iglesia, y templando el contento con la veneración, le acompañaban hasta la casa del noviciado; allí él á su vez, enternecido con ellos, por premio de su inocencia y voluntad, los despedía cargados de rosarios y cosas de devoción. Tornaban á sus casas saltando de placer, deseosos de poner por obra los consejos del Hermano Berchmans. Un día en que había repartido en una aldea rosarios á los niños y enseñádoles la manera de rezarle devotamente, cuando á las pocas horas volvió á pasar por allí, advirtió que unos rapazuelos detrás de un seto estaban de rodillas con el rosario en la mano: acércase, aplica el oído, y ¿cuál no fué su sorpresa cuándo les oyó decir el Padre nuestro y repetir el Ave Maria recogidos y devotos?

Los días de paseo, si divisaba á lo lejos algún muchacho, valíase del derecho de catequista y allá volaba llevando tras sí á los compañeros. Preguntábale las oraciones, explicábale las respuestas, y terminaba recomendándole en particular la devoción á la Virgen María. El niño, no pocas veces, espantado de verse sólo en medio de sotanas, apretaba á correr por aquellos campos sin volver la cara á las voces: el Hermano Juan pidiendo alas á su celo, seguía la pista, y daba con él tal vez en el momento de esconderse el atolondrado en el regazo de su madre, circunstancia muy del gusto de nuestro catequista, que no sólo con amores y donecillos quitaba el miedo al es-

pantadizo chicuelo, sino que se hacía con los consejos amigo y consolador de toda la familia.

El afecto que mostraba á los infelices gañanes se convertía en tierna solicitud al tratar con sus propios Hermanos. A todos los tenía metidos en el corazón; afanábase por mostrarles finezas de amor; las penas de unos le atravesaban el alma, las alegrías de otros le regalaban y enternecían. Andaba un novicio tentado de melancolía: conociólo Juan; juntósele, y con blandura le hizo presente el gran riesgo que corría. Y era la verdad, la fuerza de la pasión le traía á mal traer con desatinadas aprehensiones. Viéndose el Santo inhábil para serenar la agitación de aquel pecho que estaba ya á punto de naufragar, se arrojó á sus pies, suplicándole con lágrimas no se diese tanta prisa, que siquiera le prometiese algunos días de tregua. Dióle palabra el tentado á duras penas, importunado más que rendido. En seguida el caritativo Juan solicita las oraciones de los demás novicios, explica su deseo á la Virgen María con suspiros y amorosas quejas, insta, llora, echa el resto de sus fervores hasta salir con el sí de sus labios maternos, y alcanza en efecto al desalentado un poderoso auxilio con que, deshecha la borrasca, recobró la primera serenidad. De igual ardor usó para ganar y fortalecer á otro novicio, á quien el desamor al recogimiento le hacía insufrible el retiro del noviciado. Porfiaba en abandonarle; la fina caridad del Hermano Juan pudo desencastillarle de su imaginada temeridad. Siempre estaba dispuesto para emplearse en beneficio de todos, y éste cuidado le sugería gracias como decir hablando de sí: *No conviene criar el jumentillo regalón: buenos le son los palos á su tiempo y que gane el pan que come.*

En sus hermanos le parecía contemplar reverberada la santidad de los espíritus angélicos y sentir la compañía de estos purísimos seres; tan grande era el respeto con que los trataba. Ejercicio muy suyo fué poner los ojos en los novicios y actuarse en trasladar é inducir en sí las virtudes que más en ellos sobresalían. De uno copiaba los perfiles de la modestia, de otro las luces de la caridad, en éste consideraba el fervor, en aquél señalaba el recogimiento, aquí tomaba las sombras de la humildad, allí apuntaba las galas de la mansedumbre, y á ejemplo del primer poblador de los desiertos, el grande Antonio, hecho discípulo de todos, aprendía y recopilaba en sí los mejores delineamientos de todos, con que componía una hermosa y excelente pintura.

Esta ocupación, solía confesar, le consolaba sobremanera por el gran provecho que de ella sentía su alma. Siendo esto así, ¿cuándo pudo soltar palabras mortificativas en desestima ó desafecto de los compañeros? Era su caridad velo con que encubría, aligeraba ó excusaba las faltas ajenas, creyéndolas imposibles.— *Yo no alcanzo, decía, que un religioso pueda cometer pecados, cuando carece de toda ocasión de pecar. No, no puede ser que un hijo de la Compañía dé acogida al pecado* ¹. Notoria á todos era su costumbre de hacer reverencia á los ángeles custodios de los que encontraba: los novicios andaban á porfía en tan devota veneración; así venía á ser con la correspondencia de espíritus el noviciado de Malinas verdadera antesala del cielo ².

¹ Proc. rom., pág. 363.

² Ibid., pág. 360.

III

Por los frutos de estas virtudes se puede entender fácilmente cuál sería su amor de Dios, flor de la vida espiritual. Diferenciábale de los demás novicios aquella íntima unión que le tenía á todas horas el alma abrazada con el Espíritu divino. A cada respiración parecía enviar al cielo saetas amorosas y ofrecerse sin reserva al servicio de su Dios. Recogíase interiormente cada hora á tomarse cuenta de la precedente; y si tenía consigo á otro compañero, pedida licencia, se hincaba en la alcoba, sin afectación, pero sin respetos humanos, y al cabo de un *miserere*, volvía á proseguir la plática comenzada.

Durante el bienio siete veces al día de seguro buscaba la presencia de Jesús sacramentado, y con sus ansias de apagar la sed en las dulces corrientes de la gracia hubiérase estado largas horas comunicando con su Bien, á no llamarle á otra parte la obligación del oficio. Al despedirse suplicaba á los bienaventurados Luis y Estanislao, quedasen en lugar suyo, y á par de finos enamorados con las llamas de sus afectos hiciesen la corte á la adorable carne y sangre del divino Salvador ¹. Con el ejemplo provocaba á los novicios, y más de la mitad iban tras él después del examen de la noche á la capilla á ofrecer á nuestro Señor el día que terminaba, y á poner en sus manos el descanso de la noche. Por esta causa con harto motivo atribuyen los historiadores á la devoción

¹ Proc. rom., pág. 340.

de San Juan Berchmans la costumbre, generalizada en muchas provincias, de hacer visita al Santísimo Sacramento después de tocar á acostarse.

Los corazones más helados se calentaban de sólo oírle anunciar las comuniones extraordinarias. El fuego del amor divino que hervía en su pecho, sañale por la boca y pegaba calor en todos los conovicios. Algunos que lo habían experimentado, se le arrimaban cuanto era dable, esperando sentir alguno de aquellos gloriosos vibramientos que traían su espíritu en amorosa agitación. Durante la oración se le ponía tal el rostro, de encendido y esplendoroso, que bastaba mirarle para entender se le abrasaba el alma hecha ascua de divina caridad. Largo tiempo le duraba el incendio sin que el menor movimiento del cuerpo turbase el sosiego del espíritu ¹. Solía decir: *Como alguna enfermedad grave no me lo estorbe, tengo de hacer siempre la oración con la comunidad, porque será la mía más eficaz si va unida con la de los otros.* Así, por no perder la ganancia, cuando se sentía indispuerto, se volvíase á la cama como dijimos, acabada la oración.

La devoción á la Virgen Santísima, que había sido en el siglo la de su especial cariño, le pareció más divina en nuestra religión, que hace gala de mirarla como propiedad suya. Rebosábale por los ojos el alma, y el corazón por la boca en tratando de la Virgen.—*Dos cosas, decía, me parecen dignas de atención en la vida de los santos modernos: la devoción á la Virgen y á la Sagrada Eucaristía* ²! Es aquí de gran momento el dictamen del maestro de novicios. *Paréceme á mí,*

¹ Proc. de Amb., pag. 190.

² Proc. rom., pag. 338.

dice, *que Dios envió al mundo á este dichoso mancebo para extender el culto de la Virgen María.*

No menos importante es la declaración del Hermano Grysio. *El misterio de la Inmaculada Concepción era, dice, el blanco de todos sus intentos. Un día de comunión me dijo en la quiete: hoy he comulgado con intención de alcanzar de nuestro Señor que encienda en el corazón de los hombres la devoción á la Inmaculada Concepción de nuestra Purísima Madre, porque á nosotros que somos sus hijos nos toca defenderla en este punto, tan violentamente combatido por sus enemigos.* ¹ Propúsose, y movidos con su ejemplo propusieron otros novicios, ¡notable resolución! propagar de todas maneras el amor á María Inmaculada por aldeas y lugares, ya en pláticas y catecismos, ya en trataditos sobre sus glorias, ya en relaciones y ejemplos edificantes, esmerándose en realzar la grandeza de esta prerrogativa y los tesoros de su poderío.

Es muy para considerada la especial devoción al misterio de la Concepción sin mancilla, que empieza aquí á ocupar el pensamiento y afecto de nuestro Santo. Su lengua parecía bañada de leche y miel cuando ponderaba la hermosura de esta preeminencia. Se la descubrió su grande amor en el noviciado de la Compañía. Más adelante veremos cuán cumplidamente ocupó é hizo llena la capacidad de su pecho.

En casa era muy rara la conversación en que no saliese de sí exaltando las excelencias y valimiento de su soberana Madre. Porque era copioso el número de novicios, tenía cuidado de repartir-

¹ Proc. rom., pag. 198.

los en pequeños grupos, á propósito de que siendo pocos pudieran entrar á la parte más cómodamente en la conversación y sostenerla con más fruto. Utilizaba las facultades de su cargo para formar corrillos, y los formaba de suerte que en cada uno hubiese un novicio que estuviera pronto á proponer un ejemplo ó sentencia en alabanza de nuestra Señora, ó á preparar los ánimos para ello. De antemano había prevenido y pactado con unos doce, que no faltaría en ninguna recreación algún tema de la Virgen Santísima; y como reinaba la devoción en aquellos pechos puros y fervorosos, así andaba de boca en boca el nombre de María por todo el corro con grandísimo consuelo del autor de estas industrias. *Insipidas me parecen, exclamaba, las recreaciones sin la sal de esta devoción: y ¿cómo no hacer algo en obsequio de María siendo ella mi Madre y mi Señora? Ella es quien me crió á sus pechos divinos, ella quien me alentó y adelantó en los estudios, ella quien me alcanzó la vocación á la Compañía, con ella tengo el cielo seguro, sin ella casi me doy por perdido.*

Inseparable de la devoción á María es la de su castísimo esposo. En estos últimos tiempos la Iglesia Católica ha ido poco á poco levantando el velo que cubría la grandiosa figura del Patriarca San José, sombra augusta del Padre celestial, que desde los primeros siglos había estado casi escondida, pero no había aún, como hoy, llamado las gentes en derredor del Santísimo Patriarca para tributarle culto particular, proclamándole Patrón universal de la cristiandad, y sin embargo, no le engañaba su amante corazón á Juan Berchmans cuando repetía que el cristiano no debe separar en su veneración lo que Dios ha estrechísima-

mente enlazado ⁴. A este propósito cuenta el Hermano Van Schuerck esta industria.—*Estábamos, dice, paseando juntos un día, cuando desplegando el Hermano Juan las alas de su varonil elocuencia, comienza á enaltecer los privilegios de San José. Declaróme su pensamiento, y ambos á dos nos ofrecimos á propagar entre los Hermanos la devoción del Santo Patriarca. Obligámonos á no malograr ocasión de engrandecer sus virtudes cada y cuando que se presentase: en particular hicimos propósito de añadir, al terminar la letanía de la Virgen, la oración de su santísimo Esposo.*—Redunda en gran gloria de estos dos fervientes devotos el que la Compañía universal haya abrazado, después, la costumbre de rezar en las letanias de la Virgen y de los Santos la oración consagrada por la Iglesia al padre putativo del divino Redentor.

Pasemos en silencio la devoción que tuvo con nuestros primeros santos. Conocida es su *Corona de los Beatos*. La perfección de San Luis le encendía en nuevos fervores; para mejor imitarle aprendió de memoria su admirable vida.—Predicó un día, dice el Padre Bauters, el panegírico del Beato Luis, y lo hizo con tal vehemencia, que tuvo serios temores por su salud.—El nombre de San Bernardo, aquel fino amante de Jesús y María y celoso predicador de la perfección religiosa, parecía dar alientos á su generoso pecho. ¿No podríamos decir que si la semejanza engendra amistad, la de los santos animados del mismo espíritu es sin comparación más íntima y deleitosa que la fundada en motivos naturales?

⁴ Proc. rom., pág. 339.

IV

DEMOS aquí lugar al *Ejercicio diario*, compuesto por el mismo Santo Hermano, y publicado por el Padre Cepari según que le tomó de la pluma del Padre Bauters. El Padre Vanderspeeten le dió á luz, trasladándole de un ejemplar que se guarda en la biblioteca de Borgoña. Aquí le ponemos á la letra, conforme obra en el manuscrito auténtico de los Procesos.

“Hecha la señal de la cruz, al levantarme, imaginaré que tengo en mis brazos á Cristo Señor nuestro crucificado manando sangre, y arriba á la Santísima Trinidad. Repetiré con el pensamiento *el Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo*. Después ofreceré á Dios Padre su Hijo, en acción de gracias por todos los beneficios, y singularmente por haberme librado de culpas y de muerte repentina en esta noche, y por concederme el favor de vestir la sotana de la Compañía. Pediré la perseverancia por intercesión de la Bienaventurada Virgen, de mi ángel, del Beato Padre, del santo de mes y de todos los santos. Al fin diré un Padre nuestro y Ave María, besaré tres veces el suelo, y rezaré tres credos, *anima Christi, abrenuntio Satanae*, etc.

„*Intención.*—Dios mío y todo mío, á quien sirven todas las criaturas, hago gracias á vuestra divina bondad porque os habéis dignado conservarme hasta la hora presente; propongo con vuestra gracia hacer esta obra y todas las de este día y de toda mi vida, únicamente por la gloria de vuestro nombre, para daros el mayor gusto que pueda, y

agradar á la Santísima Virgen María, á mis patronos, al ángel de guarda, especialmente al santo que hoy venero; y declaro ser mi ánimo no admitir, fuera de esta, otra cualquiera intención que los enemigos me sugieran.

„*Al fin de cada obra.*—¡Oh Beatísima Trinidad! ofrezco á vuestra divina majestad, delante de la corte celestial, esta obra mía, que tal vez sea la última, unida con las lágrimas de Cristo, ó con sus dolores, ó con la llaga del costado, ó con los azotes, ó con los merecimientos de la Bienaventurada Virgen María, con la sangre de los mártires de nuestra Compañía, con el amor y alabanzas de los ángeles, etc.

„*Meditación.*—Según las adiciones de nuestro Bienaventurado Padre.

„*Antes de la plática y lección espiritual.*—Intención pura y la siguiente oración. Abrid, Señor, mis oídos y mis ojos, etc.—*Después:* Confirma, Señor, lo que has obrado en mí: esta es, lo sé, vuestra voluntad.

„*Recogimiento á cada hora.*—Ave María. ¡Oh buen Jesús!, tú fuiste azotado por mí: ¿qué te daré por tantos dolores? ¿He cumplido mi oficio con pura intención, en la presencia de Dios, y frecuentemente?

„*Al examen particular.*—Perdón, Señor, y ayuda, para poder pasar mejor la hora siguiente: procuraré hacer así y así.

„*Examen.*—A la señal diré *quis stabit?* etc. *Ne intres*, etc. Al empezar me pondré delante á Dios, al ángel, al demonio, como para ser juzgado. Lo demás según costumbre.—*Después del examen:* propondré guardar las prácticas cotidianas, pureza de intención, presencia de Dios y los propósitos de la meditación.

„*A la mesa.*—Intención, cuidado á la bendición y acción de gracias, y observancia de las reglas del Beato Padre acerca de la comida.

„*Recreación.*—Lo primero, pura intención; propósito de hablar de cosas santas en la presencia de Dios.—*Después:* pedir perdón de las faltas y ofrecimiento.

„*Modo de acostarme.*—Después del examen, recapacitar los puntos de la meditación, de rodillas recitar el catálogo de los beneficios, con el credo y la fórmula de los votos.—Al desnudarme, tengo de observar modestia, considerando cómo le quitaron á Cristo las vestiduras delante de la cruz.—Al descubrir la cama y entrando en ella: Mira qué dudoso de la vida y salud eterna entras en el sepulcro. ¡Oh! ¡quién nunca os hubiera ofendido! pésame, Redentor mío, de todo corazón, y propongo sería enmienda. ¡Oh Padre eterno!, os ofrezco los dolores y llagas de vuestro Hijo por todos mis pecados y negligencias.—¡Oh Virgen Madre!, ayudadme. Santos, mis abogados, tomadme bajo vuestra protección. Ángel de mi guarda, guárdame de todo pecado, y de las asechanzas del demonio. En nombre del Padre, etc.—Por espacio de una Ave María pensaré en la hora de levantarme, y después me dormiré con el pensamiento de la meditación.

„*Comunión.*—Composición de lugar. Imagina que estás con todos tus abogados, ángeles, etc., en el monte Calvario, y que ves á Cristo Señor nuestro con la cruz á cuestas ensangrentado y llevado á empellones por los judíos. Considera hasta la *elevación* lo que allí pasa. 1.º Deja la cruz, le ofrecen mirra, le quitan las vestiduras, disponen los instrumentos, le tienden desnudo sobre la cruz, alarga la derecha á los verdugos, obediente, des-

pués la izquierda y los pies para ser taladrados con los clavos. Mira á Cristo, cómo alzando los ojos se ofrece al Padre por tus pecados, y habla con él con grande afecto hasta la *elevación*. A la *elevación* mira cómo levantan la cruz, y oye á Cristo que ruega por sus enemigos. Después pondera cómo le corre sangre por todo el cuerpo, y repara en las heridas.—Fijándote en la cabeza, ruega por los superiores eclesiásticos y seculares.—En la mano derecha, por tus padres y hermanos espirituales en común y en particular; después por los carnales, bienhechores y amigos.—En la izquierda, por los enemigos y por los que yo agravié, ó me agraviaron á mi, ó á la Compañía.—En el costado, por mí, para que pueda, 1.º, amar á Dios de todo corazón; 2.º, arder en celo por la salvación de los prójimos; 3.º, perseverar en la Compañía; 4.º, guardar puntualmente los tres votos; 5.º, tener mucha devoción á la Virgen Santísima, y á este adorable Sacramento.—En los pies, por la Compañía, y por todos los religiosos buenos y malos, y por los seglares buenos y malos.

„En la comunión advierte cómo la Virgen María, juntamente con los ángeles y con tus abogados, te trae á Cristo para que le des sepultura en tu corazón: acógele con grande humildad y caridad. Aquí aviva la fe, da gracias, ofrece, pide y propón.

„Otro modo para los días de Navidad. Cuando sale el sacerdote, considera que sale la Virgen María de Nazaret para Belén con San José, y acompáñala por aquél camino dificultoso; hasta el Evangelio.—Al Credo, aviva la fe en Jesús.—Al Ofertorio, considera cómo la Virgen anda mendigando posada: admírate y ofrécele tu corazón. Mira después cómo se encamina con alegría al

establo, y cómo los ángeles esperan.—A la elevación: contempla á Jesús nacido niño, adórale con acto de fe, esperanza y caridad; y asómbrate de la suma pobreza; hasta la Comunión.—Puesto delante del pesebre con la Virgen Santísima, pídele licencia para meter al infante Jesús en la camita de tu corazón: tómale en tus manos, abrázale con grande afecto, ofrécele á Dios Padre, da gracias, ora y tenle asido: Señor no os dejaré si no me concedéis esto y esto, etc.

„En tomando la comida, figúrate como si vieses á Cristo con sus discípulos, y qué maneras usa, y procura imitarle. O considera la hiel de Cristo, ó que tienes en tu corazón á Cristo recién nacido, y que te pide alimento; aliméntale, pues, dejando para él lo mejor ¹.„

Tal era el orden y práctica que usaba en sus obras, conforme le habían enseñado los ejemplos de los santos, los avisos de los superiores y el espíritu de Dios que le gobernaba. Este ejercicio tenía por norma principal, en él su blanco y su mira, en él su apoyo y apercibimiento, en él su firmeza y amparo, su dicha y seguridad. Nunca de esta norma se torció; el pasmo sobre toda opinión, bastante á canonizar su vida, es cómo anduvo siempre con tanto advertimiento en guardar las industrias prescritas, siempre con nuevo primor, sin faltar una tilde, no flaqueando, ni descaeciando, sino gastando y consumiendo los aceros de sus potencias en éstas á los ojos de los tibios pequeñeces ó nimiedades.

¹ Proc. rom., pág. 341.



CAPÍTULO V.

PASA Á ESCOLAR APROBADO.

- I. Los votos simples.—Cómo se dispuso para hacerlos.—Se lo participa á su padre.—Ceremonia de los votos del bienio.
- II. Fundación del Colegio de Amberes.—Le destinan al dicho Colegio.—El Padre Rector le prueba.—Cómo satisface á las pruebas.—Testimonio del Padre Rector.—Le dan orden de ir á Roma.—Despedida.
- III. Carta al P. Sucquet llena de humilde gratitud.

I

PROPIO es y peculiar de la Compañía de Jesús poseer una clase media entre novicios y profesos, en que se incorporan los novicios concluido el noviciado. Al unirse á la religión con propio y verdadero vinculo, no por eso se establecen en el último grado de unión íntima y perfecta de que son capaces con el cuerpo de la Compañía; todavía permanecen para con ella como en estado de prueba. Tal es el grado de *Escolares aprobados*. Y siendo cosa averiguada que la solemnidad no es á los votos religiosos necesaria ni parte esencial de su substancia, viene á ser también mucha verdad que los votos simples usados en la Compañía, ligan y enlazan á los contrayentes con obligación estable y firmísima, si bien no

establo, y cómo los ángeles esperan.—A la elevación: contempla á Jesús nacido niño, adórale con acto de fe, esperanza y caridad; y asómbrate de la suma pobreza; hasta la Comunión.—Puesto delante del pesebre con la Virgen Santísima, pídele licencia para meter al infante Jesús en la camita de tu corazón: tómale en tus manos, abrázale con grande afecto, ofrécele á Dios Padre, da gracias, ora y tenle asido: Señor no os dejaré si no me concedéis esto y esto, etc.

„En tomando la comida, figúrate como si vieses á Cristo con sus discípulos, y qué maneras usa, y procura imitarle. O considera la hiel de Cristo, ó que tienes en tu corazón á Cristo recién nacido, y que te pide alimento; aliméntale, pues, dejando para él lo mejor ¹.„

Tal era el orden y práctica que usaba en sus obras, conforme le habían enseñado los ejemplos de los santos, los avisos de los superiores y el espíritu de Dios que le gobernaba. Este ejercicio tenía por norma principal, en él su blanco y su mira, en él su apoyo y apercibimiento, en él su firmeza y amparo, su dicha y seguridad. Nunca de esta norma se torció; el pasmo sobre toda opinión, bastante á canonizar su vida, es cómo anduvo siempre con tanto advertimiento en guardar las industrias prescritas, siempre con nuevo primor, sin faltar una tilde, no flaqueando, ni descaeciendo, sino gastando y consumiendo los aceros de sus potencias en éstas á los ojos de los tibios pequeñeces ó nimiedades.

¹ Proc. rom., pág. 341.



CAPÍTULO V.

PASA Á ESCOLAR APROBADO.

- I. Los votos simples.—Cómo se dispuso para hacerlos.—Se lo participa á su padre.—Ceremonia de los votos del bienio.
- II. Fundación del Colegio de Amberes.—Le destinan al dicho Colegio.—El Padre Rector le prueba.—Cómo satisface á las pruebas.—Testimonio del Padre Rector.—Le dan orden de ir á Roma.—Despedida.
- III. Carta al P. Sucquet llena de humilde gratitud.

I

PROPIO es y peculiar de la Compañía de Jesús poseer una clase media entre novicios y profesos, en que se incorporan los novicios concluido el noviciado. Al unirse á la religión con propio y verdadero vinculo, no por eso se establecen en el último grado de unión íntima y perfecta de que son capaces con el cuerpo de la Compañía; todavía permanecen para con ella como en estado de prueba. Tal es el grado de *Escolares aprobados*. Y siendo cosa averiguada que la solemnidad no es á los votos religiosos necesaria ni parte esencial de su substancia, viene á ser también mucha verdad que los votos simples usados en la Compañía, ligan y enlazan á los contrayentes con obligación estable y firmísima, si bien no

tan perfectamente que no le quede facultad á la religión, en los casos previstos por el Instituto, para anular semejantes promesas, dejando á los que las hicieron, libres de toda traba.

El tiempo de la segunda probación expiró para nuestro santo novicio. La Compañía, en cuatro tiempos diversos, á 29 de Diciembre del año 16, á 24 de Junio del 17, á 4 de Febrero y 5 de Julio del 18, ha visto con satisfacción firmada de mano de su candidato la resolución de vivir y morir en su seno, sea cual fuere el grado y empleo en que le quieran poner. Todo ha procedido con previo conocimiento y seria consideración de las Bulas y Constituciones del Instituto. La última formalidad está también evacuada; el rector ha convocado consulta para saber de los Padres graves si juzgan al joven novicio por merecedor de los votos del bienio: la respuesta no podía ser más concorde, pues ha sido notorio lo divinamente que probó en el curso de estos dos años, y sobrepujando en perfección á todos sus connovicios y aun adelantándose á los provecos, ha colmado la tasa de la perfección requerida.

¿Quién podrá, pues, con la consideración ponderar los afectos que brotaron en su pecho, cuando llamándole el superior le intimó que se preparase para hacer presto los votos? Menester fuera penetrar la fuerza de aquellas represadas ansias con que tanto tiempo había suspirado por el día del sacrificio. Afortunadamente de esa dificultad nos ha sacado su misma pluma en la carta dirigida á su padre, donde con divina elocuencia pone á la vista el colmo de felicidad que le esperaba. Las lágrimas de gozo esparcidas por sus renglones son lenguaje seráfico que habla de una región superior, desconocida á los corazones helados y vacíos de

amor de Dios. Dice así la carta, traducida del original que está en latín:

Al Reverendo Señor, Señor D. Juan Berchmans, mi padre amantísimo, en Diest.

La paz de Nuestro Señor sea con V. m.

Para padres que aman el mundo y sus devaneos son de gran fiesta los días en que celebran el enlace de sus hijos con señores y príncipes de la tierra, mayormente si estos traen en pos de sí condición elevada, hacienda y fortuna superior á la suya. ¡Liviano y necio contento! ¡Ojalá no tuviesen que llorar los desventurados y maldecir por toda una eternidad la falsa dicha que tan sin medida ambicionaban para sus hijos! Otra bien diferente alegría ofrece á V. P. mi presente carta, padre querido; alegría pura y sin resabios de vanidad. Alégrese V. m., regocijese con toda su alma, hártese en este manantial de dicha sólida y duradera.

¿Pues qué ocurre? me preguntará V. m.—Lo que ocurre es que el día 25 del actual (así lo espero, Dios mediante), el día 25 de Septiembre vuestro hijo va á morir.—¿A morir?—Si; á morir, pero al mundo, y la muerte de los justos. ¡Oh muerte deleitosa! ¿Muerte digo? No; sino vida verdadera. ¡Ah, sí; muera mi alma con la muerte de los justos.—Mas ¿cómo, dónde ha de morir vuestro hijo? ¿Con qué género de tormento?—En la cruz de Jesús, con Jesús, por Jesús, crucificado con los tres clavos de pobreza, castidad y obediencia ¡Oh, válgame Dios, y cuán dulce es morir de esta suerte en la Compañía de Jesús, en los brazos de Jesús!

Alégrese infinito V. m., padre amante. Con tal muerte su hijo no morirá, sino vivirá vida

feliz... ¿Qué mayor felicidad, qué contento mayor para un alma que vivir con un tal Esposo? Quiera la divina bondad que las galas de las virtudes atavien mi alma, y atraigan sobre ella las miradas del Amado. ¡Ah, si me fuera concedido prepararme con pureza y amor tan grande que mis votos sirviesen de banquete acepto á todos los ángeles, á la Virgen bienaventurada y á la Santísima Trinidad!

En adornar mi pobre alma pienso gastar los días que restan según mis fuerzas; ¡pero son ellas tan flacas! Suplico, pues, á V. m., con todo ahínco, por el mucho amor que me tiene, diga á mi intención en la iglesia de Monteagudo tres misas del Espíritu Santo, implorando el favor y protección de la Virgen María. Espero mucho que mis abuelos, y tíos y amigos todos no me negarán el socorro de sus oraciones. Encomiéndome de corazón en los santos sacrificios de V. m.

Malinas, en casa del Noviciado de la Compañía de Jesús, á 2 de Septiembre de 1618.

De V. m. muy humilde y obediente hijo en Cristo.

JUAN BERCHMANS.

En la postdata encarga á su padre algunas varas de diferentes telas para su vestido y ropa nueva.

Como por la carta se ve, el devoto novicio contaba por lo menos con los ocho días de Ejercicios que suelen concederse á los que se preparan para hacer los votos. En ellos pensaba hartar sus inmensas ansias, y actuarse en las virtudes que le hiciesen más agradable á los divinos ojos. Estaba embebecido en cste pensamiento, cuando el Padre

Maestro le notificó que no creía del caso hiciese Ejercicios; que á lo sumo le permitiría añadir á la meditación ordinaria algunos ratos de oración, los que pudiese buenamente hurtar á la distribución común del noviciado. Esta suerte de exención fué tal vez la primera nubecilla de tristeza que enturbió la serenidad de su frente, por las veras con que deseaba rehacer las fuerzas y disponer su alma para el holocausto: la nube sin embargo se fué desvaneciendo al paso que se llegaba el tan suspirado día.

¡Día de sagrado júbilo! El teatro del sacrificio es una modesta caan linda capilla, colgada y embellecida por manos de novicios con vistosos adornos de flores y aparato de luces. La elegancia del ornato anda á porfía con la verdad de la devoción. Un altar exquisitamente adornado despide fragancia de aromas que levantan al cielo los corazones. Está oyendo la misa un cortejo de jóvenes, que exhalan tiernos afectos pensando en el día de su venturoso enlace con el Dios de las virtudes.

Entanto que el celebrante, P. Guillermo Bauters, pone fin al augusto sacrificio, abismado Juan Berchmans dentro de sí, prepara la leña del suyo con actos de amor de Dios. Sumido el Sacramento vuélvese el celebrante á la concurrencia y da la bendición. En este momento de profundo silencio, rompe Juan el círculo de los novicios abriéndose paso como un serafín lleno de candor é inocencia, vestido el semblante de devoción; póstrase al pie del altar; con voz afectuosa y firme que pega en los oyentes amor divino, invoca por testigos á su amorosa Madre María y á toda la corte del cielo; promete á la soberana Majestad pobreza, castidad y obediencia perpetua en la Compañía de Jesús, y ofrece incorporarse en ella para en ella vivir per-

petuamente, según las Constituciones de la misma Compañía.—La nube del consumado holocausto sube al cielo, y atrae las miradas de los ángeles. El sagrado ministro como en prenda de aceptación de parte de Dios, regala al divino Juan, con el don que los cifra todos, el cuerpo vivo de Jesús sacramentado, y echa el sello al contrato eterno.

Contaba diez y nueve años y medio el día en que se ató este cautivo de Jesús con las tres cadenas de oro. ¡Alma dichosa, que enjorada y ennoblecida con las ricas preseas de las virtudes, enamoró los ojos del Esposo celestial!

II

Los Padres de la Compañía, apremiados por la mucha cristiandad de los mercaderes españoles que vivían en la ciudad de Amberes, y favorecidos por la magnificencia de D. Fernando de Frías, después de superar algunos obstáculos, habían logrado el designio de fundar allí colegio é iglesia donde poder ejercitar con libertad los ministerios propios de nuestro Instituto.

A poco de hechos los votos recibió el Hermano Juan orden del P. Provincial de pasar al Colegio de Amberes á empezar el curso de artes. Sus conovicios de Malinas no habían aún tenido ocasión de experimentar como ahora cuán entrañable fuese el afecto que le habían cobrado. Tampoco el bendito Hermano podía esconder la pena al separarse de aquella casa, cuna de su vida religiosa y centro de tantos beneficios. Siguiéronse los abrazos de despedida: cada cual pedía lugar aparte en las oraciones de su compañero, y él les daba bien

á entender que se derretía su corazón como cera, pagándoles con la misma medida, particularmente á su querido maestro, á quien amaba con singular afición. Despidióse del Licenciado Froymont y de los superiores del Seminario; y á 26 de Septiembre, en compañía de otros escolares, partióse para Amberes, distante de Malinas unas buenas cuatro leguas.

Su primer cuidado al llegar fué echarse á los pies del P. Rector, que lo era el P. Walter Clerck, pedirle la bendición y darle entera cuenta del estado de su interior ¹. Como todas las lenguas se ocupaban en su alabanza, y la fama de su perfección, tomando la delantera, se había insinuado en los oídos del P. Clerck, quiso él tomar muy por su mano el pulso á aquella virtud que en boca de todos pasaba por grande y excelente cosa; y parte aconsejado por el espíritu de nuestro glorioso fundador, que apretaba entonces el cerco y abatía la ufania de sus súbditos cuando los veía más encumbrados en alas de la opinión pública, parte llevado del rigor de su propio espíritu, halló por su cuenta que el fuego lento de la persecución doméstica acrisolaría los quilates de aquella joya, y haría que se mostrase, entre tantas ocasiones, de gran precio y digna de ser estimada.

Tachas no se las habían de notar al observantísimo estudiante, pero daríanles color y cuerpo las sombras con achaque de faltas, y cargarían reprensiones y caladas con ríguosa ejecución. Pecaba otro, pagaba él; informaban contra otro, toda la culpa se la echaban á él; acusaban á otro, daban sentencia contra él; obraba él bien, no ha-

¹ *Conscientiam suam omnem prima statim hora qua Antuerpiam venerat e domo probationis, quum rectorem salutasset simul eidem exposuit.* (Proc. rom., pág. 347.)

cían cuenta; su solo silencio se graduaba de probanza en contra; sospechas eran delitos, apariencias violaciones, descuidos culpas punibles, una faltilla atrocidad mayor: el brazo de la justicia descargaba inelemente sobre la cabeza del imaginado reo con terrible escarmiento.

Pero el colegial filósofo, que tenía por principio adquirir ganancia en el trato con mortificaciones, halló también por su cuenta que no era para malograda la ocasión de enriquecer, que tan sin buscarla se le venía á las manos. El corazón se le dilataba pensando había caído bajo la jurisdicción de un superior que andaba con él sin rodeos ni contemplaciones; y para fin de hacerle menos pesada la tarea, él propio se acusaba públicamente de hacer cosas imperfectas y pedía perdón de sus faltas ¹.

Entre tanto se dejaba probar y callaba, bañándose con el rocío de aquella persecución; si abría la boca, era para decir mil bienes y hablar del P. Rector con satisfacción y reconocimiento. Tanto fuerza le hizo al superior el religioso proceder del súbdito, que viendo que, lejos de torcer el rostro, se careaba con las humillaciones bizarramente y aun las bendecía y agradecía sin deslizar en una imperfección la más menuda, se dió por contento, y con un señalado testimonio, que fué de los primeros del proceso de Amberes, puso más alta la reputación de nuestro Santo.

Dice así el documento: *Siendo yo socio del Provincial, había visto al Hermano Berchmans en Malinas: de su virtud el P. Guillermo Bouters, que le quería en gran manera, me había suge-*

¹ *Vix elapso octiduo dicenda de defectibus generatim culpa eum observatum...* (Proc. rom., pág. 351.)

rido buen concepto; mas ¿qué tiene que ver el que entonces formé de oídas con el que por vista de ojos la experiencia me dictó cuando me propuse pasarla por el crisol? Teníame asombrado su amor á las reglas, su unión con Dios, su humildad, paciencia, delicadeza, caridad. En el breve tiempo que vivió en el Colegio, tuve ocasión de verificar la exactitud de cuanto la fama pregonaba de sus relevantes virtudes. Hasta aquí el P. Rector de Amberes.

Un mes apenas se detuvo nuestro escolar en esta ciudad, y bastó para que resplandeciesen sus virtudes con rayos de celestial hermosura. El P. Diego de Thyri, célebre comentador, conocido vulgarmente con el nombre de Tirino, no reparó en afirmar con juramento cuatro años más adelante, que siendo Prepósito de la casa profesa de Amberes, miraba, y con él juntamente otros Padres, al Hermano Juan como á un Santo. He aquí su testimonio: *Conocí en Malinas y en Amberes á Juan Berchmans, y con él fui muy familiar... y sé que estaba dotado de muchas y varias virtudes, y en particular de la obediencia, no sólo al superior, pero á cualquier Hermano de nuestra Compañía: era humilde, á todos se sujetaba, y en todos los más bajos oficios quería ponerse, con espanto y asombro de Padres y seglares. Muchas veces pidió al Superior mortificaciones extraordinarias... Le tenían los Padres y los que le conocían en posesión de muy gran siervo de Dios; yo en especial siempre le estimé por santo* ¹.

Antes de acabarse el primer mes de su estada en el Colegio de Amberes, á 18 de Octubre, el Rdo. P. Provincial le llamó á la casa profesa, y en-

¹ Proc. rom., pág. 210.

terado de su salud le manifestó cómo la voluntad de Dios era que partiese para Roma con Bartolomé Penneman, joven como él, á proseguir el estudio de la filosofía en el Colegio romano.

De vuelta á casa le salieron al camino los parientes de sus compañeros, no sin mezcla de sentimiento por irseles su alegría y consuelo. Solamente su humildad se componía mal con estas demostraciones de afecto. *Yo no acabo de entender, repetía, qué especie de dotes ni qué caudal de virtud descubren los superiores en mí para enviarme á Roma. Tantos hay, sin salir de casa, que me podrían enriquecer con lo que les sobra*¹. Dos causas, no obstante, le recreaban: el poder venerar de cerca las reliquias de los primeros Padres de la Compañía, y el poder negociar más fácilmente con el P. General que le enviase á la misión de la China².

III

ESTANDO para encaminarse á Roma, quiso escribir al P. Sucquet, su Padre Maestro de primer año, y Rector del Colegio y Noviciado de Malinas, una carta de despedida que exhala fragancia de humildísima gratitud. *Flor aparecida en nuestra tierra que llena de su aroma todo el orbe: con este rasgo pintaba el P. Sucquet la santidad de Juan Berchmans*³, envolviendo en la

¹ *Hactenus cur ego mittar non potui cognoscere: pietate et ingenio quibus opus est, ego careo, abundant alii.* (Proc. rom. pág. 357.)

² Proc. rom., pág. 351.

³ *Ibid.*, pág. 389.

sencillez de esta pintura el cúmulo de virtudes que no sabía declarar. La carta de Juan escrita con motivo de su viaje á Roma, según consta en un códice de la biblioteca de Borgoña, es del tenor siguiente, y responde bien al amor de su Maestro.

Reverendo Padre:

Pax Christi.

Siento suma satisfacción en poder acudir á V. R. como acudiría al Padre del cielo, en cuyo lugar le tengo. Y aunque penetrado de mi indignidad, me presento á Vuestra Reverencia fiado en su bondadoso corazón que no me negará la gracia que sinceramente le pido como hijo á su padre. Esta es, que pues V. R. me ha tratado por espacio de casi tres años, dignese manifestarme los defectos que halló en mí. Porque mis faltas ¡ah! sí, mis faltas son las que me tienen cerrado el cielo, y desvían la corriente de las gracias. Por tanto, Padre mío, si Vuesa Reverencia conserva algún resto de amor á esta alma hecha á imagen de Dios, quítteme la venda de los ojos, por caridad, como amoroso padre, y deme á conocer mis muchas imperfecciones. No sin razón le pido á V. R. este último favor, porque si sin el peso de las virtudes me separo de V. R. cargado de miserias que no echo de ver, ¿quién me ha de corregir? ¿Y quién mejor que V. R. me las puede conocer?

Otra cosa me anda por aquí dentro y pesa sobre mi corazón. No desconozco las molestias que he causado á V. R., y los beneficios que le debo; y quisiera hallar cómo desempeñar tantas deudas: pero ¿qué puedo yo dar en desquite? Lo reconozco, Padre mío, si; confieso que Vues-

sa Reverencia, me tiene obligado con mil cadenas de finezas. No me queda sino ofrecermelo todo en retorno á Vuesa Reverencia, y por más que me veo falto de cosa buena, no puedo menos de poner toda mi persona enteramente á merced de V. P. Mande, pues, Padre mio, en mí, y disponga á su gusto y voluntad. Basta que conozca V. R. la disposición de mi ánimo: que yo harto conocida tengo la de V. R. para conmigo.

Desde que entré en el noviciado no he dejado un solo día de acordarme de V. R. para encomendarle á Nuestro Señor. Y así como no he faltado hasta el presente, así le prometo desde hoy hasta la muerte en dondequiera que me ponga la santa obediencia, conservar en mi pecho viva la memoria de mi caritativo bienhechor.

De V. R. siervo en Jesucristo

JUAN BERCHMANS.



CAPÍTULO VI.

VIAJE DE BÉLGICA Á ROMA.

- I. Comunica á su padre la partida.—Va á Malinas y le anuncia la muerte de su padre.—Da orden en el gobierno de sus hermanos.—Escribe al canónigo Froymont.
- II. Regresa al Colegio de Amberes.—Tedio de la vida.—Sus sentimientos al partir de Flandes.
- III. Sale con otro para la Ciudad Eterna.—Edifican en las casas donde paran.—Se detienen á visitar la Casa de Loreto.
- IV. Carta edificante del P. Bauters al P. Ceparí.

I

Los cuatro días que tuvo para cumplir con la familia, fueron muy bastantes para él, que era poco amigo de cumplimientos. Participó de seguida á su padre la disposición del Provincial, y le avisó que estaba con el pie en el estribo para luego pasar á Diest, donde pensaba abrazarle presto y darle el último adiós. Salió de Amberes el sábado, 20 de Octubre, con dirección á Malinas, en cuya ciudad se le preparaba un recio torcedor á su corazón filial.

Es traza muy de Dios aguar los grandes contentos de sus amigos con penas proporcionadas. Fué así, que no bien hubo llegado al Colegio, Oton Esquens, antiguo condiscípulo suyo y recién entrado novicio, corre á echarle los brazos, y te-

sa Reverencia, me tiene obligado con mil cadenas de finezas. No me queda sino ofrecermelo todo en retorno á Vuesa Reverencia, y por más que me veo falto de cosa buena, no puedo menos de poner toda mi persona enteramente á merced de V. P. Mande, pues, Padre mio, en mí, y disponga á su gusto y voluntad. Basta que conozca V. R. la disposición de mi ánimo: que yo harto conocida tengo la de V. R. para conmigo.

Desde que entré en el noviciado no he dejado un solo día de acordarme de V. R. para encomendarle á Nuestro Señor. Y así como no he faltado hasta el presente, así le prometo desde hoy hasta la muerte en dondequiera que me ponga la santa obediencia, conservar en mi pecho viva la memoria de mi caritativo bienhechor.

De V. R. siervo en Jesucristo

JUAN BERCHMANS.



CAPÍTULO VI.

VIAJE DE BÉLGICA Á ROMA.

- I. Comunica á su padre la partida.—Va á Malinas y le anuncia la muerte de su padre.—Da orden en el gobierno de sus hermanos.—Escribe al canónigo Froymont.
- II. Regresa al Colegio de Amberes.—Tedio de la vida.—Sus sentimientos al partir de Flandes.
- III. Sale con otro para la Ciudad Eterna.—Edifican en las casas donde paran.—Se detienen á visitar la Casa de Loreto.
- IV. Carta edificante del P. Bauters al P. Ceparí.

I

Los cuatro días que tuvo para cumplir con la familia, fueron muy bastantes para él, que era poco amigo de cumplimientos. Participó de seguida á su padre la disposición del Provincial, y le avisó que estaba con el pie en el estribo para luego pasar á Diest, donde pensaba abrazarle presto y darle el último adiós. Salió de Amberes el sábado, 20 de Octubre, con dirección á Malinas, en cuya ciudad se le preparaba un recio torcedor á su corazón filial.

Es traza muy de Dios aguar los grandes contentos de sus amigos con penas proporcionadas. Fué así, que no bien hubo llegado al Colegio, Oton Esquens, antiguo condiscípulo suyo y recién entrado novicio, corre á echarle los brazos, y te-

niéndole así apretado, le daba el pésame por la muerte de su padre. Sobrecogió su corazón y atravesóle de dolor una tan impensada nueva. Entonces le informaron de cómo era verdad y cosa notoria que su padre, el Sr. Canónigo de San Sulpicio, había entregado el alma á Dios hacia ya una semana. Los de Malinas no se podían explicar cómo hubiese andado tan descuidada la obligación de los parientes de Diest en darle aviso oportuno.

Hizole profunda impresión lo inopinado del caso, y le tuvo mudo con el sentimiento; pero la experiencia de ver que Dios le echaba acíbar en los goces más inocentes, le había enseñado á hacer cara á todos los sucesos; y mirándose luego huérfano, sin dar más respuesta que levantar los ojos al cielo donde tenía el corazón, exclamó derramando sosegadas lágrimas: *¡Bendita mano de Dios! Ahora sí que podré con doblado motivo decir como San Francisco: Padre nuestro que estás en los cielos.*

Lo que movió en su pecho mayores olas de pensamientos fué la suerte de sus hermanos, porque el mayor no tenía diez y ocho años, y solos trece el menor. No le importaba tanto lo que pudiera sucederles de desdicha temporal, cuanto que no quedasen expuestos á la eterna. Por esto decía: *Eso me da que anden mendigando de puerta en puerta, como que lo pasen cómodamente; pero sentiré suma tristeza el día que sepa que han ofendido á Dios mortalmente.* Por su respeto se dilató para el martes el viaje: no dejó cosa por hacer á fin de poner á sus hermanos al abrigo de toda corrupción. Acordóse de la mucha bondad y protección de su amo el Sr. Canónigo: el día siguiente hizo por hablar con él, aunque vanas le salieron las diligencias, por estar á la sazón ausen-

te de Malinas. Dejóle antes de volverse para Amberes la carta siguiente, llena de tiernos y nobles sentimientos; es una memoria del afecto con que los varones espirituales han de estar unidos con los miembros de su familia. El original latino se conserva en la biblioteca de Bruselas.

JHS.—Al muy Reverendo Señor el Señor Chantre de la Santa Iglesia metropolitana de Malinas.—Malinas.

Muy Reverendo Señor: Ayer fui enviado por mis superiores á esta ciudad para despedirme, tal vez para siempre, del R. P. Rector del Colegio, de mi padre según la carne, de vuesa merced y de todos mis parientes. El día 23 ó á más tardar el 24 próximo, emprendo un viaje para Roma, saliendo de Amberes por Gante. No bien hube puesto el pie en esta capital, me notificaron la muerte de mi padre, y que se le habían hecho ya las honras. Esta repentina noticia no me causó turbación por mi parte, pero me hizo pensar en Adriano, mucho más en la orfandad de mi hermana, y más aún en la corta edad de Carlitos y Bartolomé. Pero con todo, cuando considero que la divina bondad hasta el presente ha velado sobre mí y sobre la familia, y pongo luego los ojos en la buena voluntad de V. S. y de todos nuestros amigos, se me ensancha el corazón, y confío no faltarán almas cristianas que cuiden de educarlos en las buenas costumbres, en letras, y más en el temor santo de Dios.

Acabo de cerrar una carta para nuestros amigos de Diest, y tutores de mis hermanos, encargándoles tengan cuidado de ellos. Creo por de-

más el haber de solicitar el favor del Sr. Chantre de Diest, particular amigo de la familia: de sólo pensar que pueda faltarnos en este aprieto, me parece hago agravio á su bondad. Ahora pido por merced á V. S. no tenga por cosa ajena de su benevolencia el ser arrimo y amparo de los huerfanitos: preste, por Dios, favor á una obra que nuestro Señor dejó tan encomendada. Y digo "prestar", porque el Señor ha prometido en retorno pagar con usura los desvelos desinteresados.

Yo pondré todo el mío en rogar por V. S. en los santos lugares que vaya á ver; y por la intercesión de los bienaventurados que allí son venerados, suplicaré al Señor remunerare con premios los muchos beneficios con que V. R. me ha favorecido, y mayormente los que dispense á mis hermanitos huérfanos.

Adiós. Dignese V. S. acompañar con los momentos de la Misa á este no sé si diga servidor ó hijo. Dada en Malinas á 21 de Octubre de 1618.

De V. S. en Jesucristo.

JUAN BERCHMANS.

Mis saludos á mi Adriano, á Bartolomé, á Carlilos: tal vez no los veré más. Esta es la última memoria que les dejo: creced en devoción, en letras y en temor de Dios.

A todos adiós.

II

Por esta carta se ve que el primer cuidado, sabido el fallecimiento de su padre, fué descubrir á los parientes su corazón afligido, y dar orden en lo que convenía para asegurar la buena dirección de los hermanos. Cumplida esta primera obligación, regresó á Amberes, después de dar el último abrazo á los connovicios de Malinas.

La carta que despachó á su familia, cuyo original flamenco se guarda en el noviciado de Tronchiennes, es como sigue:

JHS.—Queridos abuelos, tíos y amigos todos de esa. Os saludo y digo adiós á todos afectuosamente. Apenas el tiempo me basta para daros razón de la presente. El jueves último, 18 del corriente, recibí de mis superiores orden de estar el lunes próximo sin falta apercibido para emprender un largo viaje. Vine á Malinas con intención de llegar hasta ahí á despedirme y encomendarme en las oraciones de mi padre y vuestras, y con no pequeña sorpresa supe que mi padre había pasado á mejor vida algunos días antes. La novedad de este golpe me llegó al alma, y sentí que ninguno de vosotros me hubiese enterado á tiempo.

Una cosa mitiga mi sentimiento, y es que (mi conciencia no me dejará mentir) he cumplido siempre para con mi padre, que Dios tenga en su gloria, los oficios de verdadero hijo. Lo sensible para mi es que cuando rogaba yo por él

contándole entre los vivos, habla dado ya cuenta á Dios.

Ahora ruégoos con las veras que puedo, que en cuanto sea dable toméis á vuestro cargo el educar bien á mis dos hermanos Bartolomé y Carlos, enseñándoles el temor santo de Dios y todo género de virtud; creed que haréis en ello una obra muy grata á nuestro Señor, y que por el contrario le disgustaríais en gran manera, si por culpa vuestra estas dos almas llegasen á perderse. Confío que María y Adriano seguirán portándose como es razón, y que durante los años que yo esté en Roma, Adriano como mayor dará á sus hermanos buen ejemplo, y en lo que convenga saludables consejos.

Mucho gustaría yo que nuestros tutores pidiesen parecer á los Sres. Chantres de Diest y de Malinas para resolver más acertadamente, dónde pudieran los dos niños estar mejor colocados. Con grandísimo placer mío hubiera pasado á esa para despedirme, pero ando tan alcanzado de tiempo, que apenas le tengo para significar en el papel el afecto que á todos conservo. Suplico una y mil veces con toda humildad, encomendéis á Nuestra Señora de Monteagudo viaje y viajero, para que pueda comenzarle y terminarle con acierto y sin peligro. Os doy palabra de escribiros en llegando cómo me ha ido. Me place que leáis á todos mis amigos y conocidos de esa el primer párrafo de la presente.

Queridas tías, María y Catalina Berchmans, Margarita Berchmans, Catalina Van Hove y Ana Van Olmen: os suplico que por la buena voluntad que tenéis á este vuestro sobrino, en vez de mandar dinero para el viaje, mandéis celebrar cada una dos misas en Monteagudo;

todas para que este viaje sea en provecho de mi alma. Vuestra caridad me servirá de viático. Dejo en vuestras manos el cuidado de mis hermanitos y de mi hermanita, en particular de nuestro Carlos. Sentiría que á éste le quitasen de la escuela, porque espero de él grandes cosas. Abrigo la confianza que Nuestro Señor tomará sobre sí el proveer á sus necesidades: yo por mi parte no fallaré en lo que de mí dependa.

En los santos lugares, que abundan en Roma, os tendré presentes á todos. Así os lo promete vuestro amadísimo,

JUAN BERCHMANS.

En estas dos cartas se trasluce visiblemente la frialdad y aun el amargor que le causaba la vida de acá abajo. Y ¿cómo no? A vueltas de las desventuras que habían cargado sobre él, la muerte de su madre, la falta de su padre, el porvenir de sus hermanos, los intentos de parientes y amigos, la congoja de tantas pruebas, todo junto le había ablandado como cera el corazón y hecho tan desabridas las cosas de este mundo, que alentado de su vivísima fe, sólo suspiraba por la presencia del Criador y por descansar en la fruición del sumo Bien. Extraño parece el tedio de la vida en un joven que estaba en la flor de la edad, dotado de un natural expansivo y vigoroso, y rodeado en la Compañía de cuanto puede hacer dulces los años á un corazón inocente. Yendo un día el Hermano ropero á tomarle la medida para la sotana nueva que había de llevar de viaje, como gastase con él una chanza propia de su sencillez, el santo Berch-

mans, cual si presintiese poco distante el término de su destierro, le respondió: "Válgame Dios, Hermano Carlos, cuánto mejor fuera tomar la medida para hacerme el ataúd.", Alma feliz, que se sentía sazónada y á punto para volar á la patria.

Estaba para dar la hora de partir, y se les iba anublando el cielo á los Hermanos filósofos, porque se arrancaba de ellos el compañero á quien tanto amaban. Él repetía con santo alborozo: *Dos motivos me alientan en mi partida á la capital del Orbe; la una es que tendré el consuelo de besar las reliquias de nuestros Padres, y singularmente de nuestro Beato Luis; la otra que la proximidad del M. R. Padre General me facilitará licencia para pasar á la China.*—No columbraba el santo joven que el cielo le tenía marcado por suyo, y le encaminaba á la ciudad eterna para honrar con sus méritos y restos los de sus hermanos Luis y Estanislao. Dada orden, pues, en los asuntos de familia, puestos en cobro sus hermanos, libre ya de todo embarazo de mundo, despidióse de la comunidad, y recibida del superior la postrera bendición, con sentimiento de los unos y emulación de los otros, prometiendo á todos tenerlos presentes á los pies del B. Luis, salió de Amberes con Bartolomé Penneman, joven flamenco, á edificar y asombrar con los rasgos de su virtud la metrópoli de la cristiandad, á 24 de Octubre de 1618 ¹.

¹ De los cuatro hermanos que tuvo, Adriano murió religioso agustino en Malinas, María casó con el fiscal del Parlamento, Bartolomé siguió la carrera de las armas; Carlos, como Juan ya barruntó, entró en la Compañía, á los diez y nueve años y medio, muriendo en ella á los setenta, con fama de varón apacible y excelente maestro de espíritu.

III

UN viaje de Bélgica á Roma es en nuestro tiempo obra de un par de días. Pero ¿quién soñaba hace tres siglos en dar alas al vapor para vencer tantas molestias? Un camino de más de trescientas leguas, que les había de costar sesenta y siete días de crudo invierno, con los trabajos inherentes á climas destemplados, ofrecía á nuestros viandantes flamencos, que parece le hicieron en gran parte á pie, gravísimas dificultades hoy apenas concebibles. Pero el amor de Dios templaba con sus ardores la aspereza de las jornadas. Suaves coloquios tendrían de cuando en cuando. Diría Berchmans á su fiel compañero: Gózome grandemente de la buena suerte que nos ha cabido de ser enviados á morar en la santa ciudad regada con la sangre de tantos mártires. Allí podremos postrarnos y hacer reverencia á las reliquias de los sagrados Apóstoles, besar el polvo de sus sepulturas, avivar la fe acatando al Padre común de los fieles, despertar nuestra flojedad con la presencia del que es cabeza de toda la Compañía: ¡qué copia de medios para dar vida á nuestras obras!—Y no será la menor gracia, para colmo de nuestra felicidad, replicaría á su vez Penneman, oír filosofía en el primer Colegio de la Compañía, donde se enseña con la ciencia de los santos el verdadero saber.—A esto añadiría Berchmans: Cómo se regalará nuestra devoción y se repararán las fuerzas al pie de los sepulcros de nuestros Beatos. A fe que tengo de hacer violencia á mi B. Luis para arrancarle la misión de

la China.—Y así, de palabra en palabra, de afecto en afecto, prendería el fuego en los pechos de ambos caminantes y se alentarían á esperanzas lisonjeras en vista de los infinitos auxilios para verlas realizadas: pensamientos y afectos que, presentados por manos de los ángeles custodios al trono del Altísimo, debieron de serle muy aceptos, pero que habian de helarse en flor, sin llegar á sazón en ninguno de los dos. Porque Bartolomé Penneman, poco después de entrar en Roma, acometido de pulmonía y luego de hemorragia, fué enviado al dulcísimo cielo de Nápoles, donde falleció de allí á breves semanas. Berchmans, que sobrevivió más de dos años, á malas penas vino á poner fin al curso de filosofía.

Al atravesar por Francia, bordón en mano y balija al hombro, tocaron en varias casas de la Compañía. Dondequiera los acompañaba el resplandor de la virtud, pregonando inocencia, mostrando fervor, abonando regularidad y dejando, con solo parar una noche, ejemplos de grande edificación¹. París y Lyon fueron las capitales que experimentaron por más tiempo la fragancia de sus ejemplos: de ellos dieron al punto cuenta á Roma cartas que de estas diversas partes se apresuraron á salir, y con efecto llegaron aún antes que nuestros peregrinos al término del viaje. El P. Bauters acertó á pasar el año siguiente por casas donde se habían albergado sus novicios, y recibía plácemes por haber tenido bajo su dirección á uno tan santo como Juan, que, decían, con la bondad del natural y con la dulzura de la virtud, tenía hechizados á cuantos saludaba.—*Siempre que me acuerdo de aquella pareja de serafines,*

¹ Proc. rom., pág. 547.

siento llenárseme el alma de celestial unción.— Esto repetía en sus últimos años un Padre muy autorizado de la provincia de Champaña, que la había gobernado dos veces.

Para colmo de su dicha, llegaron á Loreto la víspera de Navidad. Juan, con el deseo de celebrar el nacimiento del Hijo de Dios en aquella santa Casa, sólo pensó en satisfacer los estímulos de su devoción. En vez de acostarse á descansar del camino, hurtóse al sueño y pasó gran parte de aquella noche asistiendo de rodillas á maitines, y luego á la Misa del Gallo, que se cantó en la sagrada Capilla con una solemnidad para él casi inaudita¹. Quédense á la piadosa consideración los regalos que sentiría al recibir el manjar de ángeles que harta y robustece. Cómo derramaría su corazón en aquel devotísimo Santuario, haciendo oración por las almas de sus padres, por sus hermanos, parientes, amigos y bienhechores, y por todos aquellos á quienes se creía deudor. Tal era su modestia y recogimiento, que con dar gusto á la vista tenía suspensos en admiración á los muchos romeros que la celebridad del lugar atraía de todas partes; preguntábanse quiénes eran aquellos dos tan devotos mancebos, que parecían hijos de príncipes disfrazados de peregrinos. Así lo depuso el Padre Cybo.

El ministro de la casa, el P. Viscardi, trabó conversación con nuestro escolar. No tardaron en dejarla caer sobre la visita que, según tenía leído, el angelico Luis Gonzaga había hecho en aquel oratorio, renunciado que hubo el marquesado, de camino á Roma para entrar en la Compañía. El Padre satisfizo á las preguntas que

¹ Proc. rom., pág. 551.

la memoria del hecho despertaba en el joven, y cautivado de la ternura con que el ángel de Diest le hablaba del ángel de Castellón, creyó darle contento en regalarle una reliquia del B. Luis ¹. Besóla Berchmans una y mil veces, apretóla contra su pecho, y con tan precioso repuesto de devoción, satisfecha su hambre y sed, tomaron el camino de Roma, adonde llegaron el último día del año 1618.

MAS antes de entrar en el nuevo campo que se abre á nuestra vista, es razón pasarla por una memorable página, suma y cifra de cuanto hasta aquí hemos admirado de virtud y observancia.

Deseaba el P. Virgilio Cepari acertar en la vida que escribía del Hermano Juan, y terminada la primera parte, enviósela al Provincial de Flandes para que la sujetase al parecer de los padres que habían vivido con él. Para responder á este ofrecimiento ninguno parecía más á propósito que el P. Guillermo Bauters, por haber dirigido en el espíritu al edificante Hermano; principalmente que el P. Cepari había compuesto este primer bosquejo sobre una relación recibida poco antes del mismo Padre Bauters. Encargado, pues, el Padre Bauters, que estaba de rector en Lovaina, de dar satisfacción al P. Cepari, escribió esta carta con fecha 26 de Abril de 1624, en donde recoge como en compendio la substancia de lo visto hasta aquí.

¹ Proc. rom. pág. 551.

Rdo. P. Cepari:

El Rdo. P. Provincial me comunicó dias pasados el principio de la primera parte que V. R. ha escrito sobre la vida de nuestro Hermano Juan Berchmans de santa memoria. A juzgar por el efecto que su lectura ha hecho en mí, no sé de ninguna otra que me haya llenado tanto. En ella me parece á la verdad ver vuelto á nueva vida con sus angelicales gracias al santo joven, tal y como le conocí en el noviciado de Malinas, y cual le admiraron más de cien novicios. V. R. ha refrescado en mi alma la memoria de aquellos actos de virtud, que yo no podía entonces contemplar sin edificación y consuelo, pero referidos por V. R. á todos nos han conmovido y obligado á ensalzar al Señor en su siervo, y á imitar con más esmero los ejemplos que nos dejó.

Le tengo de confesar á V. R. lisamente, Padre Cepari, y es la pura verdad, que cuando me encargaron los superiores del gobierno y dirección de los novicios, conocer la índole del alma de Berchmans y convertirme en admirador y predicador de su belleza fué todo uno. Todos los dias pido á Dios la gracia, ya que no de ajustarme del todo á este perfecto dechado, si quiera de imitarle en algún modo. Siéntome lleno de confusión cada vez que fijo los ojos en una estampita que me dejó al partir para Roma. En ella me llama su padre, y se firma "indigno hijo," palabras que no puedo leer sin sentimiento y rubor, pues me veo todavía lejos de la perfección que él alcanzó en tan corto espacio, y lo que más me hace temblar es la cuenta que Dios

loma de estos ejemplos y la muy estrecha que pedirá á mi flojedad é ingratitud.

A todas horas me estoy echando en cara la poca diligencia que tuve de guardar en la memoria aquella multitud de cosas que decía ó hacia el santo Hermano con el fin de promover la gloria de Dios, edificar y fomentar entre nosotros la observancia de las reglas, y estimular á todos á más subida perfección. Nada es eso poco que mandé á V. R. en comparación de lo mucho que vieron mis ojos: porque su ardor no conoeta descanso ni sabía decir basta en punto á obras buenas; hambriento y sediento aspiraba siempre á más y mejor, como del Beato Javier sabemos.

Algunas cosas que se me habian pasado, procuré recordarlas, y se las mando á V. R. juntamente con esta carta, para que pueda, si lo tiene por bien, ingerirlas en su propio lugar¹.

Muchos fueron los ejemplos que recibimos de él y que se traslucian al exterior, pero no tienen punto de comparación con los tesoros que se encerraban en el secreto de su alma. Y con qué sinceridad y candor me descubría el rico venero de sus virtudes, no sólo cada quince dias, según costumbre, pero más á menudo aún. Yo no podía considerarlas sin decir entre mí: éste sí que es niño prevenido con la dulcedumbre de las bendiciones celestes, y escogido "ex omni carne", desde la tierna edad para templo y morada del espíritu de Dios; éste sí que en la mañana de su vida abrió el alma á las influencias de la

¹ No sabemos de fijo si la suma de cosas de que aquí habla el P. Bauters, era la colección de testimonios que se incorporó en los Procesos, ó si era obra del mismo P. Bauters; que, á serlo, lástima grande sería que se hubiese extraviado.

gracia, y lejos de esterilizar su acción, prestó siempre el concurso de una voluntad pronta y fuerte, "cor suum aperuerat diluculo."

Entrado en la Compañía, pareció modelo cabal de perfección y vivo retrato de observancia regular; y en cuanto he podido ver ú oír, me doy á entender que correspondió de lleno y sin reserva á toda la gracia de la vocación. Es voz comun de nuestros Padres que la inocencia de su alma, modestia en el trato, suavidad de maneras, maravillosa honestidad, paz y mesura en el obrar, constancia en el bien comenzado, prontitud y perfección de la obediencia, subido punto de fervor, unión íntima con Dios, hicieron su vida semejante, cuanto es dable, á la de los ángeles del cielo. A propósito traeria yo aquí en su elogio aquello de los Proverbios: "Benedictio Domini super caput ejus: elegit eum Deus ex omni carne"; y después de elegido "dedit praecepta et legem vitae et disciplinae, circumduxit eum zona justitiae", dirigiéndole en la exacta observancia de la vida religiosa; y después "magnificavit eum, glorificavit eum, sanctum fecit eum; et induit eum Dominus corona gloriae."

Tal es el concepto que tengo formado de este nuestro buen Hermano por las cosas que en él advertí: en este concepto me ratifica y funda la común y universal estimación de casi toda Flandes, y la veneración en que le tienen y el caudal que hacen de sus oraciones. Acaso se maraville V. R. de lo que ahora le diré, como yo mismo no sin asombro he pensado, ni sé si hasta el presente ha sucedido en santo alguno, cosa que muestra el afecto que los hombres le tienen, y declara la voluntad del Señor en exaltarle. Con

haber apenas transcurrido tres años desde que murió en esa, y siendo de pocos conocido personalmente, con todo, en sola esta provincia flandro-bélgica se han hecho diez ediciones de su imagen, y estampado y vendido al pie de veinticuatro mil ejemplares, sin contar los grabados hechos por artistas de segundo orden, y los sacados en otras provincias, y las muchísimas que en la nuestra han dibujado los pintores: de donde colijo yo que este joven recibe ya honra de Dios y veneración de los hombres.

Acabe V. R. de poner en su punto con la publicación las acciones de este Santo, que serán ejemplo á los que las ignoran, y espuela á los que las conocemos, y á todos incentivo para glorificar á Dios. Aliéntese V. R. á ennoblecer al que Dios ennoblece, y á sacar á pública luz al que Dios pone sobre el candelero: yo suplicaré al Señor gobierne el vuelo de su pluma, y le haga muy semejante á él.

Estos dos hijos, Luis Gonzaga y Juan Berchmans, serán para V. R. lo que fueron Manasés y Efraim: grandemente confío que el menor crecerá todavía y dará, como le dió el mayor, buena cosecha de gozo y el premio de sus fatigas. Mucha honra de Dios y veneración de Luis ha resultado á los que han leído su vida escrita por Vuestra Reverencia.

He ahí, Padre mío, á dónde me ha guiado el afecto. No quise ponerle á V. R. más que unos pocos renglones, y ahora me encuentro con una larguísima carta. Al cerrarla tengo de pedir á V. R. me absuelva, ó si quiere me condene, por haberme quedado corto en mandarle tan poco de lo mucho y extraordinario que en su vida se contiene.

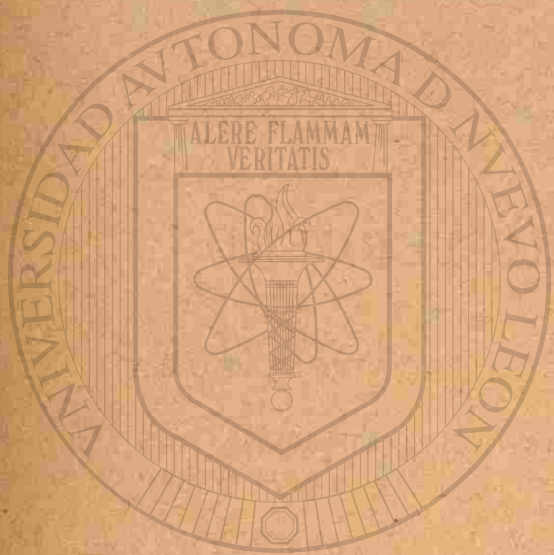
Dios guarde á V. R. y de mi, pecador, no se olvide.

De Lovaina á 26 de Abril de 1624.

De V. R. siervo en Cristo,

GUILLERMO BAUTERS ¹.

¹ Proc. rom, pág. 366.



LIBRO TERCERO.

DESDE SU LLEGADA A ROMA

HASTA SU POSTRERA ENFERMEDAD.

(De 1618 á 1621.)

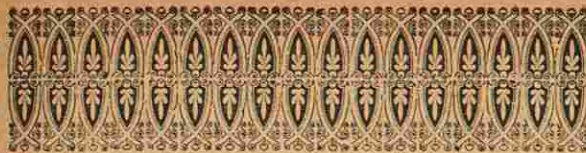
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D



CAPÍTULO PRIMERO.

ÍNDOLE DE LA SANTIDAD DE SAN JUAN BERCHMANS.

- I. Llega á Roma.—Entra en el filosofado.—Empieza el curso de artes.
- II. Junta en sí todas las virtudes reiiigiosas en grado excelente.—Extremada perfección de su espíritu.—Propósito esforzado de seguir lo mejor.
- III. Testimonio de los PP. Ceccotti, Massucci y Piccolomini.—Autoridad del P. Cepari.

I

LEGARON los dos viajeros á la metrópoli del orbe católico, víspera de la Circuncisión del Señor. Apeáronse, dice el P. Cepari, en la casa del Jesús, residencia ordinaria del Prepósito General. Éralo á la sazón el Padre Muzio Vitelleschi. Sabedor éste de la llegada de nuestros estudiantes y noticioso de su virtud por cartas recibidas de Francia, quiso tenerlos consigo el día de año nuevo en que se celebraba la fiesta titular del Jesús. No parece se les pudiera hacer más caritativo recibimiento. Cuatro novicios, que para ministrar en la iglesia habían ido de San Andrés, así como fueron los primeros en observar la modestia y compostura de Juan, y en mirar y remirar, sin salir de su asombro, en aquel espejo de

recogimiento, fueron también los pregoneros que esparcieron la voz (entre ellos Alejandro Gottifredi, General más adelante de la Compañía), y declararon al volver al noviciado de San Andrés, que no le habían visto alzar los ojos entoda la comida, con ser nuevo él, y para él nuevos los muchos Padres allí reunidos¹. Muy luego cundió la fama y corrió por el Colegio Romano. Allí los estaban esperando doscientos jóvenes muy deseosos de verlos y abrazarlos. Allá se pasaron el día siguiente á recibir con los abrazos testimonio de fraternal afecto, y diéronsele ellos á su vez de compostura y edificación.

El joven que al hacer los votos nace para la religión, es como niño pequeño que, no sabiendo andar por sí mismo, ha menester el cuidado, leche y pan blando de la madre, y que no le suelten de la mano hasta adquirir experiencia de su robustez. La Religión de la Compañía, que tanto se desentraña por los suyos, cuando del noviciado los traslada á los estudios del Colegio, para cuidarlos con más solicitud, los guarda como oro en paño en un cuarto apartado, sin comunicar con el resto de la casa, vigilados en la disciplina por un superior dependiente del Rector, dirigidos en el espíritu por un varón prudente y devoto, cuya ocupación sea emplearse en grabar en sus corazones la imagen de Cristo crucificado. Tráelos así la Religión sobre las palmas, trátalos como las niñas de sus ojos, llámalos sus carísimas y amadísimas prendas; para ellos son los cariños y regalos, para ellos los desvelos, hasta que haciéndose al yugo, toman afición á sus cosas, y la pierden á las de la tierra. Tanta solicitud la cree necesaria la Compañía para

¹ Proc. rom., pág. 551,—pág. 443.

que lleguen á sazón felizmente y den el fruto debido las plantas que cultiva y están todavía en flor.

Fué recibido Juan Berchmans en el Colegio Romano. Diéronle por aposento aquél mismo que había ocupado San Luis Gonzaga. Con esta traza la adorable Providencia disponía que heredase aquella dichosa morada otro ángel, que procuraba ser perfecto traslado de tan perfecto original¹. Allí vivió algún tiempo al cuidado y espiritual dirección del P. Ceccotti. Encontróse con los cursos de artes adelantados: no costó mucho á su estudiosidad y talento recobrar los meses perdidos. Tuvo por catedrático de matemáticas al P. Horacio Grassi, de física al P. Tarquino Galluzzi, de filosofía al P. Francisco Piccolomini, sujeto espiritual y de prendas, en quien cargó treinta y tres años después el peso del generalato. Rector del Colegio Romano era el P. Virgilio Cepari, confidente de San Luis Gonzaga y hombre de acreditada prudencia en la dirección de las almas.

Comenzó el bendito Juan á rayar como sol entre planetas. A los ojos de todos pareció un Luis restituido á nueva vida, y aun algunos (tanta es la fuerza que hace en los sentidos la presencia de las cosas) dieron en juzgar, y así lo propalaban, que el recién llegado flamenco era un Luis todavía más primoroso y cabal; porque lo que da, decían, el último realce á su perfección es la dulce apacibilidad de todos sus modales. La buena opinión que crecía por momentos puso deseo al Cardenal Belarmino, confesor que había sido de San Luis, de gozar de su presencia; llevóle el P. Greco al palacio del Eminentísimo, quien halló en él harta materia de admiración².

¹ Proc. rom., pág. 464.

² Proc. rom., pág. 388.

Este P. Andrés Greco fué el primero del Colegio Romano que le trató, y saboreada su virtud dijo con donaire á los Padres: *Ha venido un flamenquito que parece un ángel* ¹. También el P. Camilo Gori, ministro del Colegio Romano, al través de aquellas gracias exteriores penetró al punto la hermosura interior, y dijo al Hermano Pablo Oliva, que estaba con él encantado: *No me eche V. á perder á mi flamenquito; porque le hago saber que es bueno, bueno, rebueno* ².

Con esta última palabra quiso el P. Gori deshacer la prevención de algunos aristarcos, que calificaban de fruncimiento y de cosa postiza la compostura de Juan, pronosticando sería juguete del tiempo que con el uso se deslustraría y daría de sí; pero la experiencia les mostró que no dió de sí sino la misma constancia, como lo declaró el Hermano Juan Francisco Bargagli ³.

Algunos de genio festivo, prendados de su mansedumbre y afabilidad, le cogían en medio por tomar solaz con su trato; pero presto hubo de secárseles la florecita de su embeleso, convencidos de que Berchmans no cifraba su diversión en floreos y donaires ⁴. Si, pues, con asomar esta luz por el vasto horizonte echa ya de sí tan vivos rayos, ¿qué rayos no echará cuando vaya subiendo, se eleve y llegue victoriosa á su perfecto mediodía?

Solos dos años y medio vivió en Roma: cortísimo espacio para su anhelo de perfección, muy bastante para tenerla sazónada. En todo este tiempo, en que estudió filosofía, ya que no se ofrezcan á la

¹ *È venuto un flamminghetto che pare un angelo.* (Proc. rom., pág. 443.)

² Proc. rom., pág. 464.

³ Proc. rom., pág. 390.

⁴ Proc. rom., pág. 465.

pluma hazañas mayores que la deban abatir, sobran hechos edificantes, costumbres purísimas, conducta irreprochable, virtudes en grado heroico; las cuales para los que tienen alguna idea de perfección forman una región de vistas amenas, de horizontes nuevos, de sendas variadas, de llanos graciosos, de estradas suavísimas, tanto más fáciles de correr cuanto más desembarazadas están de cumbres, desvíos y despeñaderos que con su majestad hagan asombramiento y llenen el ánimo de pavor.

II

En las virtudes en el justo á manera de vástagos que se arraigan y acepan en la perfecta caridad. Cuando esta prendió en la substancia del alma, y es alimentada por la gracia de Cristo que influye sin cesar en sus miembros, comunica vigor á las potencias y las hace ramas fecundas capaces de crecer, extenderse y cargar de frutos de vida eterna, hasta que el árbol florido sea arrebatado por mano del jardinero y trasplantado al paraíso de delicias. Es máxima de San Gregorio, que tanto es una virtud de menores quilates, cuanto obra más sola y sin la compañía de las demás. ¡Grande hermosura y magnificencia desplegará el interior de un alma en quien crezcan, florezcan y lozaneen á un tiempo todas las virtudes juntas, y se enlacen entre sí con deleitoso concierto, y con ser muchas, diversas y de arduo ejercicio, cada una guarde su lugar debido, campee por su propia vitalidad, y alcance el sazónado punto de su perfección.

La gracia del Espíritu Santo á los héroes de santidad que ilustran con sus rayos el cielo de las religiones, los vistió de claridad y virtud proporcionada á la inclinación de cada cual. Dejemos aparte al gran Patriarca San Ignacio, de quien afirmó el discretísimo P. Rivadeneira, que fué perfecto por los cuatro costados; y era razón que lo fuese quien tan excelentes virtudes había de criar en sus hijos. Pero en sus hijos el Espíritu de Dios hizo su labor de muy diversa manera. Porque en Francisco Javier cifró con particular intento el celo del apostolado, en Francisco de Borja esculpió los abismos de la humildad, en Luis Gonzaga grabó los rigores de la penitencia, en Estanislao Kostka iluminó los deliquios del amor, en Pedro Canisio trasladó las proezas del saber, en Pedro Fabro dibujó los respetos de la prudencia, en Pedro Claver estampó los trofeos del sacrificio, en Alonso Rodríguez figuró las glorias de la mortificación, en otros cien retrató los esfuerzos del martirio; pero si bien lo miramos, en nuestro bendito Juan Berchmans el Espíritu Santo recopiló como en un lienzo los primores de todas las virtudes religiosas con tanta gracia y felicidad, que parecieran haber nacido en él como enseñadas, si no constara ser indispensable el magisterio de Dios para imprimirlas y formarlas en los escogidos. Porque la modestia le adornó con sus galas, la castidad le acompañó con su fragancia, la mortificación le rodeó con sus espinas, la oración se regaló en su pecho, la caridad le abrasó el corazón, la fortaleza le dió nuevos bríos, el fervor espoleó su vigilancia, el celo le consumió las entrañas, la discreción alumbró sus pasos, la obediencia le contó victorias, la estudiosidad le coronó de laureles: todas, todas á porfía lucieron con

colores propios, cual si cada una pretendiera en particular la honra de llevar entre las demás la palma y preeminencia.

Al divino Berchmans lo que le hizo grandioso y sobremanera esclarecido no fué, ni el estruendo de los prodigios, ni la alteza de la contemplación, ni el lauro del martirio, ni la lumbre de las profecías, ni el exceso de los éxtasis, ni la virtud de los milagros, ni el resplandor de los dones extraordinarios en que tanto para la atención de los hombres, y que suelen ser prendas de la divina amistad, con que el Padre de las luces esmalta la virtud de los escogidos por sus sacratísimos fines: no, lo que le hizo asombroso y por no explicable manera digno de toda admiración, fué el colmo de las virtudes religiosas labradas á yunque y martillo en el santuario de su interior; aquel no tener su vida acción menos compuesta, ni cosa mal hecha, ni afecto desordenado; aquella idea y primor de perfección que se dilata sobre los ejemplares conocidos; aquella belleza sin lunar, bondad sin falta, hermosura sin menoscabo, modelo acabadísimo, pasmo de perfectos, que no empeoró con los años, antes creció y arrojó á los ojos vivísima claridad con el andar de los días.

En el alma de Juan Berchmans el Espíritu de Dios, sin los atavíos de galas sobrepuestas y resplandecientes, fué servido asentar su trono, y hacer plaza y como alarde de sus más preciadas riquezas. La muerte ¡ah! nos le robó cuando parecía mejor que hubiera vivido. ¿Quién es capaz de rastrear á dónde habría llegado con el tiempo este esforzado mancebo con su afán de perfección?

Tal es la índole característica de su santidad. Fué un asombro de virtudes domésticas y religiosas, no por haber tenido algunas en grado emi-

nente, sino por haber sobresalido con la variedad de todas sin que su muchedumbre le desalentase, ni su diversidad le distrajese, ni su dificultad descantillase la roca de su sin igual fortaleza. ¡Qué sed, ó digamos, qué codicia de virtud! Alma fervorosa que hervía dentro de sí, y se levantaba y suspiraba por nuevas invenciones con que acelerar el paso, anteponiendo á lo bueno lo mejor, y concertando contrariedades con los excesos de sus vivísimas ansias. En vez de dar lugar á dilaciones en la ejecución de los propósitos, temía desoir el llamamiento divino si no se desvivía por obrar con toda la perfección posible.—*Si yo no me hago santo, decía á menudo, ahora que soy joven, nunca lo llegaré á ser ¿Y de qué me servirá vivir largos años en la Compañía, si no alcanzo el fin de mi vocación? Lo que puedas hacer hoy, no lo dejes para mañana. Haz cada cosa como si fuese la postrera. Lo que puede conducirte á tu fin, abrázalo luego. Sé mercader espiritual: sean ferias para el cielo las ocasiones de virtud; á costa del mundo entero no has de malograr el mínimo aprovechamiento de tu alma. Seré totalmente contrario al mundo. Antes mil veces morir que cometer un pecado por mínimo que sea. Con sumo cuidado me guardaré siempre de pecado venial. Huiré con todo ahinco cualquiera leve imperfección.* Estos eran los sentimientos y dictámenes de su vida, según que los leemos en sus manuscritos.

En fin, no había cosa que le armase á no andar mezclada con algún acto de virtud, cualquiera que ella fuese, como se ciñiera en los límites de nuestro Instituto. Nobleza en formar propósitos, constancia en mantenerlos, esfuerzo en llevarlos á efecto, fervor en ejecutarlos, oído siempre vivo

y atento á los toques de la gracia: con el poder de estas dotes engalanó muy pronto su alma y la compuso para grata mansión del Señor de las virtudes.

III

PERO como no le esté bien al historiador hacer pintura de su héroe cual se la dibuja en la imaginación el antojo, sino levantar todo cuanto asienta sobre el texto de autoridades competentes, menester será traer aquí el concepto de los Padres espirituales que le trataron en Roma, y las notas con que marcaron la índole de su santidad.

Sea el primero el P. Juan Bautista Ceccotti, varón de venerables canas, Padre espiritual en el Colegio Romano por más de cuarenta años, y el primer confesor que tuvo el Hermano Juan en el filosofado. Dice, pues, hablando de él: *Todo cuanto yo le enseñaba tocante á perfección, se le esculpía en el alma, y poníalo por obra. Cuando, según las reglas de mi oficio, tentaba yo que hacer plática á los filósofos para darles instrucción suficiente de la vía espiritual, y tomaba la materia del Instituto, mayormente del Sumario y Reglas comunes, el bendito joven oía dócil y atento, y todo lo llevaba á ejecución tan perfectamente que no alcanzo qué perfección pudiera nuestro Instituto echar de menos en él. De donde infiero que su perfección era ni más ni menos tal y como se encierra en las Constituciones y Reglas. Y esto que pueden certificar con ple-*

na seguridad todos cuantos le trataron, yo en particular explícita y terminantemente lo declaro, y doy fe de ello; y añadido, que con haber gozado largo tiempo de su trato y comunicación, y con haber sondeado muy de cerca las gracias de su alma, no pude jamás notarle afición ó movimiento alguno desordenado.

El segundo confesor de Berchmans fué el Padre Tomás Massucci, religioso de insigne piedad y saber como quien era Padre espiritual de todo el Colegio Romano, menos de los filósofos. Expresa su dictamen por estas palabras: *Se propuso por blanco de su vida religiosa sobresalir en todo género de virtudes, y adelantar en los estudios cuanto le fuese posible, y no por otro fin sino sólo á gloria de Dios y bien de las almas, esperando por ahí corresponder de lleno á la gracia y espíritu de nuestra vocación*¹.

Ocupe el tercer lugar el P. Francisco Piccolomini, catedrático de filosofía á la sazón. En este Padre, como le agradase á Berchmans la afición que mostraba en juntar con las letras la devoción y virtud, alcanzó licencia para tratar con él las cosas de su alma. El P. Piccolomini en un panegirico predicado en el refectorio sobre las virtudes de su discípulo después de muerto, hizo pública la alta opinión que de él tenía, y luego á instancias del P. Cepari la resumió en cinco puntos generales; de ellos tomamos los cuatro últimos, que dicen así:

A ninguno he visto tan constantemente y sin interrupción, tan fácil é instintivamente actuado en las cosas de Dios y en su divina presencia; y lo que todavía es más pasmoso, al mismo tiem-

¹ Proc. rom., pág. 226.

po con tanta atención á sí y á lo que hacía, y tan pronto á servir á todos sin distinción.

A ninguno he conocido que á su edad tuviese tan altos pensamientos, y tan cabal conocimiento de Dios, junto con tan grande facilidad para el ejercicio de la perfección religiosa.

A ninguno he hallado que en medio de la vida común que profesamos, tuviese menos de común y ordinario, ni quien me diese un concepto más vivo de las virtudes y elevada santidad de nuestros primeros Padres, cuya vida tenía él en la memoria mejor que nadie, que yo sepa.

No contento con perseverar en las prácticas una vez establecidas, imaginaba nuevas trazas para más adelantar. En cierta ocasión me daba cuenta de los actos que hacía de la mañana hasta la noche, y de los que había añadido de nuevo. Yo le dije que ciertamente no habría podido durar, si no tenía aseguradas las cosas principales, dejándose de tantas menudencias que le agobiaban el espíritu fatigado ya del estudio. Y lo que yo le predije, no tardó en realizarse.

El valor de estas autoridades quedará realzado con la del Rector del Colegio, P. Cepari, cuyo contexto literal es como sigue: *Si Juan Berchmans se hubiera señalado por la inocencia de vida, ó por una que otra virtud, no había para qué ponernos tanta admiración, no siendo sino cosa común hallarse en nuestras comunidades jóvenes que en tal ó cual resplandezcan; pero que sobre ser inocentísimo haya poseído en grado eminente todas las virtudes juntas y se haya aventajado en cada una como si aquella sola hubiera sido la materia de su ejercicio, es maravilla tan nueva que con razón á todos espanta... Tal es el prodigio que ha pasado por nues-*

tros ojos. Con la gracia de Dios su esforzada voluntad daba cumplimiento perfectísimo á todas las obras que hacía. Cualquiera que atentamente las observase, y atendiese al modo y circunstancias de ellas, velase forzado á confesar que ningún punto les faltaba para ser perfectas... Y si los que esto veían en el exterior hubieran penetrado los actos interiores que daban alma á las acciones, tengo por cierto que habrían formado elevadísimo concepto de su santidad. Tal me sucedía á mí siempre que cada quince días sin falta venía á descubrirme los senos de su alma con gran sencillez, sin ocultarme pensamientos, afectos ni inclinaciones... En fin, la excesiva diligencia que ponía en todas sus cosas y la vigilancia continua en todos sus movimientos interiores y exteriores nos le pintaron tan perfecto á nuestros ojos, que estamos todavía aguardando si hay alguno que le tachase de un defecto moral ó de una ligerísima imperfección.

Y adviértase: el Hermano Juan vivió cinco años en una Orden que por la gracia de Dios no ha descaecido un punto de su primitivo fervor; aquí en Roma vivió en medio de doscientos religiosos, y la vigilancia de los superiores no le perdía de vista; eso no obstante, ni ellos, ni Padres, ni estudiantes, ni coadjutores han podido acusarle del menor defecto, ni sorprenderle en una afición desarreglada, ni oírle una palabra ociosa ó indiscreta, ni verle perder rato de tiempo, ni notarle un gesto indebido, ni un reír descompuesto, ni hablar en italiano cuando era hora de hablar en latín, ni un ademán poco conforme con las reglas de la modestia, ni en fin la más mínima cosa que hiciera en él mal

viso. En pocas palabras pueden encerrarse estos prodigios de virtud, pero la práctica de todo junto requiere gran fortaleza y suma fidelidad á la inspiración de la gracia. ¿Y si una sola virtud en grado sublime constituye la gloria de un hombre, y le propone á la admiración é imitación de los demás; ¿qué pensaremos de todas las virtudes reunidas en el alma de este joven? Ciertamente este armonioso concierto nos causaba deleite del cielo, y creíamos ver más bien en él un ángel confirmado en gracia, que un simple mortal sujeto á las miserias de la vida¹.

Todo este testimonio selló con formal juramento el P. Virgilio Cepari, entre cuyos renglones andan bien al descubierto las luces que respaldó la santidad de nuestro angélico adolescente. ¡Espíritu agigantado! Como si se le escapase la hora de ser santo, le traía siempre despierto el cuidado de adelantar. Minas de grandes merecimientos son las ocasiones: devorado de su encendido fervor, que como atmósfera le rodeaba, no había ocasión de merecer que malograrse, iba siempre en ellas con gran conato al alma de las virtudes sólidas y varoniles, y hallaba en los mismos obstáculos incentivos para doblar y tresdoblar el esfuerzo por superarlos.

Bello es el espectáculo que se presenta á nuestra consideración. ¿Quién podrá dignamente declarar el amontonamiento de tantos cuidados y la intensidad y perfección de los actos que este héroe ejercitó?

No siendo empresa fácil, ni conforme á nuestro propósito describirlos todos, con que podría llenarse un grueso volumen, nos limitaremos en

¹ Parte II, § III.

éste á referir algunos concernientes á las principales virtudes, remitiendo al devoto lector á la vida escrita por el P. Federico Cervós, que dejará satisfechos los deseos tocante á las cosas que se pasan aquí por alto.



CAPÍTULO II.

SU MODESTIA SINGULAR.

- I. Asombro de alumnos y seglares.—Efectos notables.—Modestia en casa y su eficacia en los nuestros.
- II. Propósitos.—Severidad en el mirar.—Ley impuesta á los ojos.—Señalados ejemplos.
- III. Diez motivos de la modestia.—Alegria que le causaba.—Opinión de los compañeros.

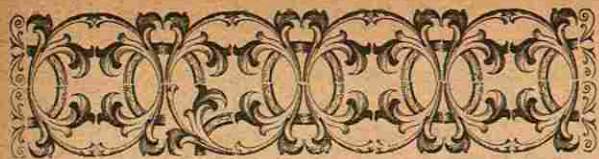
I

ESTA es la virtud que compone todos los movimientos y acciones de alma y cuerpo según las leyes de la honestidad y decencia.

Así la solía definir el santo mancebo, como lo testifica el P. Cepari, que leyó la definición en un cartapacio escrito de su mano¹. En ella pone San Juan Berchmans diferencia cuidadosamente entre la modestia fingida del hipócrita que se contenta con afectar compostura por su interés, y la religiosa y santa que procede del interior, refrenando primero la curiosidad del espíritu antes que componga las partes exteriores del cuerpo. Su vestir, su gesto, su hablar, su andar, su rostro, en fin, que es el espejo en que sale el alma á mirarse, despe-

¹ *Vita*, part. II, § VII.

éste á referir algunos concernientes á las principales virtudes, remitiendo al devoto lector á la vida escrita por el P. Federico Cervós, que dejará satisfechos los deseos tocante á las cosas que se pasan aquí por alto.



CAPÍTULO II.

SU MODESTIA SINGULAR.

- I. Asombro de alumnos y seglares.—Efectos notables.—Modestia en casa y su eficacia en los nuestros.
- II. Propósitos.—Severidad en el mirar.—Ley impuesta á los ojos.—Señalados ejemplos.
- III. Diez motivos de la modestia.—Alegria que le causaba.—Opinión de los compañeros.

I

ESTA es la virtud que compone todos los movimientos y acciones de alma y cuerpo según las leyes de la honestidad y decencia. Así la solía definir el santo mancebo, como lo testifica el P. Cepari, que leyó la definición en un cartapacio escrito de su mano¹. En ella pone San Juan Berchmans diferencia cuidadosamente entre la modestia fingida del hipócrita que se contenta con afectar compostura por su interés, y la religiosa y santa que procede del interior, refrenando primero la curiosidad del espíritu antes que componga las partes exteriores del cuerpo. Su vestir, su gesto, su hablar, su andar, su rostro, en fin, que es el espejo en que sale el alma á mirarse, despe-

¹ *Vita*, part. II, § VII.

día clarísimas luces de esta virtud con que tenía edificados á los de dentro y á los de fuera.

Los de fuera, mayormente alumnos del Colegio, dieron en llamarle el *Padrecito modesto*, el *Padre modestísimo*, como queriendo expresar que allí en su semblante se había nacido esta esclarecida virtud. No bastándoles el deleite de su vista durante la clase, se paraban en los patios y corredores á contemplarle de pies á cabeza cuando pasaba, no como suele la malicia de los mirones, sino por la devoción que les causaba; y muchas fueron las veces que movidos de su compostura y quietud, valiéndose de otros Padres, solicitaron las oraciones de su *Padre modesto*.

¡Cuántos atraídos por el cebo de esta modestia picaron en el anzuelo y quedaron prendidos! Testigo Francisco Sordi, cuyas son estas palabras: *Antes de entrar en las aulas, los filósofos y teólogos suelen reunirse junto á la puerta principal. Allí fué donde vi por primera vez al Hermano Juan Berchmans. Sentíme arrebatado de sorpresa y admiración al verle tan aseado y circunspecto; y desde aquel día, con achaque de visitar al P. Rector, aguardaba siempre la hora de cátedra por el gusto de contemplar aquel joven que me tentó ganada la voluntad con su semblante. Yo no sabía entonces qué cosa fuese modestia ni recogimiento, pues era seglar; pero así que puse los ojos en él, se me encendió la afición á esta virtud, y puedo asegurar que desde luego me animé á practicar algunos actos.* Hasta aquí Francisco Sordi ¹. Dichoso él, que tragado el anzuelo, sacóle Dios del piélago turbulento del mundo á la playa de la religión, sirviendo en la Com-

¹ Proc. rom., pág. 244.

pañía de pescador á otros muchos. Bien podemos dar á la modestia de Berchmans la gloria de este buen lance.

Igual asombro publican las palabras de su condiscípulo Juan Pablo Oliva, que, siendo después general de la Compañía, repetía y ratificaba: *Era modesto en todo lugar, pero en el aula con eminencia (eminenter.) Hartas veces conoxt la pesadumbre que le daba, pues no lo podía disimular, la distracción de algunos de los nuestros que guardaban poca modestia* ¹. Otros hubieron de confesar al P. Bisdómini, que de las muchas veces que habían causado ruido adrede para obligar al recogido estudiante á volver los ojos, ninguna habían salido con la suya.

Con ocasión de representarse el drama *Flavia Domitila* en el Seminario Romano, entre los muchos convidados se hallaron presentes dos embajadores cerca de la Santa Sede; y como uno de los caballeros de su comitiva volviese el rostro atrás, vino á encontrarse con el de Juan, que con los demás estudiantes había concurrido y ocupaba la segunda hilera de asientos. La primera impresión de tan deliciosa modestia no se le despintaba al caballero, y vuelto una y otra vez, no se hartaba de mirar y de regalarse con aquel retrato de mansedumbre y circunspección, hasta que, dirigiéndose al Hermano Octavio Falconi, que estaba á su lado, le dijo señalando á Juan: *Este debe de ser un ángel.*—Respondió el Hermano Falconi: *La observación de V. m., señor, me prueba que la virtud no puede quedar oculta dondequiera que se esconda* ².

¹ Proc. rom., pág. 467.

² Proc. rom., pág. 555.

En otra ocasión, en que tuvo Juan que defender, como diremos en su lugar, el acto de filosofía, mientras se iba colocando la concurrencia, unos condiscípulos suyos desde que le vieron asomar al estrado se convidaban mutuamente diciendo: *Tomar asiento y chilón, que nuestro Padre modestísimo va á defender. Estémonos aquí quedos á observarle y á gozar de su modestia en estas dos horas* ¹.

Se singularizaba también en el refectorio. Era muy de reparar la manera de comer que tenía ². Comía ni con mucha avidez ni con demasiada pausa: una gracia particular regía todos sus meneos. De lo que á Valentín Egidio pasaba, podemos colegir el encanto de sus modales.—*El día, dice, que me tocaba estar á su lado, ó enfrente de él, me sentía conmovido con su presencia hasta el punto de saltárseme las lágrimas, por no sé qué misterioso resplandor que se le dibujaba en el semblante. Yo no le quitaba de encima los ojos, y decía en mi interior: ¡Dichoso tú, Hermano Berchmans, qué ángel eres!*

Los escolares del Colegio Romano solían acudir al Jesús á la explanación de Sagrada Escritura, que se hacía después de vísperas. Entró un domingo el nuestro, arrodillóse en un rincón como de costumbre: á pocos pasos de allí estaba en pie un noble genovés, personaje de porte, fija la mirada en el joven sin salir de su asombro. Torna el genovés el domingo siguiente al mismo sitio, y allí sin pestañear no cesaba un punto de su sabrosa vista. Yendo un día á ver al P. Ignacio Lomellini, sin ser dueño de contener su impresión, le

¹ Proc. rom., pág. 253.

² Proc. rom., pág. 408.

dijo: No adivinará V. R. P. Lomellini, qué novedad me convida los domingos al Jesús.—Será sin duda, respondió el Padre, que á V. m., á fuer de bravo genovés, el canto de vísperas le dará devoción, amén de la divina palabra...—Pues no, Padre mío, replicó el caballero; otra música me recrea más que todo eso. Acudo á la Iglesia para contemplar á un padrecito joven que veo los días de fiesta y me da la idea de un santito, ni más ni menos. Mientras que los concurrentes unos buscan regalar el oído con el canto, otros apacientan la vista por todos lados, y ó faltan al silencio hablando, ó á la reverencia durmiendo, este bendito mozo se está en oración, recogido y modestísimo, sin moverse ni rebullirse. Digo, Padre, que su modestia me persuade que es un santo de veras ¹.

II

ENÍA en sus apuntamientos puestas por escrito las notas siguientes:—*No hagas cosa que dé pesadumbre á los demás. Ser lento y chazudo en el andar, desagrada; hablar sin ton ni son de cosas espirituales, molesta; ser cabezudo y porfiar, desazona; zaherir á otros con chistes, ofende; llevar las manos atrás ó en los bolsillos, mirar de reojo, cabecear con ligereza, dar voces desentonadas, reir á tontas y á bobas ó á carcajadas, todo esto disgusta sumamente.*—Defectos eran ellos demasiado claros; como á él le daban en rostro vistos en otros, no tenía mucho que hacer para desterrarlos de su

¹ Proc. rom., pág. 553.

persona, ni por semejas se descubrieron en este espejo de religiosa crianza. Otras faltas hay que suelen encubrirse á la perspicacia de los más avisados; estas condenó al rigor de su modestia. Dijo un día al Hermano Gottifredi: *Carísimo, no sé si en el andar llevó la cabeza demasiado baja: tenga la caridad de observarlo y aviseme, porque estoy resuelto á corregirme de veras*¹.

Conocida es la dificultad de poner freno á la curiosidad de los ojos; en alargándoles la rienda, cargan de especies sensibles, cuyo desconcierto se paga luego amargamente en el retiro de la oración. Por esta causa los santos andaban tan cuidadosos en el recato de la vista, y entre ellos nuestro Fundador previno los inconvenientes con gravísimas advertencias. Esto baste para significar cuán ingenioso sería nuestro mancebo en esta parte. Solía llamar la guarda de los ojos *madre de la devoción*, y como á tal la tenía en grande estima. En casa y fuera llevaba los ojos siempre bajos, cual si de ellos careciese. Al encontrar con persona desconocida, alzábalos tantico para ver con quién trataba; bajábalos en seguida, y durante la conversación los tenía modestamente en el suelo. Si era persona de casa, no los levantaba nunca, como afirmó su catedrático, que le trató familiarmente en el aposento.

Pues como daba tan en los ojos de todos la modestia de los suyos, muchas personas de fuera quisieron hablarle de intento para ver de qué color les tenía; y no pudieron lograrlo á pesar de sus estratagemas². Compruébase esta maravilla por otra no menos rara. Al tiempo de sacarle el

¹ Proc. rom., pág. 528.

² P. Cepari, *Vita*, part. II, § VII.

retrato después de fallecido, preguntó el pintor á qué tiraban los ojos del difunto: nadie tuvo boca para satisfacerle; mirándose unos á otros, respondieron los más que nunca se los habían visto¹. ¿Y quién ignora cuán bullidores son los ojos para tenerlos á raya en casos imprevistos, de modo que no se escapen alguna vez? ¿Será menester añadir que quien tuvo puesta severísima ley á sus ojos de sólo mirar en caso de necesidad, no los dirigió jamás á rostro de mujer alguna?

Admirado Marcelo Spinelli, su compañero de aposento, de tanta circunspección, le preguntó qué traza usaba para andar recogido. Respondió el Hermano Juan: *Al recogimiento ayuda maravillosamente la guarda del corazón; y como esta no se alcanza si no se refrena la vista, es indispensable tener mucha cuenta con ella*². La misteriosa clave para descubrir el secreto de su modestia era la guarda del corazón por el enfrenamiento de los ojos.

Para traerlos más sujetos les regateaba aun el gusto de presenciar los inocentes espectáculos que se ofrecían en Roma con frecuencia. ¿Quién no ha oído describir las huertas y jardines que hermocean la santa ciudad? Y lo que oído deleita, apenas lo gozaron los ojos de Juan. ¿Quién salió de Roma sin admirar aquellas maravillas del arte suntuosas cuanto estupendas? Y Juan, que tenía ojos para ver, tuvo virtud para privarles el regalo de tan inofensiva curiosidad. ¿Quién no presencié, estando en Roma, las pomposas entradas de Cardenales y Príncipes, las magníficas procesiones, que eran frecuentísimas? Y para el modesto

¹ Proc. rom., pág. 244.

² P. Cepari, *Vita*, part. II, § VII.—Proc. rom., pág. 412.

Juan todo eso era como cosa de otro mundo. No habría vuelto ni alzado la vista para considerar una cabalgata que le saliera al encuentro. Solamente á la procesión asistió una vez, en que el Soberano Pontífice con gran magnificencia es llevado en triunfo presentando á la adoración de los fieles el Pan del cielo oculto bajo el velo eucarístico: en este espectáculo pareciale ver resumido todo cuanto hay que contemplar de bello y agradable en la ciudad de los Papas.

Augusta y sobremanera digna de verse es la coronación del supremo Jerarca de la Iglesia. En el regocijo de tan gran solemnidad, las inmensas naves de San Pedro son angostas para las oleadas de gentes que á turbiones se derraman por calles y plazas, aclamando al nuevo monarca y padre de la cristiandad. Sin embargo, el esplendor de esta fiesta, que fué de incomparable grandeza en la exaltación de Gregorio XV, careció de atractivos bastantes para arrancar al recogido estudiante del rincón de su aposento.—*Desde que estoy en Roma*, respondía á los que pugnaban por sacarle á la calle, *he visto una vez la procesión de Corpus, y llevo sobradamente visto*. Y decía verdad quien tenía sus deleites en el cielo más que en la tierra. Ya antes de llegar á Roma, pasando por Milán, quisieron enseñarle el palacio del Duque. Por no causar displacer á los Padres, aceptó el ofrecimiento, pero después en Roma declaró que había preferido cerrar los ojos á la suntuosidad de aquella fabrica y á los inestimables tesoros que encierra.

A los tres meses (9 Mayo 1621) el recién creado Papa fué según costumbre á tomar posesión de la Basílica de Letran, matriz de todas las iglesias. Con ocasión de esta ceremonia todos los Padres

y Hermanos de Roma, en demostración de respeto y vasallaje, solían juntarse en corporación á la puerta del Jesús, y allí, hincadas las rodillas, aguardaban á que Su Santidad pasase y les echase la bendición. A esta prueba de rendimiento no pudo renunciar el obediente Juan, pero halló traza de poner en estrechura la curiosidad de sus ojos. Vueltos al Colegio, Nicolás Radkai, joven húngaro que le era muy familiar, preguntóle qué le había parecido el tren de la cabalgata y el lujo de los trajes.—*En verdad*, respondió el Hermano Berchmans, *no la he visto*.—*¿Pues cómo, dónde estuvo, mi Hermano Juan?* replicó Nicolás.—*Me estuvo*, contestó, *rezando todo el tiempo de la procesión*¹.

Habiendo el Cardenal Mauricio de Saboya hecho su entrada en Roma, con el lucido cortejo se dirigió al Colegio de Padres Jesuitas. Terminado el espléndido banquete, le festejaron con cantos y con poesías en veintisiete lenguas por naturales de cada nación². A Berchmans tocóle sacar á relucir su flamenco. El aparato de la fiesta respondió á la expectación del suceso, bastante por sí sólo para cautivar la atención de los concurrentes, pero no cautivó la de Berchmans, porque (así lo tenemos de Francisco Sordi) recitados sus versos (cuyo tema fué aquella sentencia de la Sabiduría c. viii *in conspectu potentium admirabilis ero*, y que no han llegado hasta nosotros) mirando poco por su regalo, se salió á hurtadillas del salón y se fué al P. Sotoministro á pedirle licencia para lavar platos ó barrer la cocina.—*No hace falta por ahora, Hermano*, contestó el Padre.—

¹ Proc. rom., pág. 508.

² Mss. de Bruselas, n. 85.

Pues *déjeme ir*, añadió Juan, *á la iglesia*¹. Y en ella se pasó el tiempo de sobremesa, saboreándose con la presencia de Nuestro Señor.

III

Los motivos que le incitaban á practicar con tanta severidad las reglas de la modestia, en que decía haber San Ignacio resumido todos los actos de ella, púsolos por escrito, y son como siguen:

1.º *El ejemplo de la Virgen Santísima, que poseyó esta virtud en tan subido grado, que San Dionisio Areopagita al verla exclamó, que á no enseñarle otra cosa la fe, la hubiera tomado por una deidad.*

2.º *Las lágrimas que le costaron al Beato Padre las Reglas de la modestia.*

3.º *El agravio grande que hace el inmodesto á la Pasión del Salvador, que con los dolores del cuerpo pagó los excesos de nuestra liviandad.*

4.º *La confusión é infamia que causa el disipado á su madre la Compañía que con tanto desvelo le crió.*

5.º *La presencia de Dios que en todo lugar nos cerca, y razón es que nos obligue á ser modestos.*

6.º *La gloria y buen olor que la compostura esparce por todos los miembros del cuerpo.*

7.º *La traza del Beato Francisco Javier,*

¹ Proc. rom., pág. 445.

quien, para castigar en su cuerpo la libertad que le habia dado cuando joven en danzas y juegos de placer, se apretó fuertemente brazos y piernas con cordeles, llevando por los caminos, que hacia á pie, en los dolores agudos continuo despertador de la santa modestia.

8.º *El ejemplo de Santa Tecla, que estando en presencia del juez para ser condenada, no quiso levantar los ojos de la tierra, porque no los turbasen las miradas de los presentes.*

9.º *En fin, la voluntad de la Santísima Virgen. Aparecióse esta Señora á una doncellita llamada Musa, acompañada de un coro de virgenes todas vestidas de blanco. Entendió la Virgen Señora nuestra el deseo de la niña, que era de juntarse con ellas, y como se lo preguntase y ella respondiese con gran afecto que sí, replicó la Reina del cielo: Musa, déjate de las niñerías que tienes; si quieres ser como éstas, anda con más recato en tus juegos. y de aquí á treinta días volveré por ti en compañía de estas doncellas. Desde aquel día Musa, de aniñada y traviesa que era, andaba muy grave y modesta. A los veinticinco días enfermó, y apretándole la enfermedad, á los treinta María Santísima vino con su celestial acompañamiento llamando á Musa, quien al verla exclamó alborozada: ya voy, Señora, ya voy; y con esto espiró¹.*

Con estos motivos se estimulaba el santo á procurar cuanto alcanzaban sus fuerzas una modestia angelical. Su aspecto bastaba para encadenar corazones á los pies de esta virtud. No solamente enfrenaba á los descompuestos, pero además al verle sentíanse unos movidos á compunción, otros

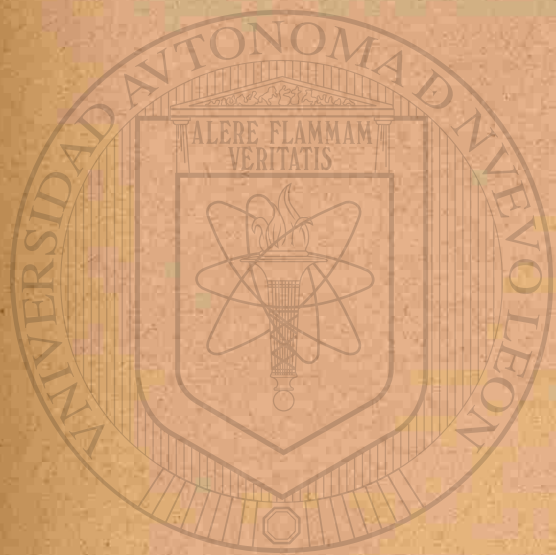
¹ P. Ceparí, *Vita*, part. II, § VII.

á imitar sus virtudes, todos á recoger los sentidos. Así lo declara el P. Bisdómini por estas palabras: *Era su presencia un freno que reprimía á los imperfectos que conversaban con él. Más de una vez hice por contrastar la impresión que en mí experimentaba, metiendo asuntos impertinentes, pero no pude con mi cortedad: no sé qué semblante de gravedad tomaban sus ademanes, que me pasmaba y me forzaba á dejar la plática.*—Con el P. Bisdómini contesta el P. Diego Secco, lector de Teología. A lo dicho añade: *La veneración que infundía la presencia del Hermano estudiante andaba siempre mezclada con un vivo sentimiento de alegría, que desterraba todo rastro de mal humor.*

Efectos eran del acendrado gozo que bañaba toda su persona. A la modestia debió parte de aquella serenidad de espíritu que esparcida por todo el semblante recreaba dulcemente la vista. Gozo santo, indicio de la paz interior, en que descubren los maestros de espíritu señal infalible del reino de Dios en un alma, y del señorío del alma sobre los sentidos. Dióla bien á conocer un día en recreación. Estaba la juventud revolviendo los daños de la tristeza, según que el P. Cepari los había expuesto en una plática. Tocóle su vez á Juan; pronto se vió acosado por las quisquillas de algunos que dificultaban, pero echando por el atajo los cortó diciendo: *Como quiera que ello sea, yo no hago más que repetir lo que sé, tal ni más ni menos como el P. Rector nos lo ha dicho, porque gracias á Dios no lo he probado en mi vida: todavía ignoro qué cosa son congojas y melancollas.*—Si congoja cabía en él, era la ocasionada por algún defecto de dificultosa cura que en alguno descubriese y pudiera ser piedra de escándalo,

y más si se disimulaba con disfraz de modestia. Solo entonces asomaba en el cielo de su despejada frente una que otra sombra de tristeza; pero eran estas tan raras cuanto favorable la acogida que hacían todos á sus amonestaciones y ejemplos.

Pongamos punto á esta virtud con el dictamen que andaba en las bocas de todos con harto poca disimulación. Es constante entre personas religiosas, que sin el favor de muchas virtudes no se alcanza aquel perfecto medio, alejado de extremos, de gravedad sin entonamiento, de circunspección sin hazañería, de afabilidad sin melindre. Por esta causa es muy significante el juicio que los mismos religiosos hicieron de su dulcísima serenidad, en cuya alabanza van también envueltos los encomios de las virtudes que ella presupone y requiere. Exprimían el concepto con diferentes figuras. Unos decían: es su persona retrato cabal de modestia; y si las Reglas de Nuestro Beatísimo Padre vinieran á perderse, hallaríanse sin trabajo delineadas en la persona del Hermano Berchmans. Otros se entretenían buscando comparaciones con que exaltar su compostura, y en la estatua de la Virgen venerada en la Capilla del colegio presumían hallar término de comparación. Otros no se cansaban de llamarle con regalados nombres, de Hermano Leto, Hermano Hilario, Hermano Jovial, en cuya significación comprendían aquella dulcedumbre y apacibilidad que suspendía y enamoraba los corazones. ¿Qué más podía decirse en elogio de su modestia, para encarecerla, sino apellidarla celestial y divina?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL D



CAPÍTULO III.

SU ESPÍRITU DE MORTIFICACIÓN.

- I. Sigue el espíritu de la Compañía.—Sentimientos.—Mortificación interior.
- II. Medios para alcanzarla: exámenes de conciencia, retiro mensual.—Tesón en andar enfrenado.
- III. Vence las dificultades con la mortificación interna.—Pelea contra la gula.—Contra el frío y calor.—El denuedo en mortificarse le debilitó la salud.—Testimonio.

I

SAN Ignacio, tan mirado y remirado en sus dichos, en tocando este punto carga la mano, y con palabras mayores y con copia de epitetos recomienda á todos *que su mayor y más intenso oficio debe ser su mayor abnegación y continua mortificación en todas cosas posibles*, como si conociera con la mucha hambre del cielo que tuvo, que el fin inmediato del religioso de la Compañía ha de estar librado en vencerse y deshacerse á sí propio, avasallando sus apetitos. No por eso han faltado por la gracia de Dios en la Compañía varones santísimos que con sus penitencias igualaron las crueldades de los rígidos anacoretas, y aun pasaron más ade-

lante, como quienes hallaban en el Instituto anchísima puerta para contentar sus fervores. Hartos ejemplos encierran nuestros anales, y pueden leerse algunos en la *Vida* del P. Álvarez, escrita por el P. Lapuente.

Alábense en buen hora las sangrientas venganzas que tomaron de sus cuerpos inocentes para rendirlos al espíritu estos virtuosos varones; Juan Berchmans merece loa por haber seguido otro rumbo, por haber sitiado y cercado primero el espíritu con las espinas del vencimiento interior, y porque consiguientemente, tomada posesión del espíritu, encadenó y esclavizó el cuerpo con mayor señorío que el general rinde plazas y ciudades por hambre. Nueva y sólida manera de subyugar al hombre viejo; pues es bien cierto que no siempre la mortificación del cuerpo va acompañada de la del espíritu, necesaria para el acrecentamiento de las virtudes; ¡cuántas veces el aire de la vanidad sabe insinuarse por los cardos de la penitencia!

No temamos, pues, afirmar que fué modelo de perfecta mortificación. "Mi gran penitencia, decía, será la vida común. Tengo de seguir en todo la comunidad y aborrecer á par de muerte la singularidad. Singularidad es apartarse sin necesidad ni motivo de los usos y ejercicios ordinarios de la casa; singularidad, pedir ó tomar manjares, vestidos, muebles que no gastan los demás; singularidad, faltar á los actos de comunidad y al lugar y tiempo en que se tienen. Porque el superior apruebe ó autorice la singularidad, no por eso deja de serlo, aunque pierda el carácter de malicia. La singularidad es enemiga de la caridad; al contrario, la vida común, fuera de ser más segura, es medio infalible para alcanzar la perfec-

ción sin peligro de vanagloria." Así discurría el santo escolar en esta materia.

Salió un día de compañero con Jerónimo Albertgotti, cuando al pasar la puerta le advirtió: "Hago cuenta que volveremos para Letanías." — ¿Qué duda tiene, respondió el Hermano Jerónimo, si le hace á mi Hermano falta el tiempo?—"A mí ninguna, repuso Juan, pero esta mañana he hecho propósito de ausentarme lo menos posible de la comunidad, y no quisiera por descuido mío faltar á él, porque entiendo que el Señor hace grandes mercedes en tales ocasiones y perdona muchas faltas."—Mas porque pronto hemos de tratar de su amor á la vida común, dejemos aquí este punto y declaremos cómo todo lo que le servía para arrancar defectos y plantar virtudes, lo abrazaba con increíble fortaleza de ánimo.

Guerra continua al espíritu, atajando pensamientos inútiles; guerra viva al corazón, no consintiéndole afecto desordenado; guerra sin descuido á la imaginación, no condescendiendo con sus alocados antojos; guerra abierta y sin piedad á los sentidos, no dejándolos salir con la suya; guerra al cuerpo sin tregua ni intermisión, no permitiendo á la sensualidad que se levantara á mayores: de este modo, por la fuerza del espíritu, las potencias interiores y todos sus aliados se le rindieron y sujetaron. Descendamos á su plaza de armas, los exámenes de conciencia. ®

II

EXAMINAR para conocer, conocer para corregir, corregir para purificar: tal era el fundamento de San Ignacio, el hombre de los exámenes, el cual, demás de los de oración general y particular que dejó encomendados y reglamentados en el libro de los Ejercicios, y los practicó hasta el fin de sus días, entraba dentro de sí cada hora á pedirse cuenta de cómo la había pasado. Decía el Hermano Berchmans que el ejemplo del Santo Padre le obligaba á guardar los exámenes con toda la diligencia posible. Hémosle visto desde el noviciado emprender el examen de cada hora con gran cuidado y provecho. Del examen particular, solía decir que para extirpar vicios y malos siniestros y sembrar virtudes, no hay sino hacerle con esmero y puntualidad.

Para sacar más fruto miraba con sumo aprecio las advertencias dadas por el Santo Fundador. En su cumplimiento, no se disimulaba el más leve descuido. Si no bastaba imponerse penitencia á cada falta, obligábase en castigo á ir al Padre espiritual á acusarse. Este, decía, es poderoso aguijón para no andar cerrero. Si señal muy cierta del deseo de aprovechar es la aplicación al examen, forme concepto el que esto lee de su diligencia por lo que confesó al P. Cepari un mes antes de morir: que nunca había dejado de hacer los exámenes á su debido tiempo. Esto y su grande estima, resulta de aquella conocida sentencia suya, que dice así: "Entre los medios que usa la Com-

pañía para alcanzar su fin, tendré mucha cuenta con la oración, examen particular y general, y claridad con los superiores: ni recuerdo haber omitido ninguno, ni á ellos faltaría por un mundo que me diesen.," Y quien considerare la molestia que causa el recogerse á menudo y hacer escrutinio del interior, verá qué espíritu tan singular de vencimiento propio tuvo.

Cuando entraba en campo con una mala inclinación, comenzaba con dos actos de la virtud contraria, uno á la mañana, otro á la tarde; el día siguiente dos, tres el tercero; y así progresivamente llegaba á docenas de actos hasta salir con el hábito de la virtud que pretendía. Con esta costumbre de examinarse y desmenuzar los más sutiles pensamientos y analizar los afectos más sencillos, adquirió entero señorío de sí. Entre las ocupaciones continuas no se le iba de vista su interior. Como el compás que una punta hincan en el centro, mientras que con la otra pasea la circunferencia, así rodeaba de continuo los rincones de su alma; y allí estaba presente sin quitar los ojos del enemigo; todo lo escudriñaba, y todos sus pasos media, y todos los senos paseaba, y de todo hacía presa, y en todo formaba propósitos, y de todo se acusaba, y de todo se corregía, y de suerte se vigilaba y se tenía las riendas, que su alma parecía sometida á mil fuerzas diferentes que la solicitaban á mantenerse en equilibrio sin desviarse ni torcer, siendo lo más sorprendente que todo lo hacía sin turbación, sin violencia, sin escrúpulo, con generosidad, con sosiego, con amor.

Aquí experimentó lo que enseñan los doctores, que rara vez es acosado de escrúpulos el que tiene firmeza en contrarrestar las imperfecciones. No hablamos de apreturas de corazón, que son meros

juicios erróneos; pero ni aun tuvo aquellas dudas é incertidumbres que solían congojar el ánimo de los santos. Cosa más de maravillar en un joven como él, que con tanta sutileza hacía anatomía de pensamientos y de afectos, según se ve en las listas de faltas que solía presentar al superior para que le diese reprensión; y en ellas se refleja muy bien la luz que de Dios recibía y la pureza con que andaba. Muchas personas, por la calidad de estas faltas que con estima conservaban, colegían la grande elevación de su espíritu.

Demás de los exámenes diarios, como negociante hábil que á todas horas toma las cuentas de cargo y data, cada mes tenía su día destinado al balance espiritual, y á liquidar pérdidas y ganancias. Retirado en su aposento hacia cuatro horas de oración; las restantes pasábalas en ajustar cuentas, cotejando un día con otro, una semana con otra, un mes con otro: reglas de silencio, modestia, propósitos, avisos, oraciones, exámenes, clases, recreaciones, estudios, todo venía á tanteo en su finísima balanza; todo lo pesaba y contrapesaba, dando á cada falta su merecido, porque trataba con ardiente estudio y con firme tesón de cumplir con sus propósitos. Para valernos de un comparación de su primer biógrafo, era su alma como arpa en manos de un diestro tocador, el cual después que alegró y arrebató los oídos con la dulcedumbre de sus armonías, pára y se recoge á requerir una por una las cuerdas del instrumento, porque destemplándose alguna no cause con la discordancia el desconcierto de las demás; así nuestro fino artista, tanteadas y apretadas las clavijas, seguía en su vida de escolar haciendo música suavísima que ponía asombro á los ángeles del cielo.

Según esto, no de otra cosa tenía ansia sino de llevar tirantes las riendas, de templar el ánimo, de refrenar gustos, ordenar delectaciones sensibles, reprimir osadías de apetitos, romper cadenas de imperfecciones, tener dominio en todos sus sentidos; y tan como valiente se portó en el ejercicio de esta severidad, que sujetó por la fuerza todos sus siniestros, alcanzando tantas victorias como dió batallas. Pongamos en resumen algunas.

III

Según el Angélico Doctor, el acto eminente de religión es el sacrificio, si el más excelente sacrificio es el holocausto, si el holocausto del alma que muere toda á sí en razón de vivir á Dios es el más digno y estimable; ¿qué juzgar de los actos sin cesar renovados en que este animoso héroe tenía levantada siempre la cuchilla para inmolarse las demasías de su espíritu? Ni pensemos que nada tuvo que vencer, ni que todo se lo hallase hecho, ni que su blando natural le ahorró la pelea. Nadie ignora que es el claustro un mundo en pequeño. ¿Pequeño digo? No: sino el gran mundo, si le hay, donde el enemigo libra sus campales batallas, como quien duerme sobre los del siglo por tenerlos ya por suyos, y anda cual león furioso bramando en torno de los siervos de Dios. Ni digamos que Juan estaba exento de las leyes comunes á los hijos de Adán, ni que si dejaba de sentir el aguijón de las torpes concupiscencias lejos de halagos del mundo, el enemigo desistiera del combate, ni que si desistió fué por verse falto de ba-

terías, ó que no halló en su viejo arsenal artes bastantes para derrotar á este atleta, ó que careció de astucia para tentar la entrada. No: dióle muchos toques y fuertes tientos para contrastar su fortaleza y ver á dónde llegaba: bien sabe el tentador hacer cala y cata de lo que hay dentro del hombre cuando está en el vigor de los años. Mas si le asaltó, no le entró; si le acometió, no le rindió; si le tentó, no le venció: antes ensangrentó de balde los dientes de su astucia en las espinas de su mortificación.

La razón de no recibir ninguna herida en la refriega fué porque se valía de la fuga, huía de su propia voluntad con todas sus fuerzas, y se acogía en todo á la de Dios; con que si el demonio le armaba lazo, no hacía lance en él, porque no vivía en sí y tenía totalmente muerto su querer. ¡Esforzado combatiente! Y aunque San Agustín declara que no faltarán martirios y persecuciones á los siervos de Dios, pues no falta el demonio, pero bien pudiera decirse que llegó nuestro Santo á un punto en que más pareció ir á los alcances al mismo enemigo que verse acosado por él. Por lo que sigue se hará esto más evidente.

La gula por algún tiempo dió á Juan materia de combate. ¿Y quién dejó de rendir parias á este vicio? San Bernardo, con ser tan sobrio y parco, que muchas veces ignoraba lo que comía, confiesa de sí que hallaba siempre de qué culparse por haber pasado la raya de la necesidad. *¿Quién hay, dice San Agustín, que se precie de contenerse en los términos de lo necesario? Si alguno hubiere, alábrate, Señor: de mí sé que á ese punto no he llegado*¹. Adiestrado el Hermano Juan con esta

¹ Conf., lib. x, cap. xxxi.

celestial enseñanza y temiendo los embelecios del paladar, quejábese de ser tentado de gula y aun llegó á confesarse de haber sucumbido alguna vez. ¿Cómo se compone esto con lo que luego diremos, y aseguraron muchos, que la mortificación en el comer y beber le acertó notablemente la vida? Fácilmente. La juventud para desarrollarse pide mayor cantidad de alimento, cuya falta la hacen manifiesta los estímulos del hambre; pero dió el bendito mozo en calificar por raposerías de la gula los que eran meros apuros del estómago. Siendo fácil de conocer cuándo se busca la comida por el deleite y muy dificultoso no dejarse llevar de él, por ser inmediato el paso de la necesidad á la demasia, para mejor acertar se levantaba siempre de la mesa con más hambre de la que podía soportar su físico, temiendo alargar sobrada rienda al apetito con dar al cuerpo lo rigurosamente necesario. Las resultas de estas privaciones fueron las jaquecas frecuentes que le dieron harto que merecer. *“Decíame á menudo, testifica el P. Gori, que padecía dolor de cabeza; yo creo que le nacia de aquel continuo afanarse en los ejercicios de mortificación y devoción y estudios*¹.”

Otro fué su régimen respecto del sueño. San Ignacio enseña que así como es parte de la penitencia cercenar de la comida no lo superfluo, que sólo sería templanza, pero aun de lo conveniente, guardada discreción; así cuando trata del sueño, molestísimo acreedor que exige inexorable lo que le quitan, quiere el Santo Fundador se le conceda lo conveniente, porque no impida luego mayores bienes; y por este motivo en las Constitu-

¹ Proc. rom., pág. 387.

ciones prescribe se tenga cuenta en este punto con los que padezcan necesidad. Por esta ley de prudencia se gobernaba nuestro Santo. Durante el primer año que estuvo en Roma, tomaba un día cada semana para descansar ocho horas: pedía para ello licencia expresa cada vez. Luego que le pareció haber cesado la razón de necesidad, se contentó con las siete concedidas por el Instituto.

Pero el sueño de entre día, ¿cuántas victorias no le ocasionó? Tres veces por semana hacía el Padre espiritual plática á los filósofos á boca de noche; hora ocasionada á sueño para jóvenes que andaban todo el día atareados con los libros. Entre tanto que algunos se trasponían y se olvidaban de todo, el Hermano Berchmans despedía el sueño de sí sin dejarle cuajar, siempre despierto con ojo avizor quebrantando con la fuerza de la voluntad la fatiga de los sentidos ¹.

Tampoco se le vió descabezar el sueño durante el día, porque era su propósito estar en vela á todas horas, ni consentir un solo instante de tregua: cosa tanto más peregrina, cuanto que la necesidad fuerza en Roma á dormir la siesta en ciertas temporadas del año.

Otro linaje de peleas le proporcionaron las condiciones del clima. Un día de invierno viéronle la cara pálida, las manos y orejas horribilmente maltratadas por el rigor del frío. Algunos de casa, reparando que ni se guardaba del aire, ni hacía por calentarse, ni mostraba sentir molestia ², le afearon su ningún cuidado, pues aquello era quererle mortificar á remate. Respondióles blanda-

1 Proc. rom., pág. 398.

2 Proc. rom., pág. 437.

mente: *Todo se es una cuenta: al cabo no veo yo por qué de eso me tengo de avergonzar* ¹.

Tampoco le importaban mucho los calores de Roma; le enervaban, él haciales rostro; no le dejaban vivir, el resistía á sus bascas; abatían su persona, él para contrastar su rigor se ofrecía á ir de compañero con los que salían de casa tres ó cuatro veces al día en horas de más bochorno ².

No pasemos adelante. En abarcar con gran gozo estos combates quedaba satisfecho su deseo de mortificación. Cuando más crecía en años, á mayor severidad procedía. Postró las fuerzas enemigas hasta el extremo de perder los bríos el mismo cuerpo, y la carne debilitada y domesticada gastarse, consumirse, darse al fin por entendida. *Dios se apresuró á sazonar la santidad de su siervo, y el Espíritu divino inflamó en su corazón esta llama devorante; pero Berchmans respondió generoso al celeste impulso, y haciéndose más admirable que imitable, se abrevió la vida con los rigores de una penitencia interna, menos llevadera que la austeridad corporal.* Esto juzga el P. Angelini ³.

Que no va fuera de camino el juicio de este historiador, y que con el Santo joven usaba el Señor una providencia singular, lo prueba, entre otras, esta razón. Fué testimonio de muchos que al llegar de Flandes á Roma gozaba de buenas carnes y de color sano; pero á los dos años andaba tan macilento y desmedrado, que daba lástima verle ⁴. Pues así que la misma flaqueza le hizo entrar

1 Proc. rom., pág. 555.

2 Proc. rom., páginas 411 y 453

3 *Vita*, parte II, capo VI.

4 Proc. rom., pág. 513.

en temores de que acabaría presto la salud, dió en pensar que aquel instinto natural era cosa desordenada y convenia combatirle, y no paró hasta superarle del todo. *Confesaba que habia del todo vencido y echado de sí el cuidado de mirar por la salud que le aquejaba en este último tiempo.* Esto declaró su Confesor el P. Masucci¹.

Confirmación ilustre de lo dicho es el testimonio de su profesor de ciencias matemáticas, el P. Grassi. Dice así: *Quien considerare aquella tirantez y vela continua sobre sus acciones, su diligencia en el hacerlas, su santa codicia del tiempo, que siempre empleaba con fruto sin perder una mínima partecilla, por manera que el que haya leído el orden que en sus obras cotidianas habia entablado, se espantará cómo pudo en tan breves años hacer tantas cosas, y pensará que esta fué la causa de abreviársele el hilo de vida tan ejemplar: quien estas cosas, repito, considerare, juzgará haber sido esta una grandísima penitencia, pues fué poderosa para acabar con él*².

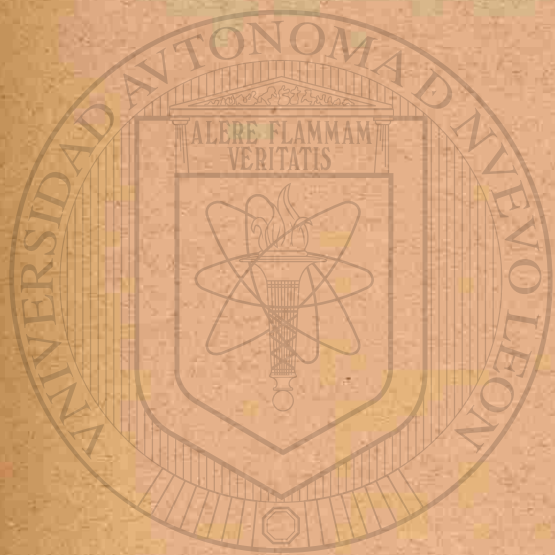
Así entendía nuestro espiritual mancebo el espíritu de mortificación, así ponía en práctica aquel *vince te ipsum* que no se le caía de la boca al Santo Patriarca, así traía á todas horas en su cuerpo la mortificación de Jesucristo. De aquí le nació un temple de alma varonil para todo lo bueno. Lo que sucede al cuerpo cuando goza de entera salud y de perfecta templanza de humores, que se derrama por todo el exterior una deleitosa frescura y gallardía, en tanto que por dentro circula el vigor, y sin necesidad de afeites se mantie-

1 Proc. rom., pág. 421.

2 Proc. rom., pág. 445.

nen robustos los miembros; lo mismo le acontecía al alma de Berchmans. Con la postración de sus gustos y exención de imperfecciones, sentía un deleite y lozanía capaz de hacer frente á todo género de contratiempos. La virtud de la mortificación le hacía señor de sí.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPÍTULO IV.

SU PROFUNDA HUMILDAD.

- I. Sentimientos.—Práctica en el trato con los de casa.—Con los de fuera.—Ejercicios en que se empleaba.—Su ansia de servir á otros.
- II. Es el refugio de los superiores.—Sirve la comida á los pobres.—Su inclinación á los Hermanos legos.—Testimonio abonado.
- III. Humildad en las honras.—Afectos de menosprecio propio.—Testimonios.—Escribe al canónigo Froymont de puro agradecido.

I

CUÁN altamente sintiese de esta soberana virtud, lo dejó registrado en sus papeles, que contienen un tratadito práctico de ella. En los *Avisos contra la soberbia* dice así: *Principio de todo pecado es la soberbia. Motivos para desarraigarla. 1.º Cristo desde la cruz me dice: tú que pretendes ser de mi Compañía, aprende de mí, que soy manso y humilde de corazón. 2.º Si cebas en tu alma el vicio de la soberbia, eres un falso; la sotana te vende por compañero de Jesús, y tu interior te pregona en verdad compañero del demonio. 3.º Si quiero tener por madre á la Virgen Maria humildísima esclava de Cristo, es menester arrancar de mi*

alma la soberbia. Después propone tres remedios; la protección de la Virgen, el conocimiento propio, y la claridad con los superiores y padres espirituales.

En otra parte apuntó, entre los propósitos del año 1620, estos: *Atajar luego todo pensamiento que me induzca á pensar grandemente de mí: no decir palabra en mi alabanza, si la obediencia no mandare otra cosa: no hacer público alarde de cosas que está bien hacerlas en el aposento: cuando te alaben, confúndete de verte estimado en lo que no eres: si alaban á otro, gózate de ello, y echa de ti todo asomo de envidia: desea y procura para los otros lo mejor, tenlos por superiores, hablando con ellos con respeto de humildad: no te prefieras á otro, y siente de todos muy bien: me portaré en la Compañía como un mendigo recibido por gracia, y pensaré que todo me lo dan de limosna y por favor.*

Conforme á la severidad de los dictámenes era su manera y trato. La antecendencia de los iguales preponderaba en su corazón, y la manifestaba en lo exterior cuando les ofrecía el mejor lugar y el puesto más ventajoso, y guardaba para sí el más mortificativo. Aun con los más pequeños y de clase inferior tenía sus delicias, y se apocaba y abatía. Si alguno ponía el pie en su aposento, levantábase él al instante, y con el bonete en la mano preveníale en la cortesía ¹. Con cualquier Hermano era el primero en descubrirse, y lo hacía con un semblante respetuoso, cual si á Cristo nuestro Señor tratase ². Si iba de compañero con alguno de su condición, le había de ceder la mano derecha ³.

1 Proc. rom., pág. 428.

2 Proc. rom., pág. 439.

3 Proc. rom., pág. 475.

El tiempo de la recreación no le eximía del ejercicio de la humildad. Lejos de hacer ostentación de ingenio, con tenerle aventajado, disimulaba saber cosas que ciertamente no ignoraba. Hacía á veces preguntas, y proponía dudas tales, que movían á risa por la baja opinión que engendraban; pero él, por hacer guerra á la vanidad, no se despreciaba de esconder sus talentos, y quedábase mesurado y grave, sin dar señal que descubriese la traza ¹, aunque á la verdad no podía su ingenio en estos casos quedar tan oculto á los demás, que dejase de traslucírseles entre los celajes del abatimiento. No eran sus actos de humildad ceremonias de buena educación, ni melindres de alma apocada, sino viva expresión del bajísimo concepto de sí; su mucha simplicidad y llaneza de palabras, y aquella manera de tratar sin fingimiento ni doblez era el imán que arrebatava los corazones.

La humildad en el trato con los de casa le nacía de un cierto género de veneración que les profesaba, y que no sabía disimular. *Grande era*, testifica Guillermo Van Aelst, *el acatamiento que á los nuestros tenía; elogiaba y engrandecía á los que en el respeto se señalaban. Yo no acabaría si hubiera de referirlo todo; sólo añadiré la suma confianza que tenía puesta en las obras y oraciones de todos, como si ellas le hubieran de abrir las puertas del cielo y granjearle la eterna salvación. ¡Oh eximia humildad y desconfianza de sí grandemente admirable ²! Todo esto dice Van Aelst.*

El que á los nuestros así respetaba, de suma

1 Proc. rom., pág. 466.

2 Proc. rom., pág. 280.

veneración usaba con los religiosos de otras Ordenes. Adelantábase á hacerles la venia en calles y plazas. El cuidado de no faltar á este deber, ponía á veces en aprieto su modestia; sin faltar á ella, de lejos oía y avisaba al compañero que pasaba un religioso. Una vez declaró al Hermano Pablo Oliva, cuánto le dolía que alguno dejase de saludar por la calle á los otros religiosos. La reverencia á estas ilustres familias le enseñó el ejercicio de mirar en cada uno de los miembros á los santos Patriarcas que las habían instituido. En divisando á un religioso dominico, decía: *Saludemos á Santo Domingo*. Igualmente honraba en persona de sus hijos á San Agustín, á San Benito, á San Bernardo y demás fundadores, y los trataba como á hermanos mayores de su Padre San Ignacio, y á sí propio como al menor de la mínima Compañía.

Andaba hambriento de ejercicios de humildad; y tenía por muy beneficiado si le dejaban ocuparse en servir á los demás, sin avergonzarse de andar en oficios humildes. Además de las dos veces que le tocaba por semana, como al común de los estudiantes, servir en el refectorio, á puras instancias había alcanzado del Padre Ministro licencia para dos veces más. Advirtió en ello el P. Rector, y por respeto á su salud fuéle á la mano, y le vedó que en adelante sirviese fuera de turno. Antes de ceñirse el mandil se hincaba de rodillas á hacer oración. Con guardar la severísima modestia que dijimos y andar tan sobre sí, no se le pasaba cosa que faltase en las mesas: y era misterio inexplicable cómo juntaba los extremos de una singular compostura con los afanes de la solicitud. Proveía con especial cuidado al servicio de aquellos Padres que por sus ocupaciones habían faltado á pri-

mera mesa. Los sábados lavaba la vajilla mañana y tarde, en obsequio de la Virgen María.

En Roma, como en Malinas, tuvo el cargo de las luces. Alegó aquí por título, para conseguir su pretensión, la antigua pericia en el arte. En hecho de verdad, lo que más peso tenía en su corazón, fuera del ejercicio de humildad, era la memoria de San Luis, que en el mismo Colegio Romano había consagrado con su aplicación este ministerio. Para atajar competencias de pretendientes, rogó al Padre Rector le nombrase lamparero perpetuo, aun en tiempo de frío, sin importarle que la inclemencia le llenase de sabañones las manos y se las pusiese de hinchadas que movía á compasión¹. Se procuró una sotana remendada y raída; así vestido muchas veces, socolor de velonero, se presentaba en público, tomándose la humillación por sus propias manos². ¡Qué amor á la humildad no inspiraba verle con delantal y estropajo de acá para allá aderezando, encendiendo, alegrando las luces de los tránsitos, cortando el pábilo para que lucieran mejor! Los días de campo echaba aceite y preparaba los mecheros antes de salir, á menos que pensara volver temprano. En suma, el amor al menosprecio y olvido de sí le bañaba el rostro de una alegría más verdadera que la que el mundo proporciona con los honores y altos empleos.

Enviáronle á Frascati con otros compañeros para hacer los oficios de Semana Santa. No bien hubo puesto el pie en la casa, cogió la escoba, y comienza á barrer la escalera. Este humilde ejercicio le dió margen para reparar que muchos de los que subían andaban llenos de barro; y como á

1 Ceparí, *Vita*, part. II, cap. XVI.

2 Proc. rom., pág. 468.

él nadie le ganó en coger la ocasión por la melena, con el ardiente deseo de ponerse á los pies de todos fué en busca de los zapatos, los limpió, dióles betún y lustre, y después bonitamente dejólos en su propio lugar. A los favorecidos no les pudo costar mucho el acertar con el fino servidor, aunque se cubriera él con las tinieblas del silencio; y preguntado que cómo usaba tan malas artes, respondió á la chanza ocultando con el velo de una dulce sonrisa el caudal de su humildad¹. Y es cierto que si los tenía á todos en posesión de superiores, sólo en el celo de servirles y de tratarse como esclavo no quería ceder á nadie la ventaja.

II

Y, y qué solaz le daban los casos y ejercicios de la humildad; y más si con ellos andaba envuelta razón de caridad! Hablarle de eso era llenarle las medidas del contento. En cierta ocasión estaban ausentes del Colegio los Hermanos encargados de distribuir á los pobres la comida. El Hermano Félix Carminata, para suplir la falta, pidió al Superior algún estudiante que le ayudase. Acudió, pues, al brazo escolar; pero todos, quién con una, quién con otra, le cargaron de razones; que si las tuvo él por buenas, mas no por bastantes para sacarle del apuro, y así vase derecho al Ministro y cuéntale lo que pasa. Entonces "Tome, Hermano, al Hermano Berchmans", dijo el Padre sin

¹ Proc. rom., pág. 507.

dejarle acabar. *En el tono de la voz, añade el Hermano Carminata, y en la presteza con que me le nombró, entendí claramente que le tenía con frecuencia en los labios, y que en lances apretados se aprovechaba de su servicio. Y así fué, que indicarle yo al Hermano Juan el deseo del superior, y volar conmigo á la hora á cumplirle alegre y sin sombra de excusa, fué obra de un solo punto.* Por esta causa le llamaban comúnmente el *refugio* del P. Ministro.

Para el cargo de repartir la comida á los pobres, como para todo lo que sonaba humillación, parecía tener gracia de estado. Escudillar la menestra es una incumbencia penosa y de no pequeña mortificación. Juan señalaba con piedra blanca los días en que le tocaba llevarla á la portería con los relieves de la mesa y las sobras de la cocina. Después de repartir la comida á los pobres, á veces tomaba la escudilla con ellos. "La penúltima vez que fui con él, dice el Hermano Juan Pablo Oliva, dióse tan buena maña, que á pesar de mi buena voluntad no me dejó meter mano casi en nada, y luego por remate guardó para sí los desperdicios¹."

Era muy conforme á su inclinación tratar con los Hermanos coadjutores, como otras veces se ha visto, y consta en sus propósitos. Y generalmente hablando, donde mayor número de virtudes podía ejercitar á la vez, allí le impelía el deseo de perfección. Preciábase de servirles, preveniales con el comedimiento, ganábales por la mano en los saludos, tratábalos con una deferencia que los confundía, se allanaba á su condición con dulces y apacibles maneras, borrábalos la tristeza con sus

¹ Proc. rom., pág. 466.

gracias, érales, en fin, ejemplo, luz, consuelo y corona.

No tendrás reparo en juntarte á menudo con los Hermanos coadjutores: este propósito le llevaba adelante asistiendo con ellos á recreación, ofreciéndose á serles compañero de salida, haciéndose siervo y esclavo suyo, ayudándoles en las faenas domésticas y en las oficinas de su cargo, sin reparar en dar molestia al cuerpo.

De mucha edificación es el homenaje que la agradecida memoria del Hermano coadjutor Cerrutti tributó á la humildad de nuestro Santo. *“Me causaba, dice, grande admiración ver con qué humildad venia á pedirme lo que él llamaba favores, como cortarle el pelo, y otras pequeñeces; me agradaba por extremo su repugnancia á toda singularidad. Cuando vino de Flandes trajo un lindo ceñidor: al punto corrió á dársele al ropero, á pedirle uno común. Siempre que venia á buscar papel, plumas y otras menudencias, á muy poca costa le dejaba satisfecho y bien pagado. Dijome una vez: El B. Ignacio queria ver siempre en sus hijos tres cosas particularmente; humildad, rendimiento y alegría. Todas ellas las poseía él en muy excelente grado. Y por no decir más que de su humildad, cuando siendo lamparero venia á mi por aceite ó mechas, no pocas veces estando yo ocupadísimo y distraído en otras mil cosas, le pedía por favor que aguardase un ratito. No era menester más á su humilde paciencia. A lo mejor olvidábame yo de mi carísimo Hermano Berchmans, y cuando después de buen rato volvía yo, le pedía mil perdones; pero él en vez de asfearme la tardanza me daba las gracias con los labios llenos de risa. En el dar gracias no bus-*

caba palabras repulgadas y de cumplimiento sino sencillamente decia: Bendito sea Dios, Dios se lo pagará. Deo gratias¹.

III

LAS humillaciones de más estima son las que tocan en la honra. *En ofreciéndose te mortificación de la honra, abrázala de corazón: espoleado por la firmeza de este propósito, procuraba buscar por sí, cuando no se le ofrecía, quien le dijese las faltas². Si por vía de prueba, ó por falsa aprehensión le reprendían ó daban en rostro con un defecto, aceptaba la humillación en silencio y con señales de contento. Acepta la humillación, leemos en sus papeles; lo primero, con paciencia, porque así acrecientas la corona; lo segundo, con prontitud, porque así imitas á Cristo que en el huerto decia surgite eamus; lo tercero, con gozo, porque así tendrás paraíso en la tierra. Paréceme, declaró Albergotti, haberle visto siempre contentísimo, sin turbación ni tristeza; delante de mí le sobrevinieron mortificaciones y reprensiones, pero abrazábalas con humilde silencio³.*

Esta era su gloria, andar encogido y avergonzado delante de los hombres, y que le tuvieran por indigno de cualquier honra, sólo digno de menosprecio. *Desea que te estimen por vil, solía exclam-*

¹ Proc. rom., pág. 371.

² Proc. rom., pág. 448.

³ Proc. rom., pág. 426.

mar; si eso no consigues, afligete de corazón, porque sólo así serás precioso en el acatamiento de Dios. Aparta los ojos y menosprecia, cuanto á ti, las gracias gratis dadas, porque por ellas se expone uno á veces á peligro de condenarse. Con el metro de este principio media los actos todos y las obras de su vida, el sobrecejo venciéndola con la blandura, la aspereza con el contento, el ceño con la alegría, la condición brava con la medida y templanza, la dura conversación con la suavísima apacibilidad, la reprensión con el silencio, la alabanza con su abatimiento, siendo el remate, punto y flor de todo esto su dulcísima y agradabilísima humildad, que parecía haber deshecho en él su propio y natural sér.

En fin, era humildísimo, dice el P. Grassi, y ninguna vez le oímos yo ni otros, que se sepa, una palabra de alabanza propia: á todos los tenía por mejores, y de todos iba anotando actos de virtud, como hallamos en su cartapacio, para poder imitarlos¹. En el manuscrito que indica el P. Grassi, llevaba apuntados una serie de ejemplos edificantes que había advertido en los Padres y Hermanos del colegio, sin diferencia de edad y condición. Tenía resuelto, dice el P. Massucci, como blanco y norte de su vida religiosa, singularizarse en la humildad y en toda obra de virtud... llevando por único fin la mayor gloria de Dios y el bien de las almas... Cuán de veras formaba éste propósito sácase bien de éstas palabras que dejó escritas de su mano: "Nisi ego sanctus evadam in terra dum sum juvenis, nunquam ero sanctus,"².

¹ Proc. rom., pag. 242.

² Proc. rom., pag. 226.

Demos aquí cabida á una carta que escribió al licenciado señor canónigo Froymont un año después de su llegada á Roma. No es maravilla tuviese año entero represados los sentimientos de su corazón agradecido, pues correo de Roma á Malinas, que costaba dos meses de viaje, se le proporcionaba muy raras veces: en ésta, que le deparó Dios con ocasión de pasar á Flandes un conocido suyo, quiso significar con la pluma á su amo y antiguo favorecedor el reconocimiento por las finezas recibidas. Toda esta carta despide fragancia de sólida y sencilla humildad. El original se guarda en la Biblioteca de Bruselas, Mss. n. xi. Traducida del latín dice así:

Muy reverendo Señor.—Pax Christi.

Incurrirla yo por cierto en la nota de ingrato si dejase escapar la buena coyuntura, que se me viene á las manos, para saludar á V. S. á quien debo tantas mercedes. A V. S. soy deudor de la prosecución de mis estudios y de la leche celestial, quiero decir, del temor de Dios, y devoción que han penetrado en mi alma. El estar yo en la Compañía de Jesús, yo, ruin y sobremanera indigno de estar en ella, ser yo compañero de Jesús (y esto me basta), esta tan grande dicha se la debo á la piadosísima educación de V. S.

Lo paso muy bien aquí en Roma; acá me enviaron los superiores hace un año desde Malinas. He cumplido el primer año del curso de filosofía en el Colegio Romano de nuestra Compañía, donde moran doscientos y más entre Padres y hermanos, casi todos aplicados de continuo á los estudios. ¡Rara maravilla! los hay de diferentes naciones, españoles, polacos, alema-

nes, portugueses, dálmatas, sicilianos, napolitanos, belgas, lituanos, franceses, etc. Viven unidos con apretadísimo vínculo de caridad, como si fuesen hijos de una sola madre. ¡Oh bondad de Dios! ¡Entre ellos me encuentro yo!

Hace tiempo ando por saber puntualmente mi edad: no la sé de fijo¹. Singular merced me haría V. S. si quisiera mandar algún hermano mio á Diest, para sacar con todo cuidado la partida de bautismo: en teniéndola, sírvase V. S. remitirmela sin tardanza por el medio que le fuere posible. En fin, me encomiendo encarecidamente á los santos sacrificios de V. S. Yo siempre por mi parte tengo en la memoria la caridad de mi bienhechor.

De Roma, en el Colegio Romano de la Compañía de Jesús, á 23 de Noviembre (1619).

De V. S. siervo en Cristo

JUAN BERCHMANS.

Recados afectuosísimos al Sr. D. Ire, á Gil con los suyos, á mis hermanos, á los parientes y á los amigos de Diest. Es mi deseo que V. S. procure que mis hermanos y mi hermana (en el original léese mis hermanas, por yerro) confiesen cada ocho días y comulguen cada mes. Fuera de esto, no tengo cosa que me dé cuidado. No me importaría, ni se me haría vergüenza que los míos anduviesen mendigando de puerta en puerta; pero sería cosa intolerable para mi alma que ofendiesen á Dios con un solo pecado mortal.

¹ Pensaba el Santo que había nacido en 9 de Marzo, y así lo asentó en los libros del Noviciado.



CAPÍTULO V.

SU PUREZA ANGELICAL.

- I. La conservó siempre intacta.—Insignes testimonios de dos Padres.
- II. Interesante declaración del P. Cepari.—Tres grados de castidad.—Sus pecados.—Prudencia en las lecturas.
- III. Frutos de su limpieza virginal.—Su presencia infunde en otros virtud.—Grave declaración.—Asombro del Card. Belarmino.—Pintura del P. Cepari.

I

De la modestia que ordena el cuerpo con la compostura de las acciones exteriores, y de la mortificación y humildad que limpian los siniestros del espíritu dando su última forma á los actos interiores, brotó como del capullo la flor la pureza angelical de nuestro bienaventurado mancebo. No podía ser sino castísimo, quien tenía cerradas las ventanas de los sentidos, por donde suele el pecado escalar la morada del alma y hacer presa en sus bienes; ni había de ser sino purísimo, quien con denuedo varonil traía enfrenados los apetitos y los antojos del amor sensual; ni debía ser sino inocentísimo, quien era tan humilde y despreciador de sí, confiado sólo en Dios.

nes, portugueses, dálmatas, sicilianos, napolitanos, belgas, lituanos, franceses, etc. Viven unidos con apretadísimo vínculo de caridad, como si fuesen hijos de una sola madre. ¡Oh bondad de Dios! ¡Entre ellos me encuentro yo!

Hace tiempo ando por saber puntualmente mi edad: no la sé de fijo¹. Singular merced me haría V. S. si quisiera mandar algún hermano mio á Diest, para sacar con todo cuidado la partida de bautismo: en teniéndola, sírvase V. S. remitírmela sin tardanza por el medio que le fuere posible. En fin, me encomiendo encarecidamente á los santos sacrificios de V. S. Yo siempre por mi parte tengo en la memoria la caridad de mi bienhechor.

De Roma, en el Colegio Romano de la Compañía de Jesús, á 23 de Noviembre (1619).

De V. S. siervo en Cristo

JUAN BERCHMANS.

Recados afectuosísimos al Sr. D. Ire, á Gil con los suyos, á mis hermanos, á los parientes y á los amigos de Diest. Es mi deseo que V. S. procure que mis hermanos y mi hermana (en el original léese mis hermanas, por yerro) confiesen cada ocho días y comulguen cada mes. Fuera de esto, no tengo cosa que me dé cuidado. No me importaría, ni se me haría vergüenza que los míos anduviesen mendigando de puerta en puerta; pero sería cosa intolerable para mi alma que ofendiesen á Dios con un solo pecado mortal.

¹ Pensaba el Santo que había nacido en 9 de Marzo, y así lo asentó en los libros del Noviciado.



CAPÍTULO V.

SU PUREZA ANGELICAL.

- I. La conservó siempre intacta.—Insignes testimonios de dos Padres.
- II. Interesante declaración del P. Cepari.—Tres grados de castidad.—Sus pecados.—Prudencia en las lecturas.
- III. Frutos de su limpieza virginal.—Su presencia infunde en otros virtud.—Grave declaración.—Asombro del Card. Belarmino.—Pintura del P. Cepari.

I

DE la modestia que ordena el cuerpo con la compostura de las acciones exteriores, y de la mortificación y humildad que limpian los siniestros del espíritu dando su última forma á los actos interiores, brotó como del capullo la flor la pureza angelical de nuestro bienaventurado mancebo. No podía ser sino castísimo, quien tenía cerradas las ventanas de los sentidos, por donde suele el pecado escalar la morada del alma y hacer presa en sus bienes; ni había de ser sino purísimo, quien con denuedo varonil trafa enfrenados los apetitos y los antojos del amor sensual; ni debía ser sino inocentísimo, quien era tan humilde y despreciador de sí, confiado sólo en Dios.

Estos son los grados por donde indefectiblemente sube el alma á perfectísima pureza. Lo que apenas cabe en el pensamiento es cómo tuvo Juan tanto pecho para hacer frente á cualquier encuentro que pudiera aun de lejos desdorar la delicadeza de esta virtud, cuando con un liviano soplo se marchita. Porque sólo á poder de industrias ganó la palma en esta guerra con el enemigo doméstico, sin perder ninguna acción; ¡cosa tan maravillosa como nueva!

Esta verdad no debe decidirse en la cátedra de la razón por vía de legítimas consecuencias, sino en el tribunal de los hechos por vía de probanzas concluyentes: traslademos, pues, aquí por su orden el juicio de los Padres graves que trataron de cerca á nuestro Santo, ó dirigieron su alma. Sirva ante todo de preámbulo la advertencia que el mismo Santo dió á sus confesores, firmada de su propio puño en un papel cerrado por estas palabras: *Permito que se haga libre uso y sin reserva de cuanto digo en confesión (Do facultatem ut plene et libere utatur hac scientia ex confessione.)*

Llamado á dar dictamen acerca de su inocencia el P. Ceccotti, declaróle por estas palabras: *Obedeciendo al mandato de mis superiores, puedo afirmar con verdad, por lo que mira al interior de Juan Berchmans que, desde que hago este oficio, que me ha puesto en comunicación íntima con un sin número de almas, no he hallado otra de mayor pureza que la suya: aun me parece que tenía un no sé qué de privilegio mayor. Sus pecados no eran de aquellos que siendo mortales de suyo, los hace veniales la razón de parvedad de materia, ó falta de consentimiento; eran de su naturaleza veniales y de aquellos*

que, atendida la corrupción humana, no se pueden del todo evitar. Y siquiera los cometiese, eran faltas ligerísimas hechas sin voluntad deliberada, cuales aun los santos cometen, ó eran casos de mera fragilidad de la naturaleza lisiada. Y es muy de notar una cosa que si prueba por una parte la especial asistencia del Espíritu Santo que con su gracia le gobernaba, encarece por otra la gran vigilancia que tenía en llevar enfrenadas las potencias interiores y exteriores siempre mudándose de bien en mejor; y es, que con ser estas faltas levísimas, juntábase el ser poquísimas también en número. De ellas, bien que imperceptibles, tenía conocimiento muy claro. Era de conciencia finísima, libre de todo resabio de escrúpulo y congoja, en un todo conforme á la pintura que hace nuestro B. Padre Ignacio en el tratadito sobre escrúpulos... La modestia de sus ojos y todo su exterior, que infundía tanta devoción, era sólo rastro y figura desaliñada del orden admirable que reinaba en su interior. No digo más, porque me faltan palabras que signifiquen el alto concepto que tengo formado de la limpieza angelical y de la inocencia de este bienaventurado Hermano. Por esta causa no me queda sombra de duda sino que al salir del cuerpo mortal, voló su alma derecha al cielo, sin tocar en el purgatorio... En fe de lo cual y en testimonio de la verdad, depuse de propia de propia mano.. Yo Juan Bautista Ceccotti.

Atestó también su inocencia con palabras muy expresivas el P. Massucci que le confesó el último año. Durante este tiempo, dice, *venía á confesarse una ó más veces por semana á la hora señalada, y solía ser siempre el primero. Cada mes en su día dábame cuenta de conciencia trayen-*

do en un papelito apuntadas todas las cosas que pensaba decirme. Según esto, acerca de la pureza de su conciencia creo poder con toda verdad declarar lo que sigue. Si exceptuamos al B. Luis Gonzaga, con quien viví y traté familiarmente el último año de su vida, no he conocido joven de vida más ejemplar, de conciencia más limpia, de perfección más levantada. No tenía conciencia de haber cometido en todo el curso de su vida, no digo ahora pecado mortal, pero ni aun venial deliberadamente. Esto es mucho de ponderar, y prueba que además de haber conservado siempre sin mancha la inocencia bautismal con el don de la pureza, caminó siempre adelante desde el principio hasta el fin por la senda de la perfección. En la guarda de los tres votos ponía tanto cuidado, que no recuerdo se acusa se una vez sola de haber faltado ni poco ni mucho. En la castidad fué señaladísimo: juzgo que no sintió en el cuerpo perturbación contraria, ni en la imaginación, aun en sueño: este mi juicio le fundo en la claridad, llaneza y minuciosidad de su cuenta de conciencia, como tenía resuelto en sus papeles diciendo: *Ero sincerissimus, apertissimus et sicut aqua cum meis superioribus et patre spirituali.* Y no es mucho llegase á tal grado de pureza el que se esmeraba con gran diligencia en velar sobre los movimientos de su corazón, en guardar grande templanza, en no desistir de mortificarse, en traer la atención puesta en Dios ó en cosas santas, cuando no le ocupaban las horas del estudio ¹.

¹ Proc. rom. pág. 226.

II

CON estos graves dictámenes juntemos el del P. Ceparí, que tuvo también en calidad de Rector la llave de sus secretos. Dice así el contexto:

Juan estuvo sujeto á las flaquezas y culpas que son consecuencia de la primera corrupción, y que todos los santos han incurrido. Quien lo contrario pensara erraría ciertamente. Él se acusaba y se confesaba con sinceridad de muchas faltas; pero eran tales, que de puro imperceptibles se escondían á los ojos de todos: sólo una lumbre especial de Dios se las podía dar á conocer á él. Los confesores han declarado como cosa cierta, que conservó limpia y sin mancha la estola de la inocencia. Esta verdad también resulta de un papel escrito de su mano, en que leo: "Dios me hizo cristiano, compañero de Jesús, amigo suyo íntimo, desposóse con mi alma, y preservóla de pecado mortal." No es mucho, según esto, que no hiciera ninguna mella en él la meditación de los pecados, cuando entró por primera vez en ejercicios. Tengo en mis manos sus apuntaciones espirituales: en ellas dice así: "Al hacer el ejercicio de los pecados cometidos en el siglo, me sentí totalmente seco y sin sentimiento alguno." En Roma anotó también la impresión que recibió en dicha meditación. Dice así: "He hecho este ejercicio, pero sin moción ninguna." Por fin, antes de morir dejó escrito el mismo resultado: "Hice la meditación de los pecados con toda diligencia, pero sin gusto; en los

dos primeros puntos sequedad y fastidio. „ ¡Qué maravilla que un niño que nunca había ofendido á Dios, se desolase por no hallar materia de pesar y confusión!

Libre de toda mancha grave, propuso con todas las fuerzas no dar entrada á pecado venial. De sus mismos labios se lo tengo oído: y no me dejan mentir sus papeles, donde encuentro á cada paso bajo formas variadas este propósito: antes morir que cometer el menor pecado venial, me guardaré con suma diligencia de hacer paces con el pecado venial: huiré con todo estudio las levisimas imperfecciones. Lo más asombroso es con qué exactitud supo guardar estos propósitos. Por mi parte, yo no podía contener el sentimiento de veneración, al oírle la cuenta de conciencia que me daba cada quince días. En una de estas ocasiones me sentí como absorto á vista de tan grande fidelidad, y dije para mi sin que él lo pudiese oír: ¡Oh joven bienaventurado, no parece sino que el Señor te atavió con el ropaje de gloria que perdió nuestro primer padre en el paraíso! Este era mi dictamen: no negaré que el Hermano Juan sintiese el peso de nuestra mortalidad, pero no hallé entonces palabras que mejor exprimieran mi concepto. — Todo esto es del P. Cepari: testimonio ciertamente de grande autoridad, y muy digno de estima en la boca de un varón tan experimentado como todos sabemos haber sido el P. Virgilio Cepari; porque sin hacer mención de su acreditado saber y de su tacto en la dirección de las almas, fué en Roma testigo familiar de los favores de San Luis Gonzaga, en Florencia confesor de Santa María Magdalena de Pazzis, y después director del Beato Hipólito Galantini.

De los testimonios que preceden conferidos entre sí, se coligen tres puntos muy importantes. El primero es, que Juan nunca se atrevió á cometer pecado conocidamente mortal: el segundo, que nunca deslizó en pecado venial deliberado: el tercero, que el descubrir faltas en su conciencia provenía de la gran lumbre de Dios que se las representaba. Por consiguiente, si llamó alguna vez crímenes los pecados que cometía, y le dolían en lo más vivo del alma, hemos de entender que así se los ponía á la vista la luz sobrenatural y su mucho amor de Dios; que muy propio es de almas delicadas encarecer las propias menguas y recatarse de su sombra; muy al revés de las almas estragadas con el vicio, á quienes hace muy poco peso un pecado mortal y pasan por él con ligereza, siendo así que sobre él carga la mano de un Dios justiciero, como lo dicen los tremendos castigos con que le escarmienta.

¡Cuán de otra suerte miraba nuestro Santo la menor mácula que pudiera empañar el cristal de esta virtud. *El impuro*, decía, *es más ruin que todos los demonios juntos. Por tanto tengo de aborrecer, detestar, execrar las más pequeñas cosas que van á dar en la castidad, como son vista poco recatada, destemplanza en el comer, etc.* Si por acaso llegaba á sus oídos alguna palabra menos compuesta, un color se le iba y otro se le venía poniendo su rostro en manifiesta inquietud. Arreboles eran del cielo, con que significan las almas puras los amores de su co-razón.

Hace á este propósito el hecho siguiente. Aconsejóle el P. Cepari que leyese las *Confesiones de San Agustín*, dándole á entender que allí encontraría particulares ilustraciones y encendidos afec-

os. Comenzó á entrarse por este libro; mas al caer en aquel paso en que el Santo cuenta con mucho pesar los desvarios de su mocedad, corrió desalado al cuarto del P. Rector con el libro y le dijo: *Padre, las Confesiones de San Agustín no son para mi paladar.* El Padre entendió en seguida lo que era, y le mandó tomar otro. Hace aquí el P. Cepari una oportuna reflexión. *Admirable ejemplo, dice, que da harta materia de confusión á tantos jóvenes, que, sin reparo ni discreción y tal vez con gusto y por antojo, se alargan á revolver páginas licenciosas, y se engolfan en lecturas detestables, sin caer en la consideración que la lectura deja estampado en la memoria y en el ánimo el rastro de las imágenes*¹. ¡Y cuántos bebieron en un mal libro el veneno que les torció el juicio y les encendió el deseo del mal! ¡Cuántos dieron al traste con su inocencia y temor de Dios por los malditos libros á que se aficionaron!

III

PERO no nos detengamos; que si muy bien cae la corona sobre quien tan gallardamente rindió á sus adversarios, tiempo es de recoger las rosas nacidas entre las espinas con que nuestro joven rodeó su cuerpo y alma por medio de la modestia, mortificación y humildad; con estas flores entretejióle Dios una lindísima guirnalda que no ciñeron siempre los santos más esclarecidos.

¹ Vita; part. II, § VIII.

Sea la primera el no haber jamás sentido tentaciones contra la honestidad, ni haber pasado por su espíritu pensamiento ni imaginación que no fuese muy casta. ¿Quién lo creyera si no apretase tanto el peso de abonados pareceres? Tratando en cierta ocasión con un Hermano coadjutor sobre la virginidad de María, y sobre lo mucho que se precia de conceder pureza á los que la aman, Juan, con la confianza y sencillez que le inspiraba la amistad del Hermano, le manifestó este secreto: *Por la gracia de Dios, y por beneficio de la Virgen María, no recuerdo haber tenido un solo pensamiento contra la castidad; siento, al contrario, horror indecible á todo cuanto puede disminuir de lejos el resplandor de esta virtud.*

Esto es poco. Su cuerpo, morada de alma tan limpia, pareció poseer anticipadamente cualidades de cuerpo glorioso. Traslademos sus propias palabras. En una cuenta de conciencia que dió con el P. Cepari á fines de Diciembre de 1620, dice: *En cuanto á la castidad, gracias á Nuestro Señor y á la protección de la Virgen, no he sentido de día el menor movimiento contrario. De noche, tres ó cuatro veces durmiendo; pero cuando esto me pasa, siento como si alguien me despertase; mayormente desde que acostumbro rezar antes de acostarme una Ave María en honor de la Inmaculada Concepción de la Virgen.* Al paso que iba acercándose el día de su dichoso tránsito, iba también la entereza de su cuerpo caminando á la integridad del espíritu. A 18 de Junio de 1621, primer día del triduo de renovación, tornó á dar cuenta del último semestre. En ella manifestó al P. Rector, lleno de santo gozo, que ni en sueños ni en vigilia había padecido molestia alguna. Las palabras son éstas: *En el punto de la castidad*

no he sentido realmente nada; pareceme que nunca me he hallado tan bien como ahora, merced á la bondad de la Santtsima Virgen.

Concuerta esta declaración con el testimonio del P. Massucci que le confesó durante el año, y va citado arriba, en esta forma: *Guardó la castidad tan perfectamente que no sintió movimiento contrario, ni en la imaginación, ni ilusiones en sueños, en cuanto yo puedo dar razón del tiempo que le dirigi.* No menos explicito es el P. Ceparí al decir: *Recompensa del cielo fué que en toda su vida no sintiese trabajo ni molestia que le diese en qué entender en materia de castidad: don tan digno de estima, cuanto es más raro en el mundo.* Este es, en efecto, el último de los siete grados que en la pureza corporal señaló el gran Casiano, que, dice, se concede á poquísimos santos. Y que á nuestro divino doncel se le concediese la tesorería de la virginidad y de todas las gracias, María, no podrá ponerlo en duda quien considere que la gran Señora es la capitana y guía del lucido escuadrón de vírgenes que andan en pos del Cordero sin mancha; y nadie ignora que, á fuer de bizarra, huelga de encontrar almas castas émulas de su pureza, y toma por punto de honra particularizarse con los que se le muestran muy finos y cumplidos, como éste Benjamín se mostró.

No paran ahí los favores de María: y sea esta la segunda flor de la castidad de Juan; flor balsámica que se convirtió en medicinal: ¡rara pureza! Una secreta virtud brotaba de todos sus miembros, é infundía castidad en los que se ponían á mirarle. Personas hubo de flaqueza increíble, que experimentando rebeldía y halagos de la concupiscencia á la sola vista de objetos cualesquiera,

por tener muy conocida su fragilidad andaban con gran tiento esquivando los ojos; pero no mostraban reparo en fijarlos en el rostro del castísimo adolescente, porque su mirada, con ser hermoso y agraciado, lejos de serles de perjuicio, al contrario, les era muy saludable contrayerba y medicina. La difusión de su virtud redundaba y pasaba al través del semblante al alma y cuerpo del tentado, como para embotar los filos de la indómita pasión. ¡Privilegio señaladísimo! De San Estanislao Kostka está probado que le tuvo también.

Abunda la deposición de testigos que ponen fuera de controversia esta gran maravilla. Uno de ellos declara: *Puedo aseverar que estando en la mesa sentado enfrente de él, más de una vez me paré á mirarle á la cara, cosa que con otros jóvenes no hubiera yo hecho sin gran rebelión y molestia; pero era tanta su severidad y aquél no sé qué de angelical recato, que me parecía ver pintado en su rostro, que me movía á lágrimas de ternura y á darle el parabién por su dicha¹.*

Otro hizo con juramento y dióselo por escrito al P. Bisdómini², esta declaración, confirmada después por la autoridad del P. Ceparí.³ *Yo N., sacerdote teólogo, solía fácilmente padecer aprietos y guerra interior, con sólo ver gente joven bien parecida; acerté á ver en el Colegio Romano á un jovencito que supe se llamaba Juan Berchmans, y con ser y parecerme de gentiles facciones, tuve clavados en él los ojos, pero no experimenté las sugerencias y representaciones de costumbre, sino pensamientos limpios y castos:*

1 Proc. rom., pág. 449.

2 Proc. rom., pág. 262.

3 Proc. rom., pág. 263.

le seguí con la vista y me entretuve mirándole cuanto me fué posible, y aun queriendo por mi ruindad formar imaginaciones malas, no era dueño de ello; que sólo bullían en mi alma pensamientos del cielo, y afición á la hermosa castidad. Por esta causa, muy á menudo iba al Colegio á recrearme con su aspecto, para sentir estas gracias, pero él no lo advertía por su modestia. Sabiendo yo que había de defender el acto de filosofía, holgué mucho de tener comodidad para contemplarle por largo tiempo á mi sabor; y así lo hice, y no me harté de verle por espacio de hora y media, resultándome las mismas gracias y los santos pensamientos dichos. Hasta aquí el sacerdote seglar.

Este fruto que obraba en los otros la vista de su semblante, como efecto de su pureza virginal, bien podemos decir que el mismo Santo le confirma en sus papeles haciéndonosle estimar por beneficio de la Madre de Dios. *La Virgen María, dice, con sólo su aspecto echaba los malos pensamientos de los que la miraban: pídele tú también que con tu trato puedas inspirar amor á la castidad.* Cada día rezaba doce Ave Marías á la Virgen purísima en obsequio de su preciosa limpieza, suplicándole la gracia de ser casto y de hacer castos á otros. Y era razón respondiese la Señora á los deseos de su Benjamín. ¿Qué madre no se complace en perpetuar en sus prendas más queridas la grandeza de sus mejores títulos?

Pero subió todavía de punto la solicitud maternal de María en el tercer privilegio, que como suma de todos los otros regaló á su castísimo hijo. Probóse con abundancia de testimonios concluyentes, que después de muerto obraba su cuer-

po frío los mismos efectos que en vida, y que difundía un como bálsamo de aroma celeste que serenaba las conciencias combatidas por la rebelión de la sensualidad. Razón de esta merced dará el caso siguiente, firmado con el nombre del confesor que la refiere. Narra primero cómo la presencia de San Juan había templado á esta persona en trances terribles la molestia de tentaciones, y consecutivamente añade: "A la noticia de su muerte acudí al punto al Colegio, y le vi en la iglesia y sacristía. Miréle con atención por largo espacio de tiempo, le besé las manos y la frente angelical, le toqué aquel cuerpo purísimo como una azucena sin poderme apartar de su lado. Estando así me sentí notablemente mejor; he continuado visitando el sepulcro, y recibo cada vez igual merced. Como no juzgo prudente en esta delicada materia revelar mi nombre, fuera de que me lo ha prohibido el confesor, autorizo al P. Tomás Bisdómini, teólogo de la Compañía de Jesús, ante quien he declarado con juramento los beneficios indicados, que dé fe de ellos en mi nombre. Tengo por cierto que lo que digo es un prodigio debido á la virtud del santo joven." Hasta aquí el anónimo.

Otras muchas personas seglares y religiosas de ambos sexos, á cuya noticia había llegado la virtud de tanta pureza virginal, acudieron á su favor con alentado espíritu é imploraron su protección en tentaciones peligrosas de que no se podían valer: la paz, seguridad, denuedo, limpieza, eran frutos de la oración que en sus manos depositaban.

Muerto el santo mozo, como refiriese el P. Bisdómini estos varios sucesos al Cardenal Belarmino, que tenía ya un pie en la sepultura, vió á este venerable anciano derretirse en lágrimas de con-

suelo, y le oyó exclamar encogidas las alas del entendimiento: *Gracia verdaderamente singular en un mozo lleno de brios.*—Interrumpió el Padre los sollozos de aquel grande hombre diciendo: *Pues es cosa averiguada, Eminentísimo Padre, que el solo verle despide cualquier tristeza y engendra amor á esta virtud.*—¡Oh! exclamó el cardenal no cabiendo de admiración y bañado en nuevo llanto; *ese fué privilegio de la Madre de Dios. Ella es seguramente la que se le comunicó á este su devoto hijo.*

De alto valor fueron los regalos que se dignó hacerle la Reina de las vírgenes. Mérito fué de nuestro santo el haberse esforzado con todo ahinco en seguir el espíritu del Instituto, hasta llegar á imitar tan perfectamente, como el patriarca San Ignacio pide á los suyos, la castidad de los ángeles en la limpieza del cuerpo y mente; pero fué fineza de la Sacratísima Virgen María el no haber querido limitar sus favores con este fidelísimo siervo y el haberle enriquecido liberalísimamente, haciéndole muy semejante á Aquel que se apacienta entre lindas azucenas.

Cierre este capítulo el retrato que dejó delineado la pluma del P. Cepari por estas palabras: *Era doncel grave sin afectación, alegre sin liviandad, en el exceso de sus mayores contentos la risa nunca excesiva, humilde su semblante, modesto y edificativo; con todos conversaba con dulce afabilidad y agrado, y si concedemos que su trato era serio y grave, no era empero enojosa, sino muy risueña su gravedad. No se le oyó motejar, ni burlar de ninguno, ni por vía de entretenimiento, ni tampoco ridiculizar las cosas de otros, ni porfiar, ni querellarse, ni mostrar resentimiento de cosa que le hiciesen; no daba lugar al*

enojo, ni se le calentaba la boca de suerte que alzase el tono más de lo justo, si bien era de natural vivo y despierto. Alabado no se ufanaba, antes se cubría el rostro con velo de humilde sonroseo; reprendido ó ajado no volvía por sí ni se ponía mustio, antes se humillaba mostrando placer y contento sin indicios de alteración; en los casos adversos no se desazonaba, ni desmayaba en las empresas del servicio de Dios, antes confiado en el favor divino, daba á los otros aliento y esfuerzo. En el obrar era listo y expeditivo sin ansiedad; no prevenía las ocasiones con apresuramiento demasiado, ni las dejaba pasar por flemma ó negligencia; en todas sus obras, en fin, resplandecía un cierto lustre de devoción que le recomendaba al respeto de todos y hacía que todos comúnmente hablasen de él con reverencia y aprobación.

Todo esto dice el P. Cepari, testigo ocular de mayor excepción ¹, cuyas palabras son suma y contraprueba de cuanto hasta el presente llevamos referido.

¹ Vita, part. II, § IX.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



CAPÍTULO VI.

SU OBSERVANCIA REGULAR.

- I. Careció de gracias extraordinarias.—La guarda de las reglas.—Vigor de su propósito.
- II. Depositiones procesales.—Sus luces y propósitos particulares.
- III. Casos de edificación.—No pedía licencias generales.—Ejemplos dentro y fuera de casa.
- IV. Máximas sobre la observancia.—Testimonio insigne.—Dormía sobre las reglas.—Reflexión oportuna.

I

GRANDE fué, como acabamos de ver, la pureza de este benditísimo mancebo, poderosa por sí sola para poner admiración en ángeles y hombres. Pero no es la inocencia suficiente para coronar á un héroe, y hacerle digno de la veneración de la Iglesia. Muchos nombres guardan en sus crónicas y anales las santas religiones, y la Compañía posee no pocos, de jóvenes ejemplares que se aventajaron por el candor de la estola bautismal, aun en medio de peligrosos azares, sin que por eso hayan merecido ser propuestos á la admiración de los fieles como dechados de religiosa perfección: ¿qué gracias les han faltado para honrarse con el glorioso renombre de héroes? Si no pasmaron al mundo con el

estruendo de sus hazañas, tampoco las acometió el modestísimo Juan. Si no se levantaron por los aires perdido el uso de los sentidos, tampoco hubo quien sorprendiera á nuestro devotísimo Juan arrobado, ni echara de ver en él cosa de contemplación que asombrase por su novedad. Si no leyeron en el porvenir ó en el fondo de las conciencias, tampoco tuvo don de profecía nuestro pacífico Juan. Al contrario, ninguna cosa hizo que todos los religiosos de la Compañía, en particular los estudiantes, no cumplan por un igual. Esto no obstante, sin carismas, sin éxtasis, sin milagros, fué un héroe de santidad, enriquecido de virtudes heroicas, merecedor de todo nuestro acatamiento. La razón hela aquí.

Ya de novicio vimos cuán puesta tenía la mira en una santidad muy subida de punto. Para darle alcance no buscó otros auxilios que las reglas de su Orden: en las reglas halló medios bastantes para satisfacer su hambre de santidad. Las reglas y constituciones, demás de contener la substancia, documentos y perfección de las virtudes religiosas, enseñan también su práctica y ejercicio según el espíritu de la Compañía; y porque son varias y de exquisita dificultad, y porque piden almas del todo muertas á sí, y sólo vivas en Dios y para Dios, puede con verdad decirse que en el puntual cumplimiento de ellas se contiene el tesoro de todas las virtudes sólidas y perfectas. Abracemos, pues, gustosos la conclusión asentada por el primer biógrafo, el P. Cepari, diestro conocedor de su maciza virtud. *Un joven, dice, que no se diferenció de sus Hermanos en las asperezas, ni en los ejercicios espirituales, ni en obras extraordinarias, halló en el camino trillado de las reglas y constituciones de su Instituto, guardándolas exactamente,*

manera de señalarse y aventajarse entre todos ellos.

Son las reglas al religioso lo que al ave las alas; si cargan al que las lleva, levantan á lo más alto del cielo. Nuestro gran Patriarca las encarece y encomienda con palabras de mucho peso. *Todos, dice, nos animemos para no perder punto de perfección, que con la divina gracia podemos alcanzar, en el cumplimiento de todas las constituciones y modo nuestro de proceder.* En este fundamento hizo pie nuestro bendito mozo, y como quien había aprendido del espíritu del Santo Fundador á tener librado el aumento de la santidad, no en actos heroicos, que raras veces se ofrecen, sino en la perfección de los ordinarios, que menudean á todas horas, animado con la gracia interior de su vocación, por este camino vulgar tomó un vuelo tan alto, que llegó á tocar las estrellas, y desde allí anima á la juventud religiosa á subir por el mismo sendero.

Y es cosa muy para notada, á mayor edificación, que siendo uno de los timbres de San Ignacio, y tal vez el más glorioso, haber reducido á reglas de arte el ejercicio de la santidad, estableciendo medios acertadísimos dependientes de la propia industria, de suerte que dejado el que se ejercita á su propio trabajo con la gracia divina procure siempre, pues puede y debe, andar adelante en la vía del divino servicio, sin depender de los favores que no están en su mano sino en la de Dios; puede bien decirse que nuestro bienaventurado Juan halló arte de hacer suyo el espíritu de tan gran maestro, y de seguir con valentía el camino trazado por él, y de adaptarse perfectamente á la medida de sus intentos; porque se ajustó á su enseñanza, se guió por sus preceptos, se nutrió

de su mismo vigor, y dejados rumbos peregrinos, por esta senda ordinaria fué ganando á fuerza de brazos el puesto del eterno descanso. Su vida vino á reducirse en la Compañía á cinco años de constancia en la guarda de las reglas, sin perder punto de perfección; toda ella fué conato sin desistir, adelantar sin desfallecer, andar perdido por sacrificarse á la regla. Esta fué su sed devorante, este el cuchillo, este el verdugo que le hizo en realidad de verdad víctima muy agradable á los ojos de Dios.

Dificultades le salieron al camino, sugerencias del enemigo le convidaron blandamente á moderar el paso; ni las admitió ni las atendió; porque hubieran retardado la carrera del ciervo herido que anhelaba vencer la subida del monte escarpado. Sólo admitió lo de regla, porque en la regla veía cifrada la substancia de la santidad. Tropiezos no los conocía; respetos no le hacían fuerza. Pues donde la materia de los actos era continua, y la diligencia y tesón extremados, no podía resultar sino un no comparable caudal de merecimientos y un imponderable peso de gloria. Así que, puesto su único afán en mirarse en la clara corriente de las reglas, consideradas por él como canales por donde le venía encañado el manantial de la gracia; esta porfiada perseverancia fué parte para que el Espíritu Santo acabase de grabar en él la imagen perfecta del divino original Jesucristo. El que en Malinas había echado las primeras líneas del dibujo, aquí en Roma, prosiguiendo con el mismo tenor de observancia y aun con pasos de adelantadísimo gigante, realzó con nuevos retoques, iluminó con nuevas luces y puso con sus colores en perfección el trasunto que siendo novicio había bosquejado. En no más que un lustro,

hízose regla viva de perfección, modelo de encumbrada virtud, espejo de altísima santidad. Por manera que siendo á la sazón muchos en el Colegio Romano, donde concurría la flor de las provincias, los que iban por el camino del Instituto, uno sólo fué el que arrebató el laurel de los héroes en religión. Providencia singular: con ella Dios por sus secretísimos fines, glorificando á este siervo, quiso, no abonar como quiera el Instituto, aprobado ya por tantos Pontífices, sino canonizar la vida común de la Compañía, y patentizar á sus jóvenes, que sin imaginar peregrinos derroteros, pueden merecer con seguridad por una vía trillada las coronas de los Luises y Estanislao.

Entremos ya en el teatro donde por medio de la observancia regular todas las virtudes arrojaron á la vista resplandor y claridad propia. Acabemos de alzar el velo que cubre esta gigante figura. No se muestre enojada la historia si carece aquí de aquellas proezas que con su majestad y exorbitancia suelen engrandecer el carácter de los héroes: baste para gloria del nuestro señalar exacta y menudamente las acciones sencillas y domésticas que adornan su vida. No de otros rayos se compone su corona.

II

Si por las bocas de los buenos florece la verdadera alabanza, conviene conste primeramente qué juicio formaron los Padres más graves de su observancia regular. El P. Massucci le propone por estas sencillas palabras: *Como medio para*

*llegar á su intento se propuso la puntualísima guarda de las reglas; de ellas fué siempre fiel seguidor sin caer en escrupuloso: jamás quebrantó una que es una á sabiendas, con ser tantas y tan diversas. Y esto que digo no se entiende solamente del tiempo que le dirigi, sino también de toda su vida religiosa*¹.—No es menos autorizado el testimonio del P. Piccolomini. *Cerifico, dice, que en estos tres años de filosofía, tratando él conmigo frecuentemente, y viniendo á mí aposento una ó dos veces al día por lo común, ninguna advertí en él en público ni en privado falta ni aun mínima, sino maravillosa circunspección junto con inalterable proceder en obras y costumbres.*—Más terminante es el P. Oliva cuando escribe: *Estoy pronto á jurar que en los años que fué condiscípulo mío, no recuerdo haberle visto quebrantar una regla, ni notado una imperfección en palabras ó en acciones.*—Con más claridad todavía expresó este concepto un novicio de Malinas. *Lo sé, dice, de muy buen original: nada menos que de los que vivieron con él: ellos afirmaban que era viva copia de las reglas.*—Eche el sello á estos atestados la pluma del P. Sbarra, quien por ser ministro del Colegio Romano tenía cargo de mirar solícito por la observancia y disciplina doméstica. *Jamás, dice, eché yo de ver ni llegó á mis oídos, que faltase á regla alguna; ninguna imperfección en su conducta; sino muy al revés una vislumbre de santidad daba alma á todo cuanto hacía.*

Todas estas declaraciones constan en la sumaria información y proceso de Roma.

¹ Proc. rom., pág. 226.

Mucho aprietan, y largo tiran los testimonios; dejan entrever en sus renglones que lo afirmado en términos terminantes no era cosa que tal cual lo supiese, sino cosa de pública notoriedad. Mas todos ellos no son al cabo sino resplandores de aquellos propósitos de fuego que lucen en cada página de los papeles de Juan. Démosles honroso lugar. *El Instituto de la Compañía, dice, es obra tan primorosa, tan divinamente vaciada en los preceptos y consejos evangélicos, que si soy fiel en guardar sus prescripciones no solamente seré como quiera perfecto, sino que alcanzaré un elevado punto de santidad. Procura familiarizarte con el Instituto: cuanto mayor estima le cobreres, más aprovecharás: has de apreciarle como aprecias á tu bienaventurado Patriarca. Porque si la vida de nuestro B. P. Ignacio representa sus obras y los actos de su fervoroso corazón, las constituciones declaran la alteza de sus pensamientos. Emplearé los tres primeros días de cada mes en repasar meditando todas las reglas. Tengo de aborrecer como lepra la exención de la regla. Si me aconteciere alguna vez cometer falta contra las reglas, tengo de pedir humildemente penitencia toda la vida. Antes reventar (disrumpar) y morir que atropellar voluntariamente cualquiera disposición ó regla la más pequeña. Primero perder la salud, que aflojar en una regla cualquiera.*

Expresiones son estas que retratan con sus perfiles y colores al gran celador de las reglas, y publican á la clara que en su observancia ponía toda la fortaleza. Pero más que el conocimiento y propósito edifica la ejecución de él y la firmeza con que hacía correr parejas la luz con las obras, teniendo, como del sabio dice el Espíritu Santo, el

corazón en la mano derecha, al revés del necio, que le tiene en la siniestra, y borra y corrompe la figura y obra de Dios.

III

o siempre es la vida común el tenor de vida del común de los religiosos. El Hermano Berchmans sabía de muy buena gana hurtarse al modo vulgar de los muchos, cuando iban fuera de la práctica regular: no podía avenirse con abusos introducidos. El día de San Apolinar casi todos acudían al Colegio Germánico á oír visperas cantadas. Viendo un estudiante que el Hermano Juan se había quedado en casa, preguntóle el porqué; y respondió: *A mí no me gusta salir sino los días señalados de regla, y esos me bastan*¹. Al volver otro día de paseo, como se iba acercando la hora del mediodía, atajó la conversación para dar aviso al compañero, que era Alejandro Gottifredi: *Hermano, es el examen: hagdmoste en el camino, por si no tenemos tiempo de hacerle en casa.*

Otro día encontróse en la granja con Octavio Falconí, y convidóle á pasear por una alameda. Estaban en amigable conversación, cuando de repente la campana hace señal de bajar al refectorio; y aunque había licencia para continuar hablando, vuelto el Hermano Juan al Hermano Octavio le dijo: *Yo tengo la costumbre de hacer un ratito de examen por el camino, y tomándole la delantera, sin más palabra le dejó.*

¹ Proc. rom., pág. 414.

Que el toque de la campana fuese para él la voz de Jesucristo, era común persuasión de todos. Al anoecer, en los círculos de clase, así que la campana llamaba á salir, el santo mozo comenzaba á desasosegarse, como si le tuvieran en brasas, si alguno menos avisado proseguía el argumento, apurando la dificultad ó completando la respuesta. Tan menudo y puntual era en cosas de disciplina doméstica. ¡Cuántas veces le acaeció estar arrodillado delante del Santísimo, ó en el altar de San Luis, y súbitamente, en oyendo la campana, levantarse y partir como viva centella! Y no pocas le cogió la campana en el acto de hincar la rodilla; entonces, sin más que acabar la genuflexión, salía á cumplir la voz de Dios.

Hacíasele caso feísimo allanarse al gusto de otros, cuando desdecía de la regla. En las calles donde se apiñaba la gente, rompía sin reparo el hilo de la conversación, por no atropellar la santa regla. Un caso notó Nicolás Radkai en las informaciones. *La vispera de Santa Inés, dice, fuimos con licencia á visitar la iglesia de la Santa, y como nos encontramos en la calle con harta gente, me dijo: Hermano Nicolás, sabe V. muy bien que no podemos hablar donde hay gentío: con que recemos juntos el Rosario. Yo respondí: no hay para qué, pues el fin de la regla no es prohibir que del todo se hable, con tal que se haga en voz baja. ¡Donosa razón! exclamó, y sin meterse en más, sacó sus cuentas y anduvo todo aquel trecho con los ojos en el suelo; de esta manera rezamos tres ó cuatro partes de Rosario. Otras veces, yendo juntos á la casa profesá, me propuse hacerle entrar por la puerta de la iglesia. A mis reiteradas instancias replicaba con entereza: no puede ser, se dijo una*

vez en el refectorio que no se haga, y está en la regla: no seré yo quien dé margen á semejantes abusos¹.

Cosas tiene la disciplina de una casa religiosa, que con licencia de los superiores podrían muy bien hacerse, ni es violar la regla pedir para ello permiso. El Santo se ajustaba mal á licencias generales. *Non facile petam facultatem generalem pro aliqua re*, este era su propósito; no que tachase de imperfección al que se proveyese de permisos generales, pero el no sacarlos le servía para atar con más fuerza su libertad de obrar y le obligaba á más ilustres victorias. Aun en casos particulares era muy cauto en el pretender dispensas. Así lo testimonia el P. Tesauro por estas palabras: *Durante el tiempo que estuvo arriba en el Retiro, rarisimas veces acudía al P. Rector, diciendo que le bastaba dar cuenta de conciencia con él, y que no tenía más que tratar con su Reverencia, porque era poco aficionado á exenciones, ni tenía escrúpulos, congojas ni negocios*². Si licencias pedía, era para visitar y servir á los enfermos de casa, y procuraba con cuidado manifestar que con permiso obraba, sin andarse en epiqueyas ni probabilidades.

Oigamos los apuros en que le metía á veces su misma puntualidad. *Aprelado por un catedrático, fui dos veces á sacar dispensa para dejar de ir al Jesús, á oír la lección de Escritura. Cada vez que en ello pienso me duele en el alma. El motivo que me hizo entonces fuerza es éste; la regla no impone obligación de ir al Jesús, porque dice que se ha de oír la lección sacra cuando*

1 Proc. rom., pág. 505.

2 Proc. rom., pág. 399.

la hubiere en nuestra iglesia. *Ahora parece claro que el Jesús no es iglesia del Colegio: y la razón es también porque cuando hay sermón en el Jesús, no se deja de tocar á examen en el Colegio, siendo así que la regla dispone que los días en que haya sermón no se toque á examen. Este fué el motivo que me impulsó á dar gusto al Padre catedrático: y sin embargo lo he sentido vivamente, y quiero informarme mejor y salir de dudas. Si la regla se entiende del Jesús, no volveré á pedir más dispensa de la obligación de ir allá. Esto sabemos de un abonado testigo*¹.

Del suceso siguiente da cuenta el P. Cornelio Alápide con estas palabras: *Estando un día en mi cuarto oigo llamar á la puerta: respondí al punto, entre; pero nadie entraba. Al cabo de rato llamaron segunda y tercera vez. Levantéme para ver quién era, y me encuentro con mi modestísimo Berchmans, el cual, anticipándose dijo: Padre, vuestra Reverencia tendrá que perdonar la molestia, no entré porque no tenía licencia*².

Los filósofos noveles, durante el año de separación, no podían salir del Retiro sin permiso; jamás el Hermano dejó de pedirle. Tenían también prohibición de hablar con los del tercer año; jamás les habló. Volvía de la granja con otros dos; encontráronse en el camino con una pareja de tercero; éstos por caridad ó por gusto convidaron amigablemente á la terna del Hermano Juan á volver juntos al Colegio, pero él, que en tales coyunturas no guardaba puntos con nadie, agradeció la invitación, alegando la costumbre y la

1 Proc. rom., pág. 443.

2 Proc. rom., pág. 482.

orden del Colegio que lo contradecían formalmente ¹.

Habiendo salido del Retiro, aconteció un día que un Padre belga, Juan Brisselio, estaba en conversación con Guillermo Van Aelst, compatriota de Juan. Acertó éste á pasar por allí. El Padre, deseoso de ofrecerle un rato agradable, le llama. Acude Juan á la voz; pero reparando en el Hermano Van Aelst, que era todavía *junior*, se estuvo allí quedo sin entrar á la parte en la conversación. Como el Padre se lo advirtiese, le respondió: *Vuestra Reverencia sabe que no podemos los veteranos conversar con los junióres. Acabe Vuestra Reverencia con el Hermano Van Aelst, y me tiene luego á su mandar* ².

¿Cuántas veces ha hablado, Hermano Juan, con el Hermano Van Aelst desde que está en Roma? le preguntó el P. Lorenzini.—Hace tantos días (y se los contó al punto) que no nos hemos hablado.—¿Han roto lanzas acaso? insistió el Padre en son de broma—Por Dios, P. Lorenzini, no; somos muy Hermanos; sólo que como él vive arriba en el Retiro, no podemos vernos sino raras veces.

Paseaba en la casa de campo con los Hermanos por una calle de nogales que habían ya esquilado. Uno de ellos, Nicolás Radkai, pesquisando en las ramas, dió con una nuez, y alargando la mano la arrancó.—¿Qué hace, hermano Nicolás? dijo al punto nuestro filósofo.—Es un rebusco, respondió el estudiante, y no creo yo que la regla se extienda á estas niñerías; á más de que han dicho los Hermanos que se pueden coger todas las nueces que que-

¹ Proc. rom., pág. 495.

² Ceparí, *Vita*, part. II, § VI.

dan en los frutales después de alzar la cosecha.—A lo cual respondió el Santo: Brava manera de interpretar; abunden ellos en su sentido; mas yo, añadió encogiéndose de hombros, yo que mi Hermano, no lo haría; no soy amigo de epiqueyas ¹.

Para que esta delicadeza no la acriminen los imperfectos de nimiedad y demasía, baste de paso insinuar lo que muy á la larga escribió un varón tan autorizado como el P. Oliverio Manareo al P. Leonardo Lessio, respondiendo á ciertas dudas en materia de pobreza. Dice el P. Oliverio en el punto sexto, que la libertad de tomar para sí una fruta que se encontrase acaso caída en tierra, era reputada en tiempo de San Ignacio por falta reprehensible, y sin remisión se castigaba con pública disciplina. Tras esta autoridad está muy en su lugar la grave reflexión que hace aquí el P. Ceparí. Las personas del mundo y de conciencia suelta pondrán, dice, los pormenores referidos en el recuento de las naderías y pequeñeces; pero los varones espirituales, que tienen más vivo conocimiento de las cosas de Dios, sabrán medir por estos efectos los primores de una conciencia recta y delicada, y apreciarán como polvos de oro fino lo que otros se verán tal vez tentados á tener por oropel, ó á menospreciar por cosas rateras y de ninguna substancia.—A la verdad, lo que da más peso á estas al parecer fruslerías es que, á ser ellas de tan poca entidad, no habían de pesar tanto en la balanza de hombres doctos y espirituales del talle de los Belarminos, Lugos, Piccolóminis, Alápides, Olivas, Ceparis, que las notaron en las informaciones procesales: y pues gente tan grave y autorizada canonizó la virtud de Juan y

¹ Proc. rom., pág. 510.

creyó honrar sus propias canas con estas declaraciones, razón será que arguyamos de presumido al que intentare poner su observancia regular en la jurisdicción de lo trivial y baladí.

DIFÍCIL tarea, si no imposible, reducir á guarismo, y más ardua cosa referir por menudo, los actos que acreditan su extremada regularidad; los cinco años de religión componen una delicadísima tela de reglas perfectamente guardadas sin mala mezcla que desdore la finura del tejido.

Baste para cifrar en un punto todos los que se pasan en silencio, fijar la consideración en aquellas dos máximas favoritas suyas que leemos en sus papeles: la primera, aborrecer como peste toda exención de regla; la segunda, no pedir permisos generales. Con la primera se sujetaba á no hacer menos, con la segunda á no hacer más que los otros, y cortaba de golpe la vanidad y licencia de los que salen del camino común. Con estos dos clavos le traía su mismo fervor crucificado con la comunidad, siguiéndola en todo y por todo. El día de la fiesta de San Ignacio asistió á la función del Jesús: á la vuelta le preguntó el compañero, qué gracia había pedido al Santo Padre. El respondió: *la de morir en la Compañía sin haber faltado á regla ninguna deliberadamente.* Por los Procesos sabemos que solía pedir á San Ignacio la gracia de no traspasar á sabiendas regla ni ordena-

ción de los superiores ¹, y al morir se consolaba cuando tenía presente haber conseguido esta merced. Pero á mucho más que eso se extiende la declaración del P. Bargagli. *En cuanto he podido observar, dice, durante el tiempo que le traté, en ninguna coyuntura le advertí falta ni transgresión de regla, ni aun por inadvertencia; y es mucho más que lo que él propio decía, esto es, que no se acordaba de haber quebrantado regla ninguna voluntariamente* ². Mucho significan estas breves palabras: suman todo lo dicho y lo que la pluma no alcanza á expresar, ni apenas el concepto á imaginar.

En fin el P. Cepari, para representar de alguna manera lo que tampoco por ninguna sabía dar á entender, tratando del amor que á la observancia tenía este singular mancebo, refiere un hecho que llama nuevo y nunca oído ni leído hasta entonces, y es que, llevado de su afición, para figurar el descanso y seguridad que en las reglas tenía, al irse á la cama todas las noches tomaba el librito de las reglas, y se las ponía debajo de la almohada: así dormía sobre ellas tranquilamente sin cuidados, como el niño en el seno de su madre.

Ahora, pues, si al afán con que andaba actuado en las obras ordinarias juntamos la discreción, fervor, diligencia, perseverancia, que traían su alma bañada de claridad y rebosando contento, ¡con cuánta razón le admiraremos campeando como prodigio entre todos los estudiantes de Roma, si portento para la admiración, modelo ejemplar de religiosa imitación! ¡Qué gracia y gentileza tiene este árbol plantado en el verjel de la Compañía

¹ Proc. rom., pág. 372.

² Proc. rom., pág. 390.

ña, cercado del valladar de las reglas, regado con las gracias de la vocación, adornado, si no cargado, de dulces frutos de virtudes, lleno de majestad y lozanía, grato á los ojos de todos y mucho más al celeste jardinero!

¿Qué pensarán de este dechado de regularidad los jóvenes del siglo que creen necesario desterrarse del trato humano para labrar la corona de las virtudes? ¿Qué estado hay en la Iglesia de Dios, que no reciba su santificación del cumplimiento de sus propios deberes? ¿Y qué deberes hay tan arduos que no consten de una serie de acciones, menudísimas por su tamaño, muy hacederas tomadas una por una? ¿Y qué acción hay en particular que se llame imposible, si se mira con qué facilidad y perfección este santo mancebo practicó las pequeñísimas de que consta toda su vida?

Por esta causa San Juan Berchmans parece una de aquellas providencias seculares, que Dios ordena de cuando en cuando para llamar al camino á los que andan perdido el norte, tentando riesgos y nieblas. La marca de su virtud está en la regularidad: aquí se suman todas sus hazañas é intentos. Mudarse á cualquier viento fuera para él culpable liviandad, alojar en la ejecución flaqueza notable, cansarse de ir adelante torpísima inconstancia. Para ser el que debía, hizo el sacrificio del amor propio, de la sensualidad, del antojo, de la libertad. Cuán entera y perfectamente se sacrificó lo prueba con toda evidencia el no hallarse en su vida un solo acto desordenado. No resplandeció con dones extraordinarios, pero sí con el extraordinario esfuerzo en seguir el camino ordinario por donde va el común de los jóvenes seglares y religiosos. Esta fué la providencia de Dios. Lo que más asombro causa á las gentes en

los santos y se los pinta más grandiosos, no es tanto lo que ellos hicieron en sí con la gracia de Dios, cuanto lo que hizo Dios en ellos. Para poner Dios enmienda en este error de los hombres vulgares y autorizar más la virtud, ha querido que en este gran siervo suyo pareciese la santidad desnuda de los primores que hacen deleite en los sentidos, y solamente adornada de aquel resplandor que hermosea y enaltece las obras santas. Porque toda esta historia está ceñida de actividad y llena de tesón de alma para contrarrestar las repugnancias de la flaca naturaleza: y esto viene á significar el mismo vocablo virtud, conato, fuerza, vigor en el bien obrar que se adquiere con repetición de actos.



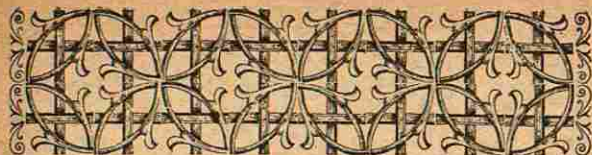
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPITULO VII.

SU ESTUDIOSIDAD INFATIGABLE.

- I. Dictamen acerca de ella.—Cuál era el fin de sus estudios.—Sus prendas naturales.—Amor y veneración á los maestros.
- II. Su amor al orden.—Afán de aprovechar el tiempo.—Testimonios.—Sus ansias de saber. Escritos que dejó.
- III. Ardor del estudio con fervor de oración y caridad.—Examen de toda la filosofía.—Sustenta el acto público.—El buen estudiante de la Compañía.

I.

GRANDE fué el esfuerzo con que aspiró á la perfección de las virtudes religiosas. El paso alentado para alcanzarlas no parece le pudiera dar tiempo para recoger las flores de la sabiduría: tan atareado anduvo en acrecentar sus actos. Mas habría sido su santidad muy imperfecta á no haber hermanado con las virtudes religiosas la estudiosidad, virtud religiosa también. Su grado de escolar de la Compañía le precisaba con grave obligación á juntar con las virtudes la ciencia.

El arte dificultosísimo de componer virtud con letras, fué uno de sus más hermosos timbres de gloria. El que era primero en la regularidad, fué sin segundo en la aplicación al estudio. Si las

reglas concernientes á la formación del perfecto estudiante de la Compañía se hubieran perdido en vida de Berchmans, bastaba poner la atención en su proceder para volver á trazarlas: con estas expresiones ponían de relieve sus condiscípulos el concepto que les merecía su estudiosidad, como le habían ya declarado acerca de su modestia.

El blanco de sus estudios era altísimo y sobrenatural. *Vine á la religión no á holgar, sino á estudiar. Los herejes vemos no perdonan á fatigas ni á privaciones en razón de levantar bandera contra Jesucristo; ¿y tú andarás remistente en armarte con el estudio para defender á tu Salvador? Los mundanos, para granjear vano renombre de sabios, se condenan á improbos trabajos; ¿y tú tendrás menos celo por la gloria de Dios que ellos por la suya propia? Estudia seriamente, afánate, no se te pase punto de tiempo, toma nota de cuanto tenga algún interés*¹. En estos dictámenes fundaba su grande amor al saber.

Adornóle el cielo con dotes relevantes, cuales piden los estudios de filosofía. Junto con un buen entendimiento capaz de diversos ramos y de penetrarlos profundamente, poseía activísima aplicación al estudio que le ayudaba á distribuir las fuerzas del ánimo y á ocuparlas en varios intentos. En el tesón y estudiosidad, si alguno le igualó, ninguno le hizo ventaja². Su memoria prodigiosa le suministraba exacta, oportuna y fácilmente cuanto una vez había oído ó leído. Estas prendas le señalaron á la atención de sus maestros como na-

¹ Proc. rom., pág. 468.

² Cepari; *Vita*, part. II, § xv.

cido para las ciencias. Tal es la idea que resulta de las informaciones del Proceso. El P. Piccolomini, catedrático de metafísica, le graduó de *ingenio excelente y muy hábil para abrazar á un tiempo muchos ramos en grado eminente*. El P. Grassi depuso como sigue: *En la parte matemática que me oyó, dió á conocer gran capacidad para comprender cuanto le decían; y en la opinión de todos pasaba por de grandísimo talento. Fué de memoria estupenda, porque todo lo que en el encerado se escribía, vuelto á su aposento lo anotaba en un cartapacio, que ahora aquí guardo por reliquia*¹. Con igual encarecimiento aclamaban la perspicacia de su ingenio y la comprensión de su entendimiento y memoria, los condiscípulos que tuvo².

Pero, ¿cuándo mereció el talento, aun coronado de laureles, tomar asiento entre las virtudes religiosas? ¿Cuántos sabios hallaron en los rayos de su florido ingenio el castigo de su presunción? Este santo mozo no sepultó las prendas naturales; cultivólas con diligencia, pero como buen negociante, poniendo á logro sus talentos, granjeó insignes ganancias. Era todo su anhelo adiestrarse según sus alcances en todo linaje de erudición, aunque no le hubiera de servir, para hacerse más idóneo en bien de la Compañía. Miraba de frente lo arduo y lidiaba con lo dificultoso, ni había trabajo que se le hiciera cuesta arriba como se ordenase á formarle sabio y hombre de letras. El suceso fiaba de solo Dios.

Campo espacioso descubre aquí nuestra vista. ¡Ojalá pudiéramos penetrar en las aulas y descri-

¹ En el tomo de matemáticas se ven delineadas con gran primor figuras de geometría y física. Proc. rom., pág. 245.

² Proc. rom., pág. 409.

bir aquella suspensa atención, aquel afán de apuntar, aquellas vivas ansias de saber, todo acompañado de rara modestia! Pongamos los ojos en las ocupaciones diarias. Terminada la clase, repite la lección con los alumnos del Colegio por espacio de media hora. Grande es el respeto y atención con que le escuchan. Al dar la media los deja al punto sin una palabra de más. Sube en seguida al aposento, repasa deligente las lecciones, examina altercando consigo mismo las razones, arguye sobre ellas para mejor entenderlas. Acontece á veces que no acierta á sacar de cuestión sus dudas, ó no halla salida á las dificultades; pónese, pues, de rodillas, y con el afecto de hijo pide lumbré al Dador celeste con esta humilde plegaria: *Domine mi, tu scis me hanc rem sine speciali auxilio tuo intelligere non posse: oro igitur ut me adjuves. Da mi, Domine, sedium tuarum assistricem sapientiam ut mecum sit et mecum laboret. Aperi mihi hujus rei intelligentiam.* Unas veces se levanta de la oración sin sombra de duda, otras la misma luz le descubre nuevos abismos.

Dirigese al cuarto del Padre catedrático. Si al llegar conoce que alguno está dentro, espera en pie; entra luego con los ojos bajos, inclina la cabeza después de saludar al Padre, y con el respeto en el corazón, bonete en mano, comienza á proponerle sus dificultades. El Padre le obligará á cubrirse; él lo hará con agrado, mas á condición de descubrirse á cada nueva dificultad, aunque tornándose á cubrir sin necesidad de advertencia¹. Su discreción en estas circunstancias no conoce el ceño del encogimiento. En el proponer las dificul-

1 Proc. rom., pág. 476.

tades tendrá buen cuidado de hablar en latín. Si á la primera respuesta del Padre no penetró la solución, queda un rato pensativo, pero con humildad suficiente para confesar: *Vere, Pater, non intellexi*; de veras, Padre, no entendí¹. Pero si realmente entendió, mas no ve del todo desvanecida la dificultad, lejos de hacer alarde de ergotista porfiado, opone las objeciones cual si nacieran de la cortedad de sus luces, con sólo el fin de dejar bien asentada la tesis. Satisfecho, finalmente, da las gracias al Padre y toma la puerta sin añadir más palabra.

La reverencia y atención á los maestros era muy grande. En los tres años que estudió el curso de artes, á ninguno causó desazón ni enfado, ni habló de ellos palabra que no fuera de sumo respeto². *Alababa*, dice Radkai, *la manera de exponer que tenían, nunca se quejaba de si eran largos ó cortos ó apresurados en el dictar*³. Y más que el modo, celebraba la doctrina, con ellos siempre sentía, defendía sus opiniones, despertaba entusiasmo en los compañeros y daba á entender claramente la pena que sentía al ver puesta en contradicción la enseñanza ó sentencia de sus profesores. Era de ver cuando algún Padre por vía de entretenimiento combatía ó metía en cuestión las opiniones de su profesor, con qué viveza y calor volvía por él y tomaba su nombre sobre sí⁴. Este grandísimo respeto le inducía á depender de sus maestros en todo, y á obedecerles á todo riesgo; nada rehusaba de lo que á ellos les parecía, ninguna cosa quería emprender sin su voluntad, en todas

1 Proc. rom., pág. 450.

2 Cepari, *Vita*, part. II, § xv.

3 Proc. rom., pág. 495.

4 Cepari, *Vita*, part. II, § xv.

prefería ver el sello de su beneplácito. Presentábales de vez en cuando sus tareas, comunicaba con ellos los proyectos de su celo, y seguía ciegamente sus consejos, como quien estaba resuelto á no poner manos en cosa ni continuar las comenzadas sin la aprobación de los representantes de Dios.

Mas no se ciñen á solas éstas las muestras de su amor y reconocimiento. Cada semana lleva á los maestros, como ramillete espiritual, un papel de preces, mortificaciones y actos de virtud que por ellos ha ofrecido. Y aunque hechas en público estas finezas fueran laudabilísimas, hácelas él en secreto por evitar los peligros del vicio. El extremo de su franqueza infantil llega hasta el punto de dar parte á uno de ellos de los secretos de su alma. Dispúsole así la divina providencia á fin de que por caminos diversos viniesen á noticia de todos los muchos ejemplos que dió.

II

PERSUADIDO á que la ociosidad es origen de todos los males, en lenguaje de San Ignacio, quien no quería tuviese en casa lugar, para verse libre de los infinitos daños que acarrea esta madrastra de las virtudes, se aplicó al arte de emplear bien el tiempo. El orden en las obras es medio muy principal para bien ocuparle, y ayuda grandemente á formar la juventud. Juan, amiguísimo del orden, para evitar que se atropellen unos con otros los quehaceres, conciertalos de antemano y distribuye á cada uno su determinado tiempo y lugar.

Válese de los días de retiro antecedentes á la renovación de votos: allí hace repartimiento de las menudas partecitas del día, señalándoles su tarea conveniente. Ni determina tan sólo las obras, pero aun el modo y traza de ellas, de suerte que resulte gusto y provecho, y descende á cómo se ha de preparar para la meditación, cómo para la comunión, cómo dará gracias en diversas épocas del año, cómo ha de acostarse, levantarse, estudiar tal y tal cosa; ni queda satisfecho si no previene las ocasiones que puedan sobrevenir, y discurre particularmente, y tasa y resuelve qué hará si ésta y aquélla en tal caso se ofreciere. Y lo que después de hecha oración quede asentado, se llevará á cabo sin remedio, por más razones que le asistan durante aquel semestre: aunque si terminada esta época conoce claramente la necesidad de retocar algo, en vista de impedimentos que se atravesaron, entablará otra distribución de horas y pondrá en ella las manos con igual puntualidad. De ahí que siempre ande apercebido en todo cuanto trata, y guarde una cierta inmutabilidad, como reloj bien concertado, con sosiego y aprovechamiento admirable. Así pasa alegre los días, así responde á las obligaciones de estudiante, con gusto sin tedio ni turbación.

Convencen esta diligencia y declaran con cuántas veras metía todas las velas de su industria en negociar el tiempo, las atestaciones de los Procesos con palabras muy honrosas. *“Su modestia, ejemplo, diligencia en el estudio le señalaron por estudiante irreprochable y modelo de todo el Colegio Romano:”* así su catedrático de filosofía moral ¹.—*“Tenia una aplicación tan ex-*

¹ Proc. rom., pág. 454.

quisita, que no creo posible otra mayor, ni la he visto parecida en ningún estudiante „: así su profesor de metafísica.—“La diligencia y aplicación al estudio no hallo vocablos con que declararla „: así su discípulo Pablo Oliva ¹.—“Pregúntele que cuánto tiempo daba al estudio: todo cuanto tengo y puedo, me respondió „: así Pedro Alfaro ²; significando en la concisión de la respuesta, que convertía en estudio todos los momentos sobrantes después de cumplir con las cosas espirituales de regla.

No se le iban de las manos los ratos que llaman perdidos, para él eran muy bien ganados. Sea que en los tránsitos del Colegio, ó en los de la casa profesa, ó en cátedra debiera estar aguardando, llevaba siempre consigo un librito de lectura y un cuaderno de apuntamientos ³. Con esto se hacía ingenioso de tiempo, y sacaba de poco mucho, cerrando el paso á la ociosidad. Poseía un alma tan grande y tan grandes los deseos de instruirse y salir docto, que de todo quería saber, en todo picar, de todo probar, á todo arrostrar, no desfloreando ligeramente y de corrida, sino desentrañando muy de asiento y provechosamente, como abeja industriosa, porque de todo esperaba hacer uso después.

Muy en breve se diferenció de los extranjeros en la esmerada pronunciación y en el acento italiano, idioma que llegó á escribir con harta facilidad ⁴. Para no descaecer en la inteligencia del griego, revolvía mucho el Evangelio de San Lucas teniéndole siempre en el bolso, y aun para más

1 Proc. rom., pág. 468.

2 Proc. rom., pág. 459.

3 Proc. rom., pág. 468.

4 Proc. rom., pág. 437.

adelantar, tomaba parte en una Academia de heleenistas que en el Colegio se formó ¹.

Llevaba puesta la mira, dice el P. Piccólomini, en habilitarse de su parte para todo, aunque para nada debiera ser útil; porque, como me decía, un hijo de la Compañía ha de tener capacidad y corazón para medio mundo; por esta causa no ahorra fatiga en aprender lenguas, erudición y ciencias „. Una cosa le advirtió el P. Alegambe, y es que, si bien deseaba con vehemencia dedicarse al uso de muchas lenguas para ayudar mejor á todos los hombres, miraba con predilección la misión castrense de Flandes. Con este ánimo pensaba reparar el francés y vivir por algún tiempo en los Colegios inglés y germánico, si los superiores se lo consentían, para hacerse con estos idiomas ². Un pecho apostólico como el suyo, de apostólicos intentos y de grandiosos designios se había de alimentar.

Leamos rápidamente los epígrafes de las obratas que consta escribió en los tiempos libres de estudio. Hállanse mencionados en los procesos los *quinternetti* ó cartapacios de apuntamientos espirituales; el resumen del P. Rodríguez; el compendio de las pláticas del P. Espiritual; breve suma de las pláticas del M. R. P. General; cuaderno de dificultades sobre las reglas; suma de la vida de muchos varones ilustres de la Compañía; catálogo de gracias concedidas á la Compañía por la Virgen Santísima; florilegio de pensamientos y de casos sobre la Virgen y sobre el Santísimo Sacramento; virtudes y milagros del B. Luis; gracias otorgadas por San José á sus devotos; lista

1 Proc. rom., pág. 408.

2 Proc. rom., pág. 647.

de los mártires y de todos los claros varones de la Compañía de Jesús. Algunos de dichos opúsculos, que aún quedan; se publicaron en Lovaina en 1868.

Rastréese por estos ensayos de su pluma cómo crecía en nuestro joven el empeño de cumplir debidamente con la suerte que le había cabido.



III.

DESCANSEMOS y respiremos: digo mal, quitemos los ojos de este dechado de actividad para ponerlos en otra no menos rara maravilla. ¡Cuán fácilmente el amor al estudio se convierte en pasión! pero su estudiosidad era, no curiosidad ni apetito de saber, sino virtud ordenadísima, el desemeño de la propia obligación. Y como sea la del estudiante de la Compañía acompañar virtud con letras, mancomunar ciencia y devoción, en tan dificultosa demanda echó la raya de gran maestro este incomparable artista. *He admirado en él*, dice el H. Bargagli, *una afanosa aplicación al estudio unida á una grandísima facilidad de dejarle por la oración y ocupaciones de obediencia*¹.

No se extrañe nadie de esto. Si se desvivía por el estudio, no era congoja su solitud, ni aflojaba la cuerda del arco, antes con saetas de frecuentes jaculatorias hurtando á los libros la atención poníala toda en Dios, con que venía á ser su estudio oración continuada, porque del rocío del cielo esperaba más que de la industria humana la fecun-

¹ Proc. rom., pág. 82.

dididad de los sudores escolásticos¹. Con esto, sacando una vez del asombro á uno que parecía echarle en cara el tiempo que se le iba los domingos y fiestas en devociones y lecturas espirituales, le respondió una máxima muy digna de ser meditada por los que manejan libros: *El tiempo que se gasta con Dios Nuestro Señor, no se puede dar por mal gastado para el estudio.*

Gustaba también de templar la tirantez de la ciencia con el ejercicio de la obediencia ó caridad. Para ayudar misas á deshora, para acompañar á los padres en tiempos imtempativos, para un menester cualquiera estaba Juan siempre á punto; al Superior le constaba la verdad de sus ofrecimientos y echaba mano de él en mil ocasiones. Los muy aplicados sabrán estimar en su justo valor este linaje de sacrificios. Estaba un día engolfado en una grave cuestión de metafísica, y le apremiaba la cercanía del acto público; llámale un Padre, si quiere salir con él; el lance era muy apretado para no mostrar repugnancia. Sin embargo de haber procurado encubrir y dorar al Padre la mucha que había sentido, vuelto á casa hizo propósito de consagrar meditaciones, oración y examen particular á combatir aquellos ímpetus de propia voluntad: en pocos días llevó de vencida el siniestro.

A 19 de Marzo de 1621, cinco meses antes de morir, cerró con un examen general todo el curso de artes. Merece leerse la preparación que hizo. *El abogado de este examen será San José, á la Virgen Maria le toca ser la protectora. Si me sale bien, rezaré tres rosarios á honra del Santo Patriarca. En el examen tengo de estar muy atento; responderé con serenidad, y siempre en*

¹ Proc. rom., pág. 459.

forma; será breve y claro en las explicaciones; antes de soltar los argumentos, si son largos, los reduciré á sus términos precisos, como no lo haga el Padre Catedrático. Nego, concedo, distingo, explico, serán mis respuestas categóricas, y las acompañaré de una brevísima razón. Una recia disciplina, penitencia en el rectorio, una parte de rosario me servirán de preparativo inmediato con la bendición del P. Rector.

Con tan santas disposiciones y con un buen caudal de ciencia filosófica entró en la palestra el día señalado, después de encomendarse á las oraciones del P. Gaudt. En esta clase de justas, en que se ponen á prueba los ingenios, unía el de Juan maravillosamente dotes que en muchos otros suelen andar encontradas: era valeroso sin altivez, modesto sin encogimiento. Cuando le tocaba defender, resumía por sus propios términos los argumentos del adversario, y respondía en forma con método y claridad. Si tenía por oficio argumentar, hacía lo con energía y limpieza, dando al defendiente lugar para repetir, resolver y explicar el argumento sin interrumpirle. Oída la respuesta y explicaciones, arremetía de nuevo, haciendo fuerza hasta rematar la objeción con acento vigoroso, pero con el alma tranquila, porque era señor de todos sus movimientos naturales, aun en la más animada contienda, y se mesuraba en el tono de la voz y en los ojos modestamente bajos.

El último examen que dió, según el parecer de los jueces, llenó de satisfacción y aun rayó más alto de lo que se esperaba. Fué tan por extremo lo que campeó su sazonado ingenio en este ensayo privado, que le nombraron al punto para sustentar en público el acto de toda la filosofía. Por la

tarde habiéndose el P. Gaudt hecho encontradizo con él para darle el pláceme, le salió Juan con esta respuesta: *P. Gaudt, San José ha dado muy buena cuenta de si: resolvió todas las dificultades.*

No se le podía ofrecer caso de mayor conternación á su modestia como un acto público, que sólo se encomienda á los muy aventajados. A tenerse que entender á solas con su humildad, hubiera declinado la honra, pero no atreviéndose á sentenciar en propia causa, consultó con el Padre espiritual, qué pedía en semejante caso la mayor gloria de Dios. Dos caminos se le ofrecían á su humildad: ó excusar el acto, ó ya que le aceptase defender sin replicar ni dar solución alguna, por huir del humano resplandor; en eso no hiciera más que seguir los sentimientos de San Luis en parecida conyuntura. El prudente Padre, edificado de las veras de su menosprecio, dióle á entender cuánta razón tenía para admitir el encargo lisa y lealmente con sinceridad dejando á la santa obediencia libre de trabas. Bajó la cabeza el humilde estudiante, y riéndose de los cuidados se preparó con diligencia.

Presentóse á actuar el día 8 de Julio ante un lucido concurso de doctos y de doctores. No atinaron ellos dónde poner más atención si á la viveza de su ingenio en el defender las conclusiones, ó á las nobles maneras de su angelical modestia. Con el lucimiento de esta manifestación científica coronó el perfecto dechado del estudiante de la Compañía, tal cual San Ignacio le concibió. Baste por toda prueba el testimonio del P. Asistente de España, que presenciado el acto de filosofía dijo á varios de los nuestros que le rodeaban: *Si Dios hubiese enviado del cielo al Colegio Romano un*

angel para sustentar conclusiones en traje de jesuita, no habria usado de otra modestia y gravedad que la que ha tenido nuestro Juan ¹.

Rematemos la materia con dos páginas que bajo el epigrafe de *El buen estudiante de la Compañía de Jesús*, andan entre sus papeles, donde en la pintura que hace del cumplido estudiante, sin pretenderlo, nos dejó con vivos colores el retrato de sí propio.

EL BUEN ESTUDIANTE DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

I.—Deberes para con Dios.

1. No busque otro fin en sus estudios sino la gloria de Dios y la salvación de las almas.
2. Sea devoto, aficionado á la oración, y pida con frecuencia al Señor gracia para adelantar.
3. Ame ardientemente la vida regular y las virtudes religiosas.
4. Haga con diligencia el examen particular y general, oiga misa con devoción todos los dias, y comulgue cada semana. Estas tres cosas tenialas N. S. P. (como refiere el P. Maffei, l. 1, cap. xix) muy en el corazón cuando estudiaba en París.

II.—Estudios.

1. Persuádase que estudiar según el espíritu de la Compañía es obra de mucho merecimiento.
2. Consérvese en perfecta indiferencia cuanto al género de estudios y cuanto á los maestros.

¹ Proc. rom., pág. 361

3. Aplíquese seria y constantemente á los estudios.

4. No se sirva de otros libros que de los señalados por los maestros.

5. Guarde con diligencia la distribución del tiempo.

6. Asista con asiduidad á las lecciones, y sea cuidadoso en prepararlas y repasarlas.

7. En los círculos y actos públicos ó privados dé pruebas de doctrina y de modestia.

8. Acuérdesse en todo lugar de la gravedad y decoro que cumple á religiosos.

9. En el estudio privado repase los escritos del catedrático; haga por entenderlos, y después examínelos; propóngase á sí mismo objeciones, y suéltelas; si alguna dificultad le queda, tome nota de ella.

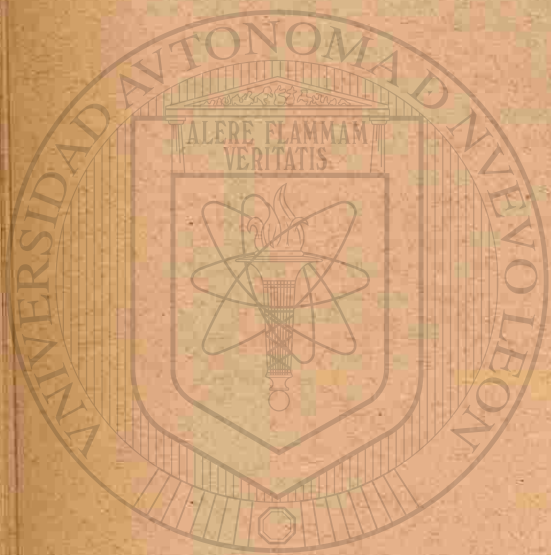
10. En el aula apunte lo que merezca ser conservado, y después póngalo en limpio en otro cartapacio.

11. No lea ni escriba más de dos horas seguidas; al cabo de ellas interrumpa el estudio por algunos instantes.

12. Guárdese de echar en olvido cosa que el catedrático hubiere encargado. Ejercítese con esmero en adquirir y limar el estilo.

III.—Para con los otros.

1. Hable siempre en latín.
2. Si con permiso fuere necesario hablar con los alumnos externos, no trate más que de estudios ó de cosas santas.
3. Finalmente, en todas cosas acuérdesse que es hijo de una bondadosísima madre, la Compañía de Jesús.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL D



CAPÍTULO VIII.

SU ESPÍRITU DE DEVOCIÓN.

- I. Dos suertes de devoción.—Oración.—Su modo de meditar.—Efectos que en la meditación sentía.—Razón de sus sequedades.
- II. Lectura.—Misa.—Comunión.—Presencia de Dios.—Libertad de espíritu.
- III. Recreaciones.—Cuidado y empeño que en ellas ponía.—Sorpresas agradables.—Los Padres se recrean con él.
- IV. Las Academias espirituales.—La inventada por él cuán provechosa ha sido.

I.

EL Angélico Doctor, que tan adentro penetró en la substancia de las cosas, pone la devoción en la prontitud de la voluntad deseosa de hacer las obras del divino servicio. Estando el alma íntimamente unida con el cuerpo, el fervor de la voluntad redunda como naturalmente en la parte inferior, derramando por todo el cuerpo los alientos del espíritu. De aquí resultan dos afectos de la devoción: racional el uno, que es el vigor incontrastable de las potencias superiores entregadas á todo lo que es del agrado de Dios; y el otro sensible, que brota al exterior bañando el cuerpo de lágrimas y raudales de gozo. Esta devoción sensible que suele acompañar al trato íntimo con Dios, por no ser de suyo activa la niega á veces el Señor á sus siervos por altísimos fines, y se contenta con la otra devoción racional, que

por encaminarse á dilatar el espíritu, está más á mano del hombre con el favor de la gracia.

San Ignacio, gran maestro de espíritu, encarga á los suyos procuren devoción verdadera cuanto la divina gracia les comunicare, mas de tal modo hagan en ella pie, que *ora sea con muchas visiones espirituales, ora con menos, procuren andar adelante en la vía del divino servicio*. Si pues en todo hemos visto hasta aquí cuán exacta copia fué San Juan del espíritu de nuestro Patriarca, en esta parte anduvo largo y sin tasa. Tres medios empleó para avivar y conservar el fuego de la devoción: oración mental, lectura espiritual y frecuente comunión. Con la oración hablaba con Dios, y encendía su voluntad; con la lectura oía la voz de Dios é ilustraba su entendimiento; con la comunión se unía en cuerpo y alma con él.

Los dictámenes que le guiaban en el uso de la oración eran estos: *Si hago bien la oración, no habrá peligro de perder la vocación; del descuido nace el apostatar de la Compañía. Grande estima hace la Compañía de la oración, pues concede un cuarto de hora para prepararla, la visita, etc. Quien hace bien la oración, tendrá un paraíso en la tierra por la abundancia de consue- los, y otro más feliz en el cielo*. Fundado en estos principios, procedía á oponerse frente por frente á las dificultades de este ejercicio, y sabiendo por experiencia que no las trae pequeñas para lo restante del día el conceder á la disipación los primeros momentos, se esforzaba en cerrar la entrada á fantasmas que le distrajesen después.

Dada la señal de levantarse, despide de los ojos el sueño con mucha presteza; ofrece luego al Señor las primeras flores de sus gracias, respondi-

diendo regocijado: *semper Deo gratias* al Hermano despertador. Sin emperezar en el fervor sigue ocupado en algunos versículos del *Miserere*; y como restaurando el ocio del sueño, mientras se viste dispara dardos de ardientes jaculatorias al corazón de Dios; besa la sotana con efusión al tomarla; adora después la cruz de palo, y á fin de que imaginaciones extrañas no se apoderen de sus potencias, en tanto que se lava, y adereza y aseaa su persona, y cuando hace y compone la cama, ocupa el pensamiento en representarse al divino Salvador sentado en trono de gloria asistido de sus santos patronos, como el Soberano Pontífice cuando le rodea su corte en días solemnes; y con esto repasa los puntos de la meditación y el fruto que pretende sacar.

Puesto después de rodillas ó en su aposento, ó en la capilla adonde acudía, dice el P. Gori, á orar antes de la meditación ¹, da gracias al ángel de guarda y al santo patrono del día anterior por el cuidado que de él han tenido durante la noche; escoge entre siete santos el patrón que toca aquel día; y para merecer su patrocinio reza un credo, la fórmula de los votos, y de la Congregación de María, que nunca dió al olvido, protestando que quiere ser hijo de la Iglesia, de la Virgen y de la Compañía. En seguida forma cuatro propósitos: 1.º, obrar á mayor gloria de Dios, en hacimiento de gracias ó en preparación á la comunión; 2.º, aplicarse con cuidado al examen particular; 3.º, no cometer pecado venial; 4.º, vivir y morir en la Compañía. Hecho esto besa tres veces el suelo y aguarda á que se acabe la media hora. Con estas prácticas anda metido en gran fervor y exhala vi-

1 Proc. rom., pág. 386.

vísimos suspiros, de forma que muchas veces, pensando estar solo y sin testigo, repite y semitona alborozado pasajes de la Escritura; pero el compañero, que está allí ocupado también en sus devociones, hace ruido, con que, atajada la voz de Berchmans, para, y se miran los dos con la risa en los labios, cubriendo Juan con el velo del carmín su pudoroso semblante. Toda esta serie de actos consta ya de sus mismos propósitos, ya también del testimonio de sus compañeros Alfaroli y Rimbaldesi¹; para que entendamos con cuánta alegría y diligencia se levantaba, y cuánto estudio ponía en aperebirse para la hora de meditación, y en el discurso de ella verse libre de distracciones.

Acabada la media hora, al toque de la campana de comunidad empieza la meditación. Toma antes agua bendita, se santigua, y entra en ella puesto de rodillas, y de rodillas permanece la hora entera². Al principio inmóvil y recogido, sin soltar un punto de la mano el cuidado de las adiciones; al paso que cree el fervor se le enardece el semblante; á veces, no pudiendo reprimir las avenidas de dulzuras, desahoga el pecho en ardorosos afectos, tan recios que despiertan al compañero, si tal vez por razón de salud se hubo de levantar más tarde. Acecha éste en despertando, y ve escapados á su recato los suavísimos besos que con inefable ternura estampa en la Virgen que tiene colgada en la pared. ¡Cuántas veces le sorprendieron á hurtadillas despidiendo como destellos de gloria de aquel rostro beatífico hecho ascua y rizando los arreboles de sus mejillas con la sonrisa del cielo³!

¹ Proc. rom., páginas 427-454.

² Proc. rom., pág. 390.

³ Proc. rom., pág. 427.

Y es así que quien no ambicionaba vuelos subidos ni vías nuevas, alcanzaba por el camino común, trazado por San Ignacio, un sosiego de contemplación que no le daba lugar á distracciones, y aun le hacía de marmol á los asaltos de importunos insectos. Regalábanle el Señor y su santa Madre amorosamente como á hijo muy querido, con la leche de la devoción. Parte de esta dulcedumbre podrá rastrearse por lo que dijo al P. Ceparí: *Padre, el día 18 de Diciembre, sábado, el Señor me sumergió en un piélagó de paz*¹. Palabras harto breves para nuestra curiosidad, pero revelan bastante los singulares favores del cielo.

Lo peregrino y extraño es que, al decir del Padre Ceparí, el don de la oración le alcanzó por el modo ordinario de orar que usa la Compañía. Porque penetrado del espíritu del Santo Fundador hacia gran caso de las adiciones, reglas y avisos que se enseñan, para bien meditar, en el libro de los Ejercicios, de cuya pauta nunca quiso salir. Juan, dice Luis Orlandini, *pidió al P. Berletti, maestro de novicios de San Andrés, una práctica de meditar que en el noviciado se usaba, y la tenta en mucha estima, porque, según decía, era conforme á nuestro Instituto y á los Ejercicios de San Ignacio*². No se acostaba sin tomar antes los puntos y sin disponer los propósitos, afectos y fruto. *Era deligente*, dice Marcelo Spinelli, *en preparar la meditación, y cuando le acaecía tener ocupado en otra cosa aquel tiempo, ibase á la cama más tarde por no dejar de prepararla*³. Aplicaba á los puntos las tres potencias, considerando personas, palabras y acciones, y sacando de

¹ Ceparí, *Vita*, part. II, § XVIII.

² Proc. rom., pág. 422.

³ Proc. rom., pág. 412.

todo para su alma provecho. Terminada la oración, se levantaba al punto, hacía examen de ella, y anotaba brevemente el fruto, con las luces y propósitos que Dios le había comunicado, en un todo según los consejos del Santo Fundador.

Pero si eran frecuentes las dulzuras de su oración, no dejaba de cegársele el manantial de cuando en cuando, ni de verse en manos de desconuelos terribles. Unas veces poníasele el sol, y eclipsada su luz quedábase en tenebrosa noche; aquí se sentía forzado á exclamar: *emitte lucem tuam et veritatem tuam*. Otras se le secaba y evaporaba el riego de la devoción, y hallábase cual huerto sin agua; y á la manera que la tierra cuando está sedienta se abre y hace bocas como pidiendo lluvia del cielo, el alma de Juan, suspirando por el rocío de la consolación, repetía: *reddde mihi laetitiam salutaris tui*. Y si á los Antonios, Bernardos, Franciscos, Teresas, Catalinas se les ponía á veces el cielo de bronce y parecía no habitar Dios en él; para quien acostumbraba beber á pechos el néctar de los deleites divinos, no era sino cáliz muy amargo la falta de la devoción, y más cuando no hallaba de su parte motivo para tan penosas ausencias.

Pero como lo fino de la virtud esté en sufrir á Dios, y á sí mismo por Dios, bien se vió lo acrisolado de la suya. Lejos de desmayar ó remitir del fervor, se resignaba al desconuelo, y buscaba infatigablemente el divino beneplácito, corriendo con la misma velocidad por la senda del bien cuando se la sembraban de espinas que cuando se la alfombraban de rosas. *Cuando Cristo se aparta de ti, alma mía, y quedas desolada no te turbes, porque vendrá el Señor y no tardará. Váyansete los ojos tras Cristo que huye; y si sin-*

quieres inclinación á deleites del mundo y de la carne, dale voces: ¿Señor, dónde iremos? Vos tenéis palabras de vida eterna. Así espoleaba el fervor, abandonándose en las manos de Dios. Testificó el P. Marcos Van Doorne, confesor suyo de algunos meses, que, *en la meditación era privado á veces de la devoción sensible; pero perseveraba constante en ella sin dejarse abatir por el hastío*¹. En esto se vió que era ejercicio á que la divina bondad quería someter la fidelidad de su siervo para después coronarla. Recuerdo, dice el P. Cepari, *haber observado muchas veces que aunque el pobre Hermano sentía en gran manera verse en sequedad y desolación, por estar hecho á la leche de los divinos regalos, me daba parte del estado de su alma con palabras sentidísimas que me movían á compasión. Pero no obstante, en lo más recio de la pelea mantenía paz de espíritu y gran conformidad con la voluntad de Dios. Declame: in desolatione magnam sensi quietem animi*².

¿Qué razón daremos de esta singular providencia del Señor con su siervo? El P. Cepari, con su discreto juicio, no descubrió otra más que esta. Después de asentar que fue prueba enviada de Dios, dice: *dispuso su adorable providencia ausentarse á tiempos de él, porque llevado de tanta dulcedumbre no viniese á perder la salud del cuerpo, gastada ya por los esfuerzos de su actividad.* Pero comoquiera que fuese, baste á nuestra edificación pensar que así lo ordenó la divina majestad para conducirle por el camino más ordinario, y para que viéramos todos clara-

¹ Proc. rom., pág. 479.

² Vita, part. II, § XVIII,

mente que no dependía de esas ayudas de costa la solidez de su virtud, por ser cosa muy sin duda que los efectos sensibles de la devoción son parte muy accidental de la santidad; la substancia más bien consiste en la perfección de las virtudes maticadas. Mas aunque estaba pronto á servir á Dios á secas y sin consuelo, no quedaba por él poner esforzada diligencia en buscar la devoción. Solía decir con donaire, que en los triduos de renovación y en los Ejercicios anuales proveía con cuidado á su necesidad, llenando bien las alforjas para tener luego de que comer cuando se viese alcanzado de pan ¹.

De lo dicho podemos inferir que la oración mental del Hermano Berchmans no pasaba los límites de la común y ordinaria. Era meditación por discursos y aplicación de las tres potencias conforme la enseña San Ignacio en los Ejercicios Espirituales. *Algunas veces*, dice Rimbaldesi, *en tiempo de oración tenía en las manos el librito de las reglas, y leía un rato; paraba y tornaba á leer*. Aunque diga el P. Cepari que alguna vez gozaba de suma paz sin asomo de distracción, aunque el mismo Rimbaldesi declare que le vió *encendido como un querubín, vuelto el rostro á la imagen de la Santísima Virgen y besándola ternísimamente* ²; con todo eso, ningún confesor ni testigo se alargó á reconocer en él grado ninguno de contemplación mística, de las que califican la alta unión con Dios, sin embargo de que el P. Cepari en particular estaba muy curtido en el arte de dirigir almas y le asistía luz de Dios para discernir los dones sobrenaturales.

No diremos que San Juan dejase de tener fijos

¹ Proc. rom., pág. 531.

² Proc. rom., pág. 427.

los ojos como águila divina en el Sol eterno, que eran sus amores; pero ese era fruto de sus diligencias, y pasajero las veces que le gozaba, á lo sumo podría llamarse oración de recogimiento que junta y fija las potencias en Dios con fervorosos y encendidos deseos. Pero aquellos grados de la unitiva contemplación (como son: silencio espiritual, en que se quedan asombradas las potencias delante de Dios sin trabajar ni discurrir; oración de quietud, que infunde en el interior suavísimo sosiego derramándose tal vez por los sentidos del cuerpo el olor de la divina presencia; embriaguez de amor, que causa en el alma deleitables júbilos que la hacen dar en delirios y santas locuras como tomada del divino mosto; centella de amor, que tocando al alma la aviva y abrasa en deseos y ardentísimos afectos; sueño espiritual, que sume y adormece la voluntad y potencias en los brazos del amado sin entender cómo ama; sed y hambre de amor, con que siente el alma como de lejos la amabilidad divina y le causa desmayos y bascas mortales; toque sobrenatural, con que gusta á su Dios con vivísimo deleite, probando una participación de todas las cosas divinas), todos estos modos de contemplación sin discurso, encumbrados y maravillosos, de que trata la mística teología, y han sido comunes á muchos Santos, dejando ahora los excesos mentales y vuelos del espíritu, arrobamientos, deliquios, visiones, transformaciones, enlaces espirituales; ninguna de estas operaciones fué familiar á San Juan Berchmans, según consta de los Procesos; disponiéndolo así Dios, con inefable providencia, pues trazaba dar al mundo un tipo de santidad que más pudiera servir de modelo para la imitación que de prodigio para la admiración y entusiasmo.

II

El segundo medio que usaba para alimentar el espíritu era la lectura de libros santos. Este substancioso manjar engendraba en su alma celestes sentimientos, y era pasto á su corazón con el sabor de las divinas verdades. Todo el tiempo disponible gastaba, si no en oración, en libros de santa lectura. *Conserveré, dice, suma afición y me dedicaré á la lección espiritual.* Cuando le daba jaqueca, hallaba remedio infalible en un libro devoto. El tiempo que consagraba cada día era corto; por ajustarse á las prescripciones del Instituto contentábase con media hora, por lo común al anochecer, pero ponía todo su conato en alargarla siempre que le era posible. En las vacaciones mayores y días de asueto leía el Kempis por espacio de una hora entera: los domingos pasaba toda la mañana parte en otras devociones, parte en leer obras ascéticas; las del P. Diego Alvarez de Paz, tan llenas de unción, eran las de su especial gusto. Hablando de libros, solía decir que si los había muy buenos en todas partes, pero los compuestos por Padres de la Compañía alimentaban con más provecho su espíritu.

Materia sabrosísima le suministraban los Anales de la Compañía y Vidas de Santos. La flaqueza de su pecho le impidió leer en primera mesa; pero el deseo de aprovechar le deparó la de los enfermos, adonde acudía, como arriba se notó, para leerles á ciertas horas. El día que servía en refectorio, renunciaba fácilmente á la segunda quiete por dar aquel rato más á la lectura. El fruto que

de ella sacaba era un conocimiento grande de la vida espiritual. Llegó á decir un Padre que le trató, no conocía persona que poseyese tan á fondo, como este devoto estudiante, la ciencia de la perfección religiosa.

Fría y seca hubiera sido su devoción á no mantenerse con frecuencia del sabroso maná del cuerpo y sangre de Cristo, que es alegría de los ángeles. *Alimentaré con cuidado el amor que Dios me ha mostrado por medio del Santísimo Sacramento: le visitaré cinco veces al día por lo menos, y los jueves haré en honra suya pública penitencia. Los domingos hablaré de él en la recreación.*

Tenía grande inclinación á oír y ayudar misas. Su ingenioso fervor le sugirió varias maneras de oirla con diversidad de actos en que ejercitarse durante el Santo Sacrificio, sin descansar en su actividad y devoción, desde el principio hasta el fin. Siempre le hallaban pronto para ayudar á misa ¹, por larga que fuese, ó por achaques que tuviese el Padre que la decía. El P. Secco, profesor de Teología declaró que tenía escrúpulo de celebrar con tan poca devoción cuando le tocaba por acólito el Hermano Juan ². Era incomparable el recogimiento y diligencia con que ministraba en el altar. Solía decir que no aprobaba la humildad de aquellos que bajan los ojos cuando se alza á Dios en la Misa, porque estaba persuadido que se comunican abundantes gracias á los que tienen fijados los ojos en la Hostia sacrosanta ³.

Pero en la sagrada Comunión es donde se regalan las almas, y donde tenía la suya por empalagoso todo terreno manjar. Para mejor lograr los

1 Proc. rom., pág. 546.

2 Proc. rom., pág. 591.

3 Proc. rom., pág. 434.

soberanos efectos del Sacramento, se preparaba con sumo cuidado, pues podía con él mucho más la solitud de disponerse debidamente, que no de comulgar á menudo: en esta parte llamaba tibieza en un religioso á lo que en un seglar pasa por devoción. Así, no siendo en días de asueto dueño de espacio y sosiego bastante para contentar sus ansias, por tener que salir pronto de casa, prefería abstenerse de comulgar; y eso que no se le escapaban de las manos las ocasiones de llegarse á la sagrada mesa ¹.

A los escolares se lo permite el Instituto rara vez fuera de domingos y fiestas, atento á las graves ocupaciones de los estudios que absorben el hombre todo; para él, que suspiraba con vivo afecto por la posesión de su Amado, eran días de pascua las fiestas más insignificantes; y así pedía comunión con frecuencia si debía quedarse en casa. *Esta semana perdemos una comunión*, decía con sentimiento cuando alguna fiesta venía á caer en domingo. Variaba según los tiempos los modos de preparación y acción de gracias, como vimos en otro lugar, porque de esta suerte no iba á menos su fervor ni caía en la languidez que suele traer la rutina cuando no va acompañada con la variedad de ejercicios para mejor ejecutar la obra. Imitando á San Luis, gastaba los tres días precedentes en abrasados y ardorosos deseos de recibir al Señor, por medio de comuniones espirituales en la misa y visitas: los tres días consecutivos los ocupaba en fervorosos himnos y hacimiento de gracias.

Pero no hay lengua para declarar los afectos que experimentaba al recibir el Pan del cielo.

¹ Cepari, *Vita*, parte II, § XIX.

En el momento de entrar la sagrada Hostia en su boca, deseoso de resarcir las injurias de los herejes contra este augusto Sacramento, hacía con todo el afecto de su corazón este acto de fe: *Consiento que el príncipe de los demonios me arrebatte en cuerpo y alma si lo que tengo en la boca no es el cuerpo real y verdadero de mi Señor Jesucristo* ¹. Después, recogiendo las potencias y sentidos, se regalaba con su amado Jesús. Allí eran los castos abrazos, allí las tiernas caricias, allí las amorosas quejas, allí los ósculos santos. En su rostro encendido se traslucían los ardores del volcán que le abrasaba las entrañas. Pero calle la pluma lo que pasaba por aquel gran corazón, cuando ni veía, ni sentía, ni sabía lo que pasaba en su derredor, y para despertarle del letargo espiritual era menester avisarle y llamarle con violencia. La suspensión de sentidos daba bien á conocer á los ojos de todos que había recibido la carne viva de Jesucristo, y que más que en sí propio vivía en el corazón de su amado Jesús. Por esto solía decir que después de comulgar sentía en su alma lo que después de comer suele quedar en el cuerpo, acrecentamiento de fuerzas y vigor extraordinario; y que al revés, la semana que se le pasaba en ayunas de este divino manjar, hallábase al cabo de ella como extenuado y alcanzado de fuerzas, con una hambre de Dios que no se le apagaba sino comulgando ².

Ilustrada esta fogosa alma con los rayos de santas lecturas, caldeada con los ardores de la oración y cebada con el pan sobresustancial del cuerpo y sangre de Cristo, andaba empapada en devo-

¹ Proc. rom., pág. 554.

² Proc. rom., pág. 280.

ción, y rebosaba actos recrecidos de perfecta unión con Dios. De aquí aquella facilidad en arrojar flechas de purísima intención al corazón de Nuestro Señor en todas sus acciones, uniéndolas al principio con amorosa mirada á las de Jesucristo, ofreciéndose del todo á su servicio, y pidiendo gracia para hacer en todo su beneplácito: así andaba metido todo el día en Dios. *Casi siempre se le veía menear los labios rumiando oraciones, de donde se podía entender que guardaba el consejo de San Pablo: sine intermissione orate*¹. No entraba vez en su aposento que no se arrodillase á hacer oración². Esto leemos en los Procesos.

El motivo principal que le espoleaba á obrar se reducía al amor purísimo de Dios. *Obrar por Dios y por su mayor gloria*, era el fin que pretendía en todas sus acciones pequeñas y grandes: *hacer de corazón y con todo estudio cuanto se ofrecía*, era su principal cuidado: *hacer gran cuenta de cosas pequeñas* (maximi facere minima), era todo su afán. No paraba el fruto de sus devociones en el rato que en ellas gastaba: la oración, lectura y comunión le bastaban para andar recogido y en presencia de Dios todo el resto del día, y aun entre las mismas ocupaciones del estudio se hallaba rodeado de divinas ilustraciones. *Observé*, dice Radkai, *que ninguna cosa le sabía bien si no era espiritual; y estaba siempre tan en sí, que en cualquier tiempo y después de cualquiera obra oraba sin embarazo y sin necesidad de previo recogimiento*³. Cuantos le conocieron aseguraron por cierto que bastaba mirarle, cuando estaba actuado en una ocupación, para entender

1 Proc. rom., pág. 404.

2 Proc. rom., pág. 427.

3 Proc. rom., pág. 508.

que lo que le regocijaba era el olor de la divina presencia. *Sin ningún esfuerzo traigo á Dios presente, y con él trato las cosas mas menudas*: con estas palabras declaraba la incesante elevación de su espíritu; y los que tenían conocido el fervor de sus deseos, como el P. Bauters, atribuían lo singular de esta gracia á su puntualísima correspondencia. ¡Cuántas más cosas nos ocultó su modestia! ¡De cuántas mercedes tuviéramos noticia alcanzadas á punta de lanza!

III.

PERO si cosas nos ocultó, no pudo esconder, por ser á todos patente, que durante las recreaciones ordinarias tenía en los cielos su conversación. El que tanto pensaba en Dios, ¿de qué había de hablar sino de Dios? Y aquí cargan de manera los testigos, que parecen concluir que tomó á destajo la tarea de difundir el trato de cosas santas. Penetremos en el interior de los corredores y salas donde solían tener quiete los Hermanos filósofos. Aquí un polaco con un dalmata y un belga; allí un alemán, un portugués, un español; acá un italiano con dos franceses; ocellá otro corrillo; todos revueltos con mucho orden y paz, quier sentados, quier paseando, quier parados, se entretienen santamente hablando un lenguaje celestial y regalado, cual si fueran hombres de otro mundo. Más lejos se divisa un grupo de jóvenes pendientes de los labios de otro y bebiéndole los acentos. Es nuestro fervoroso estudiante que atrae á sí los ojos, y mételes á todos en calor gran-

jeándose atención por las cosas que refiere. El regocijo se pinta en todos los semblantes; unas veces á un dichito suyo vuela la risa festiva por todo el corro; otras la devoción recoge y levanta los pensamientos al cielo; otras la madurez graba sentencias en los corazones. Aquí es donde alarga la rienda á sus fervores y sale de sí de puro afecto. Goza de aceptación universal, porque saben los Hermanos que sobre ser devoto es sincero sin doblez, y sobre practicar cuanto dice, tiene gracia en el decir.

No poco le pena á él ver que la recreación sea obra tan arriesgada, y que muchos salgan de ella con pérdida del fervor, por la facilidad en derramarse demasiado. Pero como ha leído tanto y tantas cosas tiene apuntadas, con la buena retentiva que por dicha le acompaña, cualquier punto que le toquen le empedrará al momento de historietas y ejemplos con que dar interés y avivar deseos de perfección. Expresamente ha extractado un sin número de hechos históricos, muy á propósito para los tiempos de recreo, y muy aptos para inculcar con más provecho las máximas sólidas de virtud. Estas son de todos conocidas, es verdad, pero se les hacen nuevas á todos salidas de su boca, por la particular unción con que las acompaña y esclarece. Es cosa grandemente entretenida y de no poderse tener la juventud, cuando empieza á enhilar anécdotas curiosas, en que pone los perfiles y colores y retrata de cuerpo entero la figura del diablo cuanto tienta á las almas fuertes; otros hechos tiene á mano para despertar anhelos de perfección; otros para describir la gloria de los santos, según lo pidan las circunstancias. Porque nunca perdonó á sudores en razón de acopiar materiales que le dieran

espiritual provecho. Aquí es donde puede justamente gloriarse de tener hecha rica provisión de asuntos espirituales, ni hay punto en esta materia que no pueda corroborar en un tris con ejemplos de familia, como él llama, sacados de las historias de la Compañía ¹.

Para la nobleza de su carácter no hay diferencia entre los que gustan de conversaciones espirituales y los que las tuercen el rostro: sin ser entremetido ni molesto, júntase indistintamente ya con estos, ya con aquellos, y toma pie de un pelillo para introducir cosas de Dios. Con los más adelantados en los estudios sencillamente y sin afectación toca algún punto de filosofía, y á la sombra de una tesis se desliza casi sin sentir en el terreno del espíritu, y allí se instruyen y recrean todos agradablemente con él. Con los menos adelantados, su misma superioridad le da franco paso para entablar conversaciones edificantes, y en ellas nunca se sale de los términos de la humildad religiosa, ni da en el escollo de engendrar pesadumbre ².

Con sus trazas muy bien logradas, pudo dejar escrito á manera de triunfo estas notables palabras: *Desde que estoy en Roma, solas dos veces encontré dificultad en meter cosas espirituales. No que la causa naciera del poco gusto de los Hermanos, sino más bien del número excesivo que se agolpaba, y en estos casos es irremediable que pase por varios capítulos la conversación. Mucho más fácil es tratar de Dios entre pocos, que cuando el grupo es numeroso* ³. La experiencia le había enseñado que era preferible la

¹ Proc. rom., pág. 425.

² Proc. rom., pág. 524.

³ Proc. rom., pág. 277.

compañía de dos, ó tres á lo sumo; y así aconsejaba lo hicieran los que estaban de su parte.

Tan á pechos tomó la empresa, y tan bien frisaba con su espíritu, que solía decir: *Si algo hay que pudiera ponerme enfermo, sería no encontrar con quien tratar cosas de espíritu.* Esquivaba de tocar asuntos profanos. Si el tema torcía tantico, se mesuraba severamente sin amohinarse por eso, y no despegaba los labios hasta que la conversación volvía á entrar en sus términos debidos. *Solamente quería hablar, dice Alfaroli, de cosas espirituales, ó de literatura, y daba esta razón: dos condiciones ha de tener un hijo de la Compañía, debe ser espiritual y docto, para lo primero sirve el conservar de cosas santas, para lo segundo el discurrir sobre ciencias y erudición; lo que de estos límites sale no dice con nosotros: yo no quiero malgastar en eso el tiempo*¹.

Lo sabían los Hermanos, y si acontecía llegar él en momentos en que la conversación había dado vueltas por esos mundos de Dios, al verle venir decían por lo bajo: el Hermano Berchmans hará aquí el desentendido. Es notable el caso siguiente. Paseaban por la huerta dos Hermanos durante la quiete. Ven de lejos que asoma Juan, y concertándose entre sí comienzan, para probarle, á entablar razonamiento sobre una guerra que traía entonces sobresaltados los ánimos. Llega él, y disponíase ya á terciar; pero ellos con disimulo afectaron proseguir el asunto concertado. Al oír aquel tumulto de tropas, jefes, armas, refriegas, cruzóse de brazos, bajó los ojos, y sin dar nada á entender, yendo y viniendo con ellos de-

¹ Proc. rom., pág. 429.

jaba rodar la conversación por aquellos campos sin abrir la boca, esperando á ver en qué paraba el diálogo. Pero con el fuego de la guerra parecían encenderse los dos, y si no le hacían preguntas directamente, con ademanes y gestos volviéndose á él de vez en cuando sometía cada uno á su aprobación su manera de pensar. El sainete no le pudo arrancar palabra: visto lo cual no pasaron más adelante, y edificados y satisfechos con la prueba, le confesaron la farsa que le habían querido armar, y que, pues con él no valían farsas, continuarían de veras, si era gustoso, la conversación espiritual que de burlas habían interrumpido¹.

Un Hermano filósofo deseoso de cultivar la literatura aprovechaba los días de vacación para leer poesía. Encontróle el Hermano Berchmans con un poeta latino en la mano paseando por el jardín. Oiga, Hermano Juan, el pasaje de esta oda, y dígame si no le parece divino. Linda es la pieza—respondió el Santo Hermano—no hemos de negar que los latinos entendieron la verdadera poesía, y que remontaron el vuelo muy alto, aun á pesar de los indignos argumentos que trataron... *A las pocas frases se halló engolfado en cosas espirituales, y el joven sin echarlo de ver agradablemente entretenido y pagado con el logro de tan feliz encuentro*².

No eran solamente los jóvenes los que disfrutaban las dulzuras de su trato; también á los padres más graves tocábales parte de su espiritual conversación. De gran peso es la autoridad del P. Cornelio Alápide en este incidente que nos transmitió. *Después de comer y cenar,*

¹ Proc. rom., pág. 400.

² Proc. rom., páginas 423-506.

dice, *solla pasar el rato conmigo en la casa de campo recreándome en el Señor y tratando de cosas buenas y provechosas, por lo común de nuestro Instituto, de que era gran celador. Poco antes de su muerte, yendo á visitar la Iglesia de San Pablo, llamada de las Tres Fontanas, no tuvimos más conversación en todo el camino que de virtudes y perfección; y no la llevaba, cierto solamente en la boca, como luego se vió. Porque deseando yo visitar, al salir de San Pablo, la basilica de San Sebastián, tomé la delantera para obligarle á seguirme los pasos. Al llegar enfrente de la basilica se me para de improviso, y la cabeza descubierta y los ojos bajos me hace ademán de volver atrás. ¿Qué tiene mi carísimo Hermano?—Padre, respondió humilde y mansamente, pienso que no llegamos á primera mesa si no volvemos inmediatamente por donde vinimos. Cal en la cuenta, y tomamos en efecto la vuelta de Frascati, pues era día de asueto. Acabada la comida, creyó él que yo volvería al colegio en seguida, y vino á decirme que podría tomar otro compañero, que él no tenía licencia para entrar tan temprano. Mas yo, á trueque de regalarme con su conversación me quedé allí, y pasé con él largo rato con mucho provecho mío hasta tramontar el sol. Cuando hombres como el P. Alapide se prendaban grandemente de oírle, bien podemos concluir que tácitamente le graduaban por doctor en la divina ciencia de los santos.*

IV

¶ A que de Frascati hablamos, razón será darla de las célebres *Academias espirituales*, como se las llamó, organizadas por nuestro fervoroso Berchmans, cuando estaba todavía arriba en el Retiro. Eran escuelas de celestial sabiduría, donde se juntaban los jóvenes á conferenciar entre sí familiarmente, y á comunicarse los deseos de aprovechar en la virtud. Tres fueron las suertes de palestras espirituales promovidas por el Santo para renovación del fervor. La primera se reducía á referir cada uno de los académicos por espacio de una hora casos tocantes á la historia eclesiástica, tomada la materia en los anales del Cardenal Baronio. Presidíala el Padre Camilo Gori, con cuya ausencia degeneró y del todo se perdió ¹. La segunda fué la que llamaron de Juan Gerson, á quien se creía entonces autor de la *Imitación de Cristo*, y consistía en leer después de la comida por una hora entera varios capítulos de Kempis, razonando y confiriendo sobre ellos ²; nuestro Hermano Juan la promovía con mucho ardor; pero presto se acabó, ó digamos, se mudó en mejor dando lugar á otra de más ancha esfera y de mayor importancia que duró después de su muerte, y aún está en vigor en el día de hoy entre los escolares de la Compañía.

Venía á ser en su origen, tal cual la fundó el Santo, una reunión de jóvenes, que de tres en tres

¹ Proc. rom., pág. 465.

² Proc. rom., pág. 429.

ó de cuatro en cuatro, y más á veces, en días de vacación, se juntaban á discurrir sobre una virtud, que para común utilidad se determinaba de antemano á mayor suma de votos. Los superiores veían con satisfacción el orden de estas colaciones. El punto de reunión era la sala de la casa de campo que daba encima de la capilla ¹. Para el mejor acierto se nombraban cuatro Hermanos que expusieran fácil y sencillamente la materia señalada. El primero abría la Academia con la definición de la virtud propuesta, é indicaba en seguida las reglas y textos del Instituto que la recomiendan. El segundo señalaba los actos interiores y exteriores de la dicha virtud. El tercero extendía los motivos que inducían á practicarla. El cuarto proponía los medios de adquirirla, y confirmaba todo el discurso con ejemplos de santos que la ejercitaron. Acabada la conferencia, dábase libertad á quienquiera para tomar la palabra acerca de la materia ventilada; y, finalmente, se fijaba por votos el asunto de la próxima reunión. Como nuestro santo mozo andaba tan solícito porque se hiciera debidamente, puso por escrito las reglas de este ejercicio, aplicándolas á la humildad y paciencia. Remitiólas á Jerónimo Longino, que fué quien le sucedió en la presidencia de tan santas pacomias ².

Utilísima institución, que con pocas modificaciones se ha felizmente perpetuado hasta nuestros días, y se practica mayormente en los noviciados de nuestra Compañía. ¿Qué hay de más bello en el mundo como en una tarde de primavera, en las matizadas hondonadas de un valle, ó en las verdes

¹ Proc. rom., pág. 402.

² Proc. rom., páginas 241, 277, 402 y 432.

laderas de un cerro, ó en los perfumados jardines de una granja, ver tranquilamente acampada la religiosa juventud, alegre como los ángeles, modesta como los santos, consagrando con elevaciones de espíritu el inocente placer que la naturaleza ofrece á sus sentidos? Allí, juntos todos los corazones en uno con vínculo de purísima caridad, animados del mismo anhelo de perfección, alentados con pensamientos de fe, guiados por un grave y prudente maestro, son conducidos á los pastos del espíritu y á las fuentes del agua viva, y beben, y se refocilan y se esfuerzan con nuevos alientos á subir al escarpado monte de la santidad. ¡Poco entiende de verdadero gozo el que no ha presenciado estas reuniones, donde los llamados á boca llena Hermanos provocan con ejemplos y palabras al amor de las virtudes, deshacen las dificultades de los vicios, responden por su orden á las edificantes cuestiones propuestas! ¡Cómo vibran allí los afectos! ¡Cómo todo sabe á gloria! Cuando cada uno deposita en la confianza de los demás sus propios sentimientos, y son éstos aplaudidos y apoyados más con obras que con palabras. Cuando todos aspiran á no ser menos que sus mayores, y se excitan á seguir sus huellas, y se visten de sus armas, y puestos ante la vista los ejemplos de los padres, despiertan en los hijos las voluntades remisas, y se encienden las alentadas, y se ponen espuelas á los que corren, y estímulos á los que vuelan, y todos se dan prisa, y se abrazan, y ofrecen á la conquista del reino de Cristo. ¡Muy menguado parece el mundo mirado desde estas alturas, con esta luz, con estos ojos! En medio de una familia numerosa y regocijada se tiene un remedo de la bienaventuranza y se siente el gozo de sus pacíficos moradores.

Pues tan inestimable dicha, que hartas veces hemos disfrutado, la debemos á las industrias de nuestro ferviente escolar, quien si tiene singular derecho á nuestra admiración por haberla discurredo, no le tiene menor á nuestra gratitud por habernos hecho de ella participantes.



CAPITULO IX.

EL BENJAMÍN DE MARÍA INMACULADA.

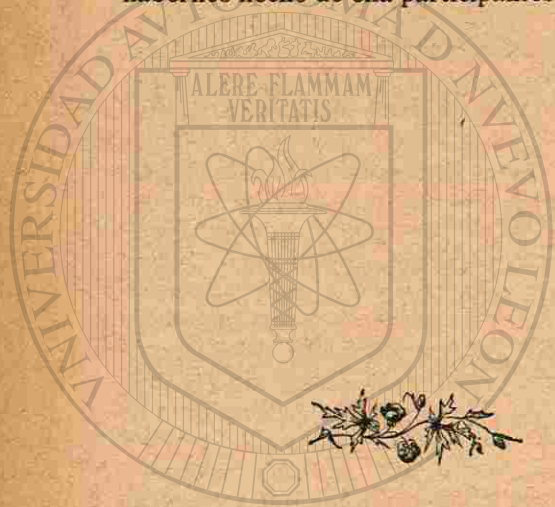
- I. Juicio del P. Cepari.—Sentencias.—Favores de la Virgen.—Correspondencia de Juan.—La Coronita de las doce estrellas.
- II. Visitas á los Santuarios de María.—Conversaciones y desafíos.—Su afición al misterio de la Concepción Inmaculada.—Voto de escribir sobre este misterio.—Voto de defenderle.—Juicio del Card. Belarmino.
- III. Dictámen del P. Lugo sobre el poder de su valimiento en esta parte.—De dónde le pudo nacer esta devoción.
- IV. Devoción á San José.—A otros Santos.—Carta interesante.

I

SOLÍA decir S. Francisco de Borja que poco esperaba él de un hijo de la Compañía que no dedicara todas sus fuerzas á honrar á la Madre de su divino Capitán. ¡Qué dijera el santo General de este fervorosísimo devoto de María, cuando de los muchos que testificaron acerca de sus virtudes ni uno apenas hay que no cuente con admiración el grande amor que tuvo á la Madre de Dios! Largo fuera poner sus nombres¹. Basten las palabras grandiosas con que el P. Cepari significa su asombro, imitando si no copiando el sentimiento de su maestro de novicios, que es como

¹ Proc. rom., páginas 469-504. 457 470-533.

Pues tan inestimable dicha, que hartas veces hemos disfrutado, la debemos á las industrias de nuestro ferviente escolar, quien si tiene singular derecho á nuestra admiración por haberla discurredo, no le tiene menor á nuestra gratitud por habernos hecho de ella participantes.



CAPITULO IX.

EL BENJAMÍN DE MARÍA INMACULADA.

- I. Juicio del P. Cepari.—Sentencias.—Favores de la Virgen.—Correspondencia de Juan.—La Coronita de las doce estrellas.
- II. Visitas á los Santuarios de María.—Conversaciones y desafíos.—Su afición al misterio de la Concepción Inmaculada.—Voto de escribir sobre este misterio.—Voto de defenderle.—Juicio del Card. Belarmino.
- III. Dictámen del P. Lugo sobre el poder de su valimiento en esta parte.—De dónde le pudo nacer esta devoción.
- IV. Devoción á San José.—A otros Santos.—Carta interesante.

I

SOLÍA decir S. Francisco de Borja que poco esperaba él de un hijo de la Compañía que no dedicara todas sus fuerzas á honrar á la Madre de su divino Capitán. ¡Qué dijera el santo General de este fervorosísimo devoto de María, cuando de los muchos que testificaron acerca de sus virtudes ni uno apenas hay que no cuente con admiración el grande amor que tuvo á la Madre de Dios! Largo fuera poner sus nombres¹. Basten las palabras grandiosas con que el P. Cepari significa su asombro, imitando si no copiando el sentimiento de su maestro de novicios, que es como

¹ Proc. rom., páginas 469-504. 457 470-533.

la suma de lo que todos depusieron: en esta parte los romanos compitieron con los belgas. Dice, pues, el P. Cepari: *Lo que podemos de positivo afirmar respecto de su devoción á María es que parece haber venido al mundo para amplificar las glorias y devoción de nuestra Señora* ¹.

La devoción de la Virgen ha sido el principio de mi vida espiritual: esto es lo que afirmó á Guillermo Van Aelst el día antes de morir ². En otra ocasión puso por escrito este agradecido loor: *Medianera de la salud, maestra de mis estudios, protectora de la santidad eres tú, ¡oh Virgen Madre de Dios y Madre mía!* En otra parte dice: *Si logro amar á María, tengo por segura mi salvación; perseveraré en la vida religiosa, alcanzaré cuanto quisiere, en una palabra, seré todopoderoso.*

Galanamente nos retratan estas voces al benjamín de María, criado á sus pechos con la leche de su devoción. Porque ella fué la que le acogió al nacer á estos aires de vida, pues consta que nació en sábado; ella, la que le reengendró para la religión, pues fuera de allanarle las dificultades de su entrada, para mostrar que su vocación era gracia de su maternal afecto, como había sido la de San Luis y de San Estanislao, dispuso entrarse el día de las Mercedes, que fué sábado también; ella, en fin, la que para coronar los principales acontecimientos de su vida, quiso que en sábado fuese enterrado y el día de la Asunción; como si desde la cuna hasta el sepulcro hubiera sido este mancebo propiedad de la Reina del cielo y blanco de sus amores.

¹ Vita; par. II, § XX.

² Proc. rom., pág. 531.

Con singular fidelidad correspondió este hijo de la Virgen á tan tierna solicitud. Bien le hemos visto en el siglo y en el noviciado desvelarse por servirla y por dar á conocer sus grandezas. No había para él más seguro asilo, después de las llagas de Cristo, que el regazo y manto real de María, y con esto satisfacía á los que buscaban remedios contra las sequedades y tribulaciones ¹. Emuló con sus extremos los prodigios de amor ejecutados por los santos más amantes de María. A esta estrella tenía siempre fijos los ojos, en los contratiempos y trabajos llevaba su nombre en los labios, enterneciase con su memoria, hacía gala de tenerla por Madre: el grito de su corazón era: *Quiero amar á María, quiero amar á María á todo trance; y no he de parar hasta lograrlo.* La fuerza de su confianza le dictaba nuevas industrias, que debían de ser muy del agrado de la soberana Princesa. Cuando quería alcanzar una gracia para sí ó para otros, extendía primero la petición en un papel por estas palabras: *Si la Virgen me alcanza esta merced, le rezaré tres coronas, ó haré tal y tal mortificación.* En seguida pegaba el billete al pie de una estampa ó de una estatua de la Virgen, esperando del patrocinio de la Señora el despacho de su pretensión.

Ni era su amor de puras palabras. Desvivíase por honrar á la Madre de Dios, y se regalaba tiernamente en ofrecerle devotas oraciones. La suya peculiar era el Santo Rosario. La Compañía dejó siempre á la voluntad de sus hijos el uso de este ejercicio; pero como nació, creció y se extendió bajo las alas de María, abrazaron todos con

¹ *Orare, occupare se, patientia, sinus et gremium beatæ Virginis.*

tanto afecto la piadosa institución, que la contaron entre sus más regaladas devociones. Pero lo que el amor hacía común á todos, hacía particular en Berchmans su ternura con la Santísima Virgen. Sea que rezase en pie ó sentado, paseando ó de rodillas, con ser cuidadoso en saludar siempre á los que encontraba, era sabido que cuando no lo hacía, era porque estaba diciendo el Rosario, y el profundo recogimiento no le dejaba atender á lo que ocurría cerca de sí. A fin de sazonar con la variedad el gusto de la devoción, usaba de muy piadosas consideraciones sobre el Ave María, y nos las dejó por escrito. A fuer de bravo soldado de la Reina Madre nunca se echaba á dormir sin enroscarse al brazo el Santo Rosario, abrazándole como escudo fortísimo: en los últimos meses hizo del escudo coraza, y se le colgaba al cuello.

Antes de meterse en cama, hincado rezaba tres Ave Marías: una, á Nuestra Señora de Loreto á honra de su maternidad, para verse libre de malos sueños; otra, á la Virgen de Monteagudo en obsequio de su Concepción sin mancilla, pidiéndole dormirse al punto y levantarse con prontitud; la tercera, á Nuestra Señora del Hal en memoria de su gloriosa Asunción, y suplicábale la gracia de hacer bien la oración el día siguiente y de tener alegría espiritual.

Conocida es y anda muy en boga en todo el orbe la *Coronita de las doce estrellas*, invención propia suya, conforme se halló escrita entre sus papeles. Consiste en rezar doce Ave Marías con tres Padre nuestros, á cada cuatro el suyo, como quien para un poco en los beneficios que de cada persona divina recibió la excelsa Señora; con esta guirnalda de doce virtudes se coronan las glorias de la

Virgen Madre¹. Esta era devoción muy del cariño de Juan por su sencillez y unción, y porque le traía á la memoria como en compendio las principales excelencias de la siempre Virgen María. Rezaba también nueve veces entre día aquella linda aspiración: *Beata viscera Mariæ Virginis quæ portaverunt æterni Patris Filium*, doblando la rodilla cada vez.

Otras muchas devociones breves, pero jugosas, cebaban su afecto y le servían de lazadas para trabar unas con otras las ocupaciones de entre día. Su continuo despertador era aquella voz incesante: *Quiero amar á María*. Los sábados ofrecía en su honor un plato y penitencia en el refectorio. Si salía fuera de casa y la ocasión lo consentía, encaminaba de arte el paseo, que se dejase caer en alguna iglesia de Nuestra Señora: allí pasaba largos ratos enterneciéndose en su amor muy á su gusto; el compañero se levantaba sin advertirlo él, y se estuviera allí quedo á no llamarle por su nombre. Había en el filosofado una capilla de la Virgen; por allí no pasaba que no hiciese oración; y porque una vez le cercaron los Hermanos por el gusto de oírle, así que cayó en la cuenta de que no había saludado á la Virgen, entróse en la Capilla á cumplir su devota costumbre.

¹ Abrazó España esta devoción, y publicóse en Madrid en 1830. Y que ha entrado en mucho provecho se ve por lo muy extendida y practicada que está ya en toda la Península, mayormente en la Flores de Mayo.

II

PERO si había días para él supirados eran los de Septiembre y Octubre; menos por gozar del solaz de las vacaciones comoquiera, que por tener en ellas libertad para dar más pábulo á sus fervores. En la iglesia de *Grotta ferrata*, como en la de Monteagudo, tenía el imán de su afecto. Es venerada en ella una efigie milagrosa de María Santísima, que antes lo era en una gruta barreada con reja de hierro. Desde este punto á distancia de media legua se divisan las colinas de Frascati, uno de los más risueños parajes del antiguo Túsculo, donde Cicerón escribió sus elegantes controversias. Poco lejos de Frascati tenían los Padres del Colegio Romano una quinta ó predio, llamado hoy en día Borsari, y ocupado por los señores Santovelti y Sorgi.

Aquí venía la juventud religiosa del Colegio Romano á respirar aires más puros y á rehacer las fuerzas para entrar con nuevos bríos en el curso literario. Muchas veces, aguijado de su confianza, volaba nuestro filósofo á este asilo de misericordia, y se postraba con los demás romeros á los pies de la Virgen de *Grotta ferrata*, y allí ocupado con el fervor de su devoción, no se hartaba de rosarios, letanías, oficio parvo, coronitas.

¿Y qué si acertaba á llevar en su compañía algún sacerdote? Porque decía que la presencia de un Padre entre gente moza da más peso é interés á la conversación. Entonces, comenzando con dudas, y pasando luego á preguntas sobre alguna gloria de María, enfervorizaba á los presentes y

henchía los aires del nombre de su Madre, y una vez encendido el fuego, serpeaba de pecho en pecho la llama, y andaba en su punto el amor de Nuestra Señora; aquí tomando el diálogo semblante de sabroso entretenimiento, remataba en una suerte de suavísimo éxtasis, que sería tierno espectáculo á los ángeles del cielo. La conclusión era siempre: *No hay para nosotros seguridad si no cobramos verdadero cariño de hijos á nuestra Madre María. Yo quisiera que todos entendiésemos los favores que debe nuestra Compañía á esta bondadosa Madre; tengo recogidos muchos de ellos, y convendría que todos los meditasen. Yo quiero ser todo suyo. No: no descansaré hasta alcanzar un tierno amor á mi dulcísima Madre* (Nunquam quiescam donec obtineam amorem tenerum erga dulcissimam matrem Mariam).

Otras veces, si salía de Frascati con algún Hermano fervoroso como él, ora se emboscasen por aquellas arboledas, ora se sentasen al pie de un manso arroyuelo, pronto hallaba en la frescura y silencio de la soledad ruido bastante que le despertase imágenes y tipos de María. Aquí desafiaba á su compañero á ver quién de los dos contaría más gracias y diría atributos más lindos á la Madre de Dios. Era de ver la amorosa contienda que se encendía entre ambos. El competidor procuraba aventajarse en imaginar figuras y dichos que enalteciesen las prerrogativas de la Virgen; mas pronto sentíase falto de fuerzas y llegaba al fin de la tarea. Tomaba entonces la mano Juan, y comenzaba á dar vueltas por cielos y tierra, y sacaba tantos renombres, tan primorosos y regalados, y tantos requiebros y dulzuras le decía á la excelsa Madre, que no llevaba término de acabar si el tiempo ó la campana no dieran fin al edificante deporte.

Para cebar el calor de estas competencias tenía recopilada buena cosecha de materiales, porque cuanto oía en sermones y pláticas, cuanto leía en historias y libros ofrecía á su ingenio mies abundosa de textos, autoridades, pensamientos, ejemplos, comparaciones, razones para explicar, encarecer y persuadir el gran poder y merecimientos de la Madre de Dios. El arsenal que le proveía de armas era en particular la obra del Beato Pedro Canisio, donde con vastísima erudición y solidez de teología quedan vindicados los privilegios de la Virgen, que las calumnias de los herejes han tratado de deslustrar, ya que no pudieron borrarlos. Pues como hablaba él con el corazón en la mano, y tenía tanta gracia y suavidad en el hablar, y la materia era tanta, cautivaba la atención, y aun la admiración, cuando con artificio disponía la coyuntura, si no se presentaba ella de suyo, preparándola de lejos ¹.

Pero si explayó su afecto ensalzando las grandezas de María en común, no es explicable decir cuántos esfuerzos hizo por dar á conocer en particular el augusto misterio de su purísima Concepción. No se le caía de la boca la gloria de su bendita Madre; panal de miel era para sus labios, y así dulces y melosas eran las palabras con que la publicaba y engrandecía. Según testimonia Van Aelst, había amontonado razones y sentencias eficaces con que defender la verdad de la prerrogativa ². Y ¡cuál era de oír cuando le tocaban este punto! No podía detener el ímpetu del gozo que dentro le bullía, siempre que de las conveniencias de esta verdad razonaba. Los hermanos que le

¹ Proc. rom., pág. 431.

² Proc. rom., pág. 278.

conocían, para tentarle y oír primores, le picaban haciendo la parte contraria. *Era pasmo sobre toda opinión*, dice el Hermano Van Aelst, *con qué prontitud y agudeza cortaba las dificultades que yo le oponía, y cómo sacaba de las mismas objeciones pruebas en favor de su conclusión, volviéndome con sus respuestas al camino.*

Conforme á esto, no será de maravillar, dado que sea muy nuevo, lo que cuentan sus compañeros, y es que tenía hecho voto de defender, en el primer libro que escribiese, la tesis de la Inmaculada Concepción. Había ya bosquejado el plan de la obra, y á juntar materiales para desenvolverla dirigía lecturas y apuntamientos. Debía constar de tres partes. En la primera abrazaba comparaciones, figuras y analogías adecuadas para realzar esta preeminencia; en la segunda la fundaba en pruebas directas; en la tercera la apoyaba en autoridades y milagros. ¡Lástima que su prematura muerte nos haya arrebatado tan precioso joyel de su corona!

Tendían todos sus esfuerzos á encumbrar las conveniencias de tan profundo misterio. Por él dábale mil parabienes á la soberana Reina con amorosos saludos, mayormente al sentarse á comer; ofrecía comuniones en que suplicaba á Dios inflamarse en el amor de esta verdad el corazón de los hombres. ¡Hijo afortunado de Maríal! ¡Con qué divina lumbre supo conocer, con qué acierto estimar, con qué ardor pregonar la excelencia de su Madre! Cuando la Iglesia había de tardar dos siglos y medio en pronunciar el fallo, era tan firme su convicción, que por defenderla hubiera dado la sangre de sus venas!

Dióla, en efecto, generosamente con una traza que imaginó, propia de su hidalgo pecho, y con ella

echó el sello á las finezas de su amor. Después de muerto hallóse un papel de su puño y letra dentro de un libro, en cuyo sobrescrito se leían estas palabras: *Reservado al superior* (nemo aperiatur nisi superior). Abrióle el P. Cepari, y con gozo y admiración leyó lo siguiente: *Yo Juan Berchmans, indignísimo hijo de la Compañía de Jesús, protesto á Vos y á vuestro Hijo, á quien creo y confieso presente en el augustísimo Sacramento de la Eucaristía, que dondequiera y en cualquier tiempo (á no definir otra cosa la Iglesia) afirmaré y defenderé vuestra Concepción Inmaculada. En fe de lo cual firmé con mi propia sangre y rubriqué con el sello de la Compañía de Jesús*¹.

Año de 1621.

JUAN BERCHMANS.

IHS

En una visita que hizo el P. Bisdómini al Cardenal Belarmino, al darle cuenta de este voto, le oyó exclamar transportado de asombro: *¡Maravillosa invención, sellar y rubricar con sangre una verdad que la Iglesia todavía no ha definido! Yo tengo para mí que sólo la Virgen María le pudo inspirar tan alto pensamiento. Tanto más, cuanto que hay en Bélgica no pocos católicos que son de contrario sentir. Tal vez por eso mismo ha querido la Virgen sin mancha tener de su parte á este fiel defensor de sus prerrogativas*². Pudo

¹ Se conserva en Roma en una Capilla de Jesús, y se distingue perfectamente el color de la sangre en la firma y en el nombre de Jesús.

² Proc. rom., pág. 260.

con verdad hablar así el Cardenal Belarmino, como quien había sido enviado por la Santa Sede á sofocar el germen de las atrevidas doctrinas de Bayo, que enseñaba, entre otros desatinos, que la Virgen María había sido concebida en pecado, y que por causa de su pecado debió morir. Enmudeció la presunción de Bayo en presencia del docto Belarmino. Pero tocábale al Cardenal Francisco de Toledo, deputado por la Santidad de Pío V á ruegos de Felipe II en calidad de Comisario pontificio, la gloria de pacificar las disensiones levantadas después, en cuya composición puso muy alta su prudencia, sagacidad y entereza, y satisfizo con lo á la confianza de la Silla apostólica. ¿Qué no hubiera hecho, dicho y escrito nuestro santo mancebo si los años hubiesen bastado á la capacidad de su celo?

III.

PERO ya que esto no le fué concedido, parece fuera de cuestión que desde el cielo cooperó al ensalzamiento de la Virgen Inmaculada con el poder de su patrocinio. De este suceso tenemos por fiador la autoridad del P. Juan de Lugo, muy celebrado entre los teólogos y moralistas por la excelencia y copia de su doctrina, que á la sazón enseñaba teología en el Colegio Romano. El P. Cepari, conocedor del caso, rogó al P. Lugo pusiese por escrito lo que sabía: hizolo así el P. Lugo en un papel firmado con su nombre en la forma siguiente: *No tengo el menor reparo en ratificar con la pluma lo que á V. R. le declaré de palabra.*

Cuando pongo la consideración en este decreto publicado por el Soberano Pontífice en honor de la Inmaculada Concepción de la Virgen Sacratísima, por virtud del cual juzgo queda grandemente exaltada la verdad de este misterio, y abierto camino á propósito para la última decisión, no puedo menos de creer que el paso que se ha dado se debe, en gran parte, á las oraciones de nuestro queridísimo y excelente Hermano Juan Berchmans (*magna ex parte deberi hunc progressum precibus nostri charissimi et optimi fratris Joannis Berchmans*). Porque aquella misma tarde que antecedió á su feliz tránsito, cuando yo me acerqué á su cama para darle y recibir el último adiós, la única cosa que le supliqué en carecidamente en su partida fué que tomase á su cargo en el cielo la causa de la Concepción, y fuese particular procurador en la definición (*tanquam peculiaris procurator hujus mysterii provehendi et extollendi*) y ensalzamiento de este misterio. La causa estaba á la sazón totalmente abandonada. Porque en Madrid, con la muerte de Felipe III que la apremiaba, la habían sobresetido; y en Roma el mismo Pontífice estaba tan ajeno de pensar en ello, que bien daba á conocer el disgusto que le causaba la permanencia de los procuradores que de Sevilla habían venido á promover la dicha causa. A mi encargo y súplica, el Hermano enfermo, no tan sólo hizo alegre acogida y consentimiento, sino que añadió que no estaba en su mano hacer otra cosa (*non posse se aliter facere*), como quien con su propia sangre había prometido y firmado la defensa y tuición del artículo. De esta su generosa ratificación concebí yo grandes esperanzas, y no me salieron en vacío, como el suceso lo probó,

porque luego las cosas mudaron y dieron media vuelta cuando menos se esperaba. Cayó enfermo uno de los grandes de España, que tenía mucha privanza con el Rey. Prométenle salud los factores de este misterio, á condición que se obligue á promover la causa. Prometer y sanar fué obra de un solo punto (*Vovit ille, et subito convalluit*). Procuró la causa cerca del Rey y del Soberano Pontífice por medio del regio embajador; y consiguió, si no todos, siquiera los principales capítulos de su pretensión. Cuando yo considero esta súbita mudanza de cosas, y juntamente la probidad, el afecto y la promesa del buen Hermano, no puedo hacer otra cosa sino darle las gracias por la palabra desempeñada (*quod illi gratias agam pro liberata fide*), y pedirle lleve adelante y prosiga hasta rematar lo que felizmente principió, porque estas y mucho más arduas cosas son creederas, atendida la eximia benevolencia y largueza de Dios para con sus siervos.

De Roma y Junio 5 de 1622.

JUAN DE LUGO.

Esto depuso el eminente teólogo; su atestación se ingirió en el Proceso romano ¹.

El éxito que tuvo la demanda del caballero español fué conseguir que á 24 de Mayo del siguiente año 1622 emanase el decreto en favor de la Inmaculada Concepción de María, mencionado en la carta del P. Lugo. La suma de este decreto fué confirmar las constituciones de Sixto VI,

Alejandro VI, San Pío V y Paulo V; mandar severamente que nadie de palabra ni por escrito sea osado afirmar que la Beatísima Virgen María fué concebida en pecado original; encargar que la Santa Iglesia romana solemnice la fiesta de la Inmaculada Concepción, empleando este vocablo *Concepción* en vez del otro *santificación* que algunos preferían usurpar ¹.

Pero una circunstancia queremos aquí señalar digna de gran ponderación. El Santo Hermano Alonso Rodríguez, que echó muy alta la raya en la devoción al privilegio de la Inmaculada Concepción de María, recibió en 1616 particular luz de Dios acerca de este misterio. Su revelación el año siguiente, no tan sólo se participó en carta de aviso al M. R. P. General de la Compañía P. Muzio Vitelleschi, sino que fuera de sí de placer los Padres de Mallorca la comunicaron y extendieron á todas las provincias de la Compañía, en la *Suma de la vida y virtudes del Hermano Alonso Rodríguez*, que corrió en breve sin estorbo por todas las regiones de Europa. Que llegase en pocos años á los estados de Flandes, se colige bien de una carta del Ilmo. Sr. D. Carlos Coloma, gobernador de Cambray, que mientras Virrey de Mallorca había tratado de silla á silla al Santo Hermano Alonso, y ahora escribiendo á los Padres de Mallorca les daba los plácemes por la *Relación* de sus virtudes, *cuya lectura, dice, obra milagros de fe y devoción*.

El alborozo general causado por la novedad de la revelación de San Alonso Rodríguez debió de llegar á oídos de nuestro santo Hermano Berchmans, siendo novicio en Malinas; porque un año te-

¹ Bullar. rom., 1867, vol. 12, pág. 688.

nía de Compañía cuando falleció el Hermano Alonso. Además, llegó á Roma cuando el P. General había respondido á los Padres de Mallorca (2 de Abril de 1618) mandando hacer información y proceso auténtico de las virtudes de San Alonso. Un año bastó para terminar el proceso informativo de Mallorca y remitirle á Roma. La santidad, dones extraordinarios y particularmente la devoción del santo anciano á la Inmaculada Concepción era notoria en la capital del cristianismo. Y que en efecto la hubiese conocido el mismo San Juan, lo confirma esta persuasiva razón. La noche antes de morir hizo particular memoria del santo portero de Montesión, y se encomendó á su amparo y valimiento, según más adelante diremos. Si en Malinas nació, como vimos ², en Roma creció y mostró sus frutos la devoción del santo mozo al misterio de la Concepción sin mancilla. ¿No podemos, pues, pensar que el celo de Alonso pegó fuego en las entrañas de Juan? ¿No es justo imaginar que la devoción á la Inmaculada le cogió en gracia á Juan, y le pareció divinísima desde que le tocó al corazón, y que después pareció como nacida y hecha para su levantado espíritu?

Si así no fué, digamos que la Virgen benditísima le amaestró por sí, y se la grabó en el pecho con la solicitud de su maternal cariño; y concluyamos que el anciano y el mozo, entrambos casi á un tiempo, dieron público testimonio de la verdad de esta singular excelencia. Ambos á dos con amorosa porfía interpondrían su poderoso valimiento para impetrar de Dios que se dignase certificar más á las claras, como lo certificó, al mundo cristiano la grandeza de su divina Madre. Providencia

² Lib. II, cap. IV, III.

de Dios ha sido que nuestro Santísimo Padre León XIII, en un mismo día y en la misma solemnidad, haya coronado con la gloria de Santos á dos insignes campeones, que fueron tan unos en defender y propagar el misterio de la Inmaculada Concepción.

Así ha pasado entre la Virgen Madre y el hijo virgen una maravillosa y dulcísima correspondencia. Si la Madre le hizo dobladas las caricias, tresdoblaba él sus servicios; y al paso que él se mostraba merecedor de las mejorías de la Madre, ella respondía á su vez con multiplicados favores á las finezas de su amartelado servidor.

IV

CON el amor profesado á María, abrazaba también la devoción de los Santos que con ella estuvieron más estrechamente unidos. Vimos ya cuánto amor tenía puesto en el patrocinio de San José desde el noviciado. En uno de sus cartapacios leemos: *San José era de edad floreciente, no viejo* (Vir erat florenti atate, non senex). Había hecho, como antes dijimos, un catálogo de las gracias por el Santo Patriarca concedidas á sus devotos. De sí confesó al Hermano coadjutor Guillermo Bolognino, que desde que empezó á ponerse debajo de su amparo nunca había pedido gracia por su intercesión que no la hubiese alcanzado¹. Santa Ana, San Juan Evangelista, el Angel de la Guarda, San Javier y demás Beatos de la

¹ Proc. rom., pág. 413.

Compañía ocuparon un lugar de preferencia en su corazón; á cada uno de ellos destinaba un día á la semana y en él ofrecía actos y mortificaciones en obsequio suyo. De San Ignacio nuestro Santo Fundador sentía y hablaba altísimamente²: subía hasta el cielo la grandeza de su espíritu; todo lo que en el Instituto había ordenado y dispuesto, le robaba el afecto, pero el mayor realce de su amor fué la esmerada observancia de todas las reglas y constituciones.

Con todo eso, se particularizó sobre los demás Santos con San Luis Gonzaga, á quien trataba con cariño de hermano, y con dulcísima franqueza acudía confiadamente. Y, ¡qué más estrecha hermandad que la que se funda en la perfecta imitación! Quitábase el bonete cuando pronunciaba su nombre; en saliendo de cátedra, visitaba sus sagradas reliquias; dedicaba á honra suya penitencias y actos interiores. *En honor del Beato Luis, cien actos de humildad*: léese en sus papeles, á 25 de Mayo de 1621. En prenda de agradecimiento á los favores de su mano recibidos, escribió, como está dicho arriba, el compendio de su vida, y añadió la relación de los milagros aprobados por la Rota Romana.

Para que se vea pintada más al vivo con sus naturales colores la devoción que con estos Santos tenía, daremos aquí lugar á una carta que sin linaje de duda escribió á primeros del año de 1621, cuyo borrador se halló después entre sus manuscritos. El P. de Greeff nos dice que por este tiempo esperaba respuesta de Juan á una suya; y que la presente fuera escrita para su antiguo director, es muy de presumir, aunque no conste en el bo-

¹ Proc. rom., pág. 418.

rrador que se guarda en Roma, cuyo contexto es como sigue:

Reverendo en Cristo Padre:

Sobre la canonización tan suspirada por la universal Compañía, bajo el presente pontificado poco ó nada podemos esperar, siendo así que á instancia del Rey de las Españas han convenido en canonizar al B. Isidro español, y al efecto se preparan las fiestas para las próximas Pascuas. Es cosa que nos trae en consternación á todos los de acá, lo confieso: lo único que alivia mi sentimiento es la esperanza de que esta dilación redundará en mayor gloria de nuestro beatísimo Padre ¹.

Acerca del B. Francisco Javier, la devoción de los pueblos aumenta incomparablemente. Se le ha erigido altar propio en la iglesia de la casa profesa. La muchedumbre y grandeza de sus milagros espantan á las gentes; los mismos Auditores de la Rota á las declaraciones de tantos testigos no pueden con su asombro. Yo mismo le oí á nuestro Muy Rdo. P. Muzio Vitelleschi, en presencia de diecisiete Cardenales, asegurar que entre los milagros del B. Francisco se cuentan veintitrés ó veinticuatro muertos resucitados; y que de ellos diecisiete están evidentemente probados y puestos fuera de toda duda. En la fiesta última que hemos celebrado se ha expuesto al público su mano derecha en un relicario de plata: consérvase entera aunque seca y enjuta. Se colocó á la parte derecha del altar: al otro lado estaba la cabeza de nuestro

¹ Por la muerte de Paulo V, ocurrida de 28 de Enero de este año (1621), se difirió la canonización de que habla el Santo al año siguiente (12 Marzo 1622).

B. P. Ignacio, también en urna de plata, como dando á entender el Padre que honra y acata la diestra de aquel generosísimo hijo suyo que regeneró con las aguas del santo bautismo un millón y doscientas mil almas. Sí, un millón y doscientas mil almas, repito: para que no vaya V. R. á pensar que hablo á bulto en lo que escribo; este es el guarismo que he leído en la vida del Beato que anda recién impresa en italiano; y ese mismo también el que nos ha referido un Padre que predicó su panegírico en refectorio.

A la manera que el B. Francisco Javier resplandece con su blasón de apóstol, el B. Luis campea con el suyo de angélico. El Rótulo con que han endosado los jueces de la Rota el proceso dice así: *Sobre la vida y milagros del angélico Luis Gonzaga, de la Compañía de Jesús*. Ha sido nombrado Patrón del Colegio Romano; y á honra suya ha concedido nuestro M. R. P. General que la renovación de los votos que se hacía antes el día de Santa María Magdalena se tenga el día de su fiesta. En cuyo día tres jóvenes de familias nobles, alumnos del Colegio, vienen á nuestra iglesia, y en la capilla del Beato, riquísima por los peregrinos mármoles de que está adornada, leen delante de varios Cardenales el uno un discurso latino, el otro uno en griego, el tercero una poesía dando loor á su santo Patrono.

Viven todavía muchos Padres aquí y en la casa profesa que le trataron familiarmente, el M. R. Padre General entre ellos y el P. Virgilio Ceparí, que ha escrito su vida y procuró su beatificación. Ambos afirman que más provecho sacaban del trato con el B. Luis que de la misma meditación. Una vez estaba en la quiete con nuestro B. Hermano el P. Muzio, y como recayese el discurso sobre la

excelencia y hermosura de la Compañía, dijo el B. Luis que le parecía cosa tan excelente y linda, que por verla una sola vez aun hasta al infierno bajara gustoso, si era menester. Esto se lo tengo yo oído al mismísimo P. Muzio en una plática que nos hizo en el Colegio Romano.

Para consuelo de V. R. pondré aquí originalmente el Rótulo del Proceso del B. Luis que los Auditores de la Rota han presentado al Soberano Pontífice: va encabezado por estas palabras: *De sanctitate et miraculis angelici Aloisii Gonzagae virginis, ex principibus imperii, marchionibus Castellionis, clerici Soc. Jesu, Relatio ad sanctissimum D. N. Paulum V Francisci Sacra- ti Archiepiscopi Damasceni, Joannis Baptistae Coccini Rotae Decani, Joannis Baptistae Pamphili Rotae auditoris...* Todo esto lo he copiado puntualmente del dicho Proceso.



CAPÍTULO X.

SU ENCENDIDA CARIDAD.

- I. Su amor á la religión.—Testimonios.—Estima de la vocación.—Suceso interesante.
- II. Amor á los de la Compañía.—Trato con los compañeros de estudio. Servicios con todos.—Prudencia y cordialidad.—Su humilde disposición y afabilidad.
- III. Caridad con los enfermos.—Gracia señalada.—El catequista.—Resumen de sus virtudes.

I

Fué siempre la caridad lo más alto de la vida espiritual. En ella está cifrada la divisa de los discípulos de Cristo nuestro Salvador, y como tal quiso San Ignacio fuese á los suyos librea y mantenimiento. El hijo de la Compañía abraza con la caridad á todos sus semejantes, de cualquiera nación, casta y condición que sean; con ella hácese todo á todos en razón de ganarlos á todos; con ella emula los intentos de Dios, que se reducen á comunicarse á los hombres; con ella en fin procura dentro de su Instituto intensamente el bien espiritual de los prójimos. Gran cúmulo de virtudes requiere la perfecta caridad. Apúntalas el Apóstol cuando dice ser paciente, benigna, mansa, desinteresada, y todo aquel escuadrón de

excelencia y hermosura de la Compañía, dijo el B. Luis que le parecía cosa tan excelente y linda, que por verla una sola vez aun hasta al infierno bajara gustoso, si era menester. Esto se lo tengo yo oído al mismísimo P. Muzio en una plática que nos hizo en el Colegio Romano.

Para consuelo de V. R. pondré aquí originalmente el Rótulo del Proceso del B. Luis que los Auditores de la Rota han presentado al Soberano Pontífice: va encabezado por estas palabras: *De sanctitate et miraculis angelici Aloisii Gonzagae virginis, ex principibus imperii, marchionibus Castellionis, clerici Soc. Jesu, Relatio ad sanctissimum D. N. Paulum V Francisci Sacra- ti Archiepiscopi Damasceni, Joannis Baptistae Coccini Rotae Decani, Joannis Baptistae Pamphili Rotae auditoris...* Todo esto lo he copiado puntualmente del dicho Proceso.



CAPÍTULO X.

SU ENCENDIDA CARIDAD.

- I. Su amor á la religión.—Testimonios.—Estima de la vocación.—Suceso interesante.
- II. Amor á los de la Compañía.—Trato con los compañeros de estudio. Servicios con todos.—Prudencia y cordialidad.—Su humilde disposición y afabilidad.
- III. Caridad con los enfermos.—Gracia señalada.—El catequista.—Resumen de sus virtudes.

I

Fué siempre la caridad lo más alto de la vida espiritual. En ella está cifrada la divisa de los discípulos de Cristo nuestro Salvador, y como tal quiso San Ignacio fuese á los suyos librea y mantenimiento. El hijo de la Compañía abraza con la caridad á todos sus semejantes, de cualquiera nación, casta y condición que sean; con ella hácese todo á todos en razón de ganarlos á todos; con ella emula los intentos de Dios, que se reducen á comunicarse á los hombres; con ella en fin procura dentro de su Instituto intensamente el bien espiritual de los prójimos. Gran cúmulo de virtudes requiere la perfecta caridad. Apúntalas el Apóstol cuando dice ser paciente, benigna, mansa, desinteresada, y todo aquel escuadrón de

renombres que defienden, acompañan y van en pos de esta gloriosa reina. Si no hemos visto á San Juan Berchmans traspasar montes, hablar lenguas nuevas, vaticinar lo por venir, entregar su cuerpo á las llamas, poco importa; no son esos los timbres que canonizan la heroica santidad; la caridad perfecta es la que acaba de esculpir en el alma la imagen de los predestinados.

En este tiempo, al paso que han crecido la luz, el fervor y los propósitos de nuestro alentado escolar, han ido ganando en quilates los actos de la soberana virtud y sublimando su espíritu hasta tocar en lo más encumbrado de la religiosa perfección. *Charitas, charitas, et vivere in dies et in horas*, por estos términos aguijaba su corazón el último año de su vida ¹. Coronemos, pues, su frente con la que bien podemos llamar guirnalda de las virtudes, pues las prede, sustenta y embelece todas juntas, y sirva este solo capítulo de resumen y cifra de sus grandes merecimientos.

En primer lugar, la caridad de los hijos de San Ignacio, para ser ordenada, ha de dirigir su generoso ardor al campo de la misma Compañía. Apellidábala el Santo *madre mía en la tierra como María lo es en el cielo*.—*Santa Compañía*.—*Compañía de amor*.—*Obra divina*. Juntando obras con palabras, renovaba los votos dos veces al día y en cada comunión, besaba devoto la sotana antes de vestírsela, quitaba el bonete á las pinturas de nuestros mártires colgados en los tránsitos, hacía una lista de los nuestros que morían en opinión de santidad y de aventajado saber. Cuando de la Compañía hablaba se deshacía en demostraciones de ternura, como si se le partiera de amor el co-

¹ Cepari, *Vita*, parte II, § xxii.

razón en el pecho, y con tan vivo interés cual si á cuenta suya estuviese volver por su honra y buen nombre. No sin grande admiración se halla entre sus propósitos, este: *No tengo de ser menos celoso de la honra de la Compañía, que lo es el ambicioso de su propia honra. Familiarízate con el Instituto; y tanto más adelantarás cuanto más amor le cobreres*. En suma, en el amor á la Compañía tenía librado su bien, íbale su honra y tenía puesto todo el punto de sus obligaciones.

Aquí abundan los atestados de los procesos. El P. Cepari declara que no son palabras poderosas para expresar cuán grande afición tuviese á la religión ¹. El Hermano Albergotti depone que la Compañía era en su concepto uno de los más excelentes institutos de la Iglesia de Dios ². El Padre Bisdómini testifica que no conoció á hombre más encariñado á las cosas de la Compañía y que tratase de ella con más agrado y afición ³. El P. Horacio Passardi dice que cuando le veía discurrir sobre el espíritu de la Compañía, parecía le oír los dictámenes de un anciano encanecido en ella ⁴. A Félix Carminata se le figuraba escuchar estando con él al Padre Jerónimo Nadal, llamado alma de las Constituciones ⁵. En fin, la Compañía era para él, aunque la mínima entre todas las religiones, sagrario de paz, cimiento de felicidad, escuela de ángeles, ensayo del cielo y antecámara de la gloria.

Bien parece inferirse de aquí que quien tan magníficamente sentía de su religión, había de

¹ *Vita*, part. II, § xiii.

² Proc. rom., pág. 425.

³ Proc. rom., pág. 256.

⁴ Proc. rom., pág. 440.

⁵ Proc. rom., pág. 418.

marcar con nota de precito al que pensase desertar de sus filas. Este era uno de los mayores torcedores de su corazón, ver puesta en balanzas la vocación de algún compañero. Dijo un día á Bernardino Vittorio, viéndole mustio y alicaído: *Mi Hermano anda triste; esté muy sobre sí, que el diablo le acecha al rededor cargando de nubes la cabeza para derribarle: si quiere ver deshechos sus ardidés, dese de veras al fervor: cuando le apriete la melancolía, tenga mucho cuidado de no dejar la oración y ejercicios espirituales*¹.

Con libertad y viveza hablaba al entendimiento y corazón de aquellos Hermanos, cuya flojedad en el servicio de Dios le hacía andar á él sobresaltado y receloso de algún desastre. Cuánto pudiese el valor de su ánimo en estos casos podrá rastrear-se por el siguiente.

Estaba una tarde después de quiete rezando en su aposento, cuando se le acerca un Hermano, y le pide por favor que le acompañe á la Cartuja de Santa María de los Ángeles. Corría el mes de Julio con sus extremados calores. Oye Juan la propuesta, y sin preguntar á dónde bueno, se dispone en seguida y llega á la portería antes que su compañero. Salen ambos del Colegio; y como si un espíritu oculto les pusiera alas en los pies, sin sentir el peso del sol, en breves instantes dan consigo en el convento. ¿Está el P. Prior? ¿Se le puede ver?, pregunta el compañero. Va el recado al Prior. No se hizo esperar el aviso de que pasaran adentro. Iba Juan á entrar también. No, dícele el compañero, yo tengo precisión de hablar á solas con el P. Prior; la calidad del asunto no me parece pida tercero; tendrá V. la bondad de aguar-

¹ Proc. rom., pág. 404.

dar; es cosa de pocos momentos. Prudencia le pareció á Juan ceder de su parte y dejar obrar al joven, aunque se ladeaba á hacerle algunas reflexiones por el respeto de la regla; pero en fin bajó la cabeza, y se quedó aguardando, en tanto que el otro, atravesando una segunda y tercera habitación, se metió en la celda reservada del Padre Superior.

El gran rato que duraba la visita junto con el misterioso estilo del joven, dióle á Juan mala espina; y puesto en oración y á encomendar á Dios aquel suceso, por este hilo y por otros antecedentes, atando cabos, sacó el ovillo de lo que se andaba tramando. Entendió que aquel infeliz estudiante, víctima de la melancolía ordinaria, trataba de dejar la sotana por vestir el sayal de los Cartujos. Y era así la verdad, que perdida la esperanza de llegar á la perfección que la Compañía pide, engañado de falsa humildad, por medir la dificultad con su apocamiento, entendiéndose á solas con su aprensión había resuelto pasarse á la Cartuja: cosa en que halló tanto menos que recelar, cuanto que, decía, el mismo Instituto de San Ignacio abre á los suyos la puerta para que entren á vivir con los hijos de San Bruno.

Al cabo, pues, de un gran rato, sale el estudiante de la celda del P. Prior. A Berchmans se le hacía caso feísimo ver á un Hermano suyo dar al enemigo el brazo á torcer; con que no bien le hubo visto fuera de la celda, rompió los lazos del miedo y con grave continente le dijo: "Hermano mío carísimo, debe de imaginar que á mí se me encubre la trama en que anda metido, y los misterios de esos secretos que ha tratado con el P. Prior. Desengáñese; todo lo sé de un cabo al otro. Ahí no trata mi Hermano sino de abandonar su santa

vocación, pero yo le certifico que no se saldrá con ello, porque tanto me tengo de empeñar con Nuestro Señor que le salga á mi Hermano todo al revés.,,

¿Quién explicará la sorpresa del pobre estudiante al ver descubiertas sus trazas? No se le vino palabra á la boca; tan de piedra se quedó. Pero el Santo, asiéndole de la sotana y sacándole fuera del claustro, *Vamos á rezar*, dice, *el Santo Rosario por el camino*. Atajado el otro y confuso hubo de obedecer á esta voz de autoridad. Emprenden la vuelta á casa, y menudeaba Juan tanto los pasos, que el compañero, como después declaró, llegó á casa todo sudado y molido.

Mas poco antes de llegar sucedió un nuevo lance. El joven no había entrado en su acuerdo ni dejado su determinación, á pesar de la extrañeza que le causara la impaciencia del santo Berchmans; y ya que pasaban por junto á la casa del Jesús, hizo ademán de querer caminar más despacio, y aun procuraba con razones inclinar á Juan á detenerse en el Jesús. Muy misteriosa le pareció al Santo, que no sabía decir de no al gusto de sus Hermanos, aquella nueva salida, y más aún el empeño en esforzar argumentos para no ir derechamente al Colegio. Lo que en realidad pretendía el desventurado mozo era entretener el tiempo y darle lugar al Prior de los Cartujos para que se avistase con el P. Rector, y se orillase el asunto de su salida; pues en eso habían quedado. Pero el bendito Juan, que daba por deshecha la borrasca en cuanto de ella se enterase el P. Cepari, estaba que no ponía los pies en el suelo por llegar pronto al Colegio, y no menos le espoleaba la regla de avisar al Superior de aquella tentación grave, para que él con su paternal cuidado y providencia le

puadiese poner conveniente remedio: y así instándole el otro que entrasen en el Jesús para oír la Sagrada Escritura, echó él mano de la ira para servir á la caridad, y disimulando el agrado le respondió á pie quedo con entereza y resolución: *No se hable hoy de Escritura, no puede ser: vamos derechamente á casa: véngase conmigo al Colegio (Non: sed eamus domum. veniamus domum, veniamus domum)*. Con esta vehemencia del enardecido mozo no pudo la cobardía del tentado.

Llegan al Colegio. Sombrero en mano vase al P. Cepari y le informa de lo acaecido. El P. Rector manda al punto llamar al joven, y en tanto que Juan se está en la capilla orando, con la blandura que el amor de padre inspira, le pregunta qué motivos habían podido aconsejarle semejante determinación. Respondióle más avergonzado que mohino en esta substancia: P. Rector, no tiene V. R. por qué hablarme de motivos; harto conoce V. R. mi capacidad para seguir al paso que pide el Instituto de la Compañía. Otros hombros, no los míos, serán para tan grande carga. Yo me he tanteado las fuerzas, y me hallo corto de caudal para trabajar en el ministerio de las almas; en vez de servir á la Compañía, tendré que serle inútil y aun de estorbo toda mi vida. A cada paso que doy en la carrera se me representa qué será de mí más adelante, si ahora que empiezo me atasco y desaliento; y lo que más puede conmigo es la gran responsabilidad que pesa sobre el que ha de salvar á otros sin tener talento ni virtud para ello. Y así, obviando inconvenientes, pensé más acertado, P. Rector, atender siquiera á mi salvación, que no poner en riesgo la propia con la ajena. Y este en puridad ha sido y no otro el fin de mi entrevista con el Prior de la Cartuja: el

cual vendrá dentro de poco á verse con su Reverencia para acabar de resolver.

En estas al parecer concertadas razones entrevió luego el P. Cepari las sutilezas del tentador. Hizole tocar en sus mismos términos el lazo que le armaba para derrocarlo. Con suavidad y eficacia le demostró la fuerza de los motivos que le probaban ser de Dios su primer llamamiento á la Compañía; que siendo esta la cierta voluntad de Dios, tocaba en presunción, cuando menos, empeñarse en otros caminos; que no quedaría por su divina majestad dar favor con que llevar la obra adelante; que en la magnanimidad de la confianza en Dios consistía justamente parte de su preparación para los misterios. No dejó de ponerle á la vista el ejemplo de Juan Berchmans, que sin pensar en el día de mañana, trataba de guardar hoy por hoy con exactitud las reglas, y hacer los ejercicios espirituales, como si en eso tuviera librada su última perfección: todo lo cual, dicho con blandura y amor, levantó, alentó y acabó de reducir aquel corazón abatido, por manera que cuando llegó el Prior de la Cartuja, halló las cosas muy otras y desbaratadas.

La verdad del suceso consta de cuatro relaciones distintas: la una es del P. Cepari, la otra del P. Grassi ¹, la tercera de un anónimo de aquel tiempo, la cuarta de Bernardo Vittorio, á quien algunos historiadores han querido señalar, sin bastante fundamento, por agente del caso referido. Estos cuatro relatos en los puntos principales concuerdan notablemente, en los accesorios no van encontrados ni reñidos; pero son contestes en dar á la caridad de nuestro Santo la palma en esta vic-

¹ Proc. rom., pág. 559

toria. No se la perdonó el enemigo. Concibió odio contra él; y ya que no le maltrató por entonces, despechado y rabioso pretendió más adelante disfraczar con artificios la recta intención del santo y traerle á mal traer en la víspera de su muerte, como en el propio lugar se verá.

II

De la estima y amor al Instituto naciale el amor y estima de los que militaban bajo la misma bandera. En los Colegios Máximos que tiene la Compañía para instituir en ciencias á su juventud, es ordinario morar en cada habitación dos ó más juntos los estudiantes para mutua edificación y ejemplo. En estos aposentos, que sirven á la vez de oratorio, estudio, dormitorio y oficina, ocasiones no escasean de practicar la caridad; la cual si no está bien cimentada, fácilmente se menoscaba á vueltas del afán con que el enemigo común procura sembrar cizaña entre los hermanos.

Cuatro compañeros de aposento tuvo Juan consecutivamente: Julio Scotti, Alejandro Rimbaldesi, Pedro Alfaroli y Marcelo Spinelli. Los buenos respetos y la caridad grande que con todos ellos guardó, constan auténticamente en sus respectivas deposiciones. El día que entró con Julio Scotti, dióle amplias facultades para obrar á su voluntad dentro del aposento sin andarse en contemplaciones, porque mi gusto será siempre, decía, sujetarme al de mi Hermano. Como por causa de salud tenía él entonces orden del P. Rector de levantarse de la cama una hora más tarde, suplicó

al Hermano Rimbaldesi no tuviese cuenta con él, porque el Señor, decía, me ha hecho la gracia de nunca despertar, por más ruido que se meta, sino á la hora en punto. Viéndole Rimbaldesi tan servicial sacó licencia para conferenciar con él sobre estudios. Entregósele Juan á deseo; era siempre el primero en convidarle á repetir: *Lo más donoso del caso fué, dice éste, que con sus razones me tenía en la persuasión de que quien necesitaba más de aquel ejercicio era él, y no yo que lo había pedido*¹.

Con igual agrado franqueaba su persona á Pedro Alfaroli. Abónanlo estas palabras: *Cuando yo le consultaba sobre la lección, parecía no tener otro que hacer sino contentar mi cortedad: tratábame con finísimas maneras, y nunca daba muestras de quererme imponer su modo de sentir. En saliendo del aula, el día que tocaba barrer, me ganaba por la mano, adelantándose á tomar la escoba. Yo procuraba con quejas mostrarle mi disgusto, pero él me atajaba diciendo: carísimo, ¿quién hace caso? usted no tiene salud para tanto: á mi me es muy provechoso el barrer.—Cuando conoía que yo estaba indispuerto, avisaba al Superior; hacíame la cama y me regalaba cariñosamente sin admitir substituto. Sentía yo darle mal rato, y no dejaba de decirselo, pero él respondía: según veo, mi Hermano no me debe de creer cuando le digo que le quiero de veras.*

Esto depuso el Hermano Alfaroli, á quien le aconteció que, pensando el Padre Ministro mudarle de aposento, se le presentó armado de razones elocuentes, y como si ellas no bastaran, acu-

1 Proc. rom., pág. 428.

dió á los ojos y le suplicó deshecho en lágrimas no le privase por Dios de la compañía del Hermano Juan. A tan atendible empeño, ¿cómo podía negarse la bondad del Superior¹?

Con verdad confiesan los seglares y aun los religiosos cuánta admiración les hace ver la buena armonía y amor que florece por la gracia de Dios entre los de la Compañía, como que en la caridad fraternal parecía tener asegurado San Ignacio el buen ser y gobierno de toda su religión. A este blanco miraba la prudencia de Juan Berchmans. A trueque de mantener lozana la unión, se desvelaba en hacer el gusto de todos en obras y palabras. *No ser molesto á nadie, sino antes el consuelo y alegría de todos.* Esta era su sentencia ordinaria. Para verificarla, tuvo que emplear abnegación de juicio, sacrificio de propia voluntad, mortificación de pasiones; pero es cierto que á esa costa, según el sentimiento común, mereció su caridad el dictado de perfecta.

Si á los iguales correspondía con cordialísimo afecto, á los Padres trataba con suma consideración y miramiento. A un hermano á quien parecían excesivas las señales de amor con que obsequiaba á los Padres forasteros aun sin conocerlos, corriendo luego á abrazarlos, brindándoles con su servicio, procurándoles toda comodidad, le respondió: *Basta que sean hermanos míos*². Tenía entre sus propósitos éste: *Cuando veas alguno de la Compañía hónrale como ángel. Lo que yo quisiera es, añadía, que cuando uno va ó vuelve de viaje, echasen al vuelo la campana de comunidad para darle el abrazo*³. Por esto con

1 Proc. rom., pág. 456.

2 Proc. rom., pág. 506.

3 Cepari: *Vita*, parte II, § XIII.

mucha loa habló un Hermano de la ternura con que Juan le estrechó entre sus brazos el día que hizo los votos ¹.

El buen nombre de sus Hermanos, arraigado en su ánimo con hondas raíces, le rebotaba en los labios con expresiones altas y respetuosas. Sus dictámenes eran: *Muéstrate blando con los demás, contigo solo juez. Pon los ojos en tus defectos, no en los ajenos, y júzgate por inferior á todos. Acostúmbrate á excusar al prójimo con entrañas de caridad. Me abstendré de juzgar y de entrometerme en cosas de otros: si se ofreciere alguna que no pueda yo excusar, sentiré viva compasión, me miraré á mí propio, y por la enmienda de la falta rezaré una Ave Maria ó cosa semejante.*

Por estos principios regulaba su conducta. *Era cosa de ver, dice Bernardino Vittorio, cómo se amohinaba cuando oía hablar mal de otro, y con qué gracia mudaba de conversación* ². No solamente no se le entendía de pelotear, zaherir, picar con saetillas agudas que van á dar en la reputación ajena; pero donaires, murmuraciones, ceños, cantaletas le consumían de pena: delitos eran imperdonables para una madurez de costumbres como la suya. Ya que no estuviera en su mano deshacer un suceso menos edificante, le despojaba de la parte más odiosa, no como los que faltos de amor se quedan sesgos oyendo desdorar el buen nombre del prójimo. Cuando se reprendía alguna falta públicamente, si después en la quiete se hacía alusión al reprendido, él, endulzando el trago, se ponía luego de su parte diciendo: *¿Qué le haremos? es hombre de muy buena*

1 Proc. rom., pág. 445.

2 Proc. rom., pág. 403.

voluntad, me consta á mí,—y refería seguidamente algunas cosas del reprendido que fuesen de edificación ¹.

Por el contrario era muy mirado en dar á entender de otros cosas que pudieran despertar celos ó envidias. No cabían en él artificios, y menos zalamerías. La lisonja parecía vanísima cosa; los cumplimientos, para aborrecerlos el sobrecrito que llevan le bastaba; y decía que gastar ceremonias con uno por exámenes ó actos públicos era obligarse á guardarlos con todos, sopena de parecer parcial, y con todo lo que para éste sería adulación y para aquél pura etiqueta, para esotro fuera burla formal: y tanto la una como la otra iban contra la caridad. Consistían sus cumplidos en un saludo afectuoso pero modesto. Hemos visto más arriba cuán libre conservó el corazón de las aficioncillas particulares que carcomen el amor fraterno. Universal era el suyo en medio de ser muy de corazón; y clara prueba fué de ello el haber aficionado á sí de manera los corazones, que cada uno presumiese ser el más querido suyo ².

Pero si la afabilidad y cortesanía de sus modales tenían obligadas las voluntades, no era fruto de respetuosa consideración solamente, mas también de una vida por entero sacrificada al gusto de cada uno. Cuando se vió precisado á guardar la cama hasta más tarde, ayudó la Misa á un Padre que tomaba mucho tiempo para satisfacer su devoción; igual servicio prestó después á otro que al ser largo juntaba no tener hora fija. Viéndole el Hermano sacristán tan puntual, como condoliéndose de la molestia se lo dijo, y él le respondió

1 Proc. rom., pág. 468.

2 Proc. rom., pág. 552.

con blandura: *No le dé pena por eso: porque le hago saber que siempre he sido devoto de ayudar misas.*

Bien le hemos visto hasta el presente poco inclinado á diversiones; más rozaban con su genio conversaciones edificantes. Sin embargo, con su gran caridad convertía los entretenimientos en materia de edificación. En los días de asueto, que se pasaban en Frascati, eran permitidos juegos de honesto placer. El de la argolla ó del aro era el suyo de preferencia. A pesar de haber logrado concepto de maestro, no rehusaba á cualquiera que quisiese jugar con él, por más que le pudiese dar cinco de corto; antes con un chambón se entendía mejor su finísima caridad, á causa del mayor número de mortificaciones que le proporcionaba. Abierto el juego no hablaba de otra cosa, como si no tuviese en otra parte el pensamiento, aunque sí tenía, porque cada vez que le tocaba meter la bola por el aro se santiguaba primero, y unía la acción á los méritos de Cristo crucificado. Si le salía bien el golpe, aunque se permitía alguna señales de contento, nunca palabras de triunfo que humillasen al vencido: igual serenidad se le advertía si por acaso marraba. En ciertos momentos en que el mismo interés del juego suele poner en puntos unos con otros á los jugadores, sabía ceder mostrando cara halagüeña, y dejábase rendir por atajar amarguras. En fin, si perdía el juego, era el primero en arrodillarse y pagar la apuesta, que consistía en rezar una Ave María. De manera que cosas de suyo muy indiferentes, por estar hechas con el espíritu y requisitos debidos, daban sumo gusto á Dios, recreaban

1 Proc. rom., páginas 548-534.

á los ángeles, y éranle á él ocasión de acaudalar merecimientos.

Conocida es ya su inclinación á los Hermanos coadjutores. Tras ellos se le iban los ojos, á ellos se juntaba en la quiete, con ellos salía á pasear, y ellos con la franqueza y sencillez propias de su condición tenían sus glorias en llevarle de compañero, y no menos él en poder hablar con ellos de cosas de Dios, y visitar santuarios devotos.

III

EL teatro donde más extendía las alas su caridad era la enfermería. *Ya feneció el consuelo de los afligidos*, repetían las alcobas de los enfermos el día de su dichoso tránsito. ¿Y quién pidiera mayor solicitud al corazón de una madre? Tres veces al día visitó á un Hermano viejo y achacoso; llevábale á sus horas cordiales, servíale refrescos, lavábale los oídos, y desp.és de acompañar estos oficios con regaladísimas palabras, no había de faltar un ejemplo de la Virgen ¹. *Hoy tarda el Hermano en venir á contarnos el ejemplo*, decían los enfermos; y luego al punto pasaban aviso al P. Ministro para que se le mandase. ¡Tan de mal se les hacía carecer de su presencia!

He tenido ocasión de conocer al santo joven; no solamente no se le pasaba día sin visitar á los enfermos, pero venía al tiempo mismo en que los demás se iban á echar la siesta. Es la hora

1 Proc. rom., pág. 375

más incómoda para los enfermos; y mucho más si al fastidio de la soledad se junta el rigor de la estación. Andaba él de cama en cama sirviendo á todos fresco. Una vez le dije que era muy saludable refrescar las manos y sienes á los enfermos, y que lo podía bien hacer, pues con eso, además del alivio de la frescura, se sentían menos amodorrados. No habla peligro que se diese por satisfecho con este permiso general; todos los días había de venir á renovar mi licencia. Así depuso el hermano enfermero Juan Ballerati. Y parece excusado añadir, que siempre pedía permiso particular para ir á la enfermería, aquílatao el oro de la caridad con la bendición de la obediencia ¹.

No bastaba á su espíritu el esmero en aliviar los cuerpos, consolaba también las almas ayudándolas con santos pensamientos, contando hechos edificantes, leyendo en un libro espiritual, y con esta diligencia traía á los enfermos tan contentos, que preferían las visitas del Hermano Juan á las del facultativo. Aquí era donde, aprovechándose del candor de los sencillos, les comunicaba lisa-mente á la buena de Dios, como dice Octavio Falconi, sin escrúpulo y sin vanidad, sus íntimos sentimientos, las luces de la oración, y el fruto que de ella sacaba.

No se nos vaya de vuelo una cosa digna de consideración, y cae muy bien aquí, una gracia señaladísima con que parecía el cielo acreditar su cuidado y puntualidad á la regla. Refiérela el Hermano Valerio por estas palabras: *Estando yo en cama vino á verme el Hermano Juan, y como me preguntase por mis achaques, que eran de no*

¹ Proc. rom., pág. 298.

poder pegar los ojos en toda la noche, le dije: A propósito, hermano Juan; ¿cómo hace, mi carísimo, para dormir y no tener insomnio? Él me respondió: No lo sé, Hermano; pero lo que me sucede es que cuando tengo de levantarme con la comunidad, despierto á la hora en punto; cuando debo estarme una hora más, despierto puntualmente al dar el reloj, nunca antes ni después. De esto colegí, añade Valerio, que el angel le servía de despertador.

Pero Juan se criaba para apóstol. No podían los estudios estorbar sus apostólicos intentos, á toda suerte de personas había de alcanzar el fuego de su caridad. A los criados de casa explicábales el catecismo con grande afecto, dábales avisos espirituales, hacía les comulgar cada mes y presidía con su presencia la comunión general. Su celo no se cebaba de ilusiones; hacía de presente cuanto alcanzaban sus fuerzas sin fiarse del porvenir. Yo, decía, *procuro siempre ajustarme á la condición de las personas, por ser virtud ésta propia de la Compañía, que se emplea de continuo en ganar almas* ¹. Cuánta verdad encerrasen sus palabras lo experimentaron, como dicho va, Padres, estudiantes, hermanos, criados, y todos cuantos moraban en el Colegio Romano. Pero no se limitaron al recinto del colegio las influencias de su caridad.

Los domingos salía á expediciones de catecismo á las plazas públicas, y platicaba á niños vagabundos y gentes pobres. *Nosotros, decía encendido de celo, amarrados al banco de las escuelas somos como perros atados á estaca y metidos en casa; razón es que los días de fiesta nos suelten*

¹ Proc. rom., pág. 403.

y nos dejen siquiera ladrar por plazas y calles contra los pecadores. Iba una tarde, así lo depuso el P. Pedro Chellinio, á una calle junto á nuestra Señora de los Montes. Andaban por allí triscando y metidos en quimeras unos soldados y otra turba ociosa con alma y sentidos engolfados en el juego. Echa Juan mano á una mesita pensando convertirla en púlpito. Lo notan los jugadores, y sin más le mandan á decir, que pensar él habían ellos de dejar la diversión era pensar en lo excusado; con que si no quería predicar en desierto, se fuese con el púlpito á otra parte. Su respuesta á este recado fué entrarse en la iglesia de Nuestra Señora, y fiar á la oración el suceso de su causa. Así como salían, el compañero le dijo: Paréceme á mí más acertado dejarlo por hoy, y volvernos al Colegio, que no está la gente para sermones, y como tienen por flor menospreciar la palabra de Dios, si la emprenden con nosotros pudiéramos pasarlo mal. *No en mis días, replicó al punto Berchmans, me dice á mí el corazón, que la Virgen hará de las tuyas. V. va á ver cómo estos hombres en comenzando el sermón, se dejan de juegos y pependencias y hacen corro con nosotros.* Así fué la verdad; porque subir Juan al taburete, y dicha el Ave María reinar un desusado silencio, é ir la gente despidiéndose de dados y cubiletos para agolparse, como corderos, alrededor de la mesa, y escucharle quedos y mudos sin cansarse, fué todo una misma cosa. Acabada la plática, en señal de satisfacción le acompañaron con gran reverencia al Colegio ¹.

Con estas llamaradas desfogaba el volcán de su pecho y extendía los rayos de su influencia

¹ Proc. rom., pág. 548.

á toda suerte de personas; maravilla que vence á toda ponderación en un joven de veintidós años. De los cien religiosos que dieron después por escrito testimonio de su virtud, no hay uno tan siquiera que no se le confiese deudor de algún aprovechamiento espiritual. Un Roberto Belarmino, un Virgilio Ceparí, un Muzio Vitelleschi, un Juan de Lugo, un Felipe Alegambe, un Horacio Grassi, un Francisco Piccolomini, un Alejandro Gottifredi, un Juan Pablo Oliva, un Juan Tirino, un Cornelio Alápide, un Juan Ceccotti, un Tomás Massucci, y otros varones clarísimos en saber, virtud y obras apostólicas, celebérrimos en todo el orbe cristiano, eternizaron con la claridad de sus testimonios los ejemplos que debían á la santidad de Juan Berchmans, en quien contemplaban el dechado y como la idea común del escolar de la Compañía.

¡Flor temprana que esparció suavísimo olor de Cristo, y anunciaba muy ricos frutos, si la hoz del jardinero celeste no se hubiera apresurado á cortarla en su verdor! Porque como Berchmans tenía las fuerzas no muy robustas, acabóselas de gastar el continuado tesón de su incansable espíritu, y la naturaleza, dándose por vencida al fin, tuvo que ceder, como se dirá en el libro siguiente.





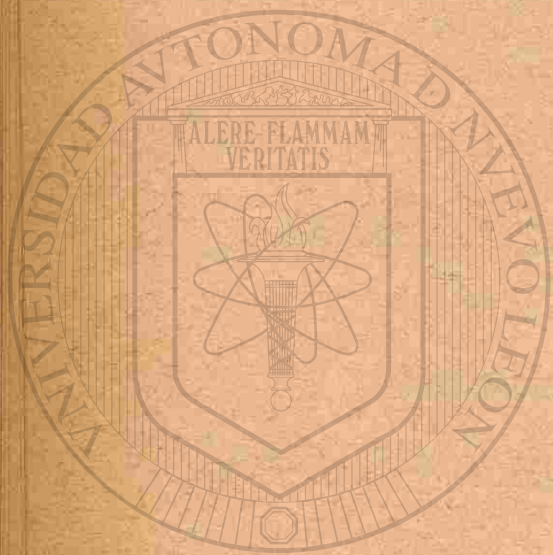
LIBRO CUARTO.

SU ENFERMEDAD,

MUERTE Y GLORIA PÓSTUMA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO PRIMERO.

SU ÚLTIMA ENFERMEDAD.

- I. Desganos de la vida.—Vagos presentimientos.—El arguyente laureado.—La calentura le rinde.
- II. Va de mal en peor.—Inflamación pulmonar.—Su paciencia.—Visita de un joven filósofo.
- III. Le notifican el Santo Viático.—Pide perdón por escrito.—Preparación.

I

AMOR, hambre del cielo y hastío de la tierra respiraban ya sus obras y palabras hacia la mitad del año 1621; gemidos eran de alma enamorada, que pedía alas de paloma para remontarse á las alturas y reposar junto al Amado¹. A nadie parezca extraño. La debilidad y el cansancio iban apoderándose de su cuerpo, y le anunciaban vería presto atajados los designios de su vasto corazón. Así, al asomar el año 21, experimentó un cambio de ideas notable y extraordinario. En todos sus dichos, escritos y circunstancias se traslucían vislumbres de entrañables ansias, que le parecían á él correos de Dios que le convidaba á la patria del descanso. ¡Oh, si el Se-

¹ Ceparí, *Vita*, parte II, § xxxii.

ñor fuera servido de llamarme para sí, no sería yo quien pudiese estorbo á su llamamiento! Es verdad que si en mi mano estuviese me gustaría prepararme con algunos días de ejercicios; pero aun sin eso, me dejaría morir con grandísimo placer mío, si tal fuese el de Nuestro Señor¹. Con estos alientos andaba fuera de sí, como quien pisando apenas la tierra, tenía realmente puesto el corazón en los cielos. Como el viajero que se ve muy cercano á la patria, Berchmans, con los céfiros que le daban ya de aquella celeste Jerusalén, no cabía en sí de gozo, caminaba con más presteza, acrecentaba nuevos actos, despedía más vivos ardores y apretaba el paso con ejercicios de excelentísimas virtudes.

Ya los rectores de la provincia romana, dice el P. Grassi, andaban en competencia para tenerle cada cual de maestro en su colegio; ya su Padre provincial de Flandes hacía instancias por disponer de él en su provincia; y no sabían ellos dónde le quería Dios, que se daba prisa á sacarle de este destierro y á llevarsele á la gloria de los bienaventurados². De esta disposición del Altísimo comenzaron pronto á tenerse conjeturas. El P. Estrada, célebre historiador latino de las *Guerras de Flandes*, salió un día de casa llevándole de compañero, y entablada conversación sobre la muerte dichosa de los que viven en Religión, Yo suplico á Dios, exclamó el Padre, que muera mi alma con la muerte de estos santos; al cual luego respondió el Hermano: Padre mío, digamos mejor: Vivat anima mea vita justorum, para que podamos decir con verdad: moriatur

1 Proc. rom., páginas 541-560.

2 Proc. rom., pág. 560.

anima mea morte justorum. Estas palabras, añade el P. Estrada, pronunciadas en tono de autoridad y firmeza, muy fuera de costumbre en él, me hicieron entrar en reflexión y me dieron á conocer que debía yo aspirar al trabajo para merecer el descanso¹.

Los barruntos tomaron viso de claros indicios el día de San Ignacio. A la noche, según costumbre, se repartieron los santos de mes. Tocóle San Zeferino, Papa y mártir, con esta sentencia: *Videte, vigilate et orate: nescitis enim quando tempus sit*. Para quien no andaba tras otra cosa, fué esto ver el cielo abierto, y saltando de placer voló luego al P. Piccolomini á darle parte del gozo que le causaba el aviso de lo alto. Holgóse el Padre con la nueva, y dióle mil parabienes; pero él, que en todo hallaba motivos para renovar los aceros, sirvióse de este presentimiento como de espuela para apresurar todavía más el paso en la práctica de las virtudes².

El día 5 de Agosto sintióse por la mañana indispuerto. Era la indisposición liviana, y no tal que le impidiese ir á la granja con los demás estudiantes. *Entremos de camino en Santa María á ver la función de las Nieves*, le dice el compañero; pero él esquivó la entrada pareciéndole mejor en un religioso huir del bullicio y concurrencia de mujeres que solían llenar el templo en semejante día³. Pasó en Frascati la tarde muy gustosamente, por haberse allí encontrado con un Padre del Jesús, el P. Octavio Lorenzini, con quien se sentó á departir largamente sobre cosas de la Compañía y de sus varones ilustres: con el calor de la con-

1 Proc. rom., pág. 539.

2 Proc. rom., pág. 238.

3 *Vita*, parte III, § I.

versación parece se le mitigó el mal que le aquejaba ¹.

El día siguiente, que era viernes (6), el P. Esteban Búfalo, Prefecto de estudios del Colegio Romano, le envió al de los griegos para argumentar en unas públicas conclusiones de filosofía. No le pareció á nuestro estudiante que la novedad de su malestar fuera razón bastante para dejar de obedecer: y vase allá. Entra en el general; lo primero que se le ofrece es una mortificación imprevista, y fué que un doctor de la facultad había avisado á última hora que le era imposible concurrir á la solemnidad del acto, y que podían señalar argumentante en su lugar. Ofreciéronle á Juan el asiento del doctor, y después de dar y tomar, hubo por fin de venir en lo que la urbanidad pedía, aceptando, no solamente uno de los primeros puestos, sino, lo que era más mortificativo aún para su humildad, el primer lugar entre los arguyentes.

Rompe nuestro filósofo el fuego con argumentación reforzada. Bien luego se asombraron los presentes de cómo á los dos silogismos se pone de pies en la dificultad: y crece más el asombro cuando ven que aprieta el argumento con fuerza y rebate con maña las distinciones, sin una palabra más alta que otra, llevando adelante la objeción con tanta abundancia, claridad y precisión de razones, que maravillados no menos de su doctrina que de la dignidad y modestia de sus maneras, le conceden de buen grado la palabra por espacio de una hora entera, cosa en aquel Colegio fuera de toda costumbre. Pero la fatiga de la preparación, el ardor del debate, el cansancio del camino, y los grandes calores de la estación vinieron á agravar el mal

¹ Proc. rom., pág. 395.

de la víspera, y provocaron tan recia calentura, que no le dejó dormir sueño en toda aquella noche.

Pasadero le pareció el accidente. Pero no cedió la fiebre en toda la mañana del 7, y le venían á menos las fuerzas; creyó, pues, á la tarde, deber suyo presentarse, como previene la regla, al Padre Rector: el cual, averiguado el origen y progresos del mal, viéndole el rostro encendido, le remitió al enfermero, quien tomado el pulso le mandó echarse vestido sobre la cama. Tres horas después (5,45) entró á verle el P. Cepari; y sabedor de que la calentura había declinado, le hizo desnudarse y acostarse ¹. Poco tardó el P. Piccolomini en saber nuevas de lo ocurrido: fué, y saludóle Juan alegremente con la máxima del santo de mes, *videte, vigilate et orate*, añadiendo tenía para sí que era aquella su hora. No es para omitida la circunstancia de haber sido sábado el día en que cayó en cama, y sábado también el día en que le había sido dado el feliz anuncio; puesto que reparando en ello se le despertaron al P. Cepari y á otros varios Padres confusas conjeturas de si la Virgen tendría trazado llevarse consigo á su ángel á solemnizar su triunfante Asunción.

II
 El domingo 8, en amaneciendo (3,45) recibió el Santísimo Sacramento con extraordinarias señales de consuelo: hubiérale sentido mayor si le hubiesen dejado comulgar postrado en tierra, como lo pidió por favor; pero á la prudencia del

¹ Proc. rom., pág. 511.

Hermano enfermero pareció deberle solamente conceder que se arrodillase en la cama. Vióle después el médico, y le halló el pulso bastante sentado á pesar de no haber podido dormir en toda la noche ¹. Así pasó aquel día hablando de Dios á los que le visitaban. Cerró la noche con nuevo recargo, que no le dejó punto de reposo ². A la mañana recetóle el doctor Filandro una poción, no sin serios temores considerando la mala noche pasada.

Malsísimo estuvo aquel lunes (9): á la misma hora de noche le asaltó la fiebre con más porfiada accesión. Confiando hallarse mejor la mañana siguiente, propuso al Hermano enfermero, si siendo día de San Lorenzo podía comulgar. Dióle á entender el Hermano Ballerati que no era costumbre administrar comunión á los enfermos sino los domingos, pero que si tenía gusto en ello, se lo pediría al P. Rector. Dióle las gracias, añadiendo que no había para qué guardar con sus deseos tales respetos, pues no quería se hiciese con él sino lo que con otros se solía. Otra cosa le suplicó al enfermero, procurase tener ventilado el aposento durante su enfermedad, sin reparar en causarle aflicción, porque mayor lo sería para él incomodar con el mal olor á los que entrasen á verle. Tenía esta precaución el santo enfermo, porque sobre ser extremadamente amigo del aseo y limpieza, las frecuentes evacuaciones producidas por el estado catártico en el curso de su enfermedad, eran causa inevitable de inficionarse la atmósfera de su habitación, y prefería él, á costa de cualquier sacrificio, excusar á los demás la molestia de respirar aire viciado.

Entrada la noche llegó á descubrir el facultati-

¹ Proc. rom., pág. 511.

² Proc. rom., pág. 512.

vo síntomas de inflamación pulmonar, dado que no los tuvo por caso de gravedad; pero por la mañana (10) dióle cuidado la gran postración de fuerzas causada por la continuación de la diarrea, á pesar de que le iban dando cordial á cada cuatro horas. No por eso le faltaban dulces y blandas palabras para los que se le acercaban, y más si le prestaban algún servicio. Aquí no es razón guardar silencio el enfermero H. Ballerati, quien explica su admiración en esta forma: *Yo no sabía en verdad si me las había con un hombre ó con un ángel. Todo cuanto le presentaba ó proponía, lo tomaba él en seguida sin melindre ni asco. No tenía boca para pedir, ni gusto sino para hacer el mío en todo. Muchas veces le oí decir que los Superiores andaban demasiado desvelados en su enfermedad, y sentía mucho se hicieran en ella tantos gastos de medicinas, pues no era su vida y salud tan preciosa como eso. También oí al médico más de una vez exclamar: yo no puedo verle ni oírle sin representarme al Beato Luis ¹.*

De grande consuelo le fué la visita que le hizo Nicolás Grodzinski, jóven filósofo de primer año, y muy digna es de memoria por los rasgos de admirable sencillez que encierra. *Hablamos, dice, del Beato Estanislao y de la Virgen. Entre otras cosas le dije: ¿Quién sabe si ahora se nos muere mi hermano y sigue el ejemplo del Beato Estanislao, que por estos días se metió en cama? Aquí le conté algunos pasos de su vida, de su devoción á la Virgen Santísima, de su muerte, y en particular cómo antes de morir hizo que le acostasen en el suelo. A esto me respondió: Puede bien ser que yo me muera, porque me lo avisa*

¹ Proc. rom., pág. 514.

la máxima del mes. Después hablamos de varios géneros de muertes, y cuál le gustaría más, la del Beato Estanislao que fué tan dulce, ó la del Venerable P. Campiano que acabó con el martirio por Cristo, ó la de San Lorenzo que ayer celebramos. Entendí que le agradaría el segundo modo de morir por la mayor semejanza con Cristo; y diciéndole yo que los ardores de la calentura que padecía podía tomarlos por las brasas de San Lorenzo, respondió que por ese respeto las sufría y deseaba padecer grandemente. Hablamos también de la caridad usada con los enfermos en la Compañía: y cuando yo le manifesté quería pedir al padre Rector licencia para pasar en la enfermería una hora cada día, me respondió él: yo el tiempo que estuve arriba nunca quise pedirlo, porque parece contra el Instituto; y luego los unos se mezclarian con los otros, y eso no les agrada á los Superiores, á no ser alguna que otra vez.

Luego tratamos de la Virgen, y me manifestó cuán maravillosas son las gracias que Dios concede á la Compañía por su intercesión, y que había principiado él un opúsculo y deseaba publicarle si vivía, en que llevaba recogidos muchos favores verdaderamente maternales de esta Señora, y quiso enseñarme y juntamente otros escritos suyos, y el modo de apuntar lecturas. Dijome también que había leído todo el primer tomo del P. Alvarez de Paz, con mucha paciencia, como él añadía. De aquí vinimos á discurrir sobre la manera de pasar la recreación, y me aconsejaba leyese y refiriese las hazañas de la Compañía, si quería mantener é introducir conversaciones espirituales con facilidad; y decía que no había punto de estos que

no pudiese él ilustrar con ejemplos de la Compañía. Al fin me ofrecí á visitarle cada día, y caso de no alcanzar yo licencia, que se la pidiese él al padre Rector: pero no merecí tanta merced. Finalmente hicimos este pacto, que el que muriese de los dos primero, rogaria por el otro; y si sobrevivía, quería pedir al Padre Rector permiso para hacer juntamente con el Hermano Blas una romería á Loreto, y que cada día por toda la vida mutuamente nos encomendaríamos á Dios en nuestras oraciones. Lo prometió; y diciéndole yo: Hermano Juan, tal vez no nos veremos más, "nos veremos", repuso dos ó tres veces otorgando con la cabeza. Nada más me dijo aquel día. Después que hubo comulgado, me llamó para darme el abrazo y me encargó rogase por él ¹. El acrecentamiento del mal estorbó al hermano Nicolás la repetición de esta sabrosa visita.

Tales eran y tan santos los entretenimientos del enfermo, que más lo estaba de amor divino que de dolencia natural. Consistían en deshacerse de gozo y alegría, en serenar con su vista los corazones, en esforzar á los flacos, en dar dulcísimos consejos, en pregonar desde la cama, cual si fuera púlpito, la imitación de Jesús, la devoción á María y la observancia de las reglas: y todos, enmudecidos de pasmo y sentimiento, aun los Padres más graves, le consideraban lleno de luz y parecían delante de él niños y necesitados de consejo.

¹ Proc rom., pág. 416.

III

Muy despierta andaba la solitud del P. Rector Cepari, ya llevado de su espíritu de caridad, ya sabiendo que corrían por Roma en aquella sazón pulmonías y enfermedades epidémicas. *Mucho me temo que no le perdamos*, decía al Hermano Luis Espinola con muestras de sentimiento. Entré dos luces pasó á verle: de esta coyuntura se valieron muchos Hermanos para satisfacer los deseos de oírle hablar. Con agrado saludaba á los que entraban: enternecíalos y dábales contentamiento ver con qué afición pintaba los goces del cielo, cual si ya sintiese los aires de aquella patria. Decíanle que mucha tarea le quedaba todavía en este mundo, y no pocos trabajos y padecimientos á gloria de Dios. *Cierto que sí*, respondía; *y eso me recuerda lo que me dijo en el noviciado el P. Costers, asegurándome que debía yo reducir al gremio de la fe muchas almas... pero yo presumo que quería decir allá desde el cielo*¹.

Salieron los Padres y acordaron con el P. Rector, que si el enfermo no sentía alivio notable durante la noche, se le administrase el Santo Viático en apuntando la aurora. Retiráronse todos menos el P. Rector, que con ánimo de prepararle y sondearle se le arrimó y le dijo: *Hermano Juan, parece que vamos peor. — Así, Padre, me parece también á mi*. Prosiguió el Padre: *Y si su divina Majestad fuese servido disponer de su*

¹ Proc. rom, pág. 378.

vida, ¿tendría mi Hermano algo que le diese pena?—*No, Padre, no: una sola cosa podría darme alguna pena; y es pensar que se habían de entibiar con el tiempo las buenas relaciones entre nuestra provincia y la romana. Porque al ver los Padres de Flandes que en pocos años se les han muerto ya dos, tal vez no se atrevan á enviar más, y el vínculo de la caridad padecería algún menoscabo. Yo, por mi parte, estoy totalmente en manos de Nuestro Señor: bien que no puedo negar, que mis ansias son más de partirme que de quedar. Oía el P. Rector esta gallardía de sentimientos admirado cuanto enternecido; y como si presintiera lo que más temía, sin decir más se apartó con el corazón abatido, encargando al enfermero que si no podía estar siempre á su lado, pusiera otro que le guardase.*

Entró el enfermero á tiempo que estaba en dulces coloquios con Jesucristo, y pronto advirtió que la voz se le iba apagando. Tomóle el pulso, y le tenía por extremo débil. Al verle así dijo: *Hermano Juan, ¿no le ha dejado nada dicho el Padre Rector para mañana?*—*No; nada, Hermano*, respondió.—*¿No le gustaría recibir á nuestro Señor mañana tempranito?*—*¿El Viático? ¿eh, Hermano?*—*Sí, porque veo que no hay mucho que fiar.*—Al oír estas palabras, como si el gozo le diese nuevas fuerzas, vertiendo por aquellos ojos luces de regocijo se incorporó, echóle los brazos al cuello, así le tuvo un rato apretado contra su pecho, pagándole con agradecidas palabras aquella sabrosa noticia. El Hermano, enternecido, no hacía más que llorar.—*¿Qué es esto? Hermano Ballerati, ¿lágrimas por eso? Albricias debiera cantar conmigo y darme mil plácemes: ¿qué nueva podía traerme más alegre que*

esa? *Alárgueme el crucifijo.*—Diósele el Hermano, y besándole y recreándose con él, decíale con dulzura y regalo: *Señor mío, Vos sois mi único bien; Vos sois mi sola esperanza, he aquí todo cuanto he poseído, y cuanto me queda en este instante. No me desamparéis ¡oh Jesús mío!, salvador de mi alma.*—Viéndole tan puesto en Dios, le suplicó el enfermero que en el cielo se acordase de él: *St, Hermano; si haré.*—Pero temeroso el Hermano Ballerati, de que los muchos extremos que hacía su espíritu no le fatigasen demasiado, se lo hizo presente; y él contestó: *Yo le certifico que no hay cosa que dé tanto alivio á mi alma como estos coloquios con nuestro Señor* ¹.

Sería la una cuando rogó al Hermano enfermero tomase la pluma y le pusiese las líneas que le iba á dictar. Prevenido recado de escribir, apuntó Berchmans lo siguiente: *Pido perdón al muy amado P. General; y me pesa de haber sido tan ruin hijo de la Compañía de Jesús. Doy gracias á mi dulcísima madre la Compañía por los singulares beneficios que me ha dispensado siendo yo del todo indignísimo. Gracias al Padre Rector, y á mis catedráticos los PP. Francisco Piccolomini, Tarquino Galluzzi, Horacio Grassi, por los cuidados que con tanta caridad han pasado por mí. Gracias al P. Ministro, y á los Hermanos enfermeros por la afabilidad y esmero que conmigo han usado. Gracias á todos los que en mi enfermedad se han dignado visitarme. Es mi deseo recibir el Santo Viático sobre el colchón tendido por tierra, y que los Hermanos colegiales nuevos se hallen presentes ó de cerca ó de lejos á mi postrera comunión. Y no*

¹ Proc. rom., pág. 515.

siendo posible abrazar por mi persona á mis queridos Padres y Hermanos, ruego al P. Rector señale uno que se sirva hacerlo en mi nombre, y dé á todos, según se usa en la Compañía, el último abrazo de despedida. Finalmente, pido la gracia de morir con la sotana de la Compañía ¹.

Dijo: y encargó al Hermano entregase el papel al P. Rector al rayar el día, y entretanto le lavase los pies para recibir la Extremaunción con más reverencia. Hecho esto, se ocupó en actos de devoción; y serían cerca de las tres (2,45) cuando preguntó por el P. Rector. Entró en el acto: le propuso el devoto enfermo si le parecía bien hacer confesión general del tiempo que había estado en la Compañía. Aquí dice el P. Cepari: *Yo que tenía tan conocida la pureza angelical de aquella alma, y el cuidado que ponía en huir aun la sombra de imperfecciones, le respondí que no era menester; y con mi respuesta quedé sosegado.* Hizo, pues, la confesión como de ordinario, y según la licencia que tenía dada por escrito á sus confesores se redujo á esta substancia: *Me acuso de haber orado alguna vez con tibieza y con ánimo distraído y prometo enmienda; que no he agradecido á Dios como debía los beneficios recibidos; que no he excitado en mi corazón ardientes deseos de padecer por Cristo* ².

Hecha la confesión, entró el enfermero, y puso en las manos del Padre el escrito. *St, st; todo se hará como mi Hermano pide: no le dé pena,* dijo el Padre en leyendo. Dió en seguida orden que los colegiales bajaran á la iglesia así que se

¹ Proc. rom., pág. 557.

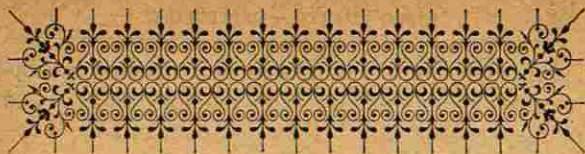
² Proc. rom., pág. 564.

levantasen, para acompañar el Santísimo Sacramento ¹. A las cuatro menos cuarto (día 11) pasó el despertador por los aposentos á saludar á todos con la luz del nuevo día, como de costumbre, y de camino participóles la administración del Santo Viático. A la noticia, unos rompieron en ayes de dolor, otros derramaban suspiros y lágrimas, otros dieron muestras de sentimiento, y atribuían á castigo de Dios la pérdida de aquel ángel, en otros el decaimiento y tristeza pregonaba con lengua muda cuánta afición y amor le habían cobrado. Mucha prisa se dió el P. Alápide por volar á la enfermería. Acercóse, y le preguntó, si tenía algo que le causase congoja. *Nada, Padre, absolutamente nada*, respondió con los brazos abiertos y la sonrisa en los labios ². No menos solícito había andado Luis Espínola por hablarle. Vióle entrar el enfermo y le saludó con alborozo: *Buenos días, Hermano Luis, buenos días, vámonos al cielo (salve, mi frater, imus ad coelum)*. El pobre Hermano con tan inesperado saludo se quedó cortado, y como si se le hubiera puesto un nudo en la garganta, sin saber qué decir salió regando el suelo con lágrimas la escalera abajo hasta la sacristía, donde estaban ya reuniéndose los demás para la procesión del Viático ³.

¹ Proc. rom., pág. 379.

² Proc. rom., pág. 484.

³ Proc. rom., pág. 386.



CAPÍTULO II.

VIÁTICO Y EXTREMAUNCIÓN.

- I. Recibe los últimos Sacramentos.—Declara su inculpable inocencia.—Los abrazos.—Visita del P. General.
- II. Un voto condicional.—Toma las armas.—Predice su muerte.
- III. Concurso de visitas.—Encargos y avisos.—Anuncio de su hora postrera.

I

MIENTRAS iba subiendo la Comunidad, los enfermeros le vistieron la sotana, extendieron en el suelo el colchón, le bajaron en brazos con tiento y le computaron en este humilde lecho. Antes de llegar el Santísimo Sacramento estaba la estancia llena de otros Padres y Hermanos que se habían dado más prisa. Oíanle exclamar: *Ne me deseras, ne me fallas, Maria, filius enim tuus sum, tu scis quia juravi* ¹. Estaba el enfermo echado sobre el colchón, profundamente recogido, juntas las manos y sin movimiento, cuando entró la procesión del Viático en punto de las cuatro. Mas así que se le acercó el P. Rector con el sagrado copón, á pesar de tener consumidas las fuerzas del cuerpo y estar sin poderse valer, con gran ligereza se levantó, se

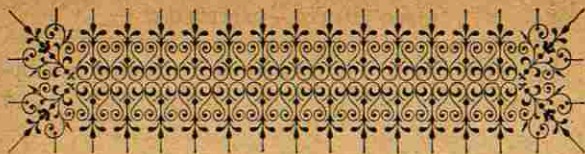
¹ Proc. rom., pág. 386.

levantasen, para acompañar el Santísimo Sacramento ¹. A las cuatro menos cuarto (día 11) pasó el despertador por los aposentos á saludar á todos con la luz del nuevo día, como de costumbre, y de camino participóles la administración del Santo Viático. A la noticia, unos rompieron en ayes de dolor, otros derramaban suspiros y lágrimas, otros dieron muestras de sentimiento, y atribuían á castigo de Dios la pérdida de aquel ángel, en otros el decaimiento y tristeza pregonaba con lengua muda cuánta afición y amor le habían cobrado. Mucha prisa se dió el P. Alápide por volar á la enfermería. Acercóse, y le preguntó, si tenía algo que le causase congoja. *Nada, Padre, absolutamente nada*, respondió con los brazos abiertos y la sonrisa en los labios ². No menos solícito había andado Luis Espínola por hablarle. Vióle entrar el enfermo y le saludó con alborozo: *Buenos días, Hermano Luis, buenos días, vámonos al cielo (salve, mi frater, imus ad coelum)*. El pobre Hermano con tan inesperado saludo se quedó cortado, y como si se le hubiera puesto un nudo en la garganta, sin saber qué decir salió regando el suelo con lágrimas la escalera abajo hasta la sacristía, donde estaban ya reuniéndose los demás para la procesión del Viático ³.

¹ Proc. rom., pág. 379.

² Proc. rom., pág. 484.

³ Proc. rom., pág. 386.



CAPÍTULO II.

VIÁTICO Y EXTREMAUNCIÓN.

- I. Recibe los últimos Sacramentos.—Declara su inculpable inocencia.—Los abrazos.—Visita del P. General.
- II. Un voto condicional.—Toma las armas.—Predice su muerte.
- III. Concurso de visitas.—Encargos y avisos.—Anuncio de su hora postrera.

I

MIENTRAS iba subiendo la Comunidad, los enfermeros le vistieron la sotana, extendieron en el suelo el colchón, le bajaron en brazos con tiento y le computaron en este humilde lecho. Antes de llegar el Santísimo Sacramento estaba la estancia llena de otros Padres y Hermanos que se habían dado más prisa. Oíanle exclamar: *Ne me deseras, ne me fallas, Maria, filius enim tuus sum, tu scis quia juravi* ¹. Estaba el enfermo echado sobre el colchón, profundamente recogido, juntas las manos y sin movimiento, cuando entró la procesión del Viático en punto de las cuatro. Mas así que se le acercó el P. Rector con el sagrado copón, á pesar de tener consumidas las fuerzas del cuerpo y estar sin poderse valer, con gran ligereza se levantó, se

¹ Proc. rom., pág. 386.

sentó, se arrodilló, y á no tenerle en esta postura dos Hermanos hubiera sucumbido al peso de su extrema flaqueza ¹. No les causó mucho asombro á los presentes que el exceso de su fervor le diera alas para tanto; pero lo que llenó á todos de incomparable admiración fué que estando así arrodillado, después del *Confiteor* y teniendo los ojos hincados en la sagrada Hostia, las manos juntas, con grande afecto y fortaleza rompió en esta ferviente protesta: *Creo y confieso que en esta hostia consagrada está presente el verdadero Hijo de Dios Padre Todopoderoso y de la Bienaventurada siempre Virgen María. Protesto que quiero vivir y morir como verdadero hijo de mi santa Madre la Iglesia católica apostólica romana. Protesto que quiero vivir y morir como verdadero hijo de la Bienaventurada Virgen María. Protesto que quiero vivir y morir como verdadero hijo de la Compañía de Jesús.*

No podían reprimir los circunstantes las crecientes de ternura y devoción. Tenían todos anegados los ojos en lágrimas, que sosegadamente les bañaban el rostro, persuadidos que esta vez iba á ser el Pan de ángeles viático para la eternidad; por manera que á las palabras de la comunión, no pudiendo ya comprimir la fuerza del sentimiento, alzóse de todos lados un clamor de sollozos, lamentos y alaridos con tanta vehemencia y quebranto, que para formar cabal concepto, dice el P. Cepari, era menester haber estado allí presente.

Acabado de comulgar, inclinó la cabeza sobre el pecho, absorto todo en hablas amorosas con el divino huésped, como quien comenzaba á saborear

¹ Proc. rom., páginas 380-516.

parte de las dulzuras inefables que le esperaban ¹. A cabo de gran rato subiéronle á la cama para darle la Santa Unción. Preguntóle el P. Rector en presencia del P. Asistente de Alemania cuándo quería recibirla: *Ahora mismo*, contestó el Santo. La Comunidad, que había desocupado el aposento se agolpó de nuevo al saber que le oleaban. Aquí fué el renovarse los llantos y gemidos, que con la congoja llegaban á cubrir la voz del ministro, el cual tampoco podía resistir á las avenidas de ternura que le anudaban la garganta. Lo que más realce daba á la devota ceremonia era que cuando embargadas del dolor las lenguas enmudecían, sólo la de Berchmans con grandísima serenidad, sobreponiéndose á los sollozos, respondía firme y claramente á las oraciones del preste.

Concluidas las unciones, hizo el enfermo señal al P. Cepari que se acercase, y estando así le dijo al oído: *Padre, si V. R. lo tiene por bien, puede participar en mi nombre á los Padres y Hermanos que el mayor consuelo que experimento en este trance es el no haber quebrantado á sabiendas una sola regla, ni aviso alguno de los superiores. En lo tocante á la vida pasada (no haciendo ahora mención de la del siglo, que sólo Dios lo sabe) no recuerdo haber cometido en la religión pecado ninguno venial deliberado y con toda voluntad. Mas en esto, como digo, me remito al parecer de V. R.* ². Así lo escribe el P. Grasi. Pero el P. Gaudt, testigo igualmente presencial, añadió, que tocante á la vida del siglo tampoco se le acordaba que hubiese cometido pecado venial deliberado ³.

¹ Proc. rom., pág. 516.

² Proc. rom., pág. 565.

³ Proc. rom., pag. 498.

No queremos sentenciar en cosa incierta, ni hacer fuerza á las palabras del P. Gaudt; pero no podemos llevar con buen ánimo que el santo enfermo publicase con palabras tan expresas la inocencia de toda su vida. No puede quedar linaje de duda, si estamos al testimonio del P. Massucci y también del P. Cepari, arriba relatados ¹, que se vió libre en toda su vida de pecado venial deliberado, y que no hallaba en todo el decurso de ella materia de pesar y confusión; mas parécenos que á la modestia de este santo, tan acostumbrado á tener la rienda á sus afectos, convenia y cuadraba mucho hacer pública su inocencia religiosa, y venia muy á cuento, y dejar á la sombra de la humildad su inocencia secular, cuya noticia era de tanta menor importancia cuanto que la tenía declarada á sus confesores conforme era menester. Sea, pues, que el P. Gaudt no acabase de expresar bien lo que oyó, sea que confundiese y mezclase los conceptos, tenemos por más acertado el testimonio del P. Grassi.

Comoquiera que ello fuese, con cuánto pasmo recibieron los presentes esta memorable confesión, bien se deja entender, como que echaba el sello al amor profesado á la observancia regular, en que reconocían los de Roma cuán perfecto y cabal se había mostrado. Lo que más consternó los ánimos en esta declaración fué, que por ella se dieron todos á entender trataba de despedirse para la eternidad, pues con inspiración del cielo tan de propósito había hablado de sí.

Quisiera recibir en sus brazos á todos, por dar á todos contento; parecióle al P. Rector empresa sobre sus flacas fuerzas, y prefirió abrazarle él en

¹ Lib. III, cap. v, i, II.

representación de la Comunidad, según antes había Juan suplicado. Mas ¿cómo sosegar el desconsuelo de los que, en ademán de estrecharle, alargaban los brazos? Fué preciso conceder ese alivio siquiera á los pocos que le rodeaban. Llegáronse unos tras otros, arrasados los ojos en dulces lágrimas, á recoger de sus labios trémulos palabras edificativas y á encomendarle mil cosas para la patria. Quiso el P. Grassi ser el último para recrearse en sus brazos más á su sabor. Dióle el Santo las gracias por los desvelos en la enseñanza. Hechos sus ojos dos fuentes, se le puso de rodillas el Padre y le pidió mil perdones, por no haberle tenido la caridad que debía y por haberse aprovechado tan mal de su trato y conversación. No pudo el Santo sufrir ver arrodillado ante sí á un sacerdote, y dándole por pretexto la gran debilidad en el hablar, le rogó se levantase ¹, si no quería causarle pesadumbre.

Durante la escena de los abrazos, el P. Cepari se salió á decir Misa, y dejó en su lugar al Padre Piccolomini. Viéndose á solas con él, ²dijole el enfermo: *El P. Rector anda batallando por mí con Dios cual otro Jacob*. Otras dos veces repitió la misma queja, añadiendo: *El P. Rector me hace la guerra, pero no saldrá con la suya: temo no se oponga á la voluntad de Dios*. Así era la verdad. El P. Cepari, en la Misa y entre día, había hecho repetidas instancias al Señor pidiéndole la salud de su súbdito, y para que á la oración acompañase la diligencia humana, había mandado llamar un segundo médico, el Dr. Angel Bagnarea, que ya había visitado al enfermo, y vista su resignación, y edificado de su paciencia, sin poder

¹ Proc. rom., páginas 477 y 535.

ser dueño de sí, había salido llorando y repitiendo: *Es otro Luis Gonzaga: hemos de hacer un supremo esfuerzo por sacarle de esta. Dicha envidiable la de estos jóvenes, RR. PP., esperar la muerte á pie quedo con tanta alegría. ¡Qué contados son los que tal fortuna conocen!*¹ Muy gran verdad expresaba el médico, pues por sí mismo había experimentado que el santo mozo obedecía á sus recetas cual si fueran firmas de Dios, y los de casa veían que las tomaba con tanto agrado como si de ellas dependiera su salud; y en esto acababan de persuadirse que la mortificación de sus gustos venía á ser ya en él como segunda naturaleza.

Muchos eran los deseosos de presenciar los esfuerzos de su paciencia, porque no se le oía queja ninguna ni asomo de desabrimiento, aun en la fatiga de la respiración parecía sentir regalo, como si no fuese capaz de alteración ni mudanza. Entraban, pues, so pretexto de prestarle algún servicio, y la causa principal era por gozar de la suavidad de sus palabras y edificarse con la eficacia de sus sentimientos. Tenía colgados de su vista los ojos y corazones de todos. Confundíase el Santo de tanta bondad, y al entender le trataban con aquel miramiento: *No me tengan compasión*, exclamaba lleno de humildad y sonrojo².

Hacia la una de la tarde quiso verle el Muy Reverendo P. General, como el Santo había deseado. *¿Así nuestro Hermano se nos quiere ir al cielo sin avisar?*, le dijo el Padre. *Muy Rdo. Padre*, respondió el enfermo confuso y sonriendo, *hartos deseos tuve de ver á V. P. y de recibir su*

1 Proc. rom., pág. 498. Cepari: *Vita*, parte III, § IV.

2 Proc. rom., pág. 581.

3 Proc. rom., páginas 381 y 433.

*bendición por última vez. Agradezco infinito la mucha solicitud que su Paternidad ha tenido por mí; pídele mil veces perdón de haber sido tan ingrato á sus bondades*¹. Su Paternidad, enternecido, le aseguró que no había mucho que perdonar; y tomando agua de la pilita, le hizo la señal de la cruz en la frente, y por no poder contener las lágrimas, salióse afuera á verterlas más despacio².

II

De allí á poco vino el P. Van Doorne, su compatricio, con unas piedrecitas recogidas en el paraje donde se veneraba la milagrosa efigie de Nuestra Señora de Foye, en Bélgica. Propuso al enfermo que hiciera voto de visitar aquel santuario si salía de la enfermedad, y le refirió para alentarle el ejemplo de una persona que por virtud de aquellas guijuelas había escapado de las garras de la muerte. Oía Juan impasible el devoto discurso, como quien tenía más seguras prendas de su próxima partida para el cielo; y así se quedó el deseo del Padre en términos de proposición, hasta que el día siguiente, cual si hubiera madurado y dormido sobre el caso, preguntó al P. Gaudt que dónde tenía las piedrecitas de la Virgen de Foye: *Porque he pensado*, dice, *hacer el voto, pero condicional, de ir á esa romería si vuelvo á la provincia de Flandes*. Dióle las pie-

1 Proc. rom., pág. 567.

2 Proc. rom., páginas 499 y 567.

drezuelas el P. Van Doorne, y él, santiguándose, dijo: *En nombre de la Santísima Trinidad, y á honra de la Virgen María, prometo visitar el santuario de Nuestra Señora de Foye...* Aquí paróse un rato, y el Padre le sugirió esta palabra: *si vuelvo sano y salvo á mi patria.—No esta ahí el punto de la dificultad, repuso con viveza el enfermo: no á mi patria, no, sino si vuelvo con salud á Flandes*¹. Pronunciado el voto, soltó de pronto las guijas, como si le fueran carga pesada, y levantando los ojos al cielo, exclamó: *Hágase la voluntad del Señor*².

Poco antes de hacer la promesa vióle el Padre Gaudt desvelado y sin gana de dormir, y le dijo si oiría con gusto la historia de la pasión de Jesucristo, ó si no la vida del Beato Luis. A esto segundo se inclinó su deseo. Cuando llegó el lector al punto en que se cuenta que á San Luis jamás se le advirtió un mínimo movimiento de impaciencia ni en el rostro ni en las palabras, mandó Juan hacer pausa, y vuelto al Cristo dijo suspirando: *Señor, si en eso os he ofendido, que no me acuerdo, tened misericordia de mi*³.

¿Cómo estoy, Hermano?, preguntó al enfermero que le pulsaba. ¡Ay de mi! respondió éste, *nos vamos á más andar, Hermano Juan*. Al oír esto, como si viese llegada la hora de entrar en campo y dar la última batalla, quiso tomar las armas y disponerse á la pelea. Pidió el santo crucifijo, asíóle con una mano, en tanto que con la otra sacaba el rosario que le ceñía el cuello; quiso después que le diesen el librito de las reglas, y no hallando en él las de los estudiantes pidió otro que las tuviese.

1 Proc. rom., pág. 500.

2 Proc. rom., pág. 509.

3 Proc. rom., pág. 569.

Juntó entonces el crucifijo con el librito y enroscando con ellos el rosario, los apretaba afectuosamente contra su pecho, inundado de gozo, y decía con regalada voz: *Estas son mis tres prendas queridas; con ellas muero gustoso. Haec sunt tria mihi carissima, et cum iis libenter moriar*. Con gran ternura las besaba y abrazaba, y tornábalas á besar con mil regalos y dulzuras y requebrándose entrañablemente con estas divinas joyas, como si mirase en ellas el áncora, la vela y la barquilla para arribar seguro al puerto de la bienaventuranza.

Detengamos por un instante el hilo de la narración, y pongamos los ojos en esta actitud que toma aquí el santo mancebo. Ha conocido ciertamente próxima la hora de salir de este mundo. La paz y el gozo espiritual crecen al paso que la muerte se le acerca. Esta noche es para él decisiva: debe ostentar la gallardía de corazón que siempre ha tenido. Quiere armarse á fuer de caballero de Cristo y cifrarnos el carácter de su santidad. Asidos tiene y apretados entre sus manos los tres sagrados joyeles; con ellos se enciende en nuevo y más vivo amor, llámalos sus cariños, sus amores; con ellos quiere morir, levántalos en alto y enarbola en ellos el estantarte de sus propósitos; al mostrar estas insignias á la vista de todos, convida para que entiendan cuán perfectamente ha cumplido lo que ellas figuran y demandan. Quiso Dios inspirarle este pensamiento para que constase claramente que á todo se había esforzado, á todo había arrostrado, á todo había dado remate, comenzando, demediando y acabando gloriosamente su religiosa carrera. La cruz, el rosario, las reglas; no tenía Berchmans una parte cualquiera de la perfección que estos tres símbolos represen-

tan; toda la embebida y figurada como en un todo en el dulce abrazo de estas tres esclarecidas señales, toda la había alcanzado, según la medida que á su edad y oficio convenia. Puede enhorabuena morir y entregar su alma á Dios.

Entre tanto suplica le lean á trechos las máximas y sentencias de los Santos de mes, que tenía pegados cuidadosamente en un cuaderno, y él va haciendo sus pausas y consideraciones devotas hasta pasada la media noche, en que pareció querer descansar.

A las cuatro (día 12) rompiendo el reposo llamó al enfermero y le dijo: *El P. Rector procura pedir á Dios mi salud para bien de nuestra provincia; creo que no saldrá con su pretensión.* No había bien acabado de hablar, entró el P. Cepari; y como le notificasen que iba de mal en peor, le mandó que suplicase con instancia se le alargase la vida si había de ser de más servicio de Dios. Inclino la frente el manso joven y se puso en oración. El Padre trajo á la memoria unas sentencias muy consoladoras que en los maitines había rezado, y le indicaban que si moría no pasaría por el purgatorio; á esto respondió: *Si será, así lo espero yo también por los merecimientos de la Virgen Santísima;* y repetía una de aquellas sentencias que era esta: *puer meus, noli timere; libera bo te de manu pessimorum,* prosiguiendo después en estos tiernos afectos: *¡Oh María no me dejéis burlado; vos que nunca me habeis faltado; porque yo soy hijo vuestro y sabéis que he jurado serlo hasta el último aliento!* Para probar que no ponía duda en la protección de María, al Hermano Oliva, que le apuntaba razones para animarle á confiar, se le mostró agraviado en su confianza filial, y así le dijo con entereza: *No crea, Her-*

mano, que estoy fluctuando; no, no; no me cabe duda, Hermano Oliva ¹.

El jueves de mañana volvió el médico Bagnarea; al verle Juan comenzó á decir: *Nos vamos, Señor, nos vamos (imus, imus).* Recetóle una medicina como vislumbrando alguna esperanza de mejoría; pero ni el enfermero ni el enfermo concibieron ánimo, aunque la orden del médico se ejecutó ². Preguntó al Hermano Ballerati si opinaba que moriría hablando; respondióle el Hermano que sí, atendida la índole de la enfermedad; pero después, al oír á otros razonar sobre lo mismo, les certificó que moriría con los sentidos expeditos, porque de dos gracias que había suplicado á Dios, ó de perder la vida ayudando á los soldados que peleaban en la guerra de Flandes, ó de acabar en la cama con habla, tenía para sí por cierto que habría alcanzado esta última ³.

III

La primera luz corrió por toda la casa la voz de que el enfermo había comunicado y declarado el término de su vida; rumor que cundió luego, y tomando cuerpo bajó á oídos de los de fuera y trascendió y puso en congoja á muchas personas de calidad, que deseosas de ser testigos de aquel suceso fueron llegando durante todo el día á la cama del enfermo ⁴. Comenzaron á subir personas

1 Proc. rom., pág. 469.

2 Proc. rom., pág. 519.

3 Proc. rom., pág. 575.

4 Proc. rom., pág. 381.

de todo viso á informarse de la verdad y á entre- tenerse y recrearse con su presencia. Diéronle parte del concurso de visitas; dejólas él al juicio del P. Rector, que por no darle pesadumbre creyó más conveniente negar la entrada á quienquiera ¹, y para comprender debajo de un entredicho á propios y á extraños mandó fijar un aviso á la puerta de la enfermería con prohibición de visitas sin su expresa licencia.

Pero más pudieron que su prudente resolución las instancias de personas calificadas, como fueron, entre otras, el Ilmo. Angel Cesi, hijo del Duque de Acquasparta; Jerónimo Martelli, gran bienhechor de la Compañía; Francisco Gavotti, estudiante de retórica; quienes dieron por bien empleadas las diligencias hechas para salir con su intento, porque estaban suspensos en profunda admiración al contemplar la serenidad de aquel semblante, y dejaban correr lágrimas sosegadas al oír sus fervorosos sentimientos, y más cuando les aseguraba que rogaría por ellos en la gloria ². Reunidos en pelotón un sin número de Hermanos de casa rondaban la puerta explicando con lengua muda las ansias de ver levantado el entredicho del Padre Rector. Hiciéronselo presente al enfermo, como interesándole para que interpusiera su voto. Con este ardid no le quedó al P. Ceparí mano ni boca para oponerse; y habida licencia, acudieron todos por su orden á gozar del consuelo y edificación de los postreros momentos.

Los nuestros que le visitaron en estos días, y en esta última tarde en particular, unos lo hicieron de pasada, otros más de asiento; algunos hincadas

¹ Proc. rom., pág. 570.

² Proc. rom., pág. 572.

las rodillas recibían sus abrazos, otros mudos con el sentimiento y veneración escuchaban sus consejos; todos llevaban de la entrevista avisos y ejemplos de levantada perfección. La devoción á María, la oración y la observancia regular eran los tres capítulos que por vía de memorias dejaba más encomendadas á los que rodeaban su lecho. Una novedad hizo impresión y fuerza en los presentes por muy extraña y nunca vista en el Hermano; y fué, que con ser él de suyo encogido y humilde, echaba sensiblemente tales rayos de majestad de toda su persona, y de los ojos tan vivo fuego, y de la voz un tono de autoridad tan imponente, *tanquam auctoritatem habens*, dice el P. Ceparí ¹, que sin discrepancia recibían con gran veneración sus palabras, cual si la voz de Dios sonase en sus labios, y en esto acabaron de entender la mucha gracia y virtud que el Señor en su persona había resumido y entrañado.

Los razonamientos, ocurridos entre él y los Padres de Casa, no todos han llegado hasta nosotros; pero por la substancia de los que duran en la memoria podrá rastrearse el tenor de los demás. Al P. Juan de Lugo, como queda dicho ², prometió que pondría todo esfuerzo en el despacho de un grave asunto que traía entre manos y le había encomendado. Al P. José Cappocci le encargó procurase defender con su pluma, hasta verter la sangre si fuera menester, el misterio de la Inmaculada Concepción ³. Al P. Andrés Eudemon rogó que escribiese contra el hereje Calvino ⁴. Al P. Ferrari recomendó que honrase á nuestros

¹ *Vita*, parte III, § v.

² Lib. III, cap. IV.

³ Proc. rom., pág. 415.

⁴ Proc. rom., pág. 501.

beatos (santos) y diese á conocer sus virtudes ¹. Al P. Piccolomini le aseguró que impetraría á sus discípulos la devoción de la Virgen Sacratísima. Al P. Finetti le aconsejó velase en el cuidado de las cosas temporales del Colegio Romano. A otros, como á Jerónimo Longino, á Angel Ferretti, á Van Aelst, á Marco Antonio Doria, les suplicó con humildes instancias ofreciesen oraciones y penitencias por él ². A Luis Espinola dejó muy encargada la devoción á la Madre de Dios ³. Todos estos avisos y encargos apenas entendían ellos cómo podían ocupar su pensamiento; pero más extrañeza les causaba el dulce ascendiente que en ningún tiempo había dominado en su persona con tanta soberanía como en esta última tarde.

Instábale el Hermano Espinola que le alcanzase del Señor el buen logro de algunas gracias allá en el cielo: y como le apremiase que no lo echara en olvido, respondió el santo: *Lo que digo se cumplirá (omnino ita erit)* ⁴. No parecía sino que nuestro Señor le había infundido el espíritu de San Luis, su angélico modelo, de quien sabemos que estando en las puertas de la eternidad aceptaba todos los cargos que le encomendaban para el cielo, y se ofrecía á darles buen cobro: de forma que el aposento de Berchmans, como el de Luis, más que estancia de enfermo semejava agencia de despachos para la otra vida.

Cosas más admirables aún se descubrieron en él. Angel Ferretti, entró á verle esta última tarde: saludóle el moribundo, y haciéndole sentar junto á sí, oía con atención los deseos que el sencillo es-

1 Proc. rom., pág. 461.

2 Proc. rom., páginas 446, 437, 481.

3 Proc. rom., pág. 333.

4 Proc. rom., pág. 333.

colar le comunicaba de seguirle en su dichosa jornada. *Hermano Angel*, contestó él, *mi Hermano me seguirá á no dudarle, muy pronto: sí, pronto, no desconfíe*. El tiempo vino á confirmar en breve la predicción; Ferretti pasó á mejor vida después en el mismo aposento y cama del Santo ¹. A otro que procuraba imitarle en la devoción á María, le dijo al abrazarle: *Vamos, no veo qué más pudiera mi Hermano hacer, pues es hijo de María; ande, ser devoto de María es bastante recomendación* ².

Atento á la intimidad fraternal entre Berchmans y el joven húngaro que otras veces dijimos, no era razón se le fuera por alto al enfermo el ansia de su amigo Nicolás. A eso de las siete mandóle llamar, y pasó entre los dos el razonamiento que por menudo el mismo Radkai refiere con estas palabras:

“Juan me miró cariñosamente diciendo: *véngase aquí, querido Nicolás, á despedirse. No nos hablaremos más en este mundo. No le dé pena; que si mucho le amé en la tierra, es justo le tenga más amor allá en el cielo*. A esto le contesté suplicándole me ayudase, y alcanzase de la Virgen estas dos gracias: el don de castidad y el espíritu de la Compañía. Quedó un rato pensativo, alzó los ojos al cielo, y poniéndolos después en mí, exclamó: *Sí, carísimo Nicolás, le impetraré el espíritu de castidad, espíritu de oración y espíritu de mortificación*. Con esto me dió dos abrazos, y parecía decirme adiós. Pero yo, que no pensaba dejarle tan pronto, añadí, que, pues me había ofrecido su mediación, me tuviese en la memoria para

1 Proc. rom., pág. 446.

2 Proc. rom., pág. 375.

poder defender con honra las conclusiones de filosofía. Si, dijo, *le tendré presente, y mi Hermano verá qué bien le saldrá todo.* A la verdad, el feliz suceso fuera de Dios y de la Virgen á su intercesión se le debe...

„Después le pregunté si era cierto que moriría el día siguiente. A esto guardó por un rato silencio, y luego echándome una mirada de confianza, con voz clara y persuasiva me dijo: *Moriré mañana sin falta, y por la mañana.—¿Podré estar aquí presente?—Si, procure estar aquí—* y dándome otro abrazo me dijo el último adiós. Yo aquí le pedí la bendición. Azoróse en gran manera: no insistí con menos empeño, haciendo fuerza en la razón de nuestra antigua amistad y recíproca confianza. En fin, después de batallar con su humildad, ya que estábamos solos, por no dejarme descontento levantó entrambas manos y me bendijo dos veces. Dióme al despedirme las gracias por el relicario de nuestros beatos que le había prestado, y me rogó se lo dejase todavía, que le serviría de consuelo y fortaleza hasta la última hora¹ „

Hasta aquí Nicolás Radkai, cuya sencillez respetuosa arrancó al humilde amigo una acción que pudiera tacharse de atrevida, si no constase que su santo modelo Luis Gonzaga, en caso parecido, no reparó en echar la bendición al P. Luis Corbinelli, anciano venerable, que para mayor consuelo se la pedía. A nuestro enfermo que había leído este rasgo de inspirada caridad, no le sufrió el corazón dejar defraudada la confianza del devoto amigo.

Por lo que en este día pasó y va declarado, pue-

¹ Proc. rom , pág. 489.

de inferirse la naturaleza de la lumbre que ilustraba su mente. Anunció que Angel Ferretti vería presto el término de su carrera mortal, al Hermano Radkai certificó que él propio moriría en la mañana siguiente, al P. Van Doorne señaló más concretamente la hora antes de tocar á clase, á los PP. Cepari y Piccolomini aseguró que se hallarían á su muerte, á varios de los presentes afirmó que acabaría con la palabra en los labios. La luz con que predecía cosas por venir pendientes de la divina voluntad, indicaba en él una gracia particular, la más extraordinaria tal vez que hasta el presente hemos podido descubrir en toda su vida. Sin embargo, no eran estas predicciones profecías verdaderas, según la doctrina enseñada por el P. Suárez¹, si bien presentaban claras señales de instinto profético.

¹ De Fide, disp. VIII, Sect. IV.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPÍTULO III.

SU AGONÍA Y MUERTE PRECIOSA.

- I. Apercibimiento.—Presiente la cercanía del combate. — Carácter de la enfermedad.—Quedan a velarle.—Letanía de los Beatos.—Canto final.
- II. Agonía.—Denuedo y descanso.—Pierde el habla.—Recomendación del alma.—Recobra la palabra.—Segunda pelea.—Victoria y serenidad.
- III. Qué sería la causa de la turbación.—Letanía de la Virgen.—Recógese como para dormir.—Vuela á la patria del descanso.

I

CON ocasión de tantas visitas receló el Padre espiritual que le asaltasen pensamientos de presunción y vanagloria, y se lo preguntó. *No, Padre, respondió; cuando mucho me vienen pensamientos inútiles*¹. A mayor abudamiento, y con el fin de pertrecharle contra las tentaciones, dióle el Padre avisos oportunos, caso que le molestase la vanidad. Presentóse de allí á poco el P. Rector con igual prevención. *Hermano Juan, dijo, contra dos suertes de tentaciones ha de estar apercibido: contra la fe y contra la humildad: conviene armarse bien.*—Padre, contestó, *por el lado de la fe me parece que lo estoy; contra*

¹ Proc. rom., pág. 229.

la vanagloria acaba el P. Massucci de decirme cosas muy á propósito para cuando llegue el caso.

El P. Alápide, que le hizo compañía al anoche- cer, refiere que al sugerirle afectos santos, y di- ciéndole: *Jesús mío, mi amor y todas las cosas*, se le ponía el rostro resplandeciente de gozo, y repetía alborozado: *Jesús es el imán de mi cora- zón, el Dios de mi alma y mi herencia eterna- mente*. El fuego de la caridad parecía despertar en su pecho cada vez más viva llama. Pero no eran la debilidad y el fervor parte para hacerle olvidar el recato de la modestia; por eso á los que le asis- tían avisaba no le consintieran acción ni movimien- to, por involuntario que fuese, adverso ó menos ajustado á la severidad de la decencia ¹.

A las Ave Marías cuando bajaron á cenar, rogó al P. Gaudt le velase aquella noche como la ante- rior, y preguntado la causa, respondió en latín: *Quia hac nocte agitur de summa rei: esta noche se ha de decidir la causa*. Más claramente á otros repetía: *Erit mihi hac nocte luctandum: esta noche habré de pelear*. Al P. Piccolomini y al en- fermero Ballerati les dió señas claras de que aque- lla noche tendrfa que combatir: *Pater, in hac nocte luctabor* ².

Después de cenar, el Hermano Van Aelst logró la fortuna de verle otra vez. Entre otras cosas su santo compatricio le encomendó procurase que todos los carísimos se hallaran presentes allí el día próximo. *¿Al fin se nos va V. mañana?* pre- guntó Van Aelst. *Si, mañana*, respondió Juan. Hizo señas el P. Van Doorne al Hermano Guillermo que le preguntase á qué hora. Él respondió: *mi*

1 Proc. rom., pág. 484.

2 Proc. rom., páginas 501-575.

muerte será mañana por la mañana, cuando toquen á clase ó poco después ¹.

El dictamen que había formado el Dr. Filandro de esta enfermedad provenía en parte de la igno- rancia del mal. *Este se muere por obra de Dios (moritur divinitus)*, había dicho, declarando más bien que su impericia no había penetrado la natu- raleza de la dolencia. Un catarro intestinal agudo adinámico, como de los síntomas podía colegirse, era muy natural que en el espacio de una semana le acabase la vida por sus pasos contados, si no se le combatía con acierto. No fué, pues, milagrosa ni misteriosa la muerte del Hermano Berchmans: el misterio estuvo en el poco acierto del facultativo. Pero si no fué sobrehumana su muerte, fué sobre- natural la alegría, la imperturbable paz, la valen- tía de espíritu, la presencia de ánimo que el Se- ñor le comunicó, sosteniendo su flaqueza corporal y acrecentándole las fuerzas para más merecer y edificar.

Corrían las horas aquella noche con más velo- cidad de la que pedía el deseo de los jóvenes del Colegio. Con el presentimiento de la muerte cer- cana llenaron los tránsitos que desembocaban en la enfermería, recelosos de perderle sin el con- suelo de verle morir. Medían el peligro con su tem- or, y tenía éste por medida la vehemencia del amor. El P. Rector que acertó á pasar por allí á las nueve menos cuarto, los consoló, notificándoles cómo el moribundo había aseverado en términos expresos que no moriría hasta la mañana siguien- te; y pues Nuestro Señor parecía haberle hecho árbitro del tiempo, más les valía á ellos aprovechar el presente yéndose á acostar, persuadidos á que

1 Proc. rom. pág. 480.

si alguna novedad ocurriese, serían al punto llamados. Con esta seguridad retiráronse á sus respectivos dormitorios más sosegados que satisfechos, por el gusto que hubieran tenido en velarle y oírle. El P. Piccolomini, que no se pagó de vagas promesas, quiso asegurarse del santo enfermo y le dijo: *Supongo, Hermano Juan, que no morirá sin que yo vuelva.*—*Váyase, Padre,* respondió; *duerma descansado, aquí le espero hasta mañana* ¹.

Quedaron á hacerle vela los tres Padres flamencos Van Doorne, Gaudt y Alegambe, y el hermano Luis Espínola con especial licencia; los demás se recogieron á sus alcobas, animados con la esperanza cierta de ver cumplida su palabra. Entróle el enfermero una taza de caldo: tomó un sorbo, y dijo: *Hermano, basta y gracias: no es tiempo ahora de tomar, sino de orar* ².

Sobre las diez quiso le dijese la recomendación del alma: en las letanías á las invocaciones de los beatos Ignacio, Javier, Luis y Estanislao, pidió por gracia le añadieran los nombres del P. Francisco de Borja, del hermano Alonso Rodríguez y del P. Anchieta ³. Rezadas estas oraciones, como no pudiese reposar ni sufrir la fuerza de la alegría, ocupado de un inmenso gozo entonces con voz meliflua y sonora el *Ave maris stella*, pasando en seguida á la estrofa *Monstra te esse matrem*, etc. ⁴. Temió el enfermero la fatiga del canto, y le aconsejó descansase: *No me canso,* respondió; *mostrar pecho es menester ahora más que nunca* ⁵. Con la respuesta dió á entén-

1 Proc. rom., pág. 574.

2 Proc. rom., pág. 510.

3 Proc. rom., pág. 575.

4 Proc. rom., pág. 499.

5 Proc. rom., páginas 501-520.

der que sentía llegado el momento del combate. El P. Alegambe, que lo barruntó, le dijo: ahora es tiempo de avivar más el amor á Jesús y á María, y pues mi Hermano los amó en vida, ellos le amarán en el trance de la muerte. A lo cual respondió con amor y humildad: *Si, me esforcé en amarlos en vida, y ellos me amarán en el trance de mi muerte.* Y añadiendo el Padre: *y el hermano Juan amará á la Madre y al Hijo por toda la eternidad.* *Si,* dijo, *en eso fundo mi esperanza.* Prosiguió entonces el Padre: *Hermano Juan, si mil corazones tuviera, ¿no es verdad que con todos ellos amaría á la Santísima Virgen? Y él contestó: ¡Ay! si, ¡ay! si mil corazones tuviera, con mil corazones la amaría.*

II

odos estos sentimientos y protestas eran incentivos que atizaban el calor para la agonía cercana. Tomemos la relación de la pluma de testigos presenciales. Estaba dando la una cuando le dejó solo el P. Gaudt, y se retiró un rato á un aposento vecino. Súbitamente oye gritos desaforados que le sobresaltaron y erizaron los cabellos: el metal de la voz le decía ser la de Berchmans, aunque lo desentonado de los clamores era cosa peregrina. Como no paraban las voces, corre precipitadamente, y halla al pobre enfermo sentado en la cama, los ojos clavados en el techo, el semblante demudado, perdido el color, los labios rehilando, sacudiendo los brazos con violencia, y

con acento que partía el alma, clamaba: *No; yo no haré tal... ofenderos yo, Señor... ¡Oh Marial, ¿ofender yo á vuestro Hijo...? ¿En qué ley cabe...? No tal: no lo haré; morir mil veces antes que ofenderos, diez mil veces, cien mil, miles de muertes, miles, miles...*¹.

Al ruido de las voces se agolparon dentro los Padres que descansaban por aquellas alcobas, y al ver al enfermo azorado y trasudando de congoja, el rostro descompuesto, con extrañas contorsiones, y blandiendo violentamente las manos, cual si se viera acosado de enjambres de enemigos, se hincaron de rodillas, puestos unos en oración, otros rociando la cama con agua bendita, otros animándole con palabras de consuelo. Poco á poco fué aleando el fatigado moribundo, y su semblante recobró algún tanto la primera serenidad. Vuelto en sí, como si la luz del cielo le diese á conocer que no llega la vejación moral á más de lo que Dios permite, y que nada puede sobre los que de Dios se fian, revolviendo contra el astuto adversario con brío y acento vigoroso: *Anda, vete de ahí, ruin tentador; no te temo*². Y haciendo lo que decía, empuñó el crucifijo, asió del rosario, tomó las reglas, apretó el relicario, y como enseñando al invisible enemigo este glorioso manojo, repetía con gran vehemencia: *Estas son mis armas, estas son mis armas*.

Entró de repente en un dulce paroxismo en que se le representaron iluminadas con hermosa claridad las prendas que en las manos tenía, y cuando la fuerza del delirio dióle espacio para volver algo en sí, dijo: *Dios mio, ¿dónde estoy? ¿qué me pasa?*

¹ Proc. rom., pág. 502.

² *Vade Satana, non timeo te*. Proc. rom., pág. 576.

Tomando luego las reglas íbalas hojeando rápidamente, hasta que encontró la fórmula de los votos: la pronunció en alta voz pausadamente, y llegando á la mitad pasó de largo, con singular discreción, aquella cláusula *promitto eandem societatem me ingresurum ut vitam in ea perpetuo degam*, pues carecía de sentido para quien se veía en vísperas de incorporarse en la triunfante Compañía de los bienaventurados¹.

Entendió el P. Gravita que el período de su mayor excitación nerviosa había cesado, y entonó la letanía de la Virgen, según solía en las plazas de Roma cuando iba á enseñar la doctrina en compañía de Berchmans. Este, que más de una vez había con la cruz abierto la procesión, cuando volvía al Colegio, al oír aquel cantar sintióse grandemente regocijado, y respondiendo al mismo tono levantaba el crucifijo, dándole vuelta como si le ofreciera á la veneración de los presentes. Al *Agnus Dei*, paró, hincó los ojos en el santo Cristo y repitió veinte ó treinta veces cada vez con más fervor: *perdonadme, Señor; perdonadme, Señor*².

Eran casi las dos. Tentóle el pulso el enfermero, y le halló muy al cabo. Pasó aviso al P. Rector, quien á su vez, recelando algún accidente, mandó despertar á los que habían pedido aquél favor, si bien fué excusada diligencia por lo muy desvelados que los traía el pensamiento de su muerte. El P. Ceparí le avivó el fervor con actos de fe, esperanza, caridad y paciencia; y él tierna y devotamente los repetía con voz apagada. Quiso el Padre reconciliarle por última vez y se quedó á solas con él: después vino el Padre espiritual, y dió lugar á que los Padres enterasen al P. Rector

¹ Proc. rom., páginas 576-502.

² Proc. rom., páginas 503-492.

del violento y amargo combate que en su parte moral había sufrido. Otra vez se le acercó á la cama para informarse sobre lo ocurrido, pero le halló ya sin habla. Hizo entrar á los Padres y que al rededor del moribundo se pusiesen á rezar algunas oraciones. Él estaba tendido con las rodillas levantadas para más fácilmente apoyar las manos, y de ellas no había un punto soltado sus armas, Cristo, reglas y rosario. Carecía de toda acción, si no es en los ojos, puestos fijamente en sus dulcísimos amores.

En esta postura permaneció cuatro horas continuas casi perdido el uso de los sentidos. Mientras tanto los Padres en torno suyo, llamaban á las puertas de la divina clemencia con fervorosas plegarias; y ora le insinuaban saetillas afectuosas, y él daba por respuesta pasear la vista del Cristo al rosario, del rosario á las reglas; ora le echaban agua bendita, y él correspondía fijando la pupila ya en la derecha del crucifijo, ya en la izquierda, en los pies, en el costado. Una vez hizo ademán de querer besar el crucifijo, pero ya no se pudo valer. No dió en todo este largo espacio señal alguna de turbación, sino muchas de estar en la cuenta de lo que hacía. *Parecía*, dice el P. Savignano, *sonreír de vez en cuando y avivarse alegremente su rostro angelical*¹. Aquellas vislumbres de semblante sobrehumano indicaban que bebía gozoso del río de las celestes delicias.

Viéndole en este trance los Padres más muerto que vivo, se preguntaban unos á otros, no sin congoja, si tal vez espiraría sin cumplirles la promesa que la noche antes les había hecho. Traíalos sobresaltados y llenos de confusión este infunda-

¹ Proc. rom., páginas 492-434-578.

do recelo, cuando al dar de las cinco observó el P. Piccolomini que meneaba los labios. Se acerca y le dice: *Hermano Juan, ¿se le ofrece algo?* Mucho esfuerzo tuvo que hacer, pero al fin pudo articular esta voz: *Quisiera poder hablar.*—*Si no puede con la boca*, añadió el Padre, *al menos con el corazón, repita el Santísimo Nombre de Jesús.* Hizo un segundo esfuerzo mayor que el primero, hasta que por fin rompió con la dificultad y pronunció más claramente: *Jesús, Jesús, Jesús;* y como si este dulcísimo nombre se convirtiera en panal de miel en su boca, se le destrabó la lengua, y recobró el uso fácil y expedito que antes tenía. Con el habla recobrada brillaron en los ojos de todos luces de verdadera alegría, subió de grado la estima de su virtud, y se enardeció en los ánimos la confianza en su valimiento. ¡Quién no reconociera aquí, que en los varios pasos de esta corta enfermedad andaba la mano de la dulcísima Madre de los angustiados, al propio tiempo que se iban desarrollando los naturales síntomas de su apacible agonía!

El P. Rector no se había apartado un punto de la cabecera, y al ver cuán gallardamente le acreditaban sus palabras, como si le creyera señor de las horas, le dijo: *Hermano Juan, tengo de ir á celebrar: cuidado que no se me muera hasta la vuelta.*—*Muy bien, Padre*, respondió con humildad. No había empezado el Padre la Misa, cuando el moribundo tornó á quejarse como antes diciendo: *El P. Rector me hace la guerra*¹. Callaron los que esto oyeron, y procuraban prevenirle y ayudarle con afectos y actos de fe, esperanza y caridad.

¹ Proc. rom., pág. 521.

En esto dió principio la segunda pelea: en un instante vióse turbado el mar de su tranquilidad. Se le dibujaron como antes en el semblante las sombras terribles del espanto y turbación: lleno de temor y sobresalto se incorporaba, echaba espumarajos por la boca, se contorcía, blandía los brazos en ademán de llamar á alguno, y á voces descompasadas repetía: *Eso no lo hice voluntariamente; no tuve parte ninguna; vamos á casa, volvamos al Colegio* ¹... Discurrió el P. Piccolomini que no podría ser sino tentación de Satanás, y con el fin de prevenirle contra el asalto, le dijo: *Hermano Juan, óigame á mí; vaya repitiendo lo que yo diga: Creo en Vos, Dios mío; espero en Vos, á Vos amo sobre todas las cosas.*

Iba sí el turbado mancebo diciendo con la boca, pero el pensamiento le tenía en otra parte; y porque el combate arreciaba con más furia, él, puesto en grande agonía y acosado de mortal congoja moviendo las manos voceaba con mucha prisa y decía: *Eso no, eso no, no fué por mi voluntad; vamos á casa, volvamos al Colegio.* El Padre juzgó sería conjurar la tormenta si lograba desviarla, y dejando á un lado la blandura para dar á su voz la autoridad que pedía aquel apuro, le dijo en tono grave y severo: *Hermano Juan, hasta hoy siempre me ha obedecido: no se diga en adelante que no supo obedecer. Oigame, pues, y esté todo en lo que yo digo: no pronuncie más que lo que me oiga á mí.* ¡Prodigios de la obediencia! exclama el P. Cepari. Oír este mandato de su maestro, y abrir los ojos, y volver en sí totalmente, y componerse todo su cuerpo, y sosegar al punto, fué una sola y misma cosa. Deshicieronse

¹ Proc. rom., páginas 493-503-578.

en un momento aquellas zozobras y terrores, acudió á esclarecer su rostro la apacible serenidad, y la tranquila devoción le salió por la boca, repitiendo afectuosamente las invocaciones que le sugerían ¹.

III

No pudieron saber á punto fijo los Padres qué significación tenía esta congojosa batalla. De las últimas palabras proferidas por el agonizante, *veniamus domum*, bien podemos inferir que en el trance de la agonía se le ofrecieron entre otras representaciones reminiscencias de aquel suceso, apuntado más arriba, y se le fijó en la fantasía, ó el demonio le echó en cara, la parte que el propio Juan había tenido en deshacer la trama de aquel estudiante, tentado de pusilanimidad contra su vocación. No tenía el mal espíritu en aquel último trance otra cosa de que asir para atormentar su purísima conciencia, y á trueque de turbarle la paz, le traía mil desatinos.

Esto dice el P. Cepari: el cual acababa de celebrar, cuando el santo enfermo pareció andar con los ojos buscando ansioso á alguno. Reparó en ello el P. Piccolomini, y le dijo:—*Hermano, ¿á quién quiere?*—*Al P. Rector*, respondió. No tardó el P. Cepari; en viéndole el santo obediente, con vivas demostraciones de alegría dióle á entender cuánto consuelo sentía por haber obedecido á su deseo.

¹ Proc. rom., páginas 521-578-579.

En esto llegó el doctor Filandro, y al contemplarle la cabeza despejada y la voz entera y libre, entendió que no moriría hasta la tarde. *Pero quiso Dios, añade el joven Radkai, verificar la profecía de Juan, que con palabras terminantes había anunciado que su muerte sería en la mañana del 13, y así desbarató y dejó burlados los pareceres todos. Porque cuando hubo salido el médico, al ver muy cerca el estrecho paso de la muerte, suplicó que le rezasen la Letanía de la Virgen, y respondía él ora pro me con tanta entereza, que habiendo el Padre que la rezaba trabucado los títulos una ó dos veces, á causa del sobresalto, él le corrigió en alta voz*¹. El que guiaba el rezo era el mismo P. Piccolomini. Acabada la Letanía de la Virgen, quiso que leyesen la lista de los santos de mes, y él ayudaba y respondía con mucho sosiego y afecto á las invocaciones, y aunque á veces se le entorpecía la lengua, pero se esforzaba hasta que conseguía articular distintamente. En la Letanía de la Virgen, fué cosa que enterneció á todos los presentes oírle pronunciar los atributos *Santa virgo virginum, Mater castissima, Regina virginum*, vuelto á la imagen de María con profunda reverencia, como si quisiera dar por última vez á su soberana Madre las gracias por el perfectísimo don de virginidad que le había concedido².

Eran ya las ocho del 13 cuando con amabilísima paz y dulcísimo sosiego comenzó á recogerse y actuarse en afectos interiores, y á repetir claramente: *Jesús, María; Jesús, María*. A cada suspiro los circunstantes, que no le quitaban la vista, sentían levantarse los corazones en presencia de

¹ Proc. rom., pág. 493.

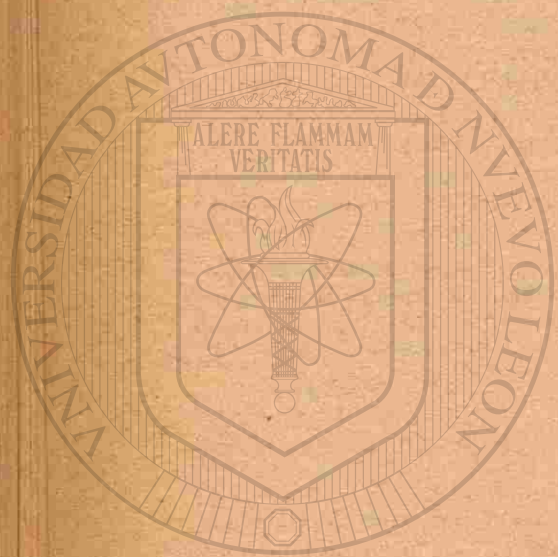
² Proc. rom., páginas 555-580.

aquel semblante bañado de resplandor y sosiego beatífico.

Al paso que se le iba enronqueciendo la voz, se adelgazaba el sonido y hacíase más penetrante; pero en el trémulo menear de los labios dibujábase todavía: *¡Jesús, María; Jesús, María!* Finalmente, á las ocho y ocho minutos quedó sin ningún movimiento. Tenía puestas sobre las rodillas las manos, en las manos el Cristo, las reglas y el rosario, y la vista blandamente descansaba en sus tres queridas prendas. Estando en esta postura inmóvil, en tanto que los presentes enternecidos derramaban piadosas lágrimas, se fué muriendo despacio la lumbre de sus ojos, hasta que le tomó el plácido sueño de los escogidos, y levantó su espíritu á las celestes moradas á solemnizar con los ángeles los triunfos de su gloriosa Madre.

Falleció á 13 de Agosto de 1621, á los veintidós años y cinco meses de edad, y cinco de religión.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPITULO IV.

SUS EXEQUIAS Y ENTIERRO.

- I. Sentimiento general. —Elogio del P. Secco. —Llevar el cadáver á la iglesia. —Concurso y devoción. —Vistenle otra vez en la sacristía.
- II. Entiérrasele en la capilla de San Luis. —Carta del P. General. —Milagros. —Desenterrado recibe sepultura en el vaso común. —Explosión de afecto.
- III. Traslación de las reliquias. —Última visura. —Urna del Santo. —Su corazón. —Sus manuscritos.

I.

QUEDÓ su rostro con aquel baño de claridad que suele pintar el sueño en un niño que duerme. El P. Piccolomini, que le había cerrado los ojos ¹, y todos los circunstantes se adelantaron á besar pies, manos y rodillas del sagrado cuerpo, entre ríos de ternísimas lágrimas: pintados estaban en los semblantes los sentimientos de viva y alegre devoción, que no se pueden con palabras explicar ². Amortajáronle luego: por dos horas continuas conservó el rostro el color natural y la hermosura que tenía ³, pero la palidez de la muerte desfloró presto aquella belleza sin alterar las facciones y buen parecer.

¹ Proc. rom., pág. 522.

² Proc. rom., pág. 494.

³ Proc. rom., pág. 522.

Acababan de entrar en cátedra los alumnos del Colegio cuando las campanas comenzaron á doblar. Al lúgubre sonido de los dobles respondió el hondo sentimiento de todos los pechos. Los que se vieron más libres corrieron á la enfermería á venerar el sagrado cadáver. En las aulas pasaron lances muy tiernos: lo común era responder los discípulos con llantos á los sollozos de sus maestros. Interrumpieron éstos á una las lecciones para celebrar más con lágrimas que con palabras las virtudes del difunto ¹. Aquí fué cosa notable cómo los maestros no repararon en proponer su vida por modelo á la imitación de la juventud estudiosa. El P. Diego Secco, catedrático de prima, había comenzado á entrar en las pruebas de una tesis, pero fué tal la impresión recibida del triste anuncio, que paró de repente y haciendo de la cátedra púlpito, rompió en elogios del santo estudiante. *Hacer agravios sería, dijo cuando los lloros cesaron, á las promesas de Dios, rogar por el alma de un joven intachable, á quien nadie ha podido echar en cara cosa que tuviese mácula. Escrípulo tendría yo de rogar por él: antes afirmo que tan cierto estoy de que goza ya de la presencia de Dios, como si yo mismo lo estuviese viendo con estos ojos* ². Que los hechos de este Padre no andaban sino muy cerca de sus dichos, se supo después; porque en vez de celebrar las tres Misas de *requiem*, que se deben en tales casos por el alma del finado quienquiera que sea, dijo las tres votivas de la Virgen en acción de gracias á la Señora por haber tenido un tan perfecto devoto; práctica, que á no haber sido particular inspi-

¹ Proc. rom., pág. 581.

² Proc. rom., pág. 590.

ración del cielo, no mereciera elogio. Lo cual todo y otras muchas alabanzas, ratificó con juramento estando para partir á ser Patriarca de Etiopia.

Al igual compitieron en loores los demás Padres y Hermanos, y se comunicaron unos á otros las cosas que de sus virtudes habían observado. Repetíanlas á los alumnos, y en un punto fueron de boca en boca resonando en toda Roma, y despertaron el entusiasmo en la piedad de sus moradores.

Tres cosas determinaron los Padres: la primera, que se sacase el retrato; se sacó, pero la pintura no satisfizo á los deseos de todos; la segunda, que se encerrase el cadáver en caja separada, y que no se mezclasen los restos con los huesos de otros; la tercera, que cuatro sacerdotes estuviesen velando junto á las andas para atender al buen orden. Bien luego se vió de cuán poca ayuda era esta vigilancia contra la osadía de los devotos. Amigos, nobles, caballeros de distinción, se vieron muy pronto apiñados rodeando el santo cuerpo, que había sido ya llevado á la Iglesia, y no se hartaban de besarle las manos, de tocarle con rosarios y pañuelos y de pedir reliquias suyas sin reparo, con cuya piedad era forzoso condescender. Aun siendo admitida la gente principal á puerta cerrada, desaparecieron en un momento las flores con que habían adornado el féretro: en un volver de ojos, quién echó mano al Cristo, quién arremetió al bonete, este arrebató los zapatos, aquel cortó, si no mesó los cabellos, esotro cercenó la sotana; y mientras muchos se ocupaban en aplicar objetos á las manos, no faltó quien, por no hallar donde cebar la devoción, le cortó á hurtadillas las uñas de los pies. Estos excesos de los de fuera pretendían abroquelarse con el ejemplo de

los de casa, que con un género de santa avidez, aun antes de bajarle, habían arrebatado á porfia aquellas cosas de su uso que cayeron en sus manos ¹.

Venida la hora de las exequias, abriéronse los cancelos y puerta mayor de la Iglesia. Oleadas de gente la llenaron de bote en bote. El aspecto del cadáver, el canto de los nocturnos, la solemnidad de la ceremonia, la diligencia de los guardas, fueron al principio parte para infundir acatamiento y enfrenar, hasta la mitad del oficio, todo amago de tropelía; pero, ¿quién dirá el clamor que se levantó cuando algunos alcanzaron á juntar las bocas y á mezclar los alientos con sus manos y pies, y, en especial, cuando se dió el grito de milagro por personas que allí mismo recibían favores, y el grito, resonando por el ámbito de la Iglesia, y creciendo por momentos con el rumor, vino á romper en inmenso alarido y á estremecer y consternar toda la muchedumbre ²?

Aquí fué el abalanzarse del pueblo empujándose, codeando y atropellándose unos á otros, dando todos al traste con el respeto debido al santo lugar, á trueque de llegarle á las manos ó á besarle los pies; aquí fué el no recatarse de quitarle otra vez el bonete y calzado; aquí el hacer trizas la ropa del cadáver y tener que cubrir su desnudez con el paño de tumba; aquí más frenético el entusiasmo pedir á voces reliquias de ese mismo lienzo y no parar hasta partirle y hacerle girones ³. No bastaban ya los cuatro Padres; fueron menester otros seis, y aun harto que hacer tuvieron los diez para reprimir atropellos y estar sobre la desaten-

¹ Proc. rom., pág. 583.

² Proc. rom., pág. 249.

³ Proc. rom., pág. 584.

tada muchedumbre, tanto más irreducible, cuanto que, por haber algunos presentes aseverado que le habían visto los ojos cubiertos de vivísimos diamantes, y una aureola de luz en torno de la cabeza y toda su faz inundada de beatitud extraña, querían todos mirar y satisfacer los antojos de la vista ¹.

Para poner freno á la devota rapacidad, acabados los oficios, pensaron trasladar el cuerpo á la capilla de la Virgen, guarnecida con verja de hierro. El pueblo que lo barruntó se adelantó con más prisa que recato. Al ver los Padres el aprieto, se aprovecharon de aquel incidente para meterle con maña en la sacristía, donde, echado cerrojo y llave, sólo admitieron á las personas de más porte. Entre ellas fué la piadosísima matrona doña Ersilia Altissimi, quien testificó después en los procesos había alcanzado remedio de un mal de costado que padecía ². Cerradas, finalmente, las puertas, soltóse la represa á la devoción de los de casa, que no anduvo por cierto más recatada que la del pueblo; porque con el tocar y rasgar á hurtadillas retazos de vestido, le dejaron tan malparado, que, como declaró después el Hermano Ballerati, la codicia de los de fuera y de los de casa le obligó á poner dos veces ropas nuevas al santo cadáver ³.

Así y todo se les había pasado por alto á los Padres el respeto á los Obispos, títulos, bienhechores y señores de más cuenta, que habían hecho, según decían, el sacrificio de su curiosidad, y demandaban por premio de la paciencia la fortuna de contemplar más holgadamente aquel precioso relicario. En razón de contemporizar con ellos se dejó el entierro para el día siguiente, que era sá-

¹ Ceparí; rel. ms.

² Proc. rom., pág. 216.

³ Proc. rom., pág. 300.

bado y vigilia de la Asunción de Nuestra Señora. A la noche, el P. Grassi, en secreto, hizo abrir el cadáver, y le entresacó el corazón lleno de sangre para enviarle á Flandes. Se reparó mucho en la falta de la hiel, y de aquí colegían algunos que había el Santo carecido de ella en vida, y por ahí sacaban su mansedumbre y sencillez de paloma. No cafan en la cuenta los que así discurrían, que el presentarse vacía en el cadáver la vejiga de la hiel provenía de la complicación intestinal que ocurrió en la enfermedad del santo: la mansa y suave condición de San Juan fué obra ciertamente de la violencia que, con la gracia de Dios, se hizo durante su vida.

II

COMODADO, pues, el cuerpo y compuesto en la caja de madera, fué llevado vela en mano otra vez á la Iglesia: así cumpliósse con el deseo de los que lo habían solicitado. Abiertas las puertas por la mañana, entró mayor gentío que el día anterior, y Prelados, y Obispos, y títulos, y pueblo menudo; pero aquí, con más atrevimiento que antes, le cortaron cabellos, uñas y hasta un dedo del pie; y así fué menester esconderle otra vez en la sacristía y poner fin á los excesos. Entre los prodigios acaecidos, contábase por ruidosa la curación instantánea de una mujer de sesenta y ocho años, ciega de entrambos ojos, con sólo aplicarlos á la mano del difunto ¹.

¹ Proc. rom., pág. 268.

Al trasponerse el sol inscribieron en la caja un epitafio en plancha de plomo, y así le trasladaron á la capilla de San Luis, donde le dieron sepultura interin se le preparaba otra más acomodada. La muchedumbre, atraída por el embeleso de los prodigios que corrían ya públicos, acudía en tropel á este sitio, y ponía flores, y encendía luces, y colgaba tablillas y figuras de cera, y rezaba preces, y pedía gracias, y (lo que más atizaba el fervor) se levantaba de aquel lugar con nuevas mercedes alcanzadas por obra del Santo. Todas estas demostraciones dieron mucho que pensar al Superior general de la Compañía, el cual, anteviendo las resultas y mirando por la prudencia, con ánimo de excusar desazones, envió al P. Rector Ceparri la carta siguiente, con que creía templar el exceso y atar las manos al celo de los devotos:

Reverendo en Cristo Padre:

Aunque de la virtud y gracias singulares de Dios nuestro Señor hemos de hacer todos la estima grande que se merecen, no obstante, he pensado recordar á V. R. con la presente, y con ocasión del dichoso fallecimiento del Hermano Juan, sea V. R. servido de avisar á ese Colegio, y aun de extender el aviso á las otras casas de Roma, que en el hablar y tratar de las cosas del difunto se acuerden todos del espíritu y cautela que guardaron nuestros primeros padres en la muerte del Bto. P. Igracio, del P. Fabro, del Padre Borja y de otros muchos esclarecidos siervos de Dios. Por tanto, prohiba V. R. que nadie dé á seglares cosa alguna que haya pertenecido al dicho Hermano, ni reliquia de ninguna suerte que haya sido de su uso. Pues es muy conforme á ley de prudencia en asunto de esta natura-

leza no prevenir los designios de Dios, sino con humildad y recato aguardar el tiempo señalado por la divina Providencia. Lo que si suplico á nuestro Señor con todo mi afecto es que se digne acrecentar en ese Colegio sus bendiciones, y que en cada uno resplandezcan la modestia, observancia y todas las virtudes del Hermano, y que todos sean vivos retratos y reliquias suyas.

En los santos sacrificios y oraciones de V. R. y de todos me encomiendo. Dada en esta casa del Jesús, á 15 de Agosto de 1621.

De V. R. siervo en Cristo,

MUZIO VITELLESCHI.

Esta carta sirvió para acreditar la gran cordura del P. General; pero por más prisa que llevó, vino á noticia de los suyos cuando habían ya dado vuelta por toda Roma reliquias, prendas y cosas del difunto, y más que todo los prodigios de su valimiento. No estuvo en poder de los Padres del Colegio impedir el concurso de la capilla, y que los fieles colgasen donativos y encendiesen velas, pues era tan imposible poner dique á la confianza de las gentes como atar las manos á su bienhechor. El único arbitrio que á su Paternidad quedó fué mandar desenterrasen el cuerpo y le encerrasen privadamente en la sepultura común de los Padres, en el mismo lugar donde habían descansado los restos de San Luis. Aun con todo eso, de cirios, flores, presentallas, y otras prendas de gracias recibidas estuvo cuajada la sepultura del Santo ¹. Como abejas solícitas volaban los devotos á

¹ Proc. rom., pág. 588.

recoger en aquel verjel de virtud el precioso licor del paraíso para su necesidad y edificación.

¿Qué decir ahora de la impresión que causó en Flandes la fama de esta preciosa muerte? Bien se deja entender qué efecto haría en los ánimos de sus compañeros, superiores y conocidos. *Al oír la nueva y relación, dice el P. Clerk, de la muerte del Hermano Juan, conmigo todos comúnmente en la provincia experimentaron un vivísimo sobresalto y una explosión de afecto, como no recuerdo haberse experimentado en la muerte de otra persona alguna señalada en santidad: testigos fueron las copiosas lágrimas de devoción que por él se derramaron ¹.*

El Hermano Juan de Buire confesó también que en el colegio de Beaulieu, sabida la muerte, se sintió anegado en lágrimas y ahogado por los sollozos en su aposento días arreo, y se maravillaba él propio de su extraordinario sentimiento y amargura ². En el colegio de Lovaina, lo atestigua Van Berger, *al leerse en el refectorio la carta mortuoria, fueron muy grandes las señales de dolor y ternura que dieron todos los Padres ³.* Y por no alargar más, Miguel Grisio certifica que *vió brotar, con la relación de su muerte, una singular renovación de espíritu en los nuestros y en los extraños ⁴.* Lo más admirable era el fruto de reforma de costumbres y de alientos espirituales que despertaba en todos la memoria de Juan Berchmans.

El señor Canónigo Froymont, recibida noticia del fallecimiento de su venerado familiar, hizo

¹ Proc. de Amb., pág. 170.

² Proc. de Amb., pág. 199.

³ Proc. de Amb., pág. 181.

⁴ Idem, íd.

extremos por obtener una reliquia: vivísima fué la pena que recibió el P. General por no poder dar por entonces cumplida satisfacción á su deseo; pero le certificó que á su tiempo quedaría saldado el cuanto de su solicitud por el tanto del agradecimiento de la Compañía, como, en efecto, se hizo años más adelante.

Prodigios, raras mercedes, casos de curaciones milagrosas en alas de la fama se difundían por todas partes. Cartas iban y venían, llevando y trayendo de Flandes á Roma, de Roma á Flandes, apariciones gloriosas en que se hacía visible el Hermano Berchmans, ya solo, ya en compañía de su protector San Luis, ya los dos con la Virgen Santísima. Otros correos notificaban lo mucho que podía con Dios su invocación: así se supieron más de veinte casos de curaciones estupendas fuera de Bélgica, porque en Bélgica no tenían guarismo. Llenos andaban de asombro los reinos de España, Francia, Alemania, Inglaterra á la contemplación de tantas maravillas.

Comenzaron los escritores á tomar la pluma por condescender con la devoción, á historiar su gloriosa vida y á exaltar la grandeza de sus virtudes. Al paso de las relaciones, volaban por Flandes y otros reinos grabados, estampas, medallas conmemorando los grandes favores que en diversas partes se lograban. No bajan cierto de setenta las biografías hasta el día de hoy publicadas. Ochenta y seis autores se encontraron en la biblioteca de Malinas, entre nacionales y extranjeros, que en sus obras representaron y engrandecieron las virtudes de este siervo del Señor. Para gloria de nuestra católica nación digamos, pues este es su lugar, que España fué la primera que dió á la estampa y sacó á luz un relato de la muerte edificante de

San Juan Berchmans, en 1624, aún tres años antes que imprimiese el P. Cepari la vida original que escribió, según consta en las actas.

Y dado que en la preponderancia que entre las potencias europeas ejercía entonces nuestra nación, pudiera hallar fundamento su diligente iniciativa en esta parte, mejor será buscarle en el carácter del Santo, singularmente español, por la gallardía, constancia y generosidad que tuvo en el servicio de Dios, cual vemos en nuestros anales fué el carácter de nuestros héroes y santos. Pudiera también decirse que un mancebo que tan magníficamente había sentido y hablado en favor de la Inmaculada Concepción de María, no podía menos de ser pro hijado por una nación que siempre se ufano de haberla defendido. En fin, tan al corazón de los españoles hablaron aquellos primeros relatos, que en 1633, cinco años después de publicarse en Roma la historia del P. Cepari, fué también España de las primeras que la pusieron en su lengua, por la pluma del P. José de Olzina, natural de Barcelona. No es maravilla que, llevados de su natural impulso, tantos escritores españoles extendiesen con las galas del estilo, como hicieron después, y eternizasen y subiesen al cielo las claras virtudes de un joven héroe que tanto frisaba con el genio de la nación. Digno es de especial memoria el preclaro balear P. Bartolomé Pou, natural de Algaida (Mallorca), que publicó, hace justamente un siglo, en elegantísimo latín la vida de nuestro Santo. ®

III

Cinco años estuvo no más su cuerpo enterrado en el vaso común que dijimos. Por haberse comenzado á edificar el templo de San Ignacio, fundado con real magnificencia por el Cardenal Luis Ludovisi, sobrino de Gregorio XV, los huesos, cenizas, despojos y residuos de la antigua caja de madera, juntamente con la inscripción del P. Grassi, fueron colocados dentro de otra caja de plomo y guardados así en la capilla de los Reyes Magos, que ahora es de San José: después, terminada la fábrica del templo, los trasladaron á la sepultura de los Padres, delante del altar mayor, en lugar algo apartado, al pie de la Virgen de la Piedad.

Dos veces fué requerida la caja de plomo, años adelante, y otras tantas renovada y sellada, sin moverse del mismo paraje. Allí la guardó una lápida de pórfido con estas palabras: *Ossa Ven. Joannis Berchmans*, por más de doscientos años.

Pero en el de 1865, á los 11 de Mayo, con motivo de la Beatificación, fué sacada á gloriosa luz y llevada en triunfo con acompañamiento de Obispos, Prelados, Superiores, Padres y Hermanos de la Compañía, seglares de calidad, presididos por el Cardenal Reisach, á la capilla doméstica de Santa Rosalía, para ser allí visurados los restos y reconocidos, según las formalidades de ley.

En esta última visura, fuera de algunas reliquias que se escogieron para la promoción y celebridad del culto, fué remitido un antebrazo por el

P. General Beckx al Cardenal Stereck, Arzobispo de Malinas, y colocado á 23 de Julio del mismo año de 1865 en aquella iglesia metropolitana debajo del altar del mismo Beato. También se trajeron dos vértebras, la una para la residencia del Jesús de Bruselas; la otra, para la iglesia matriz de Diest: ambas recibidas procesionalmente con regocijos y fiestas celebradas con gran solemnidad. Otra reliquia que se venera en la catedral de Malinas, en la primera visura debió de sacarse, por cumplir con la devoción de los que lo solicitaban.

Dejadas aparte estas insignes reliquias, las demás que quedaron, hecha separación de huesos mayores y menores, en dos cajas distintas, se depositaron en la capilla de la Anunciata debajo del sagrado altar. La urna que después se labró para cobijar tan precioso relicario es dechado de toda beldad, y sólo puede competir con su gentileza y ornato la de San Luis Gonzaga, como compiten los altares de entrambos; porque si la de San Luis es de lapislázuli, también de lapislázuli está cubierta la de San Juan; si piedras peregrinas y chapas de oro, y relieves de plata, y escogidos colores cifien, hermosean y dan luz y resplandor á la de San Luis, con suntuosidad no menor y con proporcionada simetría reluce y relampaguea y parece muy linda y extremada la hermosura de la de San Juan, arrebatando y llevando en pos de sí el sentido y el afecto.

El corazón, que, como dicho tenemos, fué desentrañado y recortado del cuerpo santo por el P. Grassi, descansa blandamente en el Colegio de la Compañía de Lovaina. La presencia de esta riquísima entraña les desconcertó los ojos y torció el juicio á los que la vieron. Después que el P. Mar-

cos Van Doorne hizo el formal entregamiento ¹ al dicho Colegio de Lovaina, el P. Sucquet, que era á la sazón Provincial de Flandes, no dejó traza por tentar á fin de conseguir del muy Rdo. P. General que el corazón de su santo novicio se pasase á morar en el noviciado de Malinas. El fin y remate que tuvieron los extremos de estos amores, y las demandas y respuestas, fué prohibir severamente el P. General Vitelleschi ² que ni con el corazón ni con otra cualquiera reliquia, que á Berchmans hubiese tocado, se hiciesen demostraciones de veneración hasta otra orden; y muy en particular mandaba que el corazón se escondiese y desapareciese de los ojos humanos, y yaciese en la noche de las tinieblas donde nadie supiera de él, para de un golpe quitar á los devotos toda ocasión de culto, con fulminación de penas al que contraviniese á su declarada y formal voluntad.

El P. Sucquet apretó por su parte á los de casa con rigor y severidad, dando orden que el corazón fuese llevado á otro sitio y que nadie fuese osado atribuir á Juan nombre de beato, ni venerar públicamente sus reliquias; aunque bien permitió el General, en 1623, que el corazón se restituyera al Colegio de Lovaina, y que allí estuviera encerrado en la estrechura y silencio de la capilla doméstica sin ninguna señal de devoción. Así permaneció escondido por largo tiempo, y corrió varia suerte á causa de los sucesos de hace un siglo, hasta que por orden del P. General, de santa memoria, Pedro Beckx ³, fué examinado por un famoso médico de Lovaina.

¹ 29 de Noviembre de 1621.

² 15 de Enero de 1622.

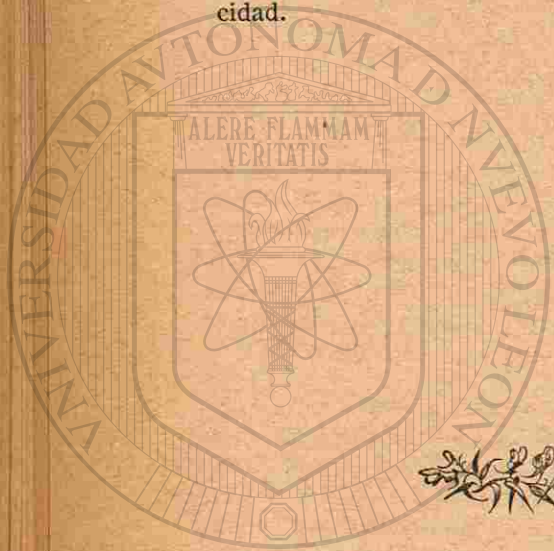
³ 24 de Abril de 1865.

Hallóse entero, sin descomposición, con algún menoscabo de las aurículas, falto de alguna partecilla arrancada de intento, y expuestas á peligro de tornarse polvo varias columnas de las cavidades internas: por lo cual, y para preservarle de toda corrupción y riesgo, se le empapó en esencia de trementina, se le bañó en una solución de bicloruro de mercurio, y se le revistió de resina copal, y de esta suerte se conserva, como dijimos, en el Colegio de Lovaina. En el de Amberes es venerada una manga de sotana. En la catedral, fuera de una partícula del corazón y pedacitos de hueso, se tiene en grande aprecio una camisa del santo, que tal vez sea la que con su muerte santificó. De muchas otras reliquias la revuelta del siglo pasado extravió las auténticas, y aun feneció la memoria también.

Acerca de sus manuscritos, Roma posee dos cartas, el voto firmado con sangre, los cuatro tomos de filosofía y matemáticas, un cartapacio de apuntamientos espirituales: el noviciado de Tronchiennes (Bélgica) guarda la carta VII, y la atestación del examen: la biblioteca real de Bruselas las dos elegías, cinco cartas en flamenco, cinco en latín, los avisos generales del noviciado, sus comentarios ascéticos y los atestados de los votos.

Para el Colegio de Lovaina quedaba reservado custodiar el precioso librito (13,5 cent. por 10 cent.), [®] que contiene las cosas siguientes. En las primeras páginas algunos extractos del P. Alvarez de Paz; de la pág. 3 hasta la 18 van 130 dichos y hechos sobre el Santísimo Sacramento y la Virgen María; de la 21 á la 28 se leen 66 sucesos y sentencias tocantes á la Compañía y sus varones ilustres; de la 30 hasta la 56 se continúan resúmenes de los

ocho tratados del P. Alonso Rodríguez, tomo I, y de los cuatro del tomo II. Este piadoso monumento le cayó en suerte al P. Grassi, y el escolasticado de Lovaina le mira como tesoro de felicidad.



CAPÍTULO V.

LA BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN.

- I. Empiezan las informaciones.—Instrúyense los procesos.—Prosecución de la causa.—Segunda y tercera interrupción.—Fállase la causa de las virtudes y milagros.—La Beatificación.
- II. Los tres milagros auténticos.
- III. Reasúmese la causa.—Los dos milagros requeridos.—Celebrase la Canonización.

I

CRECÍA sin comparación la fama de su poder. Comenzaron á practicarse diligencias, con que lograr entera noticia de su niñez, juventud y noviciado, y satisfacer á los Padres de Roma. Para llegar hasta el cabo en estas averiguaciones, toda Flandés se escudriñó y rodeó con afán. Por tres caminos diferentes le vinieron á Pedro Emmerick apremiantes demandas para empeñar su pluma en favor de su difunto Collegial. El P. Bauters, Rector á la sazón de Lovaina, no emperezó en llamar á las puertas de sus novicios y en ir en busca de noticias ciertas y autorizadas. El cielo también por su parte continuaba acreditando con prodigios el fervor de las diligencias. En fin, la considerable sumaria de expe-

ocho tratados del P. Alonso Rodríguez, tomo I, y de los cuatro del tomo II. Este piadoso monumento le cayó en suerte al P. Grassi, y el escolasticado de Lovaina le mira como tesoro de felicidad.



CAPÍTULO V.

LA BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN.

- I. Empiezan las informaciones.—Instrúyense los procesos.—Prosecución de la causa.—Segunda y tercera interrupción.—Fállase la causa de las virtudes y milagros.—La Beatificación.
- II. Los tres milagros auténticos.
- III. Reasúmese la causa.—Los dos milagros requeridos.—Celebrase la Canonización.

I

CRECÍA sin comparación la fama de su poder. Comenzaron á practicarse diligencias, con que lograr entera noticia de su niñez, juventud y noviciado, y satisfacer á los Padres de Roma. Para llegar hasta el cabo en estas averiguaciones, toda Flandés se escudriñó y rodeó con afán. Por tres caminos diferentes le vinieron á Pedro Emmerick apremiantes demandas para empeñar su pluma en favor de su difunto Collegial. El P. Bauters, Rector á la sazón de Lovaina, no emperezó en llamar á las puertas de sus novicios y en ir en busca de noticias ciertas y autorizadas. El cielo también por su parte continuaba acreditando con prodigios el fervor de las diligencias. En fin, la considerable sumaria de expe-

dientes que resultó de esta porfiada solicitud, movió la piedad del nobilísimo príncipe de Aremberg y de Chinay, vástago de una de las cepas más ilustres de Flandes, á elevar al trono de Gregorio XV una rendida súplica, pidiendo tuviera por bien Su Beatitud despachar las remisoriales con encargo de hacer apostólicas informaciones acerca de la vida, muerte, virtudes y milagros del difunto Juan Berchmans. Acogió benévolo el Padre Santo las instancias del Príncipe, y ordenó que se remitiese á los ordinarios el Rótulo para compilar los procesos infor­mativos sobre la vida, virtudes y milagros del Siervo de Dios.

Dióse principio al de Roma en 1622, y en él fueron comprendidos treinta y cinco testimonios. Por mandado del Obispo de Amberes, su vicario general recogió otras veinticinco atestaciones. De la causa fué nombrado postulador el mismo P. Ceparí, en cuyas manos descansaban seguras multitud de causas, por ser varón de conocida pericia en esta materia. Con razón se esperaba el feliz término de la nuestra, cuando vino á dar con todas las esperanzas en tierra el decreto de Urbano VIII, expedido á 13 de Marzo de 1625. Vedábase en él emprender causa ninguna de beatificación hasta pasado medio siglo á contar desde la muerte del siervo de Dios. Suspendiéronse, pues, los procesos. A fines de 1671 volvieron los promotores á menear los pies y las manos para darles calor de nuevo; pero detuvo el curso de sus diligencias otro decreto de Inocencio XI, que prescribía (15 Octubre de 1678) ciertas condiciones y rechazaba como de ningún valor las informaciones testimoniales hechas sin formalidad jurídica: cláusula fué ésta que condenó nuestros expedientes, que se habían instruido bajo una legislación más templada,

á las tinieblas de los archivos hasta que la bondad de Dios se dignase proveer.

Proveyó, con efecto, á 23 de Abril de 1741, disponiendo que el Papa Benedicto XIV estableciese con su autoridad, que no carecían de valor las deposiciones de testigos no oculares como fueran prudentes, en la discusión de las virtudes ó de los milagros, con tal que no se echasen de menos testigos oculares en los procesos. Esta última declaración dió larga rienda al deseo y fervor á belgas y romanos. Compulsáronse las informaciones recogidas en Amberes con las de Roma, igualmente se cotejaron las atestaciones extrajudiciales de noventa y cuatro testigos; las cuales todas halladas sin contradicción, y comprobado y substanciado el proceso apostólico, presentáronse á los pies de la Santidad de Benedicto XIV los clamores de reyes, reinas, obispos, grandes, capítulos, corporaciones, solicitando con súplicas, en número de veintinueve, la introducción de la causa en la Sagrada Congregación de Ritos.

A los 20 de Noviembre de 1743 fué nombrado el Cardenal Joaquín Portocarrero, relator de la causa, y promotor de la fe el Cardenal Luis Valenti. Este, así que hubo hecho constar la primera cuestión del *no culto*, pasó al escrutinio de los escritos del siervo de Dios. En algún estorbo tropezó el cotejo de los papeles, por la dificultad de tenerlos á mano: salió al fin decretado que eran todos conformes al espíritu de la Iglesia. Nombróse la comisión que tratase sobre la calificación de las virtudes; y librado el decreto de la introducción de la causa en 11 de Septiembre de 1745, pudo ya gozar el siervo de Dios del renombre jurídico de *Venerable*.

En este punto las cosas, seguía la Congregación

ventilando los procesos apostólicos, cuando cargó aquel incomportable montón de adversidades sobre la universal Compañía de Jesús, y la hundió en el océano de las pasiones humanas, yendo á parar sus restos inmortales á las playas de la Rusia.

Llamados por la voz de Pío VII en 1814 aquellos nobles ancianos, y restablecidos plenariamente en el goce de su Instituto y privilegios, después que la causa de nuestro Santo hubo vencido tantas corrientes, y doblado tantos cabos, y padecido tantas fortunas, por fin, soplando viento más próspero, iba á entrar en el puerto llenas las velas de la buena andanza. Fué elegido por Pío VIII el Cardenal Carlos María Pedicini en 1839 relator de la causa del Venerable. En tres juntas de Cardenales se deliberó sobre la heroicidad de virtudes. Quedaron éstas totalmente calificadas y sacadas de cuestión en un decreto de Gregorio XVI, dado á 5 de Junio de 1843, que calmó por un momento la impaciente expectación de dos siglos.

Pero á fin de que viésemos más claro, que nuestro Señor por una fineza de su mano generosa tenía escogido á San Juan Berchmans para ser en estos últimos tiempos, en medio del torbellino de pasiones y engaños que envuelve la juventud, faro luminoso que la guiase á playa segura, como si no lo acreditaran bastantemente los tropiezos de esta causa, estando ella para echar anclas y darse por firme y asegurada, todavía hubo de encallar en el puerto, y vadearse y forcejar en la muerte de los tres Cardenales, que se fueron sucediendo y con más ardor se habían propuesto llevarla á remate hasta del todo asentarla y fenecerla. Todavía por ocho años continuos estuvo atascada, á pesar de haber todos los Obispos de Bélgica, con

el Cardenal Arzobispo Stereck á la cabeza, dirigido á Su Santidad una súplica (25 de Octubre de 1853), rogándole pusiese glorioso término á la Beatificación.

¿Quién no reconoce aquí una nueva traza de la Madre del Amor Hermoso? ¿Podía la Virgen Inmaculada negar la parte en su triunfo á su amantísimo Benjamín, que había cifrado en este augusto privilegio el blanco de sus amores?

Así había de ser: y así fué efectivamente. Porque á pocos años de definido el dogma de la Inmaculada Concepción de María, puso esta gran Señora en el ánimo del Cardenal Carlos Augusto de Reisach, nombrado relator á 25 de Abril de 1861, la resolución de ventilar en una junta antepreparatoria, encargada al efecto, los milagros que llevaban el nombre de nuestro Venerable. La Virgen sin mancilla quería glorificar á su hijo y usar con él del tanto por tanto. El día 13 de Junio de 1864 se abrió en el salón del Vaticano la junta preparatoria, y á los 10 de Enero de 1865 la congregación general, cuyas sesiones fueron felizmente coronadas por un decreto pontificio emanado en 28 de Febrero de 1865, en que declaró el Soberano Pío IX que estaba suficientemente probada la verdad de tres milagros obrados por intercesión del Venerable Juan Berchmans.

Sólo faltaba la postrera cuestión sobre si constando la plena aprobación de las virtudes y milagros, se podía finalmente proceder con pie seguro á la solemnidad de la Beatificación. Resolvióse por la afirmativa el Cardenal de Reisach: cuyo dictamen tenido por bueno con unánime sentir de la junta de Cardenales, por último el Smo. Padre Pío IX ilustró su corona de gloriosos hechos, publicando el día 9 de Mayo de 1865 el Breve tan suspirado.

El 28 de Mayo fué el escogido para aclamar por Bienaventurado al nuevo protector de la juventud.

La Basílica de San Pedro, ataviada y despidiendo luces de regocijo, oyó por primera vez resonar en su vasta capacidad el dulce nombre de Juan Berchmans. Al eco respondieron los católicos del universo. Bélgica en celebrar sus grandezas compitió con la augusta Roma. España no quedó atrás, como quien siente todavía latir la fe viva de sus mayores en los pechos de su católica juventud.

II

QUERA larga fuera juntar aquí todos los casos portentosos en que resplandece la jurisdicción ejercida por San Juan Berchmans sobre los males que aquejan á la humana desventura. De muchos apenas queda memoria; hartos son los especificados y descritos con diligente estudio por los Padres Vanderspeeten y Angelini. En general, debe decirse que fiebres malignas, zaratanes, enfermedades de estómago, de pecho y de corazón han sido las que dieron materia principal de gloria al crédito de su virtud. Recojamos aquí en compendio los sucesos milagrosos, aprobados por el juicio de Roma, en que se vieron holladas y postradas las fuerzas de la muerte por el valor de su patrocinio.

1. María Angela Gilibet, huérfana á los dos años, quedó al cuidado de su abuela, quien por más medios y remedios que tomó, no pudo mejorar su desmedrada complexión. Enteca y raquílica por extremo, creció, y crecían con ella los padecimien-

tos escrofulosos é histéricos. No poco tuvo que batallar la medicina para vencer una corrupción de encías, claro indicio de escorbuto, y mitigar la erupción de manchas amoratadas que le cubrían todo el cuerpo y reventaban en postemas. Tenía veintitrés años, cuando pareció gozar de alguna salud: pidió el hábito en el convento de Bernardas, que está en la ciudad de Nepi, cerca de Roma, y fué recibida más por razón de virtud que de sanidad; y como lo hubiese pasado bien durante el noviciado, le dieron la profesión. Con la aspereza de la vida religiosa se le recrecieron los pasados males y remataron en convulsiones, vértigos, hinchazón de piernas, parálisis de miembros, contracción de tendones, yendo cada vez desmejorada, por siete años continuos. Una vez le ordenó el médico baños calientes creyendo acertar, pero se le encogió la pierna izquierda, y con el peso del cuerpo se abrió camino una costilla por la concavidad del pecho; á poco la pierna derecha se le torció: los accidentes eran continuos: sólo arrastrando muletas pudo un día llegarse á la reja á recibir la Comunión pascual. En fin, á 13 de Agosto de 1747, se veía la pobre Angela tullida y desahuciada y pronta á rendir al imperio de la muerte la poca vida que le quedaba. En vista de su deplorable estado, remitióla el Obispo de Nepi á los médicos del cielo, y la exhortó á que se pusiese en manos del Venerable Juan Berchmans, de quien se contaban curaciones admirables. Mandó la madre abadesa dar principio á una novena el día mismo de la Asunción. El 16 sintióse Angela acometida de un recio accidente que la puso mortal. Vuelta en sí, le aplicaron á las rodillas una imagen del Venerable, con que se avivó su confianza en el poder del Siervo de Dios, y pidió al Señor por sus merecimientos le

devolviera la salud, si así le convenía. Hecha esta oración entróle un sueño muy blando que le duró siete horas: despertó, y sintiendo como si un des-acostumbrado vigor circulase por todos sus miembros, quiso estirar las piernas, y conoció, no sin asombro, que daban ellas de sí á deseo; movió el cuello, y cedía flexible; alargó el brazo, y pudo bracear, tentóse la costilla, y le pareció en su lugar debido; las encías las encontraba limpias y sanas: en fin, tuvo por cosa de sueño el hallarse buena y fuerte de baldada é incurable. A la voz de milagro acudieron los facultativos y calificaron de prodigiosos estos efectos, y ella declaró ser la causa la intercesión del Venerable Juan Berchmans.

II. Sor María Angélica de la Santísima Trinidad, con el rigor de la regla de San Francisco, que á los quince años había abrazado en Ronciglione, comenzó á sentir mudanza en su delicado temperamento. Dolores agudos fueron los primeros síntomas de una gastritis; se complicaron luego con una úlcera del estómago. A los dos meses vióse asaltada de un accidente de calentura maligna que le causó insomnios, desgana, inflamaciones y suma debilidad. La úlcera iba en aumento con respiración dificultosa, flaqueza de pulso, lengua muy gruesa, voz amortiguada; por tan muerta la tenían, que mandó el médico el día 16 de Octubre de 1732 la oleasen, doliéndose de que no pudiera retener la Sagrada Forma. En esto acertó á pasar por allí una señora amiga, y leyendo en el semblante de las Monjas su gran consternación, comenzó á referirles las maravillas del Venerable Juan Berchmans, que corrían validas por toda Roma. Consiguió la superiora una estampa del Venerable, y aconsejó á la monja enferma prometiese un corazón de plata si cobra-

ba la salud. Sintióse la enferma movida á pedir, y con fe viva á esperar remedio por su intercesión. No paraba de orar: á ello le estimulaba el consuelo de una voz interior que le decía: el santo Berchmans te dará salud. Pero en vez de esperanza, reconoció el médico que le iba faltando ya el pulso, y que era tiempo de administrarle la Extremaunción. El sacerdote que se le dió la animaba á confiar en su protector. Esforzó ella su ánimo con todas veras; y mientras que el ministro la iba ungiendo con el santo óleo, iban desapareciendo los efectos de la enfermedad con tanta prisa que, acabadas las unciones, cesó el mal y quedó buena. Vistióse por sí misma, levantóse, la reconocieron los médicos y se aseguraron de la desaparición de la úlcera fatal.

Pero para que viesen todos claramente en aquella curación repentina la mano del Venerable, permitió Dios que, ora fuese la facilidad del remedio, ora el exceso del regocijo, Sor Angélica echó por alto el exvoto que había prometido al sepulcro de su bienhechor. No bien habían transcurrido dos meses, se le reverdeció el mal por sus pasos contados, con síntomas, efectos y dolores, y á vueltas de ellos estuvo mortal. La abadesa, como más avisada, cayó luego en la cuenta y cuidó de mandar á Roma cantidad de cera para arder ante el cuerpo del Venerable, y el padre de la monja colgó un corazón de plata en el sepulcro. Dieron otra vez á la enferma la estampa, púsola sobre la parte dolorida, rezaron como primero, y dentro de tres días repentinamente mejoró y estuvo buena y sana, sin quedarle más rastro que las manchas de la úlcera, para refrescarle la memoria de aquel doblado favor.

III. Sor María Ancaiani, monja del monasterio


de la Visitación en Roma, experimentó en Diciembre de 1728 una calentura intermitente, que degenerando en continua, se declaró agudísima y la redujo al último grado de tisis. Acumuláronse otras dolencias que quitaron á la consulta de los médicos toda esperanza de remedio. Estando muy vecina á la muerte, recibió, como bien pudo, los últimos Sacramentos. En esto la madre superiora se acordó del Venerable Juan Berchmans, á tiempo que los accidentes y delirios tenían á la Hermana batallando últimamente con las bascas mortales. El mal pareció dar alguna tregua; de ella se aprovechó la paciente para poner los ojos del cuerpo, y más los del alma, en una imagen suya que le habían traído y tenía allí encima de la cama.

La tomó y pasó por frente, cabeza y pecho, encomendándose con gran devoción al siervo de Dios. ¡Oh rara maravilla! La enfermedad volvió de repente atrás: se le quitaron los dolores, y quedó buena; y en prueba de ello, arrojóse con ambas rodillas al suelo á dar gracias, con espanto de los presentes. El médico no pudo poner duda en la verdad del prodigio, cuando supo que había oído tres misas seguidas estando arrodillada.

No pararon aquí los favores. Dos años y dos meses habían pasado, cuando, hallándose con perfecta salud, en Octubre de 1731, le salió á la Hermana María en los pechos un tumor canceroso, que como si con mil espinas la punzaran, no le daba tiempo de sosiego, no siendo pequeña parte del sufrimiento, la disimulación y vergüenza con que procuraba encubrir el mal. Avisaron á un acreditado facultativo, quien juzgó por irremediable la enfermedad, y por caso desesperado. Pero no fué sino muy curable para esta hija de la Visitación,

que sabía por experiencia la buena mano de los médicos del cielo. Alentada la confianza, remitió aquella humana imposibilidad á la voluntad de su favorecedor, á quien dedicó una novena. Llegaba al término de ella, el día 19 de Agosto de 1733; después de una congojosa noche, quedóse dormida breve rato: volvió en sí con la memoria del siervo de Dios; y cuando parecía haber finado del todo, como si le infundieran de improviso vigor y fuerzas, saltó de la cama, oró por unos minutos, y sin saber cómo, ni cómo no, se sintió súbitamente buena y fuerte, y sin señal de cáncer ni asomo de dolor. Tuvieron esta curación los médicos por enteramente sobrenatural, y la religiosa la agradeció toda su vida á nuestro santo escolar.

III

LEBRADA que fué la solemnidad de la Beatificación, empezó á extenderse la fama de otros milagros obrados por su valimiento. Eleváronse preces á la benignidad de la Sede Apostólica para que se dignase reasumir la causa en orden á la Canonización. A los oradores concedió gratos oídos el Papa Pío IX, y á 8 de Marzo de 1866 decretó la suplicada reasunción.

Poco después recibieron los dos Ordinarios de Malinas y de Gante facultad para instruir el proceso apostólico acerca de los milagros que se decía haber acaecido en Gante y en Bruselas por invocación del Beato Juan, y el día 17 de Julio les fueron expedidas las Letras remisoriales. Subsanciados los dos procesos, fué aprobada su vali-

dez por la Sagrada Congregación de Ritos y ratificada por Pío IX en 17 de Febrero de 1873.

Mas el prodigio de Gante, atentamente examinado, no iba apercibido con aquellas pruebas y circunstancias que son necesarias para merecer el dictamen de los asesores. Por esta causa se dió la preferencia á otro milagro ocurrido en el Norte de América, á donde el promotor de la fe despachó una instrucción que hiciera veces de remisoriales, ordenando informaciones acerca de la verdad del suceso. Recibidas las respuestas, pudo con entera libertad la Congregación de Ritos deliberar sobre estos dos milagros, al efecto de la Canonización que se solicitaba.

Hagamos de ambos sucinta memoria.—I. María Wilson, natural de la ciudad de Nueva-Londres, en el Canadá, hija de padres presbiterianos, entró en la religión católica con grandísimo fervor, y en breve aspiró á la perfección del estado religioso. El día 23 de Junio de 1866 fué recibida en el Instituto de las monjas del Sagrado Corazón, en San Luis de Chicago. Pero dos días antes de hacer su entrada, viniendo á esta ciudad por mar, en el camino sintióse con vómitos y dolor de costado, para cuyo alivio se le recetaron medicamentos á su llegada; pero en vez de sanar fué agravándose más, y aun empezó á arrojar esputos de sangre, que obligaron á la superiora á enviarla á Grand-Côteau, donde tenían las Madres noviciado, pensando que la mudanza de aires enmendaría la falta de salud.

Sucedió muy al revés. El día antes de vestir el hábito (19 Octubre de 1866) arreció el dolor de costado, la salteó la fiebre, se hizo continua y continuos también los vómitos de sangre. La gravedad de estos síntomas persuadió á los médicos que la

novicia tenía ulcerado el estómago. Del estómago le subió la inflamación al esófago, de aquí á la faringe, á la lengua y encías, por manera que su boca era una sentina de llagas y hedor insoportable. La anemia, el delirio, la agudeza de los dolores, la negrura de los labios, los ojos cerrados, la lividez y frialdad de las extremidades, el sudor helado de la frente forzaban á la enferma á entregar la vida á manos de las terribles complicaciones inflamatorias sobrevenidas en el curso de una ulceración del estómago; que esta era su fundamental enfermedad.

En este trance las Madres invocaron el favor del cielo mediante la intercesión del Beato Juan Berchmans. El día último de la novena que le hicieron (14 Noviembre de 1866), estando ya viaticada la enferma y el mal á punto de rematarla, dijo le parecía haber oído una voz y experimentado la presencia de un personaje que le mandaba abrir la boca y le ponía el dedo en la lengua prometiéndola pronta salud. Estremeciöse en su presencia, y llena de una asombrosa alegría, le preguntó si era el Beato Berchmans; y respondiendo que sí, desapareció la visión; y desapareció también de repente la enfermedad, sintiéndose sin más dilación buena y libre de mal en la garganta y lengua y sin señas en todo el cuerpo de haber estado enferma.

II. No menor admiración causó el segundo milagro obrado en la persona de la Hermana María Dionisia Lyon, monja del convento de Santa Clara de Bruselas. Entró con cabal salud á los veintidós años de edad el día 12 de Abril de 1853, y empleó la mucha robustez que tenía en la aspereza de los trabajos domésticos. Poco á poco adoleció de mal de estómago, sin que las monjas ni los médicos

previesen los fatales efectos que luego se habían de seguir. En 1861, á causa de los desvelos y vigi-
lias en cuidar las enfermas del monasterio, comen-
zaron á aparecer síntomas que los facultativos
achacaron á lesión del estómago ó del sistema ner-
vioso; pero luego se vió eran efectos de la *bu-
limia*, ó hambre canina, que con rabiosa avidez
la obligaba á comer á todas horas, con mayor pér-
dida de fuerzas cuanto más comida tomaba. Des-
pués agudos dolores en el estómago, en la colum-
na vertebral y en el hombro izquierdo, y suma
postración en los miembros inferiores, hinchazón
y una suerte de parálisis en ellos, y vómitos, y
calentura dieron por cierta una gastritis crónica y
úlcera del estómago y una grave lesión en la me-
dula espinal que la tenían agonizante con un pie
en la sepultura.

La Madre Superiora, atenta á la salud de su súb-
dita, encargó á la Comunidad una novena al Beato
Juan. El último día (12 Agosto de 1865) la lle-
varon al templo; allí comulgó y se encomendó con
fe viva á los merecimientos del Beato. De impro-
viso, estando el mal en el colmo de su furia, co-
bró repentinamente salud, y pudo al punto comer,
andar, continuar como antes su trabajo y seguir
el rigor de la observancia.

De estos dos milagros se remitió á Roma el pro-
ceso para su última calificación. La Sagrada Con-
gregación de Ritos, en que fué señalado por rela-
tor de la causa el Cardenal Bartolini, á 3 de Di-
ciembre de 1886 tuvo la antepreparatoria; el 22 de
Marzo de 1887 la preparatoria, y en fin, el 21 de
Junio la general presidida por la Santidad de
León XIII, el cual, á la pregunta del Cardenal re-
lator si constaba de los milagros en el caso y en
orden á la Canonización del Beato Juan Berch-

mans, después de oír el sí de los Cardenales y
deputados, y habiendo diferido algún tiempo la
resolución definitiva, finalmente, el día de todos
los Santos del propio año 87, en presencia de los
Cardenales, Relator, Promotor de la fe y Secre-
tario de la Congregación, falló y pronunció que
constaba ciertamente acerca de los dos milagros
antedichos debidos á la invocación y favor del
Beato Juan Berchmans; y mediante esta declara-
ción, á 27 de Noviembre emanó el último decreto,
en que determinó poderse proceder á la Canoni-
zación con toda seguridad.

La solemne ceremonia se celebró el día 15 de
Enero del año 1888, fiesta del Santísimo Nombre
de Jesús, no en la iglesia de San Pedro según cos-
tumbre, sino en la *gran Loggia* del Vaticano,
que cae encima del pórtico de la Basílica y se ha-
bía convertido suntuosamente en iglesia. La es-
tancia brillaba como ascua de oro, no tanto por los
millares de luces que echaban de sí las arañas ar-
tificiosamente repartidas, ni solamente por las ve-
las diseminadas con profusión, sin contar ahora
las que ardían en el altar ni las que corrían en dos
hileras á lo largo de la cornisa; cuanto por el es-
plendor que daba á la solemnidad la presencia de
Cardenales, Patriarcas, Prélados, dignatarios y
grandes señores, que hacían pequeña la grandeza
del recinto. El Soberano Pontífice, acompañado
del grandioso cortejo y cautivando con la majes-
tad de su persona los ojos y atención de los tres
mil espectadores, después de las tres instancias
acostumbradas, canonizó, coronó y puso en el ca-
tálogo de los Santos juntamente con los beatos
Claver, Alonso y siete fundadores de la sagrada
Orden de los Servitas, á nuestro bienaventurado
Juan Berchmans, á quien quiso Dios enaltecer y

previesen los fatales efectos que luego se habían de seguir. En 1861, á causa de los desvelos y vigi-
lias en cuidar las enfermas del monasterio, comen-
zaron á aparecer síntomas que los facultativos
achacaron á lesión del estómago ó del sistema ner-
vioso; pero luego se vió eran efectos de la *bu-
limia*, ó hambre canina, que con rabiosa avidez
la obligaba á comer á todas horas, con mayor pér-
dida de fuerzas cuanto más comida tomaba. Des-
pués agudos dolores en el estómago, en la colum-
na vertebral y en el hombro izquierdo, y suma
postración en los miembros inferiores, hinchazón
y una suerte de parálisis en ellos, y vómitos, y
calentura dieron por cierta una gastritis crónica y
úlcera del estómago y una grave lesión en la me-
dula espinal que la tenían agonizante con un pie
en la sepultura.

La Madre Superiora, atenta á la salud de su súb-
dita, encargó á la Comunidad una novena al Beato
Juan. El último día (12 Agosto de 1865) la lle-
varon al templo; allí comulgó y se encomendó con
fe viva á los merecimientos del Beato. De impro-
viso, estando el mal en el colmo de su furia, co-
bró repentinamente salud, y pudo al punto comer,
andar, continuar como antes su trabajo y seguir
el rigor de la observancia.

De estos dos milagros se remitió á Roma el pro-
ceso para su última calificación. La Sagrada Con-
gregación de Ritos, en que fué señalado por rela-
tor de la causa el Cardenal Bartolini, á 3 de Di-
ciembre de 1886 tuvo la antepreparatoria; el 22 de
Marzo de 1887 la preparatoria, y en fin, el 21 de
Junio la general presidida por la Santidad de
León XIII, el cual, á la pregunta del Cardenal re-
lator si constaba de los milagros en el caso y en
orden á la Canonización del Beato Juan Berch-

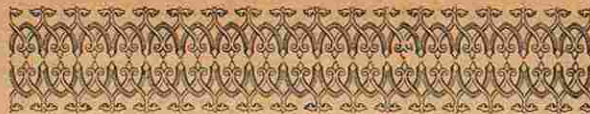
mans, después de oír el sí de los Cardenales y
deputados, y habiendo diferido algún tiempo la
resolución definitiva, finalmente, el día de todos
los Santos del propio año 87, en presencia de los
Cardenales, Relator, Promotor de la fe y Secre-
tario de la Congregación, falló y pronunció que
constaba ciertamente acerca de los dos milagros
antedichos debidos á la invocación y favor del
Beato Juan Berchmans; y mediante esta declara-
ción, á 27 de Noviembre emanó el último decreto,
en que determinó poderse proceder á la Canoni-
zación con toda seguridad.

La solemne ceremonia se celebró el día 15 de
Enero del año 1888, fiesta del Santísimo Nombre
de Jesús, no en la iglesia de San Pedro según cos-
tumbre, sino en la *gran Loggia* del Vaticano,
que cae encima del pórtico de la Basílica y se ha-
bía convertido suntuosamente en iglesia. La es-
tancia brillaba como ascua de oro, no tanto por los
millares de luces que echaban de sí las arañas ar-
tificiosamente repartidas, ni solamente por las ve-
las diseminadas con profusión, sin contar ahora
las que ardían en el altar ni las que corrían en dos
hileras á lo largo de la cornisa; cuanto por el es-
plendor que daba á la solemnidad la presencia de
Cardenales, Patriarcas, Prélados, dignatarios y
grandes señores, que hacían pequeña la grandeza
del recinto. El Soberano Pontífice, acompañado
del grandioso cortejo y cautivando con la majes-
tad de su persona los ojos y atención de los tres
mil espectadores, después de las tres instancias
acostumbradas, canonizó, coronó y puso en el ca-
tálogo de los Santos juntamente con los beatos
Claver, Alonso y siete fundadores de la sagrada
Orden de los Servitas, á nuestro bienaventurado
Juan Berchmans, á quien quiso Dios enaltecer y

singularizar con un ilustre milagro, que aquel mismo día obró por su medio en una tísica desahuciada de Argenta¹.

Archivada quedará en la memoria de la posteridad la devoción de los compatriotas de nuestro Santo, como consta en el libro anónimo *De Heilige Joannes Berchmans te Diest verheerlijkt.—Jubelfeesten van 1888.—Diest Beevaartsplaats*. Igualmente brillan las glorias del Santo en otra obra flamenca, poema escrito por Lodewyk De Koninck con el título *Diest en de Heilige Joannes Berchmans*, 1888, donde el poeta canta la infancia, adolescencia, muerte y canonización del Santo mancebo.

¹ Este prodigio se obró por medio de una reliquia de nuestro Santo aplicada á Luisa Boari, sobrina del Canónigo Arcipreste de Ferrara. Años hacía que estaba tísica, sin apetito y sin esperanza de remedio: la curación fué repentina y total á las cuatro de la madrugada del mismo día 15. Del milagro dió cuenta puntual el diario florentino *Il Giorno*.



CAPÍTULO VI.

PARALELO AFORTUNADO.

- I. Comparación entre los tres Santos jóvenes.—Documentos relativos á los tres.
- II. Cotejo de San Juan con San Luis.—Cotejo con San Estanislao.—Confiérense los tres cuanto á las principales glorias.
- III. Prosigue el paralelo sobre otras gracias ordinarias y extraordinarias.—San Juan digno compañero de sus dos hermanos mayores.—Decretos de Canonización.

I

ROLONIA, Italia, Bélgica, que pueden gloriarse de su incontrastable adhesión á la religión católica, pueden también estar ufanas de haber dado al cielo tres ángeles, frutos de bendición, tres azucenas galanas de blancura y limpieza incomparable trasplantadas del cenoso erial del siglo al verjel de la religión. Estos tres santos mancebos fueron por maravillosa disposición de Dios encaminados á Roma para edificar la capital del orbe con el resplandor de sus virtudes, cuando apenas parecían tener edad de conocerlas. Señaladísimo beneficio fué de Dios regalar á la Compañía de Jesús, especialmente consagrada á instituir la juventud, tres tan cumplidos modelos que demostrasen, á cuál más claro, que

nunca fué estorbo el ser joven, antes excelente condición, para llegar al colmo de la santidad.

Nuestro intento no es entablar aquí comparación entre los tres mancebos perfectísimos, que bastan cada cual de por sí para engrandecer la patria y la religión que los crió; mucho menos tantear antecedentes, que ellos tanto aborrecieron. Solamente á fin de satisfacer la devoción de la juventud, y para responder al asombro de los que tal vez echen de menos en la sencilla condición de nuestro Santo las aureolas admirables que adornan á sus dos hermanos, por remate de su biografía pondremos, siquier de corrida, la consideración en cada uno de ellos, y concluiremos que debe sentir altamente de Juan Berchmans, quien le ve digno hermano de los Kostkas y Gonzagas. Copiemos en primer lugar tres documentos, firmados por los Generales de la Compañía que aprobaron sus vidas y virtudes.

Sea el primero un capítulo de la carta que de orden de San Francisco de Borja, tercer General de la Compañía, se escribió para común edificación á todas las provincias en Agosto de 1568. Dice así: "Llamó Dios á Estanislao Kostka á la Compañía por medio de Nuestra Señora, que con voz clara le dijo que entrase en ella; y luego lo ejecutó como obediente hijo, aunque contradiciéndole sus padres y parientes, á quienes resistió con valor, y caminó más de mil millas á pie y pidiendo limosna para lograr su vocación. Recibióle en esta ciudad nuestro Padre General y envióle á este noviciado, donde ha procedido como un ángel del cielo. Faltan palabras para referir el caudal de sus virtudes y el raro ejemplo de su vida, que ha sido norma y espejo á todos de perfectísima religión. Fué sobremanera humilde, despre-

ciador de las honras y del mundo y de sí mismo, abrazando con entrañable afecto los oficios más bajos y más viles, encubriendo su nobleza y las buenas habilidades que Dios le había dado. Su modestia fué admirable, su obediencia puntualísima y rendidísima: jamás propuso ni replicó á cosa que le ordenasen, ni faltó en la menor de las reglas, ni tuvo repugnancia ó resistencia, ejecutándolo todo como si oyera la misma voz de Dios, á quien miraba y reverenciaba en el superior y obedecía como á Dios, y siempre se ostentaba alegre y agradable. Con todos se mostraba manso, y sólo consigo riguroso y áspero, macerando con rigurosas penitencias su delicado cuerpo, en tanto grado, que fué necesario ponerle freno y obediencia en ellas. En la pobreza y en la honestidad angelical del alma y cuerpo, y en todas las virtudes religiosas fué tan extremado y perfecto, que, como San Benito á San Mauro, le poníamos á todos por ejemplo; porque su vida fué una idea de un perfectísimo religioso, cual le pide y dibuja nuestro Santo Padre San Ignacio en las Constituciones. No se le oyó palabra destemplada, ni ociosa, ni fuera de tiempo, ajustando todas sus obras con la regla. De dos materias particularmente eran sus pláticas más comunes. La primera, de la beatísima Virgen María, con cuya memoria se derretía en dulces lágrimas, y no sabía cesar en sus loores y alabanzas. Por el amor y cariño tan cordial que le tenía, siempre la nombraba mi Madre y mi Señora, porque siempre fué su hijo y su siervo fidelísimo, haciendo cuanto pudo en su servicio. La otra fué su vocación á la Compañía, de que tuvo tan alta estima, que le faltaban palabras para decirlo, publicando que era un don inestimable en quien se encerraban todos los dones

que podía recibir en esta vida.”—Todo esto dice la carta puesta en la Vida del Santo Estanislao que publicó el P. Aranda, tomándola del P. Andrade.

Síguese en segundo lugar el dictámen del quinto General P. Claudio Aquaviva, y está registrado en la *Vida de San Luis*, escrita por el P. Cepari, en esta forma: “Luis Gonzaga fué en todo género de virtud señaladísimo y ejemplarísimo. No sólo en el siglo vivió siempre con grande edificación, sino también en la Compañía, desde el día que en ella le recibimos, fué siempre un dechado de perfecta santidad, y por tal fué tenido comúnmente de todos los que le conocieron y trataron en aquellos pocos años que vivió entre nosotros. En los cuales descubrimos lo mucho que Dios nuestro Señor se complacía en aquella alma, y lo mucho que la había enriquecido de señaladísimos dones y gracias sobrenaturales, de las que se derivaban en el exterior unas obras santísimas y unas costumbres angélicas. De este modo vivió y perseveró siempre, hasta que con la muerte pasó de la tierra al cielo.” Hasta aquí el P. Claudio.

Vaya en último lugar el juicio del P. Muzio Vitelleschi, sexto General de la Compañía, conforme leemos en la *Vida* de nuestro Santo, escrita por el mismo P. Cepari, que dice así: “El Hermano Juan Berchmans, de feliz memoria, fué joven de inocencia y pureza verdaderamente singulares, de angélicas costumbres, de admirable piedad, de virtudes macizas y perfectas; fidelísimo observador de las reglas de nuestro Instituto, en todo lugar y tiempo, á juicio de cuantos con él vivieron; ejemplar tan acabado de perfección, que hasta hoy no hemos oído que alguno le haya notado la menor falta ni la más ligera imperfección. Confiamos

que esta *Vida*, que yo he leído con diligencia y está llena de acciones virtuosas y propias de un hijo de la Compañía que es observante y perfecto, será á todos cuantos la lean, y en particular á nuestros Padres y Hermanos, de notable auxilio espiritual y de estímulo que los anime á la perfección religiosa. Cada cual puede estar cierto que son verdaderas las virtudes y gracias celestes, y todo cuanto en esta historia se dice de él; porque yo mismo he visto con mis propios ojos una multitud de hombres graves, doctos, sabios y temerosos de Dios, que han atestado todo cuanto en esta historia se refiere de cierta ciencia, cuyos testimonios he leído yo mismo.—A 18 de Julio de 1625.—*Muzio Vitelleschi...*”

En estos tres elogios resaltan como en acabadas pinturas los perfiles y colores de estos tres Santos mancebos, virtudes consumadas, observancia regular, desempeño de obligaciones, inocencia clarísima. De tal manera están levantadas las luces y bajadas las sombras, que el que entre si cotejare los tres retratos, verá que, por una pasmosa consonancia, no hay parte ni delineamiento en el uno que no diga bien con los otros dos, y que pueden á su vez trocarse las perfecciones sin que falte ningún rasgo ni facción en cada uno para delinear la fisonomía del otro. Con divina razón nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, en su decreto de Canonización, dijo de Juan Berchmans estas significantes palabras: “Imitó los ejemplos de Estanislao y de Luis, y juntamente con ellos alcanzó la cumbre de la virtud.”

II

HABLANDO ahora en general, es indubitable que San Luis fué ejemplar, y San Juan copia muy parecida. A entrambos los confundió el dictamen de los Padres más graves de Malinas y de Roma. Queriendo expresar que San Juan fué en la regularidad espejo de novicios y escolares, como resumiendo su pensamiento, añadieron que fué vivo trasunto de San Luis. Lo mismo vino á significar el Padre Asistente de Italia, P. Croce, en solemne ocasión. Veintisiete años habían transcurrido después de la muerte de San Luis, cuando el humilde hijo de Diest puso los pies en el Colegio Romano. Fresca estaba aún la memoria de aquel primor de inocencia en los pechos y lenguas de todos. A 15 de Junio de 1620 hizose la traslación de sus reliquias á la capilla dedicada á su nombre. Mientras se estaba haciendo la ceremonia, el Padre Croce sintióse tan conmovido contemplando la modestia y devoción de Juan Berchmans, que hacía de acólito en la procesión, que, acercándose al P. Teodoro Buseo, Asistente de Alemania, le dijo estas graves palabras: *Paréceme ver allí un segundo Luis Gonzaga.*

Declararon esto mismo los PP. Cepari, Massucci y otros veinte conocedores de ambos: conviene, á saber, que en la modestia, rendimiento, inocencia, era el uno cabal traslado del otro, y ambos iguales en virtudes y de unos mismos sentimientos. Declaró otro tanto la Iglesia cuando, por boca de sus Pontífices, quiso coronar en Juan Berch-

mans al fiel imitador de San Luis, como lo pregonan en sus decretos de Beatificación y Canonización los Papas Pío IX y León III (*Coelestis ille juvenis Aloisius revixisse propemodum putaretur*: decr. Beat.—*Simillimus angelici Aloisii exemplis fuerat nobilitatus (cursus vitae)*: decreto Canoniz.) Declaró después el cielo en frecuentes apariciones, que Juan, acompañando á Luis, participa del poder que Dios concedió á su Hermano mayor.

En fin, ha sido providencia singularísima que la Congregación general de Ritos, en que debía fallarse la causa de la Canonización del Beato Juan Berchmans, recayese en el día mismo de San Luis, contra toda buena razón. Porque la Congregación intimada para ese día era la del Beato Pedro Claver; pero por circunstancias inopinadas no pudo tener lugar, y hubo de cederse á la del Beato Juan. Además, el día de la general última debía distar unos veinte días de la anterior, y era fuerza recayese en martes, que es el día señalado á la Congregación de Ritos: estas dos coincidencias concurren en el día de San Luis del año 1887, en que la causa del Beato Juan quedó del todo resuelta.

Todas estas conveniencias inducen á concluir que, según el juicio de Dios y de los hombres, Luis y Juan tienen tan perfecta alianza y hermandad, que parece no poder darse mayor entre dos.

¿Qué diremos ahora de Estanislao? Conviene y se responde San Juan con San Luis, pero con San Estanislao de Kostka es el orden y parentesco, si cabe, todavía mayor. San Estanislao, en los diez meses que en la Compañía vivió, no hizo más que centellear y esconderse luego en el profundo del cielo, á la manera que un cometa con su repentino

resplandor anuncia la existencia de inmensos espacios desconocidos á los mortales, y con su muda desaparición nos deja con el sentimiento de no haber alcanzado algo más de aquellas profundidades. No pudo el joven flamenco aprender en el novicio polaco las virtudes de estudiante, que no ejercitó, como el teólogo de Castellón. Además, la gratitud en Juan Berchmans era grande; Dios mediante la *Vida de San Luis* le había atraído á la Compañía; aquellos seis años de vida escolar de San Luis, le proporcionaban á Juan ejemplos de perfecta imitación: de ahí le nacía el particular afecto con que miraba á su protector y modelo. Finalmente los padres del Colegio Romano no podían parangonarle con Estanislao; parte porque ya vivían pocos en aquella sazón que le hubiesen conocido; parte porque su calidad de novicio no consentía á los que le habían visto establecer comparaciones y cotejos.

Gran verdad es todo esto; pero si las inclinaciones y costumbres peculiares á cada uno ponderamos, sacaremos que no menos, sino mucho más, se arrimó al espíritu de San Estanislao que al de San Luis el espíritu de San Juan Berchmans. Primeramente, si la excelencia de la vida se infiere bien de la admiración que despierta, y si la admiración se dibuja en las voces con que se representa y significa, hemos de confesar que pareció peregrina y admirable á padres, maestros y discípulos de dentro y fuera de la Compañía la inocencia de Juan Berchmans, cuando para figurarla empleaban el expresivo renombre de *ángel*. *Ángel* asimismo llamaron á San Luis la marquesa su madre, los vasallos y la gente de corte para encarecer su santidad. *Ángel* fué para todos el purísimo Estanislao, no menos que por la celes-

tial hermosura de su rostro, por los efectos que su aspecto causaba, en un todo conformes si no iguales á los que se vieron en Juan.

En el punto de la vocación es gran verdad que no tuvo este ningún principado que renunciar, como el príncipe del Santo Imperio, ni altos honores y riquezas que hollar, como el noble polaco; pero con la misma gallardía hubiera puesto debajo de sus pies una pingüe fortuna, que mostró en repartir aquellos veinticinco florines, suma de todo su peculio. Bravas peleas mantuvo Luis con la obstinación de su padre; encarnizada lucha riñó Estanislao con la fiereza de su hermano; no fué menos cruel la guerra que dieron á la constancia de Juan los aprietos y reveses de su familia, á cuyo socorro parecía llamarle imperiosamente la Divina Providencia. En estas escaramuzas no hubo de arrostrar las persecuciones que Luis, ni de sufrir vejaciones como Estanislao; pero á trueque de seguir á Dios fielmente, ánimo le sobra para pasar á pan y agua toda la vida, al igual que de Estanislao sabemos: y si desde Viena anduvo este á pie hasta Roma por seguir su vocación, también de Malinas hubiera salido Juan para Roma á pie, como lo hizo después desde Amberes, si esa fuera la voluntad de nuestro Señor, por lograr el fin de su llamamiento.

Diecisiete años pasaron los tres en el siglo criados en sólidos principios de religión. Lucieron como tres astros con rayos de muy iguales virtudes, edificando, granjeando estima, cautivando corazones para el bien. En medio de los zarzales del mundo conservaron los tres fresca y linda la azucena de la virginidad: á ella se obligaron todos tres con voto á honra de la Virgen María. Purísimo fué Luis: no sintió jamás ni estímulos en el

cuerpo, ni representación en la mente; privilegio señaladísimo, á muy pocos concedido, y eso después de larga oración, penitencias y victorias; pero que por una singularísima providencia fué concedido á Juan y á Estanislao. Castísimos fueron ambos; y si bien lo miramos, con más estupendos efectos que Luis. Porque el divino Estanislao caía desfallecido á cualquier palabra menos honesta que oyese; ¡cosa bien rara! Delante de Juan ninguno osaba proferirlas, por ser á todos notorio que al solo nombre se estremecía de horror y sobresalto: ¡cosa también peregrina! Aquel inaudito privilegio de infundir castidad en los que le contemplaban fué también peculiar á Estanislao; pero una cosa no leemos del manco polaco, que fué privativa de nuestro Santo, y es, que aun su mismo cadáver despertase amor á la pureza en los que atentamente miraban su difunto semblante. Pero comoquiera que á los dos sean comunes estas gracias, no vemos que haga de ellas memoria la vida de San Luis. Estas insignes mercedes el Cardenal Bellarmino, que en setenta y dos años de Compañía tuvo el consuelo de conocer y tratar á los tres, no sabía cómo apearlas sino remitiéndose al amor y poder de la Sacratísima Virgen.

Y ya que de Nuestra Señora hablamos, será bien reparar la maravillosa consonancia que en venerarla tuvieron estos tres celestiales donceles. Si Luis sobresalió en mostrarse gran siervo de María Santísima, y resuelto á entrar en religioso comercio oír una especie como de voz de esta Gran Reina el día de su gloriosa Asunción, que le apremiaba á ser de la Compañía; si Estanislao, insigne amator suyo, tras de ser llamado á la Compañía por su maternal consejo, tuvo la dicha, entre otros mil rega-

los, de entregar su espíritu en los brazos de la Emperatriz de cielos y tierra el día justo de su Asunción triunfante, y de ser por ella en compañía de un coro de vírgenes introducido en la mansión de la gloria; no podemos ya dudar sino que Juan fué el hijo regalado de María, y que á fuer de tal mereció que le sacase del piélago del mundo y le introdujese en la religión de la Compañía, y que en prenda de su grande amor le abriese las puertas del cielo en la antevíspera de su inefable Asunción, habiéndole distinguido con el honrosísimo empeño de extender por el mundo el privilegio de su Concepción Inmaculada.

Otras conveniencias son aquí dignas de ser consideradas. Estanislao tomó ocasión del Santo de mes, que fué San Lorenzo, para pedir á la Virgen benditísima la gracia de solemnizar en la gloria el triunfo de la Asunción; ni más ni menos que Juan, á quien la sentencia del Santo de mes fué aviso dulce y eficaz, que se le pegó en el corazón, con gran confianza de su cercano fallecimiento. Estanislao, yendo en compañía del P. Manuel Sa, demostró deseos de conseguir la pronta verificación de su muerte: no de otra manera Juan, acompañando al P. Estrada, dió señales de desear el término de su destierro. La enfermedad que en breves días á Estanislao le puso mortal, la edificación que en ella dió, las muestras que se hicieron de sentimiento en su muerte, corren parejas con la enfermedad, edificación y duelo de Juan. En fin, si Estanislao dió su espíritu el día mismo en que la Virgen subió á los cielos, Juan murió el día mismo en que la Virgen acabó su vida mortal, como tienen graves autores ¹.

¹ Proc. rom., pág. 566.

No parece pueda haber mayor conformidad en la devoción que estos dos meninos de María tuvieron á la soberana Princesa. Ella los traía sobre las palmas, los cercaba con su guarda y amparo, y hacía que todo les sucediese á su gusto. A las maternales finezas respondían ellos vueltos siempre los ojos á su Madre, colgados siempre de su querer, presos y encadenados de su amor, no recatándose de enaltecer y propagar sus glorias y privilegios. Pero quien llevó la bandera más alta fué nuestro benditísimo Juan, por haber sido escogido entre mil para sellar con su sangre la verdad del misterio de la Inmaculada Concepción.

El ejemplo del amable Luis era señuelo eficaz para convidar á devoción, mediante las conversaciones espirituales que fomentaba; conocidas son las industrias que tenía para sacar de ellas provecho; pero él de suyo hablaba escaso y limitado, cual si se tasara las palabras con aquel rigor que en todo se prescribió. Juan daba más libertad á la lengua y comunicaba fácilmente los sentimientos de su alma: harta pena experimentó de no poder ser más comunicativo con sus Hermanos, en cierta época en que el Señor hizo prueba de su fervor. Su ánimo era redundar y repartir á todos sus luces y afectos; afortunadamente la prueba presto pasó, y le dió lugar para ser otra vez lazo de alegría y el contento de todo el Colegio. La comunicación de Estanislao tocaba en deliquio y arrobamiento cuando daba vueltas y se encaramaba por los brazos de María y refería sus excelencias y virtudes. Quien á estos tres serafines hubiera oído en amigable conversación, bien podía cerrar los ojos á esta lumbré mortal y trasponerse del todo, porque á las pocas palabras hubiera visto embargadas sus almas dulcemente, trabadas las lenguas

y dormidos ellos sin remedio en los brazos del divino amor: desfallecida quedara la envidia de los ángeles del cielo, si de envidia fueran capaces.

III.

PERO no debemos disimular que en un punto se quedó atrás San Juan de su modelo San Luis. Su comida en el siglo pesaba más de una onza; no eran de sangre sus disciplinas, ni continuos sus cilicios. Pero no disimulemos tampoco que Juan tenía ocupado el día en el oficio de sirviente, y la noche en las tareas de estudiante. Aun así érale muy familiar el ayuno, y su alma, como decían los del Convictorio, andaba lejos de la mesa, ocupada en cosas de devoción. En la comida tomaba lo meramente indispensable para no enfermar. En fin, que su excesiva sobriedad le abrevió notablemente los días, parece cosa averiguada. Tampoco exigía lo humilde de su condición que se armase contra el lujo de las holandas y la molicie de los salones; con la buhardilla más pobre podía competir la estrechura de su habitación. En el moderado uso de penitencias voluntarias más se arrimó al tenor de Estanislao, y aquí, como en otros muchos particulares, estos dos ángeles caminaron á un paso por la senda de la santidad.

Un solo capítulo hallamos en que nuestro joven belga parece alejarse mucho de sus dos hermanos mayores: las dulzuras de la oración. Estanislao se extrañó en gran manera de oír hablar de distracciones en la oración, porque carecía de ellas

A Luis en seis meses no le ocuparon todas juntas el espacio de una Ave María. ¿Quién tal de Juan Berchmans oyó? Incendios de amor vehementes abrasaban el pecho de Estanislao, y era menester, para dar salida á los ardores, renovar el aire á menudo y chapotearse con agua fresca: á veces el ímpetu del amor le daba alas para volar y quedaba suspenso, sin operación de sentidos. De sus lágrimas dió cuenta el Cardenal Belarmino, en su preciosa perla *De Gemitu columbae*, donde dice que las vertía á raudales. Y en San Luis ¿qué cosas no se vieron de asombro y admiración? Andaba tan herido del amor de Dios, que le bastaba oírle nombrar para enternecerse, arder y perder el apetito: entumeciábase el pecho para dar noticia del volcán interior, que no hallando por donde salir reventaba en lágrimas por los ojos.

¿Quién osaría emplear semejante estilo en la vida de Juan Berchmans? Apenas se le notaron lágrimas; y eso que su temperamento sanguíneo y tierno parecía dárselas hechas. Dícese de él que se vió puesto á veces en la cruz de los desamparos, y que el sol se le obscurecía, y era noche tenebrosa para él, sin un rayo de consuelo.

Es de advertir, en primer lugar, que los efectos sensibles, que son dádivas graciosas de la mano de Dios, y unas como ayudas de costa de la devoción, no arguyen de suyo santidad mayor ni menor en el que los experimenta, como biensaben los que diferencian entre lo pasajero de esto de estos dones y los hábitos de las virtudes. Además, si revolviéron contra el inocente Juan tormentas y olas bravas que amenazaban hundir el esquife, pudo más el valor de su ánimo, que guiado por la lumbre de Dios con igualdad y constancia, proejó contra la corriente y fué siempre adelante á fuer-

za de industrias, arribando pronto al puerto de la dichosísima paz.

Demos por manifiesto que el estado de su alma fué por lo común la tranquilidad y el ordenado sosiego, con que usaba de sus potencias naturales. Pero si por éxtasis vamos, tampoco los tuvo, que sepamos, San Luis, por indubitables que fueran en él los efectos del amor divino. Del seráfico Estanislao se refieren cosas tales; mas quédense para la admiración, y califiquense de regalos inefables; pero confesemos en cambio que no se dice que poseyese instinto profético para penetrar los sucesos por venir y los arcanos de las conciencias, que de San Juan arriba quedan referidos en su última enfermedad; la cual, fué por sus pasos contados remedo de la de San Luis, si bien con circunstancias más raras aún. No nos alarguemos á pensar, que si careció Juan de arrobamientos, dió barruntos de ellos y llevaba camino de tenerlos, cuando el fervor de la oración le hacía insensible á la molestia de los insectos, y no respondía á las voces, si no es tirándole de la ropa.

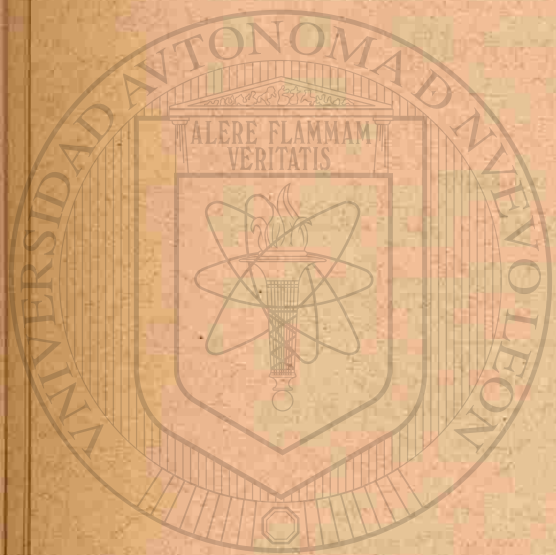
No; vióse en realidad privado de los carismas, que no son consecuencias de la santidad, ni á ella se ordenan; enhorabuena: pero fué rico en grado excelente de aquellos preciosos dones que santifican por sí, ó hacen la santidad más calificada; conviene á saber, virtudes macizas, inocencia perfectísima, cumplida integridad de alma y cuerpo; que por ser más estimables y como la nata de las mercedes divinas, tuvo por bien el Señor acumularlas abundantemente en su siervo, para que con más suavidad y eficacia sirviera á la juventud de modelo y protector. Singular providencia de Dios fué representar en este joven el tipo de la santidad esencial, desposeída de los arreos místicos que

suelen ofrecer gran dificultad y peligro á los directores espirituales, deslumbran muy fácilmente y ciegan á los historiadores, apasionan y dejan burlados á muchos devotos, y son á los jóvenes ocasión de extravío y funesta ruina. En el siglo xvi había la soberana Bondad extendido los términos de su munificencia hermojeando con los bienes de la contemplación á muchas almas escogidas, y era muy puesto en razón que los aficionados á la virtud, la midieran, no por los adornos sobreañadidos, si no por el valor que en sí posee. Para hacer demostración de tan importante realidad escoge Dios á Juan Berchmans, y con rodearle de varones experimentados y doctos que pudieran dirigir sus altos vuelos, sujétale al paso vulgar, al camino del acierto, y hácele andar, lejos de sendas peligrosas, á puros esfuerzos de voluntad, con las gracias ordinarias prometidas á todos los fieles. Así quería el Señor con cuidado avisar á los jóvenes de toda edad y condición, que no consiste la santidad en dones maravillosos y peregrinos, sino que con el cumplimiento perfectísimo de las obligaciones anejas al propio estado, y con el ejercicio de las virtudes en él contenidas, pueden llegar todos á ser grandes santos y á merecer los honores de la canonización. De esta suerte viene Berchmans á constituir el molde común en que ha de vaciarse la virtud de la gente joven para obtener la aprobación de Dios y el aplauso de los hombres. Bajo este aspecto celebra su Vida el Vicario de Jesucristo. Citemos, pues tienen aquí oportuno lugar, las gravísimas palabras con que el Pontífice reinante realza la gloria de San Juan Berchmans en la Bula de Canonización, diciendo así: "Juan Berchmans imitó á Luis Gonzaga y á Estanislao Kostka con tanta fortuna, que razonablemente

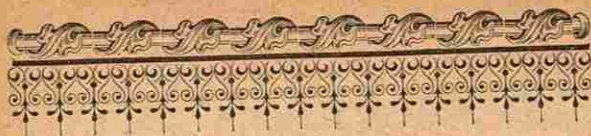
dudamos con cuál de los tres prestantísimos alumnos se honre y deba gozarse más la inclita Compañía de Jesús. Ello es cierto que Juan hizo más imitables en sí las virtudes de los otros dos: sin emprender cosas extraordinarias al parecer, alcanzó perfección aventajada. Con su ejemplo movió maravillosamente á los hombres, no sólo á cultivar, más también á dar alcance á la verdadera santidad.,

En conclusión, estos tres santísimos y purísimos mancebos fueron en el mundo de notoria edificación; trasplantados en la Compañía de Jesús, crecieron en brevísimo tiempo y dieron sazonado fruto, llenando en la cortedad de sus días dilatadísima hilera de años. En el fervor igualísimos, en la virtud semejantes, en los dones parecidos, muy unos en la devoción, en el amor de María benjamines á cual más, tres azucenas del huerto cerrado de la religión, tres joyeles de la corona de la Compañía, tres modelos de santidad acabadísimos, tres glorias de la juventud, tres competidores de ángeles, tres amigos de los hombres, tres niños de Dios, que así como reinan unidos en el cielo alrededor del trono de María, así reciben ahora en la tierra igualdad de honra y veneración.

Ojalá (y quédese el bosquejo de esta incomparable Vida con sólo el nombre de deseo) la canonización de San Juan Berchmans, cuya solemnidad hemos logrado festejar, sirva para darle á conocer, á reverenciar, á amar, y sea á todos los fieles consuelo, á la Santa Iglesia exaltación, lustre á la Compañía de Jesús, honor al mismo Santo, loor á la Reina Inmaculada, bendición y eterna alabanza á Dios nuestro Señor en los siglos de los siglos. Amén.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DECRETUM.

ROMANA SEU MECHLINIEN.

CANONIZATIONIS

BEATI IOANNIS BERCHMANS

CONFESSORIS

SCHOLASTICI E SOCIETATE JESU.

Super dubio: "An, et de quibus miraculis constet in casu et ad effectum de quo agitur?,"

MIRIFICIS naturae et gratiae ornata donis placita erat Deo anima Joannis Berchmans: propterea properavit illum educere ad requiem sempiternae beatitudinis, cui jam maturus erat post brevem quidem, sed evangelicae perfectionis merito plenum innocentis vitae cursum, idibus augusti anni MDCXXI in eodem romano collegio absolutum, quod simillimis angelici Aloisii exemplis fuerat nobilitatum. Illum heroicis virtutibus et miraculis fulgentem sa. me. Pius IX Pontifex Maximus V Kalendas junii anni MDCCCLXV beatorum coelitem honoribus decoravit. Quum autem beatus juvenis praesertim in natalibus Bel-

gii regionibus novorum subinde claresceret signorum fama; de his per processuales tabulas inita est inquisitio, postquam idem sa. me. Summus Pontifex commissionem re assumptionis Causae obsignasset. Hinc ut ex novis quae nunciabantur miraculis via sterneretur ad Canonizationem de duobus in sacrorum Rituum Congregatione ad severos pontificii juris tramites disceptatio habita fuit, primo apud clarae memoriae Card. Dominicum Bartolini eidem Sacrae Congregationi Praefectum et Causae Relatorem, III Kal. januarii anni MDCCCLXXXVI; iterata deinceps in Palatio Apostolico Vaticano XI Kal. Aprilis vertentis anni MDCCCLXXXVII ante Rmos. Cardinales sacris tuendis Ritibus praepositos, et absoluta XI Kal. julii ejusdem anni item in Vaticano Palatio in generalibus Comitibus coram Sanctissimo Domino nostro Leone Papa XIII; in quibus proposito a memorato cl. me. Cardinali Relatore dubio: "An, et de quibus miraculis constet in casu, et ad effectum de quo agitur?"; Rmi. Cardinales et Patres Consultores ex ordine suffragium dederunt.

Singulis studiose auditis, Beatissimus Pater supremam sententiam suam differre arbitratus est juxta Summorum Pontificum consuetudinem, ut interea humilibus precibus hac re Deus exoraretur, qui non modo in Servis suis virtutes gignit, verum etiam de eorum in Ecclesia sua honoribus singulari providentia disponit.

In hac autem Omnium Sanctorum solemnitate,

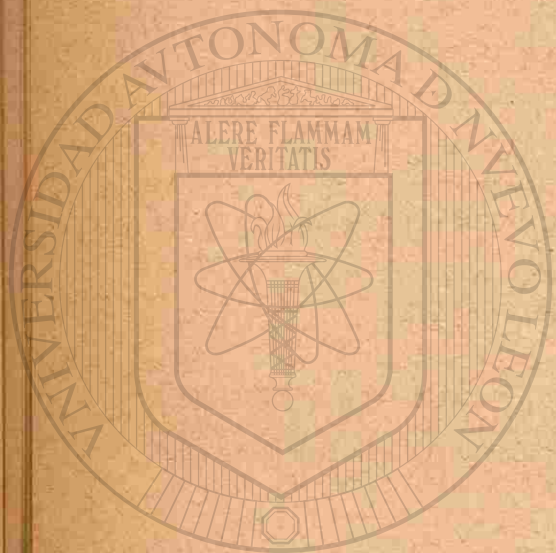
Sacro piissime peracto, ad Vaticani nobiliorem Aulam ad se vocavit Rmum. Cardinalem Angelum Bianchi Sacrorum Rituum Congregationi Praefectum Causaeque Relatorem, nec non R. P. Augustinum Caprara S. Fidei Promotorem, et me infrascriptum Secretarium, iisque adstantibus, solemniter pronunciavit: "Constare de duobus Miraculis Beato Joanne Berchmans intercessore a Deo patrat; nimirum de primo: instantanae perfectaeque sanationis Mariae Wilson novitiae in tyrocinio virginum a sanctissimo Corde Jesu oppidi Grand Côteau Archidioecesis Neo-Aurelianensis a lethali ulcere chronico stomachi, accedente acuta phlogosi, cui prope moriturae beatus Joannes apparens illico perfectam valetudinem restituit: ac de altero: Instantanae perfectaeque sanationis, Mariae Dionyssiae Lyon monialis professae in Bruxellensi Monasterio Clarissarum a gastrite chronica, ulcere stomachi peredente, et gravissima spinae laesione.

Praesens decretum in acta ejusdem Sacrae Congregationis referri, et publicari mandavit Kalendis Novembris anni MDCCCXXXVII.

A. CARDINALIS BIANCHI, S. R. C. Praefectus. [®]

L. ✠ S.

Laurentius Salvati, S. R. C. Secretarius.



DECRETUM.

ROMANA SEU MECHLINIEN.

CANONIZATIONIS

BEATI IOANNIS BERCHMANS

CONFESORIS

SCHOLASTICI E SOCIETATE JESU.

Super dubio: "An Stante approbatione duorum miraculorum post indultam a Sede Apostolica eidem Beato venerationem, tuto procedi possit ad solemnem ejusdem Canonizationem?,"

IN tanta hodie juventutis corruptione illud singulariter delectat bonorum animos, quod Beatus adolescens Joannes Berchmans Societatis lumen et ornamentum ad Sanctorum cum Christo regnantium cultum in Ecclesia promovendus proponitur. Hic Stanislai et Aloisii exempla imitatus, pariter cum eis attingit virtutis fastigium, ideoque divino portentorum splendore redimitus, a s. m. Pio XI Pontifice Maximo beatorum Coelitum honoribus decoratus fuit, anno hujus saeculi sexagesimo quinto, die vigesima octava mensis maji, Ex

novis deinde quibus coruscavit miraculis duo, utpote caeteris clariora, ad Sacrae Rituum Congregationis examen delata sunt, et tandem Apostolicae Auctoritatis comprobata decreto Kalendis verentis mensis et anni. Hisce sic stantibus, re delata ad Generalem Congregationem convocatam XVII Kalendas Decembris currentis anni in Aedibus Vaticanis coram Sanctissimo Domino Nostro Leone Papa XIII, ibi Rmus. Cardinalis Angelus Bianchi eidem sacrae Rituum Congregationi Praefectus, et Causae hujus Relator proposuit dubium: "An stante approbatione duorum miraculorum post indultam a Sede Apostolica Beato Joanni Berchmans venerationem, tuto procedi possit ad solemnem ejus Canonizationem?" Et singuli Rmi. Cardinales et Patres Consultores in affirmativam convenerunt sententiam.

Santissimus vero Pater postquam specialem divinum lumen a Deo ad hoc imploravit, Dominicam hanc primam Sacri Adventus elegit ad gravissimum judicium absolvendum. Ascersito igitur ad Vaticani nobilem aulam Rmo. Cardinali Angelo Bianchi Sacrae Congregationi praefecto et Causae Relatore, una cum R. P. Augustino Caprara Sanctae Fidei Promotore, et me infrascripto Secretario, iis adstantibus decrevit: Tuto procedi posse ad solemnem Beati Joannis Berchmans Canonizationem.

Decretum istud publicari, et in acta Sacrae Rituum Congregationis referri, Litterasque Aposto-

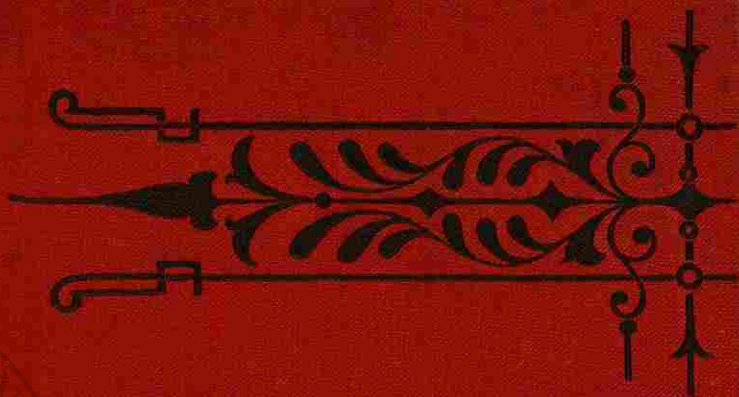
licas sub plumbo de Canonizatione quandocumque celebranda expediri jussit, V Kalendas Decembris anni MDCCCLXXXVII.

A. CARDINALIS BIANCHI, S. R. C. *Praefectus*.

L. † S.

Laurentius Salvati, S. R. C. *Secretarius*.

A. M. D. G.



LIBRO



AD MEMORIAM
BIBLIOTECA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA